

Laimie Scott
Guadalupe Eichelbaum
Marian Arpa
S. F. Tale
María Heredia
Alma Vera
María Rojo
M.T. Fugaz
Arlene Sabaris
Emmanuel Guerra

# Cuidado con lo que deseas...

Antología de relatos de Halloween

Selecta

# Cuidado con lo que deseas...

SERIE
Antología de Halloween

*Laimie Scott - Una revelación inesperada en Halloween*
*Guadalupe Eichelbaum - Picnic en el cementerio*
*Marian Arpa - Viaje de ida*
*S. F. Tale - Una profecía por Halloween*
*María Heredia - La criatura*
*Alma Vera - Mística*
*Arlene Sabaris - Sueños recurrentes*
*María Rojo - La magia del caos*
*Emmanuel Guerra - Prohibido besar al asesino*
*M. T. Fugaz - Máscaras*

*Selecta*

# Una revelación inesperada en Halloween

Laimie Scott

Sebastien permanecía callado. Miraba con sorpresa a su jefa porque no terminaba de creer lo que le acababa de contar. Era primera hora de la mañana y ella le sorprendía con esa noticia. Cruzó los brazos sobre el pecho y asintió.

—¿En serio quieres que me encargue yo de ir a hacerle la entrevista? —le preguntó por segunda vez desde que estaba allí. Pero, a juzgar por el rictus de su rostro, ella no parecía dispuesta a bajarse del carro. Su gesto era lo bastante claro y directo. Sin embargo, a él le parecía algo insólito.

—Dime, ¿tienes algún problema con Sandra Devine? ¿No te cae bien? ¿Le encuentras algún defecto? Puedo entender que no seas fan de sus películas o del género que interpreta, pero es una simple entrevista. ¿O tal vez es todo lo contrario? —Agitó un dedo ante él y sonrió con picardía.

—¿Qué quieres decirme? —Sebastien se echó hacia atrás mirándola con recelo por lo que podían significar su comentario.

—Que a lo mejor tiene que ver con que ella sea lo bastante atractiva como para ponerte nervioso—. Lucía arqueó las cejas y frunció los labios en un claro gesto de sorpresa por la reacción de su mejor redactor—. A ver, es la actriz de moda. La nueva reina de las películas románticas. No va a comerte. Ni creo que vayas caer rendido a sus pies. Ni mucho menos ella, vamos. Apuesto lo que quieras a que tiene una legión de admiradores. —Hizo rodar los ojos y resopló como si se imaginase la escena.

Sebastien apretó los labios y asintió disimulando su sonrisa.

—Lo sé. Pero, yo no tengo ni idea de qué preguntarle a una actriz de ese género —puso como excusa para evitar encargarse del

trabajo. Estaba algo confuso por aquella petición de su jefa.

—Perfecto. Entiendo que no te gusten las historias de amor, y que no seas un entendido en las películas de corte romántico, porque siendo sincera contigo… No te pegan —confesó sacudiendo la cabeza convencida de que así era.

—¿Por qué lo dices?

—No te veo en ese papel. Te veo más en películas de acción o de suspense. Sí. En cuanto a las preguntas, no te preocupes que tampoco vas a someterla al polígrafo, hombre. Considero que es una buena oportunidad para ti hacerte cargo de la entrevista para el próximo número de nuestra publicación. Tenemos que aprovechar que Sandra estará de paso en la ciudad durante estos días

—Vale. ¿Y qué pinto yo en esto? Si puedo saberlo…

—Todo.

—¿Todo? —Sebastien frunció el ceño sin comprender nada.

—Cuando supimos de su visita a su ciudad natal y su estancia durante unos días, me puse en contacto con su representante para acordar hacerle un reportaje. Lo que me sorprendió fue que ella pidió que fueses tú expresamente quién la entrevistara.

Sebastien se quedó callado durante unos segundos en los que asimilaba la información.

—¿Me lo dices en serio? —preguntó él con la mirada entornada.

—¿En alguna ocasión te he dado la sensación de no estar haciéndolo? —reprochó con una mezcla de ironía y advertencia—. Lo que me lleva a preguntarte de nuevo ¿por qué pareces reacio a hacer el trabajo? Fíjate que algunos pagarían por estar cerca de ella y hacerle la entrevista. Y ya no te digo ser invitado de su fiesta. Dime, ¿qué sabes de ella?

Sebastien frunció los labios y encogió los hombros. Luego sacudió la cabeza.

—Lo poco que sé de ella es… que es una actriz famosa. He visto las portadas de sus películas y su rostro en algunas marquesinas de las paradas del autobús. Ah, y en las estaciones del metro.

—Yo me refiero a si te la han presentado. A si por casualidad alguna amiga tuya o tu hermana… ¡Coño, nació y se crio aquí!

Sebastien boqueó cogiendo aire al verse en aquella situación tan inesperada.

—Pues… pues claro que no. No tengo por costumbre codearme con estrellas de cine. La verdad…

—Sinceramente, no entiendo tu comportamiento. Sandra ha tenido a bien concedernos este reportaje con motivo del lanzamiento de su nueva película, que coincidirá con la noche de Halloween. Es más, según su agente, tiene pensado hacer una fiesta para celebrar el estreno. Todos los que quieran asistir deberán ir disfrazados. No hace falta que te diga que tendrás que asistir. —Lucía esbozó una sonrisa divertida al poner en aprietos a su mejor redactor. Se pasó la lengua por el labio superior y abrió los ojos como platos.

Él se limitó a resoplar al escucharla y relajó los brazos dándose por vencido ante tales evidencias. No iba a conseguir nada.

—¿Pretendes que acuda a una fiesta de disfraces? Pero…

—Es el requisito indispensable para asistir, acabo de comentártelo. Cubriremos ese evento también. Pero, lo primero es la entrevista, ya tendrás tiempo de pensar en un disfraz para tal ocasión. Por lo pronto, tú te encargarás de las preguntas, y Rachel de las fotografías.

—De acuerdo. Veo que no me queda otra… ¿Alguna cosa más?

Lucía se quedó callada con los ojos entrecerrados mientras asentía.

—Sí. Estaba pensando que no vas a ceñirte a su trayectoria profesional. Esa la conocemos todos y nos basta con navegar por la

web. No, no. Harás una entrevista más personal e íntima.

Sebastien frunció el ceño intrigado por lo que podía habérsele ocurrido a su jefa.

—¿Cómo?

—No vas a hacer las típicas preguntas que le hacen todos los periodistas. No me interesa saber quién es su actriz preferida, o por qué decidió el género romántico. Ni cómo se siente con el dinero que ha ganado; ni que cada vez que se estrena una de sus películas esta asciende al número uno de las más vistas en cuarenta y ocho horas. Quiero a la mujer que hay detrás de la actriz. ¿Captas el mensaje? —le indicó con un tono que pretendía dejarle claro lo que quería para la revista.

—La mujer —repitió Sebastien asintiendo como un chico bueno mientras en su cabeza intentaba hacerse una idea de qué le preguntaría. Menudo marrón le estaban endosando. Ya le daría a quien él sabía.

—Eso he dicho. La mujer. Soy consciente de que no te confesará con quién sale y todo eso, pero tú inténtalo. La verdad es que lo lleva muy en secreto. Y eso que se le ha visto en ocasiones acompañada, pero nunca ha dado información al respecto.

—No querrá mezclar su vida personal y profesional como mucha otra gente del mundo del espectáculo. Hay que respetarlos.

—Sí. Bien, lo que tú digas —Lucía sacudió la mano restando importancia a ese comentario y siguió con lo que en verdad importaba—. Os espera a Rachel y a ti en el hotel Chevalier. Avisaré a su agente cuando vayáis para que os espere en la recepción. De todas formas, allí ya saben que vais. Ella os conducirá a su habitación en la que le haréis el reportaje. A las ocho.

—¿Esta noche? —le preguntó sin poder creer que no pudiera irse a casa ya.

—No podía ser en otro momento. Lo lamento, pero es así. ¿Tenías planes?

—Sí, había quedado con alguien.

—¿Alguien especial?

El tono y la sonrisa irónica de Lucía provocaron las carcajadas en él.

—Muyyyyyy especial.

—Vaya. Esto sí que es digno de comentar. Creo que en tres años que llevas aquí es la primera vez que te escucho hablar de «alguien». ¿Llevas mucho tiempo con ella?

—Un poco, la verdad.

—Dile que venga a buscarte por aquí, y que te acompañe a la entrevista. No creo que tardéis mucho.

—No, no. No es buena idea.

—¿Por qué?

Sebastien se estaba complicando sin pretenderlo. Debería haberse quedado calladito. Pensó en *ella* y sonrió al imaginarla caminando por los pasillos de la redacción.

—Es algo tímida. Y ahora si me disculpas iré a ver a Rachel —le aseguró lanzando una mirada al reloj—. No querrás que lleguemos tarde, ¿verdad? Es una estrella del cine…—le recordó con cierto retintín.

—Está bien. No hace falta que pongas así. Parece que te envío a un suplicio. —A juzgar por el comportamiento de él, a Lucía le daba la impresión de que Sebastien parecía contrariado. Era la primera vez que lo veía de esa manera. ¿Acaso le intimidaba Sandra Devine? ¿O era por el tipo de preguntas que debía hacerle? De manera que se limitó a asentir—. Ya me dirás mañana qué tal te ha ido. Esperaré ansiosa tu entrevista. Espero que le causes una buena sensación.

Sebastien captó el mensaje y con una leve inclinación de cabeza

salió del despacho de su editora mientras soltaba el aire acumulado en su interior. ¡Entrevistar a Sandra Devine! La actriz de moda. La mujer que acaparaba las portadas de las revistas, las marquesinas de los autobuses o en las estaciones de metro con el poster de su nueva película. Él la veía a todas horas; conocía su rostro de memoria. Estaba seguro de que cualquiera desearía estar en su lugar: seguro, se dijo con una mueca irónica.

Había quedado con Rachel para ir juntos al hotel, donde harían la entrevista y las fotos. Esta aparentaba estar relajada caminando a su lado con sus gafas de espejo sobre el pelo, un cigarrillo en la mano, y la bolsa con la cámara colgada del hombro. Llamando la atención a casa paso que daba con su aspecto de motera. Y es que lo era. Conducía una moto de gran cilindrada y era aficionada a las concentraciones de estas.

—Si no te conociera diría que no te hace ni pizca de gracia esta entrevista —le comentó cuando se dio cuenta que Sebastien iba distraído—. Estoy segura de que algunos tíos, y alguna que otra tía, desearían estar diez minutos a solas con ella en esa habitación de hotel y hacer realidad sus fantasías.

—Seguro que sí.

—Admite que es una mujer muy atractiva. Apuesto a que más de uno se ha aficionado a las películas románticas solo por verla a ella. Hablando de todo un poco, sabes que tendremos que ir a la fiesta que organiza con motivo de su nueva película, ¿no?

—Eso me ha dejado claro la jefa.

—¿De quién piensas disfrazarte?

Sebastien se limitó a sonreír antes de entrar en el hotel con una mezcla de nervios y cabreo. ¿Por qué no le había avisado con tiempo? Preguntaron por el representante de Sandra en recepción, y al momento apareció una mujer con el pelo rubio y corto que los

saludó.

—Sois los de la entrevista, ¿verdad?

—Sí. Soy Rachel, la fotógrafa; y él es mi compañero Sebastien. Se encargará de las preguntas.

—Perfecto. Soy Eve, la representante de Sandra. Si me seguís a la habitación donde os espera…

Esta intercambió una mirada y una sonrisa con Sebastien. Y este se limitó a asentir sin decir nada. Comentaron algunas directrices acerca de la entrevista antes de subir a la habitación.

—Creo que lo mejor sería hacer las fotografías antes que la entrevista. De ese modo podrás irte a revelarlas —convino la representante mirando a Rachel.

—Sería lo más lógico.

—Por mí no hay inconveniente —Sebastien sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Entonces, todo claro.

Los dos siguieron a la agente hasta una habitación amplia con vistas a la arteria principal de la ciudad. Tal vez se trataba de una *suite*, pensó él recorriéndola con su mirada como si tratase de evitar a la persona a la que había ido a entrevistar. Inspiró hondo y la primera visión que tuvo de Sandra fue de espaldas a ellos, mirando por la ventana.

Al escuchar el sonido de la puerta cerrándose, ella se volvió para saludarlos. Sebastien percibió un brillo especial en su mirada y una sonrisa cómplice cuando estrechó su mano. Su apretón fue firme sin apartar su mirada de la suya. Profesional. Tratando de parecer convincente. La observó de manera detenida mientras Rachel le explicaba lo que harían. Quería pasar desapercibido, como si ella no fuera de interés para él, pero no pudo evitar lanzar un par de miradas en su dirección. E incluso en alguna ocasión se encontró

con la de ella. Tenía que darle la razón a Rachel, era muy atractiva, y su cuerpo… aquellas increíbles piernas que asomaban bajo su falda… y la blusa entreabierta dejando ver algo más de lo permitido… Se puso a repasar las preguntas que le haría, mientras la escuchaba reírse y hablar con Rachel con total naturalidad y complicidad como si se conocieran de toda la vida.

—¿Nervioso?

—¿Eh? —La voz de Eve lo sorprendió. Volvió el rostro hacia la representante y sonrió de manera cínica—. ¿Tú que crees?

Eve le dio una palmada en el brazo, arqueó las cejas y sonrió divertida.

—Eres todo un privilegiado por estar aquí con ella.

—Sin duda que lo soy. No lo sabes tú bien —Se fijó en sus poses de cara a la cámara. En alguna ocasión ella lo miró con toda intención. Él no pudo evitar quedarse mirándola y asentir.

—Espero veros en la fiesta de disfraces con motivo de la presentación de la película.

—Ahhh, sí. Ya me han puesto al tanto. Descuida.

—Supongo que ella te lo comentará también. —Señaló a Sandra que ya había terminado de posar para Rachel.

—Eso es todo por mi parte. En cuanto tenga las fotos podrás verlas —le dijo guardando su cámara en la bolsa. Se volvió hacia Sebastien y movió las cejas con toda intención—. Toda tuya. Sé bueno.

—Claro. Faltaría más —le aseguró con un toque de ironía. Luego se volvió hacia Sandra Devine dispuesto a comenzar la entrevista. Se miraron de forma detenida y ella sonrió complacida por la situación.

—¿Nos sentamos? —sugirió indicándole a Sebastien una silla—. Déjanos a solas, Eve.

—Por supuesto. Iré a tomarme algo al bar. Un placer verte,

Sebastien —Se despidió de él con una sonrisa muy reveladora.

—Sí, claro. Lo mismo te digo.

Una vez a solas, él se detuvo a observarla en silencio antes de afrontar la entrevista. Sandra no se quedó atrás y pareció retarlo con su mirada.

—Me apetece tener una charla relajada. Sin ningún tipo de prisas.

—Eso está bien porque es lo que pretendo que sea —Cerró su portafolios, donde llevaba preguntas y lo dejó sobre la mesa—. Me han encargado que te haga una entrevista informal. No voy a preguntarte por tu carrera como actriz sino por la mujer que hay tras esta. Al parecer, toda esa información se puede obtener en Internet con un solo clic.

—Tienes toda la razón.

—Mi editora y sus lectores, quieren saber cosas de la mujer que surge cuando dejas de actuar, creo que me he explicado bien. —Entornó su mirada hacia ella y la observó sonreír de manera maquiavélica. Como si se estuviera divirtiendo con aquella situación, y él lo entendía. Entrecerró los ojos y asintió convencida de algo.

—Entonces, haremos una cosa —Se inclinó hacia delante permitiéndole ver algo más de su provocativo escote—. Si quieres conocerme como mujer, será mejor que estés dispuesto a aguantar despierto toda la noche.

Sebastien creyó que no había escuchado bien. ¿Cómo que estar dispuesto a aguantar toda la noche? ¿Qué pretendía? Al ver el gesto de sorpresa en su mirada, Sandra sonrió divertida por lo que pudiera estar imaginándose él.

—No pienses mal, hombre. Sólo te estoy proponiendo salir por ahí y charlar como dos personas que se conocen. Dejando a un lado el plano estrictamente laboral. Nos olvidaremos que yo soy una

actriz de éxito, y tú un periodista. Solos tú y yo. Sin etiquetas. Sandra y Sebastien —le dijo pronunciando sus nombres con inusitado interés—. ¿Qué me dices?

Él se limitó a recostarse en la silla y cruzar una pierna sobre la otra. Una sonrisa mitad irónica, mitad divertida se trazó en sus finos labios. No esperaba que ella reaccionara de esa manera, pero…

—Sin duda será más interesante que charlar aquí. ¿Cuándo nos vamos?

—Será cuestión de diez minutos. Ponte cómodo —le dijo desapareciendo tras las puertas corredizas, que separaban el saloncito de la habitación.

Media hora más tarde en un pub alejado del hotel, Sebastien la contemplaba divertido mientras ella cogía el botellín de cerveza y se lo llevaba a sus labios para darle un buen trago. Tenía el pelo todo alborotado, y un gesto risueño en su rostro mientras le devolvía la mirada. Tenía ante él a la misma mujer que no hacía mucho tiempo había visto en la suite del hotel.

—Sé lo que estás pensando —le dijo ella con los ojos entrecerrados mientras asentía con una mezcla de diversión y seguridad—. Y déjame decirte que es verdad.

—Sería mejor que no te revelara mis pensamientos en ese preciso instante. Te lo aseguro.

Si ella supiera que en ese instante lo que más le apetecía era besarla...

—No estés tan seguro. A ver, entiendo que tal vez te sorprenda verme de esa manera tan relajada charlando contigo. Tomándome una cerveza y mientras escucho la música que suena. Pero, esta que ves aquí soy yo. Tan real como la vida misma ¿No crees?

—Sin embargo, ¿por qué en ocasiones ofreces una imagen de

mujer…?

—¿Profesional? ¿Seria? ¿Fría? ¿Antipática? ¿Aburrida? —le enumeró ante la propia incredulidad de Sebastien—. ¿O tal vez la que sonríe en todo momento ante los micrófonos y los flashes de las cámaras? ¿Cuál prefieres?

—Prefiero a la que tengo ante mí en este mismo instante. No la cambiaría por ninguna otra.

—Vaya, sabes cómo halagarme.

—No te halago, soy sincero.

—¿Qué vas a escribir sobre mí? —le preguntó entornando su mirada con un toque de curiosidad, al tiempo que sentía como si él la conociera desde siempre.

—Que te gusta la cerveza.

Sandra sonrió ante el comentario.

—Eres poco original. Supongo que mis seguidores ya lo saben.

—Tal vez. Vale que te gusta que te halaguen —admitió él bajando la mirada hacia el vaso y pensando en lo que realmente podría contar acerca de ella. Aunque lo aderezaría con algunas notas de humor o fantasía. Nadie investigaría si eran ciertas o no—. Por cierto, quería preguntarte por cierta fiesta de Halloween que vas a dar y que…

—Espero contar contigo. No puedes fallarme.

—¿Pretendes que vaya disfrazado?

—Ya lo creo. O no podrás entrar a la fiesta. Además, te interesará porque voy a hacer una revelación que nadie se espera. Créeme.

Le gustó la expresión de su rostro. Natural, espontánea y su mirada de «allá tú».

—¿Serías capaz de dejarme a la puerta si no voy disfrazado? Creo que voy a empezar a hablar mal de ti en la revista —le dejó

claro señalándola—. ¿Por qué no me dices qué vas a revelar? De ese modo, me evito ir.

—No puedes hacerlo, y lo sabes —sonrió con la seguridad de que era cierto—. Y en cuanto a la revelación, no te diré nada hasta la noche de Halloween.

—Encontraré algún secreto en tu vida que no has revelado a la gente.

—No me importa, e insisto en el tema de la fiesta. Dejaré orden por escrito al portero de que no deje pasar a todo aquel que no vaya disfrazado esa noche. Es Halloween, y por lo tanto hay que celebrarlo. Es la tradición.

—¿Y de qué se supone que irás tú? Si puedo saberlo.

—Ya lo sabrás cuando me veas. Oh, vaya, eso implica que tendrás que disfrazarte para buscarme en la fiesta. En fin, creo que nos estamos desviando del tema por el cual estamos aquí.

—¿Qué me dices de tu pareja? ¿Tienes algún tipo de relación?

La vio sonreír con ironía y hacer un gesto de diversión. Luego, se mordió el labio con sensualidad y sacudió su cabeza.

—¿Tiene esta pregunta algo que ver con el tema de la fiesta? ¿Una especie de vendetta?

—No. Es por mi editora. Entiende que quiere saber cosas personales tuyas.

—Lo entiendo, pero eso es algo que me guardo para mí. Pero, por ser tú y porque me has caído bien… te diré que a mi pareja no le gusta aparecer en público. Desde el primer día me dejó claro que el prefería mantenerse al margen. Es mi carrera profesional y él no quiere interferir.

—¿Y os funciona ese tipo de relación?

—Ya lo creo. Llevamos juntos varios años, ya. Pero, no voy a contarte más. De manera que no sigas por ahí.

—¿Asistirá a tu fiesta?

—Supongo.

—Bien, ¿y qué me vas a contar que pueda interesar a mi editora?

—Te diré que me gusta cocinar, salir a correr temprano, practicar Tai-Chi, viajar cuando tengo tiempo o quedarme en mi casa tranquilamente con él y mis dos gatos. No te quejarás del material que te estoy dando… —Arqueó las cejas con toda intención y sonrió —. Pero, no veo que lo anotes en ninguna parte.

—Tranquila, me acordaré de todo cuando tenga que redactarlo. ¿Eres tan romántica en la vida real como en la ficción que interpretas?

La pregunta hizo que ella entreabriera sus labios dejando escapar un leve suspiro.

—Esa pregunta deberías hacérsela a la persona que está conmigo. Aun así, lo soy. Sin duda alguna. Por cierto, ¿has visto alguna de mis películas?

—Debo confesar que sí.

—¿Y qué te han parecido?

—Bueno… No es mi género preferido, pero me han parecido buenas historias. Creíbles. Tomaré nota para ponerlo en la entrevista. ¿Algún vicio inconfesable?

La vio reírse a carcajadas y como su rostro se encendía.

—Has dicho inconfesable…

—*Touchée*.

—Si lo hiciera dejaría de serlo.

—En fin, si no vas a hablar más de tu vida personal… Creo que con lo que me has contado y he visto durante tu sesión de fotos, tengo suficiente.

—¿Y tú? ¿Qué puedes contarme de ti?

Sebastien inspiro hondo. Frunció sus labios y sacudió la cabeza.

—No hay nada interesante que contar. Solo soy un simple periodista.

—¿Ni si quiera una relación? ¿Algo que no sea solo trabajo?

—Se supone que aquí soy yo el que hace las preguntas.

—Pero, no es nada malo intercambiar información.

—Hay alguien en mi vida. Pero no te diré más porque soy muy reservado. Y ahora, si me disculpas, deberías regresar a tu hotel, o tu representante se preocupará por saber dónde estás —le recordó observando su gesto de decepción—. Y yo debería irme a mi casa a redactar un borrador para presentárselo a Lucía a primera hora.

—¿Siempre eres tan aguafiestas?

—Por lo general… No. Pero el deber me llama.

Permanecieron en silencio, observándose de manera reveladora. Por fortuna nadie se acercó a ella para pedirle que se hiciese un selfie, o le firmase un autógrafo, lo que le permitió disfrutar de ese momento.

—Está bien. Vámonos —dijo ella con resignación.

—¿Cuánto tiempo estarás en la ciudad?

—Todo el que necesite. El rodaje de mi última película ha terminado y salvo por algunos viajes a Londres para asistir a la televisión y algunas entrevistas más, me quedaré en mi casa.

—¿Por qué el hotel para hacer la entrevista?

—Se lo sugerí a Eve por privacidad.

—Entiendo. Bueno, supongo que vuelves a este…

—Sí. Por cierto, no olvides lo de la fiesta de disfraces de pasado mañana. Y si no apareces disfrazado, no te dejarán pasar.

—¿De qué irás tú disfrazada? ¿De bruja? ¿Vampiresa? ¿La niña del exorcista? Dame una pista, venga…

Ella sonrió con picardía.

—Ya lo verás. Ah, y repasa el cuestionario, tal vez puedas darle otra vuelta.

—Lo tendré en cuenta. Podríamos tomarnos la última y así te comento un par de cosas que se me han ocurrido.

Ella sonrió ante la propuesta. A él le pareció que se lo estaba pensando por la cara que ponía. Se acercó con determinación hacia él y cogiéndolo de la mano tiró de él.

—Me parece bien siempre y cuando pases la noche conmigo.

—Un momento —le dijo él deteniendo su avance—. ¿Estás segura? ¿Has dicho que estás con alguien? ¿Y la prensa? ¿Alguien podría veme subir contigo a la habitación y…?

La respuesta de ella fue determinante acercando su rostro al de él de una manera peligrosa. Sebastien se sintió confundido ante aquella situación siendo consciente que, aunque quisiera detenerse, no podría.

—En cuanto a mi pareja, no creo que ponga ningún impedimento, ¿no? —le confesó haciendo un movimiento con la cabeza hacia la entrada del hotel ante la incredulidad de él.

Sebastien sabía que no podía negárselo. Que por mucho que pretendiese mantenerse frío y distante con ella, le resultaría imposible.

Minutos después, en la intimidad de la habitación del hotel él dejaba que sus labios descendieran por el cuello de ella hasta la clavícula, donde los presionó con más insistencia; como si quisiera dejar su particular marca. Sus manos ascendían de manera lenta y sugerente por sus brazos hasta lo tirantes del sujetador que deslizó con toda intención, sabiendo lo que el roce de sus dedos provocaba, mientras volvía a besarla en el cuello.

Sandra sintió un escalofrío recorriendo su espalda, que se acrecentó cuando sintió como sus pechos quedaba libres y las

manos de Sebastien los cubrían para juguetear con los pezones. Cerró los ojos abandonándose a aquella espiral de caricias, besos, y gemidos tan anhelados. Se tomó su tiempo. Saboreando cada instante. Sus labios trazaron un sendero de besos húmedos, cálidos, sensuales por todo su cuerpo mientras observaba las reacciones de ella. Decir que no quería que la noche terminara era absurdo. Sandra se acopló con total normalidad al cuerpo de él como si se conocieran, como si en verdad ambos estuvieran destinados a permanecer juntos. Lo besó con una mezcla de fervor, deseo y ternura, sintiendo cada una de sus caricias. Escuchó su voz susurrarle su nombre. Su piel sobre la de ella, sus ojos fijos en los suyos, su mano acariciando su mejilla mientras seguía moviéndose sobre él llevándolo hacia un clímax que no deseaba alcanzar. Pero que era inevitable. Entonces, la estrechó contra él besándola en la frente, en los párpados, en la nariz, y en los labios. No se trató de un beso voraz, como el que antes los había poseído. Era algo más tierno, más íntimo, más dulce.

La miró a los ojos, mientras ella sonreía risueña. ¿Qué podría decirle? ¿Qué debía hacer?

Sandra se incorporó devolviéndole la mirada con tal intensidad que Sebastien pensó que podría leer su mente, y su corazón. Le acariciaba el rostro mientras se mordía el labio inferior de manera sensual, provocativa. Lo besó de manera lenta e intencionada mientras la sábana se deslizaba más allá de su espalda revelando su desnudez.

—Imagino que lo que acaba de suceder no lo contarás en tu entrevista —le susurró con un tono burlón, pero sensual. Tenía el pelo alborotado cayendo sobre una parte de su rostro, se mordía el labio, y su mirada chispeaba otorgándole una imagen tentadora.

Sebastien la miró fijamente, confundido por aquel comentario, y

al momento sonrió.

—¿Por quién me tomas?

—Más te vale, vaquero —le aseguró guiñándole un ojo.

Entonces, él la atrajo hacia su pecho dejando que sus manos le recorrieran la espalda a Sandra de manera provocativa. Luego, se recreó en su rostro al tiempo que le apartaba varios mechones para dejarlo despejado y sonreír burlón.

—¿Cuánto hace que no te digo lo preciosa que me pareces cuando te muestras tal y como eres?

Sandra asintió como enrojecía.

—¿Te refieres a este momento en el que estoy desnuda? —Inclinó su rostro para que él no la viera, pero Sebastien deslizó su mano bajo su mentón para obligarla a mirarlo a los ojos.

—No, me refiero a cuando eres «tú». La mujer que conozco de puertas para dentro. Cuando no interpretas a ningún personaje. Y ahora dime, ¿cómo se te ocurrió esta locura de pedir que te entrevistase? —le preguntó con los ojos entrecerrados. Mirándola como si tratase de averiguarlo por él mismo antes de que ella se lo dijese.

—Tenía ganas de estar contigo.

—Yo también, pero… Podrías haberme dicho que llegabas hoy a la ciudad.

—Pero no habría sido lo mismo. Quería darte una sorpresa.

—Pero, ¿solicitar a la editora de la revista en la que trabajo, que sea yo quien te haga una entrevista…? No veas la cara que se me quedó. Incluso ella pensó que no quería hacértela.

Sandra sonrió y pronto las carcajadas fueron lo único que llenó la habitación.

—Reconoce que ha sido ingenioso. Eve no podía creer que fuese a hacerlo.

—Sin duda que lo ha sido. Y deberías haber visto la expresión de su cara cuando Rachel y yo aparecimos en el vestíbulo del hotel. No veas qué sonrisitas me dedicaba —comentó abriendo los ojos hasta su máxima expresión, lo cual provocó un revuelo insospechado en Sandra.

—Quería tenerte una noche entera para mí. Por eso te he pedido que subieras a la habitación —susurró en sus labios antes de rozarlos de forma tímida y sus manos enmarcaban el rostro de él. Sintió que se fundía por dentro; un escalofrío recorrió todo su cuerpo y la piel se le erizó cuando ella lo besó de aquella manera, mientras dejaba que sus dedos trazaran el perfil de su rostro—. Llevo unas semanas de promoción de la película en las cuales no nos hemos visto. Por eso se me ocurrió esta idea. Eve llamó a tu editora para cerrar el acuerdo. Le pedí expresamente que fueras tú —confesó mientras el semblante de su cara se tornaba en el de una niña traviesa. Se mordió un dedo mientras sus ojos chispeaban de emoción—. Nadie te relaciona conmigo. Nadie sabe que tú eres el dueño de mi corazón.

—No has sido la única. Yo he tenido unos días frenéticos. Creo que ha sido lo mejor que has podido hacer —confesó mientras ahora era él quien tomaba su rostro entre sus manos y la besaba—. Soy muy afortunado por tenerte a mi lado.

Sandra se dejó arrastrar por el mar de caricias que las manos de Sebastien comenzaron a regalarle al tiempo que la besaba.

—Tranquila, no revelaré nuestro pequeño secreto a nadie. No voy a contarle a nadie cómo eres en realidad. Ni lo que sientes cuando te acaricio, o cuando te beso. Eso solo lo sabré yo. De todas formas, aunque lo hiciera, no me creerían.

—Tal vez ha llegado el momento de presentarte en público y de ese modo todos me dejarían tranquila. Sabes las veces que tengo

que responder a esas cuestiones. Incluso me han relacionado con algún colega.

—No seré yo quien lo decida. Sabes que no me importa seguir en la sombra.

—Lo sé, pero empiezo a cansarme de ello. Entiendo que tenemos trabajos distintos y que yo paso temporadas alejada de ti, y que no pides nada a cambio. Que siempre estás ahí esperando mi vuelta a casa…

—Y seguiré estando ahí cada vez que regreses. Ya contaba con esto cuando di el paso. Por cierto, ¿quieres me largue de madrugada como si fuera un ligue tuyo o…?

—Ni hablar. Quiero dormir abrazada a ti.

—En el fondo eres una romántica.

—¿Y?

—Que me encanta. Eso sí, me largaré por la mañana temprano ya que supongo que la prensa estará aquí a primera hora. Verás como alguien les da el soplo. Y tendré que echar de comer a sus majestades felinas.

—No me importa porque esta noche ha merecido la pena. Espero que estén bien.

—Sin duda. Pero te echan de menos, sobre todo Artemisa. Es más mimosa que Aquiles. Me recuerda a su dueña. Creo que añadiré ese dato a la entrevista. Para que Lucía quede satisfecha.

—Confío en ti. Siempre lo he hecho.

Sebastien la atrajo hacia él rodeándola por los hombros y apagó la luz para que los dos descansaran. Ya se la ingeniaría a la mañana siguiente para marcharse de allí.

No había terminado de amanecer cuando Sebastien terminó de vestirse.

—No olvides la fiesta de Halloween —le recordó ella con una

sonrisa pérfida.

—Lo tendré en cuenta porque eres tú… ¿eh?

—Te veré allí porque tengo compromisos con la película.

—No te preocupes. Allí estaré. Además, quiero estar presente cuando hagas tu famosa revelación —le dio un último beso y salió de la habitación dejándola a ella en la cama. Tenía el tiempo suficiente para pasar por su casa y cambiarse de ropa. Sería sospechoso aparecer en la oficina con la misma del día anterior. Terminaría la entrevista antes de pasársela a Lucía para que le echase un vistazo.

Llegó a su mesa en la oficina antes de que lo hubiese hecho Lucía. Se puso a trabajar en la entrevista en ese momento de calma del que disfrutaba. Añadiría un par de preguntas más y la adornaría aquí y allá en relación a los gustos y preferencias de ella. Sonrió cuando se paró a pensar en lo que iba a añadir. Esperaba que a ella no le pareciese mal, pero serían convincentes y graciosas. Y lo más importante de todo: no la comprometerían. Lo que lo llevo a pensar de nuevo en lo que ella le había contado acerca de presentarlo como su pareja ante la opinión pública. Era algo que habían llevado en secreto desde el principio porque él no había querido adentrarse en ese mundo. Prefería seguir siendo alguien anónimo para todos los demás. Pero si ella prefería hacerlo, y decirles a todos quién ocupaba su corazón… Adelante. Él no tendría ningún problema. Se fijó en Lucía y en como se dirigía hacia él nada más verlo sentado a su mesa tecleando.

—Buenos días, ¿de lleno con la entrevista a nuestra actriz de moda?

—Sí, dándole lo últimos retoques. En breve la tendrás para que le eches un vistazo.

—De acuerdo. Veré las fotos que le hizo Rachel mientras, y

elegiremos las mejores. Cuando lo tengas terminado me lo envías y charlamos sobre qué tal te fue con ella.

—Hecho.

Siguió trabajando ajeno a la mirada atenta de Lucía. Esta pensaba en lo que le contaría al respecto de la entrevista con Sandra. No podía evitar preguntarse si había resultado todo bien dada la reticencia que había mostrado él. ¿Le sucedía algo con ella? Preguntaría a Rachel a ver qué tal había ido, mientras estuvo presente.

Sebastien miro el reloj y no pudo evitar preguntarse si ella todavía estaría durmiendo. La verdad era que su ocurrencia le había alegrado el día ya que ella no le había dicho nada de que llegaba a la ciudad. Una idea original que había terminado de la mejor manera. Terminó el documento y se lo envió a Lucía. Esta no tardó ni cinco minutos en llamarlo al despacho para comentarle algo.

Cuando él entró en el despacho minutos después, Lucía terminaba de leer el segundo folio y lo dejaba sobre la mesa. Levantó la mirada hacia Sebastien.

—Reconozco que tu entrevista es muy original. ¿En verdad te contó estas cosas? —le preguntó mirándolo con cara de incredulidad mientras sostenía sus gafas para ver de cerca en la mano. Entrecerró sus ojos sin apartar su atención de él.

—Ahí está todo. Me centré en la mujer que habita bajo la actriz. Era lo que me pediste.

—Sí, sí… Es lo que buscábamos. Darle un enfoque completamente diferente y evitar las clásicas preguntas que todos hacen cada vez que la ven.

—Por ese motivo preferí centrarme en cuestiones de la vida cotidiana. Como si fuésemos dos viejos amigos.

—Sin duda que es la impresión que dejan tus preguntas, y sus

respuestas. Me choca que se haya confesado ante ti y no lo hiciese en otras entrevistas que le han hecho… Como bien dices, parecéis dos viejos amigos que quedan para charlar —Su tono dejaba entrever que sospechaba que algo podría haber sucedido entre ellos. Pero prefirió no insistir y no alimentar sus sospechas más. —Dime, ¿qué te pareció? Ayer cuando te lo propuse parecías… sorprendido y hasta cierto punto molesto. Y esta mañana me entregas esta entrevista tan genuina y divertida. Gustará a muestras lectoras, e imagino que a algún lector también.

Él se fijó en las fotografías de Sandra desplegadas sobre la mesa de Lucía. Rachel había sabido captarla. Admitía que en alguna que otra la encontraba preciosa. Desvió la atención de estas lo antes posible. No quería llamar la atención de Lucía.

—Me sorprendió que fuese yo.

—Ya te dije que cuando hablé con su agente, Sandra pidió que fueses tú en exclusividad. ¿Te dio alguna explicación de por qué te había elegido?

Él se limitó a sacudir la cabeza.

—No. No mencionó nada al respecto.

—Es curioso. Tal vez conoce tu trabajo… —Mordisqueó la patilla de su gafa y lo miró con curiosidad, pero también con toda intención.

—¿Hay algo más que quieras comentarme acerca de las preguntas, o te parecen acertadas?

Lucía retomó los folios para echar un último vistazo.

—Así que dice que canta en la ducha.

—Eso parece —asintió él recordando alguna que otra ocasión en la que la había sorprendido aferrada al bote del champú por micrófono.

—No es supersticiosa.

Aquí él volvió a sonreír de manera tímida recordando como todas las mañanas ella salía de la cama posando el pie derecho en el suelo. Y aunque le juraba que lo hacía porque era el primero que sacaba de la cama, y no por superstición, él más bien creía que algo de eso había. Volvió a prestar atención a Lucía cuando hubo terminado de leer la entrevista.

—Me parece perfecta para su publicación. De su vida sentimental no te habrá dicho nada… —comentó con la mirada entornada llena de curiosidad.

—Asegura que tiene una relación desde hace años.

—¿Y dónde está? ¿Por qué nunca se lo ve con ella? ¿Hombre o mujer?

—Al parecer, él prefiere permanecer en el anonimato.

—Vaya… No le va ese mundo ¿Te contó algo más de él?

—No.

—Tal vez vaya a la fiesta de disfraces de mañana con motivo de Halloween.

—¿Quién sabe? Solo que si va disfrazado no lo reconoceremos —le comentó él encogiéndose de hombros y ladeando la cabeza.

Lucía asintió complacida.

—Eso es cierto. Será complicado dado que se le acercarán muchos a saludarla, hacerse una foto y demás —Ella se quedó pensativa unos segundos mientras se mordisqueaba el labio. Finalmente se limitó a asentir—. Sí claro. Buen trabajo, Sebastien —le dijo mientras él sonreía complacido y salía del despacho—. No te olvides de la fiesta.

—Descuida. Tanto ella como su agente me lo recordaron. Y que si quería entrar debería ir disfrazado Lo tengo en mente.

Lucía asintió con una sonrisa. ¿Qué se traía entre manos Sebastien con Sandra Devine? No pudo evitar preguntarse Lo vio

salir del despacho quedándose ella con la intriga. Le había parecido algo callado, y en ocasiones lo había pillado mirando las fotos de Rachel y sonreír. ¿Qué había sucedido entre ellos durante la entrevista? ¿O después de esta? Era algo que sabía que él no le confesaría.

Eve miraba a su amiga Sandra mientras esta se terminaba de arreglar.

—¿Qué le pareció tu plan?

—Se lo tomó bastante bien. ¿Qué quieres que te diga? Sorprendido, claro.

—Dímelo a mí que cuando lo vi llegar con la fotógrafa tuve que contenerme para no delatarme.

—Ya me lo comentó.

—Bueno, ¿y ahora qué? Supongo que acudirá a la fiesta.

—Sin duda. A pesar de que le he dicho que tendrá que ir disfrazado.

—No lo veo yo en ese plan. Es demasiado recatado. Algo tímido, para mi gusto.

—Ese toque es uno de los rasgos que más me atrae. En fin, será mejor que empecemos a vestirnos para la fiesta. No quiero perderme su llegada.

—¿Alguna idea sobre de qué irá disfrazado?

Sandra entrecerró los ojos y sonrió con diversión.

—Me imagino que sé de quién ira. No te será muy complicado adivinarlo si yo voy a ir de Mina Harker —le guiñó un ojo cogiendo su vestido de época en un tono rojo vino.

—Entiendo —asintió Eve esbozando una sonrisa reveladora.

Sebastien contemplaba su imagen en el espejo. Se había decidido por un traje en color gris claro de levita y un sombrero de copa. Llevaba la corbata, del mismo color, acorde a la imagen que pretendía dar y que esperaba que gustase a Sandra. Por nada del mundo se disfrazaría de algo con lo que no se encontrase a gusto. Cogió su bastón con la empuñadura de plata y por último sus gafas redondas con los cristales oscuros. Sonrió mirando por encima de estas. Terminó su atuendo con unos guantes negros de piel. Salió de casa consciente de que no desentonaría en la fiesta de Sandra.

La noche había caído cuando salió a la calle. No hacía demasiado frío, pero él agradecía ir abrigado con aquel traje. Sonreía y se tocaba el ala del sombrero a quienes se quedaban mirándolo y cuchicheaban. Algunos incluso le preguntaron si podía hacerse una foto con ellos. Sin duda que le gustaba meterse en el personaje y que su atuendo llamaba la atención. En un principio le pareció algo absurdo disfrazarse porque a él no le iba el tema monstruos y demás. Pero, después de pensarlo de manera detenida, vio una posibilidad que no le desencantaba. Y que estaba seguro que a ella le gustaría. Además, sabía que Sandra era una fan incondicional de la novela de Bram Stoker.

Cuando llegó al local donde se celebraba la fiesta de Halloween, esperó a que todos los demás entrasen y cuando llegó su turno miró por encima de la montura de sus gafas al hombre en la puerta y sonrió.

—Buenas noches —dijo arrastrando las palabras como si en verdad se tratase de un tipo del este del continente.

El tipo lo miró de pies a cabeza y sacudió la cabeza.

—No sé si dejarte pasar. ¿De qué vas disfrazado?

—Soy el príncipe Vlad. Si no me dejas pasar puedes pedirle a Sandra que salga y verás que no hay ningún problema.

Sin embargo, fue Eve la que lo hizo y la que se quedó clavada en la entrada al verlo.

—Vaya elegancia que has marcado.

—¿Lo conoces? —le preguntó el tipo de la entrada.

—Es la pareja de Sandra. Vamos, entra. Te está esperando ansiosa por saber de qué ibas a venir disfrazado.

Sebastien la siguió hasta el interior del local abarrotado de gente disfrazada con motivo de la noche que era. De repente, Eve se detuvo y le indicó a la persona que andaba buscando.

—Espero que no la muerdas en público.

—Descuida, sabré contenerme por muchas ganas que le tengo por esta jugarreta.

—Disfruta de la fiesta, y no seas duro con ella.

—Lo mismo te digo.

Sebastien se abrió paso entre la gente sin perderla de vista. Estaba rodeada de admiradores en ese momento. Llevaba el pelo suelto cayéndole sobre los hombros. La tez pálida hacia resaltar más el color de su pelo y sus labios de un rojo bastante llamativo. Llevaba una gargantilla con un camafeo. Su vestido era oscuro y dejaba al descubierto sus hombros. Era la primera visión que tenía de ella hasta que se detuvo delante del grupo que la rodeaba.

La mirada de Sandra encontró la suya en el preciso instante que ella giró la cabeza para responder una pregunta. Entonces sus labios comenzaron a curvarse de manera lenta y sus pulsaciones comenzaron a ganar extrema velocidad. Entreabrió sus labios y dejó escapar un leve gemido. Todos los que estaban con ella volvieron sus miradas hacia aquel desconocido.

—Buenas noches —dijo él quitándose el sombrero ante ella y mirándola con toda intención por encima de la montura de sus gafas. La encontraba deliciosa y con gusto se encerraría con ella en

el aseo y no la dejaría hasta que ambos estuviesen saciados por completo.

—Buenas noches —sonrió divertida y complacida paseando su mirada por todo él. Sin duda que había acertado con su disfraz del príncipe Vlad. El mismo atuendo que Gary Oldman en *Drácula*. Solo que Sebastien le parecía más elegante, más seductor y más peligroso—. Sin duda que me has sorprendido.

—Espero que esto satisfaga tu petición de venir disfrazado.

—Por supuesto, y, es más, has superado mis expectativas.

—Me alegro. Ya sabes que yo no soy muy dado a disfrazarme de zombi o el clásico disfraz de vampiro. Tenía que hacerlo de una manera que me agradara, y venir del príncipe Vlad, es lo que más me satisfacía. Aunque diré que he entrado gracias a Eve porque el tipo de la puerta no quería dejarme pasar.

—¿En serio?

—Como te lo estoy contando. Por favor, ¿quién no ha visto a Gary Oldman hacer del príncipe Vlad en la película de Coppola? —le preguntó entre la ironía y la sorpresa.

—La verdad es que verte con ese traje, la levita, sombrero de copa y ese bastón… Ummm, me pone. Solo te falta el lobo que aparece con él en la película.

—Cierto, solo que no he encontrado uno. ¿Debería haberme presentado con la capa y los colmillos como Christopher Lee? En fin, deja que te diga que estás preciosa con tu vestido de época. ¿Quién eres? —le preguntó mirándola de manera intensa, cercana hasta que sus rostros casi se rozaron. Entonces él sonrió—. Mi dulce princesa Elizabetha, o debería decir Mina Harker.

Sandra dejó escapar un suspiro cuando lo escuchó decir su nombre con voz ronca, arrastrando las letras hasta provocarle un escalofrío en el todo el cuerpo. Quiso pegarse más a él y fundirse en

sus labios, pero entonces él dio un paso atrás al sentir la tentación tan cerca, como para acabar sucumbiendo ante esta. Apartó la mirada de ella y se fijó en dos personas que conocía muy bien.

—Veo que Lucía, mi editora y Rachel han venido y nos están mirando con curiosidad. Será mejor que te deje a solas para que… —Se detuvo cuando la vio sacudir la cabeza, y se dio cuenta de que no lo soltaba de la mano.

—No quiero que te separes de mí.

—Pero… —Iba responder cuando se fijó en que su editora y Rachel acudían a saludarlo.

—Vaya, míralo. El príncipe Vlad en persona —comentó Lucía dándole un buen repaso—. Qué elegante, chico. Podrías ir vestido así a la revista. Veo que seguiste las indicaciones de la anfitriona —le dijo señalando a Sandra.

—No me quedaba otra si quería entrar. Y después de la entrevista que nos concedió, había que acceder a su petición —se excusó él en un intento por justificar su presencia allí.

—Más le valía —murmuró Sandra mirando a Sebastien con suspicacia.

—Por cierto, te hemos hecho llegar la entrevista y las fotografías, para que les echases un vistazo. Si tienes interés en que publiquemos alguna, solo tienes que decírnoslo. Y de paso, ¿podrías aclararme una duda o curiosidad que tengo?

—Adelante, ¿qué quieres saber?

—¿Por qué pediste de manera expresa que fuese Sebastien, quien te hiciese la entrevista?

Sandra sonrió con picardía desviando su mirada hacia él. Sebastien sabía que ella quería hacer pública su relación para de ese modo acallar los rumores sobre su relación con otros actores, y demás chismes de la prensa sensacionalista.

—Sebastien es mi pareja desde hace más de dos años.

Las dos compañeras de este se quedaron paradas, sin capacidad de reaccionar de algún modo. ¿Cómo que él era su pareja? ¿Desde cuándo? ¿Y por qué él no les había dicho nada cuando fue a realizar la entrevista? Lucía asintió de manera lenta mientras esbozaba una sonrisa cargada de picardía.

—Si no tenéis nada más que preguntar… Me gustaría llevármelo. Si nos disculpáis…

Sebastien miró a sus compañeras y se limitó a encogerse de hombros sin saber qué más añadir. El gesto de Sandra había dejado clara su relación, y no creía que hiciese falta añadir nada más.

Lucía y Rachel permanecieron con la boca abierta sin poder dar crédito a aquellas palabras. ¿Su compañero en la revista era la pareja de la actriz de moda desde hacía dos años? Las dos intercambiaron su mirada y Lucía comenzó a atar algunos cabos cuando recordó la charla en su despacho acerca de lo sucedido entre ellos dos.

—Según entiendo nunca te lo ha comentado, ¿verdad? —Quiso saber Rachel mirando a Lucía en busca de alguna aclaración.

—Ni una palabra. Y a ti deduzco que tampoco.

—¡Qué va!

—¿Cómo fue la sesión de fotos? ¿Percibiste algo entre ellos?

—Nada que me lo hiciese pensar —le aseguró Rachel—. ¿Quién iba a imaginar que nuestro compañero es la pareja de la actriz de moda? Supongo que lo han querido llevar en secreto.

Lucía entrecerró sus ojos centrándose en la pareja y se limitó a asentir de manera lenta recordando partes de la entrevista. Así como la conversación que había mantenido con él acerca de su pareja. Todas las piezas comenzaban a encajar, se dijo convencida de que tendrían que tener otra charla para que le contase algo más de su

relación.

Sebastien y Sandra seguían ajenos a la expectación, que estaban levantando entre los asistentes. Quién más y quién menos estaba más centrado en observarlos, que en divertirse ellos mismos. No había duda de que, ver a la actriz del momento en compañía de un desconocido llamaba la atención. Y algunos móviles comenzaron a aflorar aquí y allá enfocándolos.

—Nos están mirando —comentó él inclinándose lo justo para que ella lo escuchase.

Sandra sonrió.

—Sin duda se preguntan quién es en realidad el príncipe Vlad.

—Y nos están haciendo fotos con los móviles. Acabaremos en las redes sociales, Sandra.

—¿Te molesta?

—No, claro, yo…

En un gesto tan espontáneo como inesperado por parte de todos, incluido el propio Sebastien, ella cogió el rostro de este entre sus manos y se alzó lo justo para poderlo besar. Una lluvia de flashes procedentes de infinidad de teléfonos rodeó a la pareja. Luego siguieron los comentarios, las exclamaciones y los chillidos de parte de los invitados al ser testigos de la escena. Sebastien se limitó a rodearla por la cintura, atraerla hacia él para poder profundizar el beso porque era lo que más le apetecía hacer en ese instante.

Ella permaneció contemplándolo con una sonrisa traviesa, esperando a que él le dijese algo.

—No creía que fueses a hacerlo, pero besarme delante de todo el mundo…—Se detuvo de repente cuando comprendió a qué había venido su gesto—. Esta era la revelación de la que me hablaste.

—De ese modo, dejarán de atosigarme sobre mi vida personal y

privada. Quiero que todos sepan quién ocupa mi corazón. Sé que eres discreto y hasta cierto punto tímido, pero… —Su explicación quedó interrumpida cuando él la atrajo por la cintura para poderla besar como en verdad tenía ganas. Y cuando se apartó de ella sonrió.

—Te van a agobiar más todavía desde ya.

—¿Qué puede importarme cuando mi pareja es ni más ni menos que una versión sexy del príncipe Vlad? —Se apartó de él lo justo para recorrerlo con su mirada de los pies a la cabeza y movió sus cejas con un toque de lo más sensual.

—A vuestra disposición, mi señora —le susurró volviendo a adoptar un acento del Este del continente, ajeno a como el interior de ella se encendía con la calidez de las palabras y la mirada de él.

Lucía y Rachel no perdían detalle de la actuación de ambos.

—¿Quién nos lo iba a decir? —comentó la primera sin dejar de salir de su asombro.

—Menuda noticia. Esto eclipsa el estreno de su película y la magnífica fiesta de disfraces.

—Sin duda. Toda una revelación.

—En una noche mágica.

—De manera que tu editora no sabía nada, pero intuyo que sospechaba algo. De lo contrario no me hubiese hecho la pregunta de por qué te pedí para hacerme la entrevista. Dime, ¿no se mostró curiosa? —le preguntó Sandra sentándose junto a él en el sofá.

—Como te lo cuento. Lo único que le faltaba por saber era quién ocupa el corazón de la mujer que hay tras la actriz.

Sandra sonrió divertida sentándose sobre Sebastien de manera atrevida. Entrecerró sus ojos e hizo un mohín con sus labios.

—Supongo que te estarías partiendo de risa conociendo la

respuesta.

—Bueno, tampoco era eso.

—Creo que ya no le quedan dudas al respecto.

—Ni a ella, ni a tus fans. Estamos en las redes sociales a todas horas.

—¿No te importa? ¿En serio?

—Ni lo más mínimo. Tengo que hacerme a la idea de que mi pareja es la actriz de moda.

—Bien, en ese caso. Me gustaría que me aclarases un par de cuestiones acerca de la entrevista —comenzó a decirle mientras extendía el brazo y cogía la *tablet* para leer algo—. Hay algunas preguntas que no me hiciste.

Él intuía por dónde iban los tiros, pero estaba preparado para ello.

—Adelante, ¿qué quieres que te aclare?

—Lo de que canto en la ducha.

—Es algo que no me he inventado. —Levantó las manos en alto como si se declarase inocente.

—Pero, con un bote de champú… —Entornó la mirada hacia él de una manera que parecía que fuese a matarlo.

—¿Lo niegas?

—No, pero hombre… —Resopló mientras le golpeaba en el hombro con el puño—. ¿Y de dónde te has sacado que soy supersticiosa?

—Siempre sales de la cama apoyando el pie derecho. No pasas bajo una escalera en la calle…

—Es mera coincidencia. Nada más.

Sebastien le quitó la *tablet* de la mano y tras dejarla sobre la mesa, la atrajo hacia él.

—No te preocupes, la gente está más pendiente ahora de tu

actuación en la fiesta de Halloween que de esas cuestiones.

—Te dije que lo haría. Haría una revelación a la que no podías faltar.

—Por eso no querías decírmelo la otra noche. Me la volviste a jugar. Como con la entrevista.

—Quería decir quién está a mi lado cada día, apoyándome en todo.

—No tengo nada que objetar.

—Imagino que te darán la turra una temporada en la revista, pero supongo que ya sabes cómo va esto.

—Sí, sí. Tendré que aguantar el chismorreo en la oficina. No me queda otra.

—Ahora, todos ya saben quién ocupa mi corazón. El de la mujer que habita en la actriz.

—¿Y tú? ¿Sabes quién ocupa el mío? —le pasó la mano por el pelo para retirárselo y dejar que el pulgar le trazase el contorno de su rostro hasta detenerse en los labios.

—Me hago una idea, solo que en estos momentos estoy algo ocupada como para pensarlo —le confesó antes de inclinarse sobre él y perderse una vez más entre sus brazos.

# Picnic en el cementerio

Guadalupe Eichelbaum

Gail escuchó el despertador: el mundo la reclamaba, ese en el que vivía, el que le había tocado, que no parecía interesante ni divertido; pero no iba a abrir los ojos y encontrarse mágicamente en otro lugar. ¿Y cómo sería el lugar ideal? ¿Existía eso? Ya había abierto los ojos, pero no se había levantado; le daba pereza. Estaba divagando.

Miró la hora en el móvil; había llegado el ineludible momento en el que debía vestirse, desayunar y lavarse los dientes si no quería llegar tarde a clase. Su madre ya se habría marchado a trabajar, seguramente le habría dejado una nota en la puerta de la nevera. Una que dijera: «Que tengas un buen día», «Te quiero, enana» o, en caso de que no hubieran acudido palabras a su mente, el papel estaría dibujado con un garabato sonriente. Hasta hacía poco tiempo le habían parecido muy tontos esos mensajes maternos, pero desde hacía unas semanas algo había hecho clic en su cerebro y había empezado a valorarlos como lo que eran: amor en forma de tinta. Las palabras eran lo de menos, era el hecho de que las escribiera temprano, con prisas, antes de salir para el hospital.

Su madre lamentaba no poder estar con ella como le hubiera gustado. No parecía muy dramático así dicho, pero para Yoanna lo era. No como un hecho aislado, pero sí era una de las tantas cantidades de frustración y pena que se sumaban hasta pesar en su ánimo. Lamentaba haber enviudado aunque, desde luego, no había sido culpa suya ni de nadie; pero Gail se había quedado sin padre. Y ella se había hundido en una corriente de tristeza que la había arrastrado río abajo, sola, boqueando, trastabillando, asomando la cabeza para respirar muy de vez en cuando, tragando agua; y durante los meses y años que había durado esa situación había sido

consciente de que su pobre niña estaba sufriendo el doble al convivir con una madre tan angustiada y deprimida, y no había sido capaz de cambiar por ella. O lo había hecho, sí, pero había tardado demasiado. La criatura había estado abandonada, involuntariamente, no por falta de amor, pero más desatendida de lo deseable en mil situaciones del día a día. Su pequeña.

Y cuando, en algún punto, había logrado aferrarse a una rama de esperanza, había logrado llegar a la orilla y dejarse caer en tierra firme, abriendo los ojos de nuevo a la alegría y a la belleza, retomando la vida —una vida sin su amor, pero una vida, una valiosa, sobre todo porque en ella estaba Gail—, se habían reencontrado.

Su niña la miraba como si hubiera llevado todo ese tiempo aguardándola con paciencia en la orilla, como un junco grácil o un pajarillo, leve y hermoso. Pero estaban las dos solas y ella debía trabajar mucho para mantener la casa: hacía doble turno en el hospital y no le quedaba más remedio que dejar a Gail aquí y allá cuando su horario laboral no coincidía con el lectivo.

Pero Gail todavía no había pensado en todo eso; había cumplido diecisiete años hacía un par de meses y no se había planteado tantas cuestiones, bastante tenía con los problemas cotidianos, sobre todo desde que había empezado, hacía tres semanas, a trabajar en la grasienta hamburguesería del señor Gutiérrez.

Lo malo no era el trabajo en sí. Si odiaba cada labor que debía realizar era solo porque su jefe andaba cerca a menudo para gritarle y llamarla inútil, estúpida y otras lindezas. Se ponía tan tensa que le resultaba imposible limpiar la plancha, picar la cebolla y el tomate, colocar los manteles o secar los cubiertos sin que se le cayeran los utensilios de las manos o se le rompiera algo. Estaba tan rígida que al finalizar la jornada le dolía la espalda y tenía unas terribles ganas

de llorar.

Lo demás era secundario; desde que había empezado en su trabajo se sentía terriblemente desgraciada, ya los exámenes apenas le preocupaban. Se peinó y se recogió el largo y voluminoso cabello castaño claro, casi rubio; lo acarició, estaba más suave. Sonrió. La mascarilla daba buenos resultados, no lo tenía encrespado; se deshizo la trenza y se lo volvió a peinar. Estaba bien así, ahora Estela y Pilar no le podrían decir nada, al menos nada del pelo; lo de la fiesta de Halloween era otro cantar. Porque Estela y Pilar eran personas normales, económicamente normales, eran como los demás.

Gail sabía que había gente mucho más pobre que ella, no era tonta; pero eso no la consolaba cuando sus amigas le proponían planes que para ellas eran habituales. En las cabezas de sus compañeras todos los padres les daban dinero a sus hijos para que fueran a tomarse un batido a la heladería o se compraran mascarillas para el cabello, y no sería Gail la que les explicara que no era así, que su madre no podía darle para esas cosas.

Estela era la más pesada: le había recomendado productos para el cabello durante meses porque el de Gail era muy bonito pero se encrespaba mucho. Gail siempre le decía que lo miraría, pero no se atrevía a pedirle a su madre que le comprara una; sabía que solo iba a fastidiarla. Hacía poco que se había dado cuenta de que, cuando su madre respondía de manera antipática ante sus solicitudes de productos que no se podían permitir, su enfado era más debido a la sensación de fracaso por no poder comprarlos que a que Gail se lo reclamara. En cualquier caso, cada vez que lo había intentado su madre había reaccionado mal, ella se había entristecido y su madre también, por lo que no se molestaba en hacerlo. Hasta había pensado en cortarse el pelo. Pilar le había sugerido que se lo

ondulara con el método *curly*, pero para eso también había que adquirir productos, por lo que resultaba igual de inviable y ella seguía sin poder explicarles a sus amigas los verdaderos motivos. Estaba acostumbrada a que la tildaran de sosa o aburrida por no querer salir con ellas, no ir a fiestas ni al cine, ni a la pizzería.

No les había comentado que había empezado a trabajar porque la hamburguesería La Vaca Alegre no era precisamente popular entre los alumnos de su instituto. Por eso, hacía un mes o así, había cogido una botella de aceite de colza y se lo había echado en el pelo para que lo suavizara. No contaba con lo grande que era la boca del envase y la cantidad que caía en cuanto lo inclinabas: se le derramó a chorro. No solo se le quedó el pelo muy aceitoso, sino que justo la pilló su madre. Yoanna llegó del trabajo, fue a coger el aceite para preparar la cena, no lo encontró y, cuando entró en el baño para hacer pis, le pareció ver, a través de la mampara de la ducha, un objeto que no lograba identificar en el suelo de esta. Gail estaba lavándose el pelo por tercera vez a ver si conseguía quitarse el aceite de la cabeza y no se dio cuenta de lo que se avecinaba hasta que su madre le preguntó, mientras se lavaba las manos, que qué era eso. Le gritó durante un buen rato. Le habló de seguridad alimentaria y de que el aceite de cocina no se puede poner en el suelo de la ducha, de que le habría caído jabón, de que había gastado demasiado, de que ya tenía diecisiete años y tendría que ser más responsable, que qué tontería era esa del cabello encrespado y que qué le importaba lo que dijeran Estela y Pilar, que ellas vivían de otra manera y que Gail ya lo sabía más que de sobra.

La joven intentó explicarse, pero sus argumentos no le parecieron muy válidos a su madre. Gail se encerró en su cuarto y no bajó a cenar, y su madre se sentó sola en el sofá, frente a la televisión, a ver cualquier cosa, enfadada con Gail, con su situación

y consigo misma por haber perdido los nervios de esa manera. Pero la atormentaba pensar en la posibilidad de que su hija no pudiera estudiar y estaba muy agobiada con el dinero. Gail iba a tener que empezar a trabajar, y no para comprarse productos de belleza precisamente.

El viernes siguiente Yoanna se encontró con un aguacate muy maduro como para comérselo y se le ocurrió que podía servir para el pelo de su hija. Rosa, su vecina, le había regalado verduras después de haber estado visitando a unos familiares que tenían en el campo. En realidad no existían tales familiares; Rosa quería ayudar a Yoanna y, cada cierto tiempo, le llevaba fruta y verdura con esa excusa. Sabía que, de haberle dicho la verdad a la viuda, la habría hecho sentir avergonzada. Yoanna abrió la nevera y miró las fechas de caducidad de los yogures: uno había vencido la semana anterior. Con la mirada de quien va a cometer una travesura y una sonrisa en la cara, pegó con los nudillos en la puerta del dormitorio de su hija.

—Mira lo que tengo.

Gail no comprendía.

—He encontrado un aguacate que ya está feo para comer y un yogur caducado; con esto podemos hacer una mascarilla para el pelo.

—¿En serio? ¿Estás segura? A ver si me voy a quedar calva.

—Que no, mujer, que esto te vendrá bien, seguro.

Gail hizo lo que la gran mayoría de chicas de su edad hubiera hecho: coger el móvil y teclear: «mascarilla capilar de aguacate podrido y yogur caducado». Para su sorpresa, leyó que era un buen tratamiento para el *frizz*; ahí ponía que tenía que aplicarse la mascarilla media hora en la cabeza y alertaba de que el yogur no debía tener moho ni mal olor, ni el aguacate oler agrio. Se lo dijo a su madre.

—¿Lo ves? Ven, vamos a prepararlo juntas y yo te la pongo.

—Quién iba a decir que podíamos hacer una mascarilla con las cosas del cubo de la basura.

Su madre le sacó la lengua. Gail puso música en el móvil mientras hacían la mezcla. Su madre empezó a mover las caderas siguiendo el ritmo mientras aplastaba el aguacate con un tenedor y Gail la imitó. Les daba un poco de corte, pero resultaba divertido. En el baño, Gail se sentó en un taburete y su madre extendió la mascarilla por su cuero cabelludo con un masaje suave; resultaba muy reconfortante. Cuando consideró que estaba bien extendida la mascarilla casera, le dijo que ya estaba y se quedaron sin saber qué hacer durante un instante.

—¿Seguimos bailando? —propuso Gail, casi sin pensar.

Y, para su sorpresa, su madre aceptó y volvieron a la cocina a bailar la música que Gail había seleccionado con canciones pegadizas. En el salón hubieran tenido más espacio pero, inconscientemente, habían vuelto a la cocina, que era donde se habían sentido tan cómplices como para mover el cuerpo a la vez. Comenzaron con cierta timidez, pero se fueron soltando: elevando los brazos, girando, cogiéndose de la cintura, moviendo los hombros y las caderas; resultó tan entretenido y liberador que transcurrió más de media hora. Yoanna le dijo a Gail que ya debía meterse en la ducha y lavarse el pelo.

—No, si al final me voy a quedar calva.

Y rieron. El cabello le quedó muy bien, pero resultó ser lo de menos; algo había cambiado entre Gail y su madre. Antes de que ella le masajeara la cabeza apenas se tocaban pero, desde esa noche, se sentaban más cerca en el sofá para ver la tele mientras cenaban —las noches en las que Yoanna podía estar en casa a esa hora— y, en general, había más cercanía entre madre e hija.

—Dentro de dos semanas probamos con un tomate podrido y queso mohoso —bromeó Gail.

—O podemos probar a triturar mondas de patata y veneno para cucarachas.

—Lo que haya en el cubo de la basura; cogemos dos cosas, así, sin mirar —dijo Gail, gesticulando como si estuviera metiendo la mano en la porquería con el rostro girado hacia el lado contrario.

Pero no tuvieron que llegar a eso porque Rosa, al saber lo de la mascarilla, se ocupó de que no les faltaran aguacates y Yoanna siempre compraba yogur y lo usaron igual, aunque no hubiera caducado.

Pero no fue hasta la mañana de Halloween, esa en la que Gail se despertó preguntándose qué requisitos debería cumplir un mundo para ser ideal —y el primero que se le venía a la cabeza era uno en el que el señor Gutiérrez desapareciera de la faz de la Tierra—, que se animó a ir al instituto con el pelo suelto.

Leyó la nota de su madre en la que le deseaba que la jornada laboral le fuera leve y se marchó a clase. No sabía si decirles a sus amigas que usaba una mascarilla natural o que se había comprado una, pero si les mentía iban a hacer muchas preguntas; sería mejor decir la verdad. Cuando lo hizo, las dos resoplaron y aseguraron que ellas no tenían paciencia ni tiempo para elaborar sus propias mascarillas. Y le volvieron a preguntar si iría a la fiesta de Halloween esa noche. Ella les dijo que no; Pilar se ofreció a dejarle su disfraz del año anterior. Gail se lo agradeció, pero declinó la oferta. Había que poner dinero para comprar comida y bebida, por lo que no se lo podía permitir en ningún caso. Tenía que ahorrar todo su sueldo para poder ir a la universidad; aunque consiguiera una beca, tendría que comprar libros y abonos para el transporte.

Valentín pasó a su lado y la saludó con la mano y con una

sonrisa. Gail le correspondió del mismo modo.

—¿De qué conoces al chico nuevo? —le preguntó Estela, que se dio cuenta.

—De nada, de verlo por ahí.

—Pero te ha saludado.

—Es que el otro día en la biblioteca mantuvimos una breve conversación —se justificó Gail con una media verdad.

Era cierto que se habían visto en la biblioteca, pero se conocían porque él había empezado a trabajar en La Vaca Alegre hacía diez días. Ella le había pedido que disimulara en el instituto, que nadie sabía que ella trabajaba allí. Él no dijo nada, pero ella supo que le había parecido que era una tonta que intentaba aparentar lo que no era o que se avergonzaba de ser quien era, algo que a él no parecía sucederle. No sabía cómo explicárselo, sobre todo porque era cierto: ella sentía vergüenza de su situación económica y la disimulaba continuamente; si él pensaba que ella era tonta por eso, no había nada que añadir.

Valentín siguió su camino. Había estado a punto de decirle que se veían luego, pues ambos trabajaban esa tarde en la hamburguesería, pero se acordó justo a tiempo de que ella le había dicho que sus amigas no sabían que tenía un empleo.

Le caía bien Gail, parecía muy buena persona y le gustaba verla reír cuando estaba con sus compañeras en el instituto; también su manera de caminar y el modo en el que lo miraba. No parecía la misma persona atemorizada y contraída de la hamburguesería, que se movía como si su cuerpo estuviera hecho de alambre. El señor Gutiérrez era de ese tipo de persona que sabe cuándo puede pasarse con alguien y lo aprovecha. No lo parecía: con los demás era educado y agradable, era bien parecido, se mantenía en forma, vestía de marca, pero informal, y le caía bien a todo el mundo. A

casi todo el mundo. A él lo trataba bien porque era hombre o porque había escuchado algún rumor acerca de su pasado. Pero a Gail la machacaba sin piedad.

Le había pedido educadamente que cesara de gritarle de ese modo, que la ponía más nerviosa, que cuando él no estaba la chica trabajaba mejor. El señor Gutiérrez, sorprendido de que alguien osara defender a la muchacha, había mascullado algo acerca de que él iba a estar en su negocio cuando le diera la gana, faltaría más, que solo pretendía que la chica hiciera las cosas de la manera correcta, que lo sacaba de quicio que fuera tan incompetente. Gail había mirado a Valentín con gratitud y él le había guiñado un ojo. Pero el muchacho sabía que eso no iba a calmar al Sr. Gutiérrez; conocía a ese tipo de personas: disfrutaba atemorizando a Gail, y también sabía que ella necesitaba el empleo.

Cuando el jefe no estaba, ella no paraba de mirar hacia la puerta, temiendo que en cualquier momento apareciera, pues sabía que, si llegaba, encontraría un motivo para humillarla, y lo peor: ella se lo daría porque se volvería patosa y lenta, como siempre que estaba en su presencia. Era la pescadilla que se mordía la cola. Valentín no iba a poder interponerse siempre. Y ella no lograba sobreponerse, no soportaba que le gritaran y menos de esa manera. Bastante le costaba reprimir las lágrimas hasta llegar a casa. Debería buscar otro trabajo pero, hasta que no lo encontrara, no le quedaba otra que aguantar. Ella lo sabía y el señor Gutiérrez también.

Al mediodía del día de Halloween, cuando Gail salió del comedor, se levantó viento; soplaba con fuerza y arremolinaba las hojas secas en un lugar para trasladarlas a otro en cuestión de minutos. Caminó cabizbaja en el trayecto a la hamburguesería.

Esperaba que Valentín hubiera comenzado el turno antes que ella, o que llegaran a la vez. Era su mayor aliado. Los demás la

miraban con pena, pero se alejaban y observaban desde unos metros de distancia. A veces los escuchaba justificar el enfado del jefe porque a ella se le había caído algo o había tardado en limpiar las mesas; y ella también lo podía comprender, lo que no lograba entender era que la tratara tan mal. Porque ella podría hacer las cosas mejor si no fuera por el miedo.

Recordó el primer día que había visto a Valentín: había llegado al instituto en bici, con sus largos y lacios cabellos negros flotando al viento. Tenía una palidez en el rostro que había hecho que sus amigas comentaran de broma la posibilidad de que fuera un vampiro. A ella le había parecido guapo desde el primer momento, pero era ese tipo de chico con el que seguramente no llegaría a intercambiar ni una frase. Él llevaba el pantalón roto, vestía de negro y tenía un tatuaje en la muñeca.

Cuando lo vio aparecer en la hamburguesería con el delantal que denotaba que trabajaba allí no supo a qué atenerse, pero la saludó como si la conociera, por lo que se había tenido que fijar en ella en el insti, sin duda. Y su expresión de empatía cuando el señor Gutiérrez le gritó por primera vez delante de él le sirvió de consuelo.

Después comenzó a ayudarla disimuladamente, sin aspavientos: le pasaba el trapo a la barra mientras ella se ocupaba de las mesas cuando le correspondía a ella, para que no le pudieran reprochar que iba lenta, o le daba indicaciones sobre cómo aplastar mejor la carne en la plancha y en qué momento darle la vuelta.

El día de Halloween, mientras ella arrastraba los pies hacia el trabajo, él —que no se quedaba en el comedor y se dirigía al mismo lugar, pero desde su casa— pedaleaba con fuerza contra el viento, notando cómo sus cabellos volaban hacia atrás y hacia delante dotados de vida propia, y se sentía vivo. Cuando ella llegó él ya estaba allí, y la recibió con una sonrisa de aliento. Eso no liberó el

cuerpo ni la mente de Gail de los nervios que los constreñían, pero los alivió de manera considerable.

—¿Cómo estás hoy? —le preguntó él.

—En un rango de lo inútil que soy a la hora de desempeñar mis tareas en este antro, diría que un quince.

Dijo quince por decir un número al azar, pero ese fue el punto de partida.

—Ah, pues eso lo vamos a mejorar pronto: como mínimo lo convertiremos en un catorce antes de que llegue la hora de irnos.

—Estupendo —rio ella.

—Haz todo sin prisas, solo intenta hacerlo lo mejor posible; irás yendo más rápido con el tiempo.

—Ahora me siento mil de inútil.

—No, yo sé qué te pone nerviosa y hace que te salgan mal las cosas; quién, mejor dicho. Ahora mismo no está. ¿Te ayudo a cortar las verduras?

Ella aceptó; a su lado se encontraba mejor.

—¿Qué haces esta noche? —preguntó él.

Ella le dijo que nada; no se acordaba de que era Halloween, como no pensaba ir a la fiesta ni tenía disfraz alguno no le afectaba que fuera esa fecha.

—¿No vas a la fiesta? —quiso saber Valentín.

—No, no voy.

—¿Y eso?

No supo el motivo por el que le dijo la verdad; con él era fácil, no la iba a juzgar.

—Porque no tengo dinero para las bebidas y la comida…

—Ah, supongo que tus amigas no saben que ese es el motivo.

—¿Y por qué supones eso?

—Porque no les cuentas que trabajas aquí. No quieres que sepan

que no tienes su mismo nivel adquisitivo.

Ella no sabía cómo explicarse. Se encogió de hombros.

—Yo creo que ya estás en un trece.

—¿Qué?

—De inutilidad. Mira, ya vas más rápido.

Ella se echó a reír, agradeciendo el cambio de tema.

Llegó el señor Gutiérrez: lo escucharon hablar con el compañero que estaba en el comedor y Gail se puso tensa.

—Respira —le sugirió Valentín.

—Lo intentaré. Pero ahora ya soy dos mil por lo menos.

—No dejaré que te grite.

—No sé cómo vas a poder impedirlo. No te metas en líos por mí.

El señor Gutiérrez entró justo cuando Valentín se había puesto a reponer los panecillos, el kétchup y la mostaza, mientras Gail salía para comprobar que las mesas estaban limpias y no faltaba servilletero en ninguna. Los saludó con un «buenas tardes» y ellos correspondieron al saludo con educación.

Por suerte ese día Gail salía temprano; le quedaban solo dos horas para marcharse cuando el señor Gutiérrez se fue. Él sí iba a celebrar Halloween, tenía planes que lo mantendrían lejos. Ella no se quedaba tranquila del todo, nunca se sabía si podría volver a aparecer aunque fueran solo cinco minutos. Cinco minutos podían ser muchos si alguien te estaba insultando a pleno pulmón con un tono agresivo y agrio. Pero no fue así: no volvió. Estuvo cerca de encontrarse cómoda realizando las diversas tareas y atendiendo a la gente. Algunas personas acudieron al local disfrazadas y eso aportaba color al ambiente.

Cuando llegó la hora de salida de Gail, Valentín le hizo una propuesta:

—Se me ha ocurrido, si te apetece, que vivamos una aventura

esta noche. Podríamos colarnos en el cementerio y hacer un picnic allí.

—¿Un picnic en el cementerio? ¿Me estás hablando en serio?

—Sí, por qué no.

—Estará oscuro.

—Habrá luna llena, y tenemos las linternas de los móviles.

—¿Y llevaremos una cesta y un mantel a cuadros?

—No, nos conformaremos con una bolsa de tela y el mantel que logre llevarme de casa. ¿El estampado es importante?

Ella estaba dudosa. Le gustaba Valentín, pero era un plan excesivamente extraño y solitario.

—Piénsatelo. Pero tampoco mucho tiempo.

—Te mando un wasap en un rato, es que…

—Sí, dime algo pronto.

Gail salió. Hubiera preferido que Valentín le hubiera propuesto invitarla a tomar algo en un bar —en alguno al que no acudieran sus amigas, no quería tenerlas haciéndole preguntas e insinuaciones, ni mucho menos explicando por qué con él sí iría a un bar—. Pero eso sería si él tuviera dinero para invitarla; quizás era pobre como ella y no podía permitirse ir a un bar. ¿Qué diría su madre de la descabellada propuesta de su compañero de trabajo? Por otro lado, con Valentín a su lado, la luna llena, las estrellas, la emoción de colarse en el cementerio… sonaban interesantes. Casi irresistibles.

Cuando llegó a su casa encontró a su madre tirada en el sofá mirando la televisión. Se sentó a su lado.

—¿Cómo te ha ido hoy? ¿Te ha vuelto a gritar tu jefe?

—No, hoy ha estado poco rato, por suerte, y me he librado. Valentín me ha ayudado a picar las verduras para que no me retrasara con eso.

—Parece un buen chico.

—Lo es. Y es divertido.

—Vaya, vaya, ¿te gusta?

—Sí, me gusta. Y me ha invitado a salir.

—Oh, ¿cuándo?

—Esta noche, pero a lo mejor no te hace gracia su propuesta. Me ha dicho que nos podríamos colar en el cementerio y hacer un picnic allí.

Yoanna se quedó pensando, sopesando sus palabras.

—¿Tú quieres ir?

—Sí.

Sí que le apetecía la idea, ya lo tenía claro; pero no se iba a meter en un recinto aislado, lleno de gente muerta y con un chico al que no conocía mucho sin avisar a su madre. Ahora corría el riesgo de que le dijera que no, afirmaría que era una locura y no le faltaría razón.

—Pues si quieres ve, pero mantente en contacto y no vuelvas muy tarde. Que te acompañe a casa. Y cuando llegues me das un beso aunque esté dormida. Ya sabes que me gustaría ser como el prototipo de madre que espera a su hija despierta, pero estoy demasiado cansada; si me das un beso yo lo noto y ya sé que estás en casa, mi cerebro dormido lo registra.

Gail se entusiasmó. Estuvo a punto de mostrarle a su madre lo que la había sorprendido que le diera permiso, pero eso podía jugar en su contra; aparentó normalidad, se limitó a darle las gracias y un beso en la mejilla antes de subir a su cuarto y escribirle un mensaje a Valentín para decirle que sí y que debía comprometerse a acompañarla a casa.

El cementerio estaba a las afueras; cogería su bici, pues había dejado de usarla para ir a clase porque estaba vieja, pero para esa noche le vendría estupendamente. Cuando bajó, su madre le había

dejado en la mesa un paquete de cacahuetes y una botella de agua.

—Me temo que es cuanto puedo aportar a tu aventura nocturna —se disculpó.

—No te preocupes, Valentín ha dicho que él llevaría todo y con esto tengo suficiente para no morir deshidratada y matar el gusanillo si tengo mucha hambre.

—¿A qué hora vais?

Gail miró su teléfono: acababa de recibir un mensaje, era de Valentín. Se encontrarían en la verja del cementerio en una hora. Ella le propuso quedar en otro sitio y dirigirse juntos hasta allí: le imponía eso de ir sola y, si llegaba antes, no le apetecía verse esperando sin un alma alrededor. A él le pareció bien y quedaron en la puerta del instituto.

Gail y Valentín se encontraron. Fuera de contexto y con los nervios, no supieron bien qué decir y se encaminaron hacia el cementerio sin hablar, concentrados en pedalear y mirando el camino, sobre todo cuando se fueron alejando de las luces y el asfalto se convirtió en tierra pedregosa. Yoanna, en la cocina, se preparó una infusión preguntándose si había sido buena idea ser tan comprensiva y confiar en un joven desconocido. Gail la mantendría informada, o eso esperaba. Si no lo hacía, iba a gritarle durante una década seguida en cuanto volviera a casa.

La noche era violeta. Un violeta oscuro, casi negro. Las estrellas parecían haberse multiplicado y repartido de modo casi uniforme por el cielo. La luna llena estaba rodeada por un halo amarillo nacarado. El viento, que había comenzado a pasearse hacia un lado y otro unas horas antes, había adquirido más fuerza y se movía desaforadamente entre las tumbas grises en las que las letras talladas, semicubiertas de musgo, apenas resultaban legibles.

En los estrechos caminos de tierra apelmazada que recorrían el recinto amurallado crecían hierbas silvestres. En el centro del cementerio había una pequeña colina coronada por un cenador abovedado, de celosía, con unos bancos de madera dentro.

No era algo habitual en este tipo de espacios, pues de todos es sabido que los muertos no precisan de lugares de esparcimiento y los vivos no suelen visitarlos a menudo ni quedarse allí demasiado rato. Sin embargo, ya que a un antiguo concejal se le ocurrió la idea y, por algún motivo —a saber cuál—, logró el apoyo necesario y el presupuesto indispensable para colocarlo, allí estaba. Era un sitio muy agradable desde el que se divisaba la puesta de sol sobre el pueblo y en el que volaban mariposas y moscas alegremente durante el verano.

Aquella noche no había más bichos voladores que los murciélagos y los búhos. Los primeros revoloteaban erráticamente alrededor de las farolas de luz cálida y escasa con sus alas membranosas, y los segundos, ocultos entre las ramas de los robles, ululaban bien guarecidos del aire frenético.

Hacía un rato que los primeros fantasmas habían ido abandonando las tumbas, como cada noche de Halloween, la única del año en la que podían hacerlo. Se saludaban educadamente, algunos llegaban a ser efusivos. Solían reunirse bajo el cenador, tapizado de plantas trepadoras que, en esa época del año, no daban flores, pero en primavera aportaban color y un aroma delicioso.

—La luz ecléctica cada vez está más cerca —dijo un señor mayor, de nombre Pedro Pérez, fallecido a la edad de cuarenta y ocho años por una neumonía hacía la friolera de noventa y siete años, que se jactaba de ser uno de los más antiguos. No lo era y lo sabía, pues había allí personas que habían sido enterradas muchos años antes, en tiempos en los que no se colocaban lápidas, algunos desconocían

hasta su propio nombre. Era de los que llevaban más tiempo desde que habían comenzado a usar lápidas, eso sí era cierto.

—Yo no diría que la luz es ecléctica, dudo que combine varios estilos; más bien es homogénea e insulsa. Creo que quiere usted decir eléctrica —le corrigió el anciano señor Muñoz, con aparente delicadeza y voz inflexible. Estaba muy orgulloso de haber sido enterrado con sombrero de copa y el bigote muy bien arreglado.

—Ya empezamos —masculló María agitando sus negros rizos; era la más joven del grupo que se había sentado en los bancos, había muerto a causa de la tuberculosis con tan solo veinte años, setenta años atrás.

Allí todos debían decir dos edades cuando se presentaban: la que tenían en el momento de dejar de pertenecer al mundo de los vivos y la que llevaban allí. Aunque ambas fechas eran bastante aleatorias, daba prestigio llevar más tiempo muerto.

Los niños solían mantenerse al margen de los adultos, pues sus tumbas se encontraban, mayoritariamente, aparte; eran las mejor talladas, con más detalles floridos y palabras de amor más sentidas. Ellos se dedicaban a trepar el muro: aunque no podían saltar al otro lado, cada noche de Halloween lo probaban por si las leyes no escritas del inframundo hubieran cambiado. Jorge, que había muerto de cáncer con nueve años, llevaba cuarenta intentando atrapar un murciélago a sabiendas de que no podía retenerlo entre sus fantasmales manos. Cuando se cansaban de sus fallidos intentos, solían cantar canciones infantiles y jugar al corro de la patata y al escondite; sus risas aportaban tal dosis de alegría que no había quien mantuviera el ceño fruncido mucho rato.

Todos estaban encantados de poder disfrutar de esa noche cada año, de admirar el cielo, de divisar las luces del pueblo desde la lejanía, de charlar y contarse batallitas aunque fueran repetidas.

Fueron los chicos los primeros en darse cuenta de que había personas vivas intentando subirse al muro desde uno de los árboles que se alzaban fuera del cementerio.

—No lo van a conseguir —dijo una niña de ocho años, pecosa, que llevaba allí una década y nunca había visto nada igual.

Jorge corrió por todo el cementerio contando a grito pelado que había dos jóvenes intentando entrar. Algunos de los fantasmas salieron corriendo a mirar; otros, más incrédulos, se tomaron su tiempo, pero, en el momento en el que Valentín y Gail posaron sus pies sobre el mausoleo de la familia López-Estrada, no faltaba ni uno solo. Todos se arremolinaban alrededor de los forasteros que habían osado saltar el muro. Los críos se quejaban: no era justo que ellos no pudieran salir y los vivos pudieran entrar así, como si nada. Ya les llegaría el momento, tampoco tenían que apresurarse.

—Es una falta de respeto, sin duda —los apoyó Pedro—. Y vienen mal vestidos: ese chico tiene el pantalón roto, qué desfachatez.

Mientras cientos de pares de ojos los observaban, ellos, con las linternas de los móviles encendidas, recorrían los senderos de tierra mirando a su alrededor. Valentín había elogiado el cabello de Gail y ella estaba relatándole con detalle la historia de la mascarilla, cómo eso había cambiado la manera en la que se relacionaba con su madre y lo curioso que le resultaba, lo fácil que había sido distanciarse sin darse cuenta y lo extraño que había sido acercarse de ese modo.

Valentín la escuchaba con interés. Ella era especial, sin duda: cualquier otra persona hubiera zanjado el asunto con un «gracias» y ella le había contado cómo era la relación con su madre, hasta había realizado algunos de los movimientos del baile de la cocina, lo que había escandalizado a más de un fantasma y entusiasmado a los

más jóvenes, excepto a María, que la había calificado de inmoral. Pero, independientemente de lo que pudieran opinar acerca de la pareja que había invadido su recinto, no había fantasma que no estuviera escuchando la conversación con avidez.

Ellos caminaban con cierta intranquilidad: no dejaba de causar un respeto rayano en el temor leve eso de deambular entre tumbas, de noche, haciendo frente a las rachas de aire que tan pronto parecían empujarlos por detrás como impedir su avance.

—Yo pienso que con la luz de la luna ya vemos; podemos apagar los móviles —sugirió Gail.

—¿Tú crees?

—Sí. Además, no quiero gastar batería tontamente, nunca se sabe si la podemos necesitar.

—¿Cuánta batería tienes?

—Un ochenta y ocho por ciento.

—Yo un noventa y nueve, lo acabo de cargar antes de salir.

—Da igual, este sitio impone, prefiero no correr el riesgo de quedarme sin batería. —Mientras lo decía, apagó la linterna del móvil y miró hacia la luna pidiéndole con la mirada que los alumbrara.

Valentín siguió su ejemplo.

Siguieron caminando y vieron los bancos sobre el montículo. Se dirigieron hacia allí sin consultárselo: era evidente lo apropiado del lugar, tenía encanto incluso en esas circunstancias y los protegería, al menos en parte, del viento.

Gail se enredó la bufanda alrededor del cuello para que quedara más apretada.

—A este paso vas a morir estrangulada —le dijo él.

—Puede ser.

Se sentaron; desde allí el pueblo parecía otro, con tantas luces.

—Mira, allí está el instituto.

—Sí, y allí el ayuntamiento.

Y siguieron señalando dónde se encontraba la hamburguesería, cada uno de sus domicilios y otros sitios emblemáticos de la localidad.

—Cada vez hay más luces, el pueblo crece, una no tiene esa impresión en el día a día pero desde aquí se aprecia, sin duda.

—No sé cómo era; soy nuevo aquí, ya sabes.

—¡¿Lo veis?! —intervino Pedro—. Lo que yo digo: la luz esplénica cada vez es mayor, a dónde iremos a parar.

—Eléctrica —lo volvió a corregir el señor Muñoz—. Esplénica se refiere al bazo, si no recuerdo mal. No es tan difícil, Pedro: es luz eléctrica.

Varios fantasmas resoplaron sin darse ni cuenta.

—¡Qué más da cómo se llame! El caso es que se van acercando las luces, terminarán invadiendo nuestra casa.

Esa frase sí la escucharon todos, pero hicieron como si no la hubieran oído porque no querían pensar en esa posibilidad.

—¿Qué has traído? —quiso saber él, señalando la bolsa de papel que Gail había llevado enganchada al manillar y después en la mano izquierda.

—Solo cacahuetes y agua —dijo ella con timidez.

—No tienes que excusarte, te dije que yo me encargaba.

Dicho esto, abrió su mochila y sacó paquetes de patatas fritas, de nachos, dos bollitos de pan, fiambre y una tortilla de patatas. Lo fue colocando todo sobre un banco.

—¡Cuántas cosas! No vamos a pasar hambre.

—Y también tengo postre. —Y le mostró un paquete: era algo envuelto en una servilleta; la abrió y le mostró medio bizcocho, era un pedazo enorme para dos personas—. Lo hizo mi madre. Y

también traigo zumos y batidos de chocolate. Lo que no tengo es mantel, ruego me disculpes por no cumplir con ese requisito.

Gail dio unas palmadas para demostrar su aprobación al menú de Halloween que había improvisado Valentín.

—Podré soportar la falta de mantel.

Abrieron el paquete de patatas en primer lugar. Se sentaron en el banco. A su alrededor los fantasmas se dividían claramente en dos grupos: los que habían comido patatas de paquete y añoraban degustarlas, y los que no lo habían hecho y aseguraban que jamás se hubieran llevado a la boca semejante porquería, que en sus tiempos la comida era mucho mejor.

—¿Me has dicho que tu madre sabe que estamos aquí?

—Sí, voy a mandarle un wasap para decirle que está todo bien. Mejor voy a hacer una foto del pueblo desde aquí y se la envío. —Y lo hizo.

Después se hicieron un par de *selfies* con el *flash*. Los fantasmas cerraron los fantasmales ojos sin querer al ver esa luz tan fuerte. Pedro afirmó tajantemente que la luz esperpéntica los estaba invadiendo. El señor Muñoz le dio la razón sin corregirlo, tan horrorizado estaba con los avances tecnológicos cegadores.

—Me extraña que tu madre te haya dejado venir conmigo con los rumores que corren sobre mí.

—¿Qué rumores?

Valentín se echó a reír y aseguró que ahora entendía que hubiera aceptado la cita, y le contó que la gente estaba diciendo que habían llegado al pueblo alejándose de la mala fama que él tenía tras haber estado en un reformatorio por haber cometido varios delitos.

—¿Y has estado en un reformatorio?

—No, nunca.

—¿Has cometido algún delito?

—No, quizás colarme en un cementerio en plena noche pueda ser considerado como tal, pero en ese caso eres tan culpable como yo, tienes que reconocerlo.

Gail se preocupó.

—No había pensado que esto fuera un delito.

—No te agobies, no voy a delatarte.

—Yo a ti tampoco. ¿No te molesta que piensen eso de ti?

—No, como sé que es mentira…

—Pues precisamente, a mí me molesta cuando suponen algo malo de mí y no es verdad. Si es verdad no me importa tanto.

—Digamos que tengo mis motivos para preferir que la gente crea eso aunque sea mentira.

—¿Y los compartirías conmigo?

—Es una historia larga.

—¿Te parezco del tipo de persona que no está dispuesta a escuchar?

—No, no me lo pareces. Pues verás: antes vivíamos en la capital. Una pareja se mudó al apartamento de al lado, un matrimonio. A menudo escuchábamos las peleas entre los dos. Él le gritaba de manera espantosa, oíamos golpes y ella lloraba. Pasados unos meses, una noche, ella, Mercedes, tocó el timbre de casa. En ese momento yo no sabía que mi madre había hablado con ella ni que le había sugerido que viniera. Simplemente ella entró, mi madre le preparó el sofá para que durmiera allí y le dio una infusión de manzanilla. A partir de ahí vino muchas otras noches. Mi madre le tenía listas unas sábanas y una manta; no daba explicaciones, no decía nada. Lloraba, o ni eso. A mí no me parecía bien, no me daba pena porque ella no se marchaba, se quedaba con ese hombre, con ese maltratador. Yo no lo entendía. Una de esas noches ella huyó y

su esposo vino a nuestra casa a increpar a mi madre, a la que culpaba de la marcha de su mujer. La amenazó. Y tenía razón: mi madre le había dado dinero y la había ayudado. La situación fue empeorando, ese hombre comenzó a beber más todavía de lo que ya solía hacer, una vez empujó a mi madre y casi se cae por las escaleras. Por eso nos fuimos. Y vinimos aquí con la esperanza de que ese desgraciado se olvide de nosotros. Cuando llegamos aquí nos hicieron muchas preguntas; sabes cómo es la gente, te interroga sin piedad, como si tuviera derecho a inmiscuirse en tu vida.

Gail lo sabía: era huérfana de padre y había tenido que soportar muchos comentarios al respecto, algunos bienintencionados, otros no tanto, compadeciéndola o diciéndole cómo se tenía que sentir o qué tenía que hacer. Valentín continuó:

—Como no respondimos con claridad, y por mi aspecto, supongo: el pelo largo, las pintas de indigente… —y se echó a reír.

—Yo no tuve esa impresión la primera vez que te vi. Me recordaste a Lucky Luke, un vaquero solitario y misterioso.

A Valentín le hizo gracia la comparación. Gail no quiso desentenderse de lo que le había contado el muchacho.

—Tu madre fue muy buena y valiente —le dijo.

—El caso es que mi madre tenía razones de peso para ser comprensiva con Mercedes, y yo no lo he sabido hasta hace poco. Y ahora no paro de darme cuenta de señales que debían habérmelo indicado.

Gail no estaba segura de lo que Valentín estaba sugiriendo, por lo que no se atrevía a decirlo. Se acercó más a él. Estaban pegados; el frío nocturno justificaba que buscaran la cercanía, pero ambos sabían que no era ese el motivo. El muchacho continuó: era capaz de contarle cualquier cosa, nunca se había encontrado tan cómodo con otra persona.

—Antes de mudarnos aquí, cuando ese hombre comenzó a acosarnos, ella me mostró algunas cicatrices y me contó que no era la primera vez que huíamos de un maltratador.

Gail ahogó un grito. Los fantasmas de alrededor también. En la penumbra lunar la expresión de él quedaba prácticamente oculta, pero el dolor había quedado patente en el tono de su voz al pronunciar esas palabras y las que continuaron:

—Sí, mi padre la maltrataba; escapó de él cuando yo era un bebé. Por eso entendía perfectamente a Mercedes. Le tuvieron que doler mis palabras todas las veces en las que comenté que qué clase de tonta aguanta a un tipo que la trata así.

Gail había cogido su mano.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que lo soportas porque no sabes qué hacer, porque estás sola, por miedo… Se ve que le estuvo dando vueltas, quería explicármelo mejor. Al día siguiente, durante el almuerzo, me dio más detalles: afirmó que el maltrato nunca empieza con los golpes, que es un proceso, que el maltratador primero aísla, manipula, va minando las defensas, que cuando pega por primera vez la mujer ya se siente demasiado indefensa y confundida. Y me dijo algo que me dejó destrozado: que ella pensaba que lo hacía cuando ella se lo merecía. —Se le saltaron las lágrimas y ni se giró para disimular—. Me parece terriblemente triste que consigan que ellas crean que se merecen algo así.

Aunque generalizó, Gail sabía que se refería a su madre. Apretó su mano y le besó la mejilla.

—Es que es terrible.

—Cuando el jefe te gritó el otro día y dijiste que eras muy torpe me acordé de eso.

—Yo sé que, en mi caso, siempre logro darle motivos: me pone

tan nerviosa cuando anda por la cocina que me quedo paralizada y con manos de plastilina, me sale todo peor, encima de que llevo poco tiempo y estoy aprendiendo… y él no soporta verme así y me grita. No hay manera de que se solucione la situación.

—De todas formas, no le das motivos, le das excusas, él las está esperando. No es normal el modo en el que te trata, no es que alce la voz porque ha perdido la paciencia: se nota que pretende hacerte sentir mal, que disfruta de tener ese poder. Me da mucho asco.

—Voy a buscar otro trabajo.

Sus rostros quedaron muy cerca; hubo un breve instante en el que Gail pensó que él iba a besarla, pero no llegaron a hacerlo.

—Te va a parecer una tontería, pero desde que llegamos aquí me siento observada.

Varios fantasmas se quedaron con la boca abierta: así que ella era de esas. Helena, que llevaba cuarenta años en el cementerio pero no dejaba de ser una niña de doce, comenzó a dar saltitos.

—¡Por fin! ¡Por fin! Una de esas: yo quiero que me vea, yo quiero que me vea. Es muy simpática, quiero hablar con ella.

—No seas imprudente —le pidió María.

Mientras, Valentín le había dicho a Gail que si se imaginaba que la estaban observando un montón de fantasmas, y ella se había echado a reír a carcajadas.

—No es eso, pero quién sabe —respondió.

—¿Y no te daría miedo?

—No, no creo. Nunca he entendido por qué iban a dar miedo.

Él le puso el brazo por los hombros y la apretó suavemente contra su pecho.

—Eres, sin duda, la persona más peculiar que he conocido en toda mi vida.

—¿Y eso es malo o bueno?

—Bueno, muy bueno. Me gusta mucho cómo eres.

Ella le sonrió.

—Nos queda el bizcocho —le recordó Valentín.

—Estoy llena, pero quiero probarlo.

Valentín se giró para sacarlo de su mochila junto con los batidos de chocolate. Y Helena aprovechó el momento para hacerse visible.

—Hola, Gail —dijo con voz dulce.

La joven, que había asegurado unos minutos antes que no le daban miedo los fantasmas, se quedó petrificada. No era terror en estado puro, era una combinación de incredulidad y de respeto hacia lo desconocido, sobre todo cuando se trata de algo que va contra lo que llevas creyendo durante tu existencia entera, algo que te confronta con lo inexplicable; le daba más miedo la posibilidad de estar loca que la aparición en sí.

Miró a Valentín y por su inmovilidad y su mudez dedujo que él también estaba viendo a esa niña ataviada con un bonito vestido de cuadros, de manga larga, con medias y zapatos de charol, que aparecía envuelta en un halo blanquecino y sonreía con dulzura pero también con la superioridad de ser la que controla la situación.

Pero, por encima de las sensaciones extrañas y cualquier otra cuestión, Gail era muy educada, por lo que, de manera automática, respondió al saludo.

—Hola.

Por un momento, la joven pensó en lo que Valentín acababa de decirle, que la consideraba peculiar, y eso había sido antes de que se pusiera a saludar a un fantasma; ahora a saber qué opinaría de ella. Pero él también la estaba viendo. Quedaba patente en su rostro, en los ojos que se le iban a salir de las órbitas, en la boca entreabierta; y comenzó a moverse a cámara lenta, como un camaleón.

Tenía entre las manos el bizcocho y los batidos y estaba

concentrado en que no se le cayeran. Al sostener objetos cotidianos, que tenían un peso y ocupaban un espacio, hacía lo normal —porque eso era lo que hacían las cosas, y las personas, lo conocido—, no como esa niña que parecía levitar frente a ellos y había llamado a Gail por su nombre como si la conociera de toda la vida. Pero la chiquilla, adivinando lo que pasaba por las cabezas de los adorables intrusos, se apresuró a solventar sus dudas.

—Yo me llamo Helena, con hache —era una aclaración que había hecho durante sus años de vida y que no iba a abandonar por el simple hecho de llevar cuatro décadas fallecida—. Sé que te llamas Gail porque os he estado escuchando. Yo y todos los demás. Ya sé que puede parecer una falta de educación, mi madre me reñía cuando me ponía a escuchar conversaciones ajenas, pero al fin y al cabo sois vosotros los que os habéis colado en nuestra casa, en nuestro cementerio; nosotros no podemos salir de aquí.

Gail y Valentín seguían sin mover un músculo.

—Ah —dijo la joven, que practicaba la escucha activa y no iba a dejar que la niña fantasmal se quedara sin respuesta alguna.

—¿Queréis ver a los demás? —preguntó Helena, mirando significativamente a ambos lados y hacia atrás.

—¿Los demás? —preguntó Gail. Valentín seguía mudo.

—Sí, somos muchos. Todos los años, durante la noche de Halloween, se nos permite salir de nuestras tumbas, mirar el cielo y charlar; es una gran noche. Y solo es una al año. El resto del tiempo descansamos.

—Descansáis, claro —respondió Gail. La niña hablaba como si estuviera contando que se echaban a dormir la siesta en lugar de estar muertos.

El caso es que los demás fantasmas estaban deseando aparecerse y no esperaron a que los vivos respondieran a la

pregunta de Helena: se fueron mostrando ante las atónitas miradas de los muchachos, que habían perdido cualquier atisbo de apetito. Valentín guardó el bizcocho y los batidos sin decir palabra.

—¿Qué es eso? —preguntó Helena señalando el móvil de Valentín, que estaba en su regazo.

El joven interpelado recuperó el habla y le contestó que era un teléfono que también servía para hacer fotos y otras cosas, como jugar. Jorge quiso saber si con eso podían atrapar un murciélago y se llevó una gran decepción cuando el joven le dijo que no, que no tenía esa utilidad.

—¿Sois novios? —preguntó María.

No se estaba comportando con discreción, pero había que ser indulgente con ella: era la primera vez que interaccionaba con vivos y no iba a andarse con remilgos en una ocasión tan especial. Y eso debieron pensar todos.

—No, bueno, trabajamos juntos —respondió Gail.

—Sí, pero habéis estado a punto de daros un beso, todos lo hemos visto —intervino Helena.

—Y vuestro lenguaje corporal deja bien patente que existe atracción romántica entre vosotros —expuso María emulando al señor Muñoz, pues deseaba expresarse de manera erudita con los jóvenes no muertos; si no, hubiera dicho sencillamente que estaba claro que se gustaban o que parecían novios.

El señor Muñoz la miró disgustado porque quería intervenir y no sabía cómo sin ser redundante, y él no pensaba caer tan bajo. Gail y Valentín se miraron.

—Sí que hemos estado a punto de besarnos —le murmuró él al oído, pero los fantasmas lo escucharon perfectamente, incluso los que estaban lejos.

—¿Y por qué no me has besado? —quiso saber la joven.

—No sé, me ha dado miedo que te pareciera mal. Estamos aquí, tan lejos; si te encontraras incómoda y te quisieras ir sola sería arriesgado que te marcharas con la bici a estas horas. Tengo que acompañarte a casa.

—Me alegro de que haya sido eso. ¿Me ibas a besar al dejarme en casa?

—Si me volvías a mirar así, sin duda. ¿Y por qué no me has besado tú, eh?

—No sé —se encogió de hombros—, si me hubieras rechazado hubiera sido muy raro.

Él le dio un beso rápido y suave en los labios. Un coro de fantasmas sonó por todo el recinto.

—¡Ohhhh!

—¡Qué bonito! —exclamó Helena.

—¡Lo sabía! —gritó María.

—Todos lo sabíamos —observó el señor Muñoz.

—Pero ¿son novios o no son novios? —preguntó Pedro a los que estaban a su derecha.

Los rostros interrogantes se fijaron en los chicos de nuevo. Ellos se miraron y asintieron, pero a los fantasmas no les pareció suficiente, por lo que volvieron a preguntar y, cuando les dijeron que sí, todos saltaron y rieron emocionados. Estaba siendo una noche de Halloween de lo más fantástica; iban a estar hablando de ella durante siglos, sin duda.

Helena se puso a bailar con María cogiéndose de los brazos y girando. Entonces, Valentín les explicó que el móvil también servía para escuchar música y les puso una canción de una de sus listas de una app descargada para tal fin.

Expresiones de lo más variopintas se escucharon en el grupo fantasmal que se agrupaba a su alrededor admirándolos como si

fueran dos estrellas de cine. Pero la música que escuchaba Valentín era rap y no le sonaba de nada a ninguno de los muertos.

—¿Qué música te gustaba a ti, Helena? —preguntó el joven.

La niña, sujetando su trenza derecha en la mano, empezó a intentar recordar, muy concentrada:

—Me gustaba una de unos pájaros… gaviotas, eran gaviotas.

—Esa la escuchaba yo también —intervino una mujer mayor—; la ponían en la radio. *Cien gaviotas*, de Duncan Dhu.

Valentín la buscó y la puso. Al escucharla, Helena se conmovió profundamente y le vinieron a la mente recuerdos de tardes en el colegio: todavía se sabía el estribillo. Y otros fantasmas también, entre ellos Jorge, que vio con claridad a su madre cantándola mientras le preparaba una tortilla de patatas para cenar una tarde que había ido a jugar al fútbol.

—A mí me gustaría escuchar a Elvis Presley, por favor. ¿Está ahí en ese cacharro?

A Valentín no le costó encontrarlo y todos se pusieron a mover las caderas imitando a María, incluidos Gail y Valentín, ante la insistencia y el entusiasmo desmedido de la joven muerta. Si hubiera pasado alguien por allí —algo de lo más improbable—, hubiera visto a dos jovenzuelos bailando música de los cincuenta y hablando como si hubiera otra gente alrededor, diciendo «María, así se hace», «Venga, Pedro, anímese, hoy es una noche especial», «¡Qué bien baila la mujer del sombrero, es maravillosa!». Pero si hubiera sido una persona de esas —como las denominaban los fantasmas— y hubiera tenido la capacidad de observar la escena en su totalidad, hubiera quedado alucinada ante la improvisada discoteca que se había montado en el cementerio, con cientos de personas bailando, algunas escuchando música por primera vez, otras reviviendo el placer de mover el esqueleto ante los compases, bajo el cielo

estrellado, rodeados de tumbas —algunos entre ellas porque no cabían en la colina—, escuchando el sonido de Elvis acompañado por el del viento que movía las ramas de los árboles, disfrutando de un momento que no hubieran podido soñar en mil vidas ni en mil noches en el cementerio.

Los muertos que se hallaban más cerca de Gail y Valentín iban cediendo su puesto a los demás para que pudieran estar junto a la joven pareja y escuchar la música de cerca, así como admirar el cuadrado finito que emitía esa magia sonora. Ni Gail ni Valentín eran asiduos de las discotecas; no solían bailar, eran más de quedarse sentados y observar a la gente, pero esa noche les había dejado claro que cualquier cosa podía suceder y se habían desinhibido por completo a la hora de girar, saltar, balancear las caderas o agitar los brazos. Durante un instante, la muchacha pensó en su madre y ella danzando en la cocina.

Pedro Pérez les rogó que pusieran a Machín; otros les solicitaron a la Piquer y a Louis Armstrong. Fueron buscando e intentando no dejar ninguna solicitud sin atender, por lo que también sonó en el cementerio la voz de Estopa, la de Beyoncé, Gabrielle Aplin, Bruce Springsteen y Paulina Rubio. Tampoco faltó el reggaetón. Nadie protestó por estar escuchando canciones que no conocía, pues todos valoraban enormemente el poder disfrutar de la música y tuvieron una actitud abierta ante los diversos géneros musicales que se escucharon allí.

Valentín eligió ponerles la canción de Nach titulada *El idioma de los dioses*, porque le pareció que la letra reflejaba particularmente bien la experiencia que estaban viviendo. Gail eligió *M.A.I.*, de Milo J, cuando Valentín le preguntó qué deseaba ella compartir con los demás; después le dieron muchísimas ganas de que los fantasmas oyeran *Los perros*, de Arde Bogotá. Una chica que había fallecido

hacía menos de dos años comenzó a llorar a moco tendido porque le apasionaba ese grupo; Gail y ella, cogidas por la cintura, cantaron la letra a voz en grito. Gail intentó no ser consciente de cómo su brazo, si se descuidaba, parecía atravesar el contorno de su compañera de canto, pero resultaba inevitable. Los vivos ya no notaban el frío; el viento era un elemento más del sonido y el ambiente nocturno. La noche era mágica en su sentido más literal y absoluto. Pero todo llega a su fin y, en este caso, el límite lo establecía la llegada del día. Cuando comenzó a acercarse el amanecer, los fantasmas se fueron despidiendo de los vivos con gran sentimiento y elocuencia, agradeciéndoles que les hubieran traído felicidad y deseándoles que la llevaran también consigo. Helena fue la última en separarse de ellos.

—Me gustaría poder daros un abrazo, pero no es posible: soy intangible.

—Vendremos el año que viene —prometió Gail.

—No creo —le respondió la niña.

—¿Por qué dices eso?

—Porque hay un detalle que no os he mencionado: no os vais a acordar de habernos visto; es una de esas normas no escritas que hay por aquí.

—Pero si venimos otro día… —empezó a decir Valentín, pero Helena lo cortó, pues el sol asomaría pronto y ella debía regresar a su cripta.

—Solo salimos en Halloween. Y no pueden vernos si no queremos. De hecho, la que nos ha intuido ha sido Gail; tú no tienes ese don o lo que sea. Y como no os vais a acordar de nada, no creo que se os ocurra venir otra vez. De todas formas, ha sido un regalo inesperado teneros aquí esta noche. Nunca os olvidaremos. Y vosotros, aunque no os acordéis, llevaréis una huella indeleble de

esta experiencia en lo más profundo de vuestro corazón.

Y salió corriendo para ocultarse. En cuanto la perdieron de vista se dieron cuenta de que sus respectivas madres iban a preocuparse un montón si no estaban en sus casas antes de que se levantaran ellas por la mañana, por lo que salieron de allí y cabalgaron en sus bicicletas a toda velocidad hasta la casa de Gail. Se despidieron con un beso en los labios y Valentín se marchó con la promesa de escribirle al día siguiente en cuanto se despertara.

Y eso hizo.

«Buenos días, he estado dándole vueltas a lo de anoche y no logro comprender cómo se nos hizo tan tarde, ¿nos quedamos dormidos? Mi madre me ha preguntado y no he sabido qué decirle. Si le confieso que tengo un recuerdo borroso a partir de una hora va a pensar que nos drogamos, pero yo sé que no fue así».

Ella le respondió que estaba exactamente igual que él. Y lo que ella no le preguntó —porque no encontró las palabras adecuadas— era si estaban saliendo o no, porque tenía la sensación de que sí, pero no podía ser que se hubiera olvidado de esa conversación. Había tenido buena suerte: había escuchado a su madre roncar mientras se dirigía a su habitación y se metía en la cama; se olvidó por completo de darle un beso para que se quedara tranquila. Se alegró de haberse olvidado porque era mejor eso que habérselo dado y haber corrido el riesgo de despertarla y que viera lo tarde que era. Tenía tal sensación de plenitud que no lograba entender de dónde provenía, como si hubiera pisado la luna sin necesidad de haberse subido a una nave espacial. Estaba deseando ver a Valentín porque sí recordaba con claridad que se habían besado suavemente en los labios al despedirse como si fuera lo más normal del mundo y ya lo hubieran hecho anteriormente.

Esa tarde ella trabajaba y él libraba; habían quedado en verse

cuando ella saliera. El señor Gutiérrez no apareció por allí, y se sabía desde el principio que no iba a ir porque se lo había dejado dicho al encargado. Por eso las horas que pasó en la hamburguesería no se le hicieron tan pesadas. Varias veces se puso a tararear una canción y, a la cuarta vez que lo hacía, el encargado le preguntó si le gustaba Elvis.

—No lo sé, nunca lo he escuchado.

—Pero si llevas toda la tarde con esa canción.

—La habré oído en alguna parte y se me habrá pegado sin darme cuenta.

—Pues será eso —respondió el universitario que trabajaba los fines de semana y festivos en la hamburguesería ejerciendo la labor de encargado—. Mi abuelo era muy fan y por eso yo lo conozco desde pequeño.

Valentín la aguardaba sentado en un banco del parque. Se sonrieron desde que sus miradas se cruzaron; ella iba atravesando el parque sin apartar sus ojos de él. Se sentó a su lado y no supo si iban a besarse o no.

—Mira, quiero ser sincero —expuso él. Se lo notaba nervioso. Por un momento, Gail se temió lo peor—. No paro de darle vueltas a lo de ayer. No podía haber droga en la comida, ¿verdad? Es que es muy raro porque tengo unos recuerdos difusos. ¿Tú crees que estuvimos bailando?

Gail contrajo el rostro en un gesto de duda. Iba a responder de forma tajante que no, que no creía haber bailado nunca —aparte de esa noche con su madre, salvo un par de veces en fiestas de cumpleaños en las que le habían insistido y le había dado más pereza negarse que aceptar la presión social—. Sin embargo, su mente le hizo rememorar la sensación de sus brazos elevados en el aire y ella animando a personas a su alrededor a moverse. Eso no

tenía el más mínimo sentido.

—Yo… creo que no. ¿Bailado?

—No, ¿verdad?

—Pero entiendo lo que dices. A lo mejor nos dormimos y lo soñamos.

—¿Los dos soñamos que bailamos?

—Puede ser, ¿no? A veces ocurren cosas extrañas.

—¿Qué recuerdas? —quiso saber él.

—Me acuerdo de todo lo que me contaste, lo importante: de por qué estabas aquí y todo eso.

—Menos mal.

—¿Y nos íbamos a comer el bizcocho, ¿no?

—Sí, pero no llegamos a probarlo; me lo he zampado hoy en el desayuno.

—Me hubiera gustado probarlo.

—Cuando mi madre haga otro te doy, por eso no hay problema. ¿Cómo te ha ido hoy en el trabajo?

—Bien, porque el señor Gutiérrez no ha venido y se sabía que no iba a asomar las narices. No ha estado mal, he sido más rápida, aunque he echado de menos tu ayuda.

—Me alegro. ¿Damos un paseo?

—Sí, claro.

Se cogieron de la mano y comenzaron a caminar sin rumbo fijo. Esquivando las zonas de mayor afluencia de gente, fueron a parar al paseo junto al río y se apoyaron en la barandilla.

—Puede sonar poco creíble dada la falta de recuerdos de anoche, pero lo pasé genial, tanto el rato del que sí me acuerdo como en el que no. —Gail se había girado hacia él. Estaba radiante.

—Resulta verosímil porque concuerda a la perfección con lo que siento yo. —Se puso un poco más serio y empezó a intentar

expresar sus sentimientos—. Yo quería decirte que eres una persona increíble.

—¿Peculiar, quizás? —bromeó ella.

—Peculiar también, sin duda. Eres la mejor. Me encanta estar contigo, puedo hablar de lo que sea, eres atenta, divertida, guapísima… ¿Quieres que seamos pareja?

—Sí, desde luego que sí.

Se acercaron más, sus labios se fueron entreabriendo y ese beso intenso sí lo recordaron siempre. Se abrazaron y permanecieron así unos minutos. Gail escuchaba el corazón de Valentín latir y se alegró mucho de que estuviera vivo, lo que le pareció un pensamiento extraño; iba a ser verdad eso de que era peculiar después de todo.

—Mi madre va a querer conocerte. No te lo tomes como algo que convierte nuestra relación en un compromiso serio, pero ya está deseando conocerte desde que le dije que me habías defendido de nuestro idolatrado jefe.

—Yo estaba pensando que mi madre también va a querer verte —hizo una breve pausa y continuó—: sobre todo porque no has querido probar su bizcocho.

Y se echó a reír mientras ella explicaba los motivos por los que no había llegado a degustarlo, cuando en realidad era imposible que supiera cuáles eran porque eso ya se adentraba en el horario de recuerdos difuminados.

—Era broma, Gail. Quiere conocerte, simplemente; le he hablado de ti.

—Creo que ha llegado el momento de que te confiese mi nombre.

—¿No te llamas Gail? ¿Acaso estás en un programa de protección de testigos o qué?

—No, es que no me gusta mi nombre y uso siempre el

diminutivo. ¿Lo adivinas?

—¿Galadriel? —fue lo primero que se le pasó por la cabeza.

—No, para nada, ojalá.

A Valentín no se le ocurría ningún nombre que comenzara por Gail.

—Me llamo Abigail.

—¿Y qué tiene de malo?

—Que es raro y prefiero Gail.

—Pues a mí me gusta: te voy a llamar Abigail.

—Ni se te ocurra.

—Es un nombre peculiar, sin duda.

—Como corresponde.

—Pero si me llamas por mi nombre me voy a enfadar mucho.

—No te preocupes. Además, Gail también me gusta y, para mí, es tu nombre.

Y siguieron caminando hasta que se hizo tarde. Hablaron de cafeterías y hamburgueserías a las que podían llevar el currículum los dos. Le dieron un buen repaso al instituto, tanto a los profesores como a los compañeros. Se dijeron cuánto se gustaban mutuamente y lo contentos que estaban de estar juntos; eso lo repitieron como tres o cuatro veces. Aseguraron que no volverían al cementerio de noche porque habían pasado mucho frío y había sido muy grato, pero muy extraño, sobre todo por la ausencia de recuerdos claros.

En algún momento, durante la tarde, a Valentín se le pasó por la cabeza una idea fugaz: que si tenían una hija le gustaría que se llamara Helena. Pero se sintió tan extraño por haberlo pensado y era algo que no venía para nada a cuento, por lo que no se le ocurrió, por vergüenza, comentárselo a Gail; una primera cita no era el mejor momento para hablar del nombre que le pondrían a sus hipotéticos hijos. Lo gracioso es que un buen puñado de años después, cuando

la barriga de Gail comenzó a albergar a un ser humano en formación y, al hacerle una ecografía, les dijeron que sería niña, fue ella la que sugirió ese nombre.

—Pero Helena, con hache.

—Sí, sí, aunque tenga que repetirlo cada vez que diga su nombre.

Al decir esa frase, la futura mamá tuvo un *déjà vu*, pero no tenía ningún sentido: ni que hubiera estado embarazada antes; además, ni siquiera conocía a ninguna Helena con hache.

# Nota de la autora:

Os dejo aquí la lista que me acompañó durante la escritura de este relato:

«Las canciones que comparten los vivos y los muertos».

https://open.spotify.com/playlist/2WqThmmHHMgGR2hyIzqPNz?si=bPmXsSmvR8eI69ceoj9doQ&utm_source=native-share-menu&pi=PukHoTS5Q6uYf

# Viaje de ida

Marian Arpa

# Capítulo 1

Noemí Cedilla estaba planeando hacer un viaje, estaba a principios de octubre, y navegaba por Internet buscando algún lugar para pasar la noche de Halloween. Solía hacerlo cada año en esas fechas: se tomaba unos días para ir a aquella celebración en otros países.

Vivía y trabajaba en Barcelona, en una empresa importadora de whisky, que trabajaba mucho con unas bodegas escocesas. Allí había conocido a Alister Stewart, el representante de la empresa, que resultó ser uno de los dueños, pero ella se había enterado de ello no hacía mucho, y él la había animado a visitar Inverness, donde estaban las bodegas Stewart, que exportaba whisky por muchos países. Allí trabajaban los tres hermanos varones que se habían quedado con el negocio en cuanto su padre se retiró.

A ella le encantaba el acento con el que él hablaba, era dulce y envolvente, y se le metía en la sangre cada vez que él visitaba Barcelona e iba a su despacho. En alguna ocasión habían salido a tomarse unas copas, y se lo pasaban estupendamente. Igual iban al puerto a ponerse las botas con pescado y marisco, que al interior a comer carne hasta decir basta.

—¿Dónde vas a llevarme hoy? —preguntó él la última vez que estuvo en Barcelona.

—Hoy podemos ir a Hospitalet de Llobregat, sé de un lugar

donde lo que abunda es la cocina casera, la de la abuela —lo tentó ella.

—No se hable más, vamos.

Al haber estado tantas veces en la capital catalana, Alister se movía por allí como Pedro por su casa.

Así, cena a cena, habían terminado intimando, aunque ella no se hizo nunca ninguna ilusión, en él veía a un marinero con un amor en cada puerto. Era tan guapo, tan atento, tan dulce… Sin embargo, todo eso se volvía en pasión cuando se encontraban a solas en el piso de ella. Era una máquina sexual, le regalaba gozo y placer a manos llenas, y ese era otro de los motivos por los que mantenía su corazón encerrado con siete llaves.

Debía reconocer que su atractivo era algo fuera de serie, su cabello pelirrojo con aquella barbita siempre bien arreglada del mismo tono; sus ojos ámbar, su nariz recta y su boca ancha hacían que al pasear con él viera la envidia en los ojos de las mujeres que se cruzaban con ellos.

Un mes atrás, en uno de los viajes de él, estaban en la cama después de una maratón sexual, cuando Noemí le dijo que pensaba salir de vacaciones por aquellas fechas mientras le recorría el pecho velludo con las yemas de sus dedos, y él le recomendó Inverness.

—Solo si me prometes que veré a Nessie. —Ella levantó la cabeza de su hombro y lo miró a los ojos con expresión divertida.

La ocurrencia les arrancó carcajadas a los dos.

—Es posible que saque la cabeza con su disfraz, esa noche te lo puedes esperar todo. Nosotros en la bodega organizamos una fiesta, suelen ser muy entretenidas. —Alister la cogió y la levantó sobre él para atormentar un pezón muy tieso.

—¿Me estás invitando? —A ella le faltaba el aliento, cuando él se lo proponía la enloquecía con sus caricias, y la dejaba temblorosa

—Sí, desde luego, vas a vivir una experiencia que te va a poner los pelos de punta. —dijo Alister mientras la estremecía con su aliento.

Noemí rio con ganas, separando la boca masculina de su pecho.

—A ver, guapetón, ¿por qué me dices eso, para que vaya o para que me quede en casa?

—Nada me gustaría más que tenerte allí en Samhain.

Ella frunció el ceño al escuchar aquella palabra que no sabía lo que quería decir.

—¿Qué es eso del…?

—Samhain —repitió Alister—. Es la celebración celta que marca el inicio del invierno. Todo buen escocés lo celebra, y nosotros también, reconozco que somos como niños.

Enterarse de que ellos que vivían muy cerca de Inverness lo celebraban la entusiasmó, y mucho más que lo hicieran en las bodegas.

—¿En las bodegas?

—Sí, se trata de protegerse de los espíritus, el velo entre los vivos y los muertos esa noche es muy fino, es posible que veas a algún difunto y no te des ni cuenta. Se disfrazan mejor que nosotros.

—¿Os disfrazáis?

—Por supuesto, y todos los asistentes a la fiesta, no verás a nadie vestido de calle.

—Vaya, entonces la pregunta es crucial, ¿de qué irás vestido?

Alister soltó una carcajada.

—Igual voy desnudo y no me ves.

—Claro, a los fantasmas les hace falta la sábana para que los veamos. —Noemí le siguió la corriente.

—¿Por qué crees que la llevan? Los que no quieren ser

descubiertos no la usan.

Aquellos comentarios le estaban dando a Noemí una idea para un disfraz, se sentía entusiasmada. Iría a ver a su tía Enriqueta, que vivía en Mataró, y entre las dos diseñarían un disfraz que dejara a los escoceses con la boca abierta. Siempre le habían gustado los carnavales, iba con una comparsa al desfile y se lo pasaba teta. Alister no se podía imaginar que a ella tanto le gustaba, lo iba a dejar con la boca abierta.

Con aquel pensamiento y dado que él no había dejado de atormentar su piel sensible, desde los pechos hasta… todo el cuerpo, no sabía cómo lo hacía, pero sentía las manos grandes de Alister por todas partes, era como un pulpo que se dedicaba a darle gozo.

Noemí enroscó las manos en el cuello musculoso, y se le arrimó como si quisiera formar parte de aquella piel suave. El amor fue pausado y embriagador, ese hombre la enloquecía, igual era dulce y tierno, como se volvía un tigre y le sacudía las entretelas.

¡¡¡QUÉ GOZO CON EL ESCOCÉS!!!

# Capítulo 2

Noemí preparaba la maleta para viajar a Inverness, había cogido un billete de noche, pues al estar en el aire alrededor de siete horas, se las pasaría durmiendo, no le apetecía llegar allí y estar como un trapo, cansada y hecha puré.

Al anochecer, cogió un taxi que la llevaría desde su casa al aeropuerto del Prat. Todo fue de perlas, pues no había esperado hasta el último día, estaría en Escocia dos semanas, prefería las vacaciones en invierno, en verano disfrutaba de la playa en su Barcelona natal.

El vuelo hacia Inverness fue muy tranquilo y pudo relajarse, sin embargo, no durmió a pierna suelta como esperaba; estaba ansiosa por encontrarse con Alister. Este le había dicho que él se encargaba del alojamiento, que ella solo se preocupara de su maleta, lo que la llevó a pensar que la llevaría a su piso. ¡Qué equivocada estaba!

A las seis de la mañana llegaba al aeropuerto de Inverness, y al salir de la zona de equipajes, lo vio a él tan guapo como siempre, vestido con unos vaqueros y un jersey marfil de lana gruesa con cuello alto, estaba magnífico. Ese hombre estaba tan fenomenal de sport que trajeado, como cuando viajaba por trabajo a Barcelona. Le dedicó una de sus sonrisas quemabragas y ella notó que se calentaba por dentro.

Al llegar junto a él, Alister la envolvió entre sus brazos, la levantó del suelo y la besó como si hiciera mil años que no la veía, cuando hacía apenas un mes.

—Te he echado de menos —susurró junto a sus labios antes de mordisquearlos.

Noemí se sentía en la gloria, a pesar de que no lo creía. Un hombre como él debía tener a las mujeres que quisiera, sin embargo, escuchárselo decir le gustaba.

—Yo no, mi legión de amantes me ha tenido muy entretenida.

Ante aquellas palabras, Alister frunció el ceño, y le dio un pellizco en el culo.

—Estoy descubriendo que tengo celos con respecto a otros hombres.

—Estás como una cabra —dijo ella con una sonrisa que le adornaba la cara.

Alister se la quedó mirando sin dejarla en el suelo, era tan bonita, su cabello castaño claro estaba atado en un moñito en lo alto de la cabeza, y las guedejas que se habían escapado le caían rodeándole la cara, acariciándole la piel suave que él deseaba comerse a besos. Sus ojos verdes lo miraban muy abiertos y sus largas pestañas le daban un aire muy sexy. Vestía unos vaqueros y una chaqueta de piel color camel, con borreguillo por dentro.

—Vas a tener frío con esta chaqueta.

—Pues tú no llevas.

—No me compares contigo. Yo ya estoy acostumbrado al clima escocés.

—Y yo al catalán, ¿es que te crees que allí no hace frío? —Ella no dejaría que se creyera el dueño del mundo. Sí, estaba en su tierra, pero no podía saber el frío que ella aguantaría.

—Vaya, y yo que te lo decía para abrazarte y calentarte.

—Y ¿se puede saber qué es lo que estás haciendo? —Le mordió con suavidad la barbilla, demostrándole que no tenía que esforzarse mucho, que ya estaba caliente.

Alister rio, una risa profunda que hizo que varias personas se giraran a mirarlo.

—Pensé que estarías cansada, pero veo que lo que tienes son ganas de guerra.

—Sí —susurró ella junto a su boca—. A pesar de que quería dormir durante el vuelo, no he podido, me has mantenido despierta.

—¿Yo?

—Estaba deseosa de encontrarme entre tus brazos.

Él sonrió como un demonio.

—Pues ya estás en ellos.

Noemí se le acercó a la oreja y murmuró:

—Hay demasiada gente alrededor.

Alister tuvo una erección potente al instante, ella no había sido muy sutil al decirle lo que quería, aparte de intimidad. La dejó en el suelo sobre sus propios pies, cogió la maleta con una mano y la de ella con la otra y tiró para salir de allí con rapidez.

A las afueras del aeropuerto, delante mismo de la puerta había un Mercedes-Benz Clase S color azul medianoche. Era una máquina de lujo que ella se quedó mirando, sin darse cuenta de que él le soltaba la mano para poner la maleta en el portaequipaje y le abría la puerta.

—¿Es tu coche? —En la voz de ella se podía apreciar la sorpresa.

Alister sonrió.

—No, se lo he robado al embajador de Dubái, guárdame el secreto, y sube pronto antes de que venga la policía y nos detengan.

Noemí sabía que bromeaba, aun así, subió al coche y sintió que el asiento la abrazaba. Lo miró a él mientras daba la vuelta por

delante y se ponía al volante. Al ver aquel andar tan seguro de sí mismo y sexy, se le hizo la boca agua.

En cuanto se pusieron en marcha, ella no podía dejar de mirar alrededor, Inverness era una ciudad espectacular, había sus edificios modernos y una parte antigua que siempre había deseado ver, al igual que el lago Ness.

Alister conducía con fluidez a aquellas horas de la mañana, y ella se dio cuenta que se dirigían al campo, que salían de la ciudad.

—¿Dónde vamos? Pensé que me habrías cogido una habitación de hotel. —No era así en absoluto, pero era una excusa para que le dijera dónde vivía, ella se había imaginado que tendría su gran piso de soltero en el meollo de Inverness.

—Deja que te sorprenda —habló él poniéndole una mano en el muslo.

—Me gustan las sorpresas. —Noemí le dedicó una sonrisa de lo más seductora. Mirara por donde mirara, la rodeaban campos de un verde exuberante, veía unos paisajes espectaculares.

Veinticinco minutos más tarde, Alister giró en la estrecha carretera por la que circulaban hacia la derecha, a lo lejos se veía una antigua construcción, era como un castillo medieval, y ella a medida que se iban acercando pensaba que no se iría de allí sin visitarlo.

—Algún día, tienes que llevarme a ver ese castillo, me gustan mucho esas construcciones.

—Bien, sin ningún problema. —Ella no lo pudo ver, pero él sonrió con satisfacción.

Un poco más adelante, Alister cogió un desvío de grava hacia la izquierda, una gran portalada enrejada cerraba la propiedad, le dio a un mando y la reja se abrió. En cuanto la traspasaron se hallaron en un gran paseo donde los frondosos árboles formaban un arco, que

en verano y primavera darían mucha sombra, en esos momentos sus hojas secas estaban en el suelo y varios jardineros se ocupaban de recogerlas.

Por aquel entorno circularon mucho más lento, Noemí pensó que la velocidad estaría regulada dentro de aquella propiedad y que Alister no quería que los echaran con viento fresco. Se preguntaba dónde los llevaría aquel camino de grava, y justo al girar un recodo se encontró frente al castillo que le había pedido a Alister que la llevara cuando pudiera.

—No hacía falta que me trajeras en este momento.

Él sonrió, pero no dijo nada. Se detuvo ante la puerta principal, y de dentro salió un hombre de mediana edad vestido con traje y corbata, que abrió la puerta de ella para que saliera.

—Bienvenida, señorita.

—Gracias.

A Alister le hacía gracia que habían pasado al lado de un cartel que rezaba «Destilería Stewart», y ella no se había fijado, solo tenía ojos para la construcción.

—Cameron, haz que lleven el equipaje de la señorita a la habitación de invitados.

A pesar de estar alucinando con aquel castillo, entendió a la perfección lo que decía Alister.

—¿Me voy a alojar aquí? —Noemí no se lo podía creer.

—Sí.

Noemí lo miraba a él y al gran castillo que se levantaba a pocos metros, si le estaba tomando el pelo le daría una buena patada.

—Ok, ya veo que estás bromista hoy.

Ante la carcajada de Alister, el tal Cameron sonrió.

—Y haz que lleven mi coche al garaje.

Esos dos estaban compinchados para pitorrearse, pensó ella ante

el último comentario.

Alister fue hacia ella, le puso una mano en medio de la espalda, y la empujó para que entrara. Noemí decidió que le seguiría la corriente, tenía ganas de verlo por dentro. Si habían sido listos y lo conservaron tal como fue en su tiempo, sería magnífico.

# Capítulo 3

En cuanto entraron en aquel vestíbulo con las paredes de piedra, Noemí notó en los huesos como si los muros le dieran la bienvenida; era una sensación de lo más extraña. Cameron no los seguía, en su lugar apareció una chica que tendría su misma edad.

—Alister, tu hermano Blair me ha dicho que te esperaba, que dónde te habías metido, no sé lo que le pasa, pero parecía ansioso.

—Blair chochea, le dije que hoy no contara conmigo. Si vuelve a preguntar le dices que tengo a una invitada. —Alister hablaba mirando a Noemí, esperando que se diera cuenta de dónde se encontraba.

Ella pensaba que para embromarla había involucrado a varias personas, que debían ser sus amigos. Mientras le enseñaran aquel castillo, que se burlaran lo que quisieran.

La chica se dirigió a ella y se paró delante.

—Si necesitas algo no dudes en pedírmelo, soy Iona.

—Muchas gracias, Iona, lo tendré en cuenta.

Alister se daba cuenta que ella se lo estaba tomando a la ligera, la conocía suficiente para saber que no les estaba creyendo.

—¿Quieres que te haga una visita guiada por el castillo de «Las almas beodas»?

—Que nombre más raro —dijo ella levantando una ceja, eso ya

era el colmo, ese nombrecito…

—En un principio se llamaba el castillo Stewart, pero le cambiamos el nombre.

Noemí frunció el ceño.

—Ya está bien de tanta coña, ¿no?

—Como tú quieras. —Alister la miró con una sonrisa reflejada en su mirada ámbar. Ya se daría cuenta que no había estado bromeando en ningún momento, solo con el nombre del castillo. Le puso una mano en la espalda y la guio hacia la primera estancia a la derecha, donde había un espacioso despacho, algunos muebles eran muy antiguos, como el escritorio de madera maciza. mientras que los sillones eran nuevos. La habitación estaba rodeada de estanterías desde el suelo al techo, y en un lado se veían libros muy antiguos.

—Guau, esto es un tesoro nacional. —Noemí se acercó a aquellos estantes y los miró con reverencia, sin tocarlos. Se daba cuenta del valor incalculable de aquellos ejemplares, y no veía medidas de seguridad por ningún lado.

—¿Es que los dueños de todo esto no se dan cuenta de que les pueden robar en cualquier momento?

—Hay guardias de seguridad por todas partes, además, de cámaras, y alarmas que conectan directamente con la policía.

—No he visto ni uno solo. Y de todas maneras cuando la policía llegue aquí, los ladrones pueden hallarse al otro lado de la frontera, o en la Conchinchina.

—¿Eso crees? —A Alister le hacía gracia que ella se preocupara tanto por unas reliquias que no eran suyas—. Me está dando la sensación de que no eres la chica que conozco de Barcelona, que eres una detective privada.

Ella le sonrió.

—No me hagas caso, me gustan mucho las películas policíacas, y

luego dejo volar mi imaginación.

—Ah, ¿sí? Pues imagínate lo que te haría yo encima de esta mesa —le susurró al oído.

Noemí, dio un salto alejándose de él, sabía que era capaz de eso y mucho más.

—No se te ocurra, tengo ganas de verlo de arriba abajo, y si te pones juguetón nos van a echar a la calle.

—Confía en mí, eso no va a ocurrir. —Los ojos de él la devoraban con la mirada.

—Quieto —dijo ella alzando una mano delante de él—. Ya que me has traído, ahora te portarás bien.

Alister soltó una carcajada.

—¡Qué mala eres! Ya sabes que me has excitado nada más verte, y ahora pretendes que…

—Que te portes bien, eso es lo que quiero.

Él ocultó una risita, la tomó de la mano, y volvieron al pasillo que los llevó a una grandiosa sala donde desembocaban unas escaleras de mármol.

—Esto es fantástico, espectacular, ¿quiénes son los de esos cuadros? —preguntó por óleos que cubrían las paredes a los lados de las escaleras.

—Son mis antepasados.

Al escucharlo, Noemí se lo quedó mirando al mismo tiempo que ojeaba a uno de aquellos que estaban colgados de las paredes.

—¿Esta trola te funciona con las mujeres? Porque no hay ningún parecido entre ellos y tú.

—Pues todo el mundo dice que sí, que soy el que me parezco más de los hermanos, hay quien ha llegado a dudar de que Blair y Glen lleven mi misma sangre.

—¿Por qué estamos hablando de tus parientes? —Quiso saber

ella al caer en la cuenta de que estaban parados en medio del vestíbulo con unos cuadros antiguos.

—Tú has preguntado.

Noemí negó con la cabeza, ese hombre estaba como una peonza.

—Yo te he preguntado por toda esta gente, no por tus familiares.

—Tienes razón —asintió Alister, ya se enteraría más tarde de dónde se hallaba—. Vamos, hay mucho más que ver.

Mucho más tarde, Noemí estaba alucinada, la edificación era una maravilla y Alister se metió en todas las habitaciones, enseñándole hasta los dormitorios de los dueños de aquel castillo. Ella solo pensaba que en cualquier momento, los pillarían husmeando por ahí y los echarían a la calle.

—Será mejor que nos vayamos —advirtió ella.

—Si ahora viene lo más interesante… ¿No quieres ver lo que nos ofrecen las murallas?

—Claro que quiero, pero los guardias de seguridad nos tirarán al foso si lo hay.

Alister soltó una carcajada.

—Sí que lo hay, pero ya no quedan cocodrilos ni ningún animal que se nos coma.

—Qué pena. —Se burló ella—. Seguro que les harían un buen favor a los dueños de este castillo. Además, contigo… se montarían un festín, al contrario que conmigo, yo me quedaría entre un diente y otro.

—Me encanta que te lo tomes todo…

En ese momento, se pudo escuchar:

—Alister, ¿dónde te has metido? Hace horas que te estoy esperando.

—Anoche te dije que hoy no estaría, ¿es que no puedo tomarme

un día de descanso?

Noemí los miraba a uno y a otro y veía el parecido entre ambos.

—¿No vas a presentarme a tu invitada? —preguntó el recién llegado a Alister.

—Blair, ella es Noemí, trabaja en Barcelona, y la he invitado a pasar unos días aquí. Noemí, este incordio es Blair, mi hermano mayor.

—Joder, si le dices eso, igual sale corriendo —bromeó el mayor con una sonrisa muy parecida a la de Alister.

—No lo hará. ¿Qué es eso que no puede esperar?

—Uy, nada, nada, ahora que veo que estás muy ocupado… Mañana ya me darás tu opinión.

—Eres un tocapelotas, ¿acaso no ha ido Iona a decirte que estaba acompañado? Seguro que sí, y se te ha despertado la curiosidad.

—Verás cuando se lo diga a Glen —sonrió con puñetería—. Un placer conocerte Noemí, nos veremos más tarde, ahora me voy antes de que Alister me pegue una patada donde más duele. —Se alejó de ellos por el pasillo donde estaban y podían escuchar que soltaba una risita.

—Mis hermanos son como un grano en el culo. No les hagas caso si te acribillan a preguntas, lo harán, estoy seguro. —Alister estaba viendo la espalda de Blair mientras lo decía.

Al girarse hacia ella, se la encontró con los brazos cruzados y dando golpecitos en el suelo con la punta del pie.

—¿Qué esperabas para decirme que trabajas aquí? Y no tú solo, no, por lo visto toda tu familia.

Alister se dio cuenta del malentendido, sin embargo, viendo la cara de ella, pensó que era mejor sacarla de su error.

—No es que trabajemos aquí, vivimos aquí. Además, de que la

destilería está ahí detrás, no te has fijado, pero hemos pasado al lado de un cartel muy grande que ponía «Destilería Stewart».

Noemí contuvo el aliento, le estaba diciendo que se iba a alojar en un verdadero castillo medieval, no se lo podía creer.

—Te has dado cuenta desde el primer momento que no te creía ¿verdad? —Ella le estaba dando golpecitos en el pecho con el índice —. ¿Te lo has pasado bien?

—¿Me preguntaba cuándo te darías cuenta de que no estaba bromeando? Iona y Cameron te han tratado muy bien, los tenía amenazados si no lo hacían, y esperaba que con ellos te percataras de dónde te encontrabas.

—¿Con qué los amenazaste?

—Con mandarlos a recoger las hojas que no paran de caer en la entrada.

—¿Los que están allí están castigados? —Noemí no se lo podía creer.

—No, son los jardineros de la propiedad, pero con algo tenía que ponerlos firmes.

—Eres terrible. A quién se debería mandar a ayudarlos sería a ti por haberme tomado el pelo desde que he llegado.

—No me voy a romper por limpiar los campos, mañana cuando despiertes te los mostraré.

Ella lo dudaba mucho, en esos momentos se daba cuenta que Alister y su familia eran ricos, ricos, ricos, y seguían trabajando en el negocio familiar, no eran de los que no daban un palo al agua. De los que dejan que otros les hicieran el trabajo, daban el callo como todos sus trabajadores.

Alister se le acercó y ella pensó que iba a besarla, en cambio lo que hizo fue abrir la puerta que tenía detrás y al darse la vuelta vio que encima de un baúl estaba su maleta.

—¿Este es mi dormitorio?

—Esperaba compartirlo contigo —confesó Alister apoyando un hombro en el marco de la puerta. Ella recorrió la habitación tocando con las yemas de los dedos las superficies antiguas y pulidas que había por todos los lados, las mesitas de noche de la gran cama con dosel, un tocador victoriano, una repisa con adornos antiguos. En la chimenea ardía un buen fuego que calentaba toda la estancia.

—¿Desde cuándo vivís aquí?

—De toda la vida, somos la cuarta generación, está todo documentado en esos libros tan antiguos del despacho.

—¡Qué pasada! —exclamó ella girándose y viéndolo que no acababa de traspasar la puerta.

—¿Por qué te has quedado ahí? En todos los dormitorios has entrado conmigo.

—Porque no me has contestado de si querías compartirla conmigo. Debo reconocer que ha sido un suplicio estar entre tú y una cama y no echarte sobre ella para hacerte el amor como deseo.

Aquellas palabras hicieron que Noemí fuera recorrida por un escalofrío placentero. Se le acercó con aquel andar seductor que lo ponía a cien, y enrollando los brazos en su cuello, tiró para llegar a su boca y besarlo, ella también lo deseaba.

¡¡¡NO SE PODÍA IMAGINAR LA AVENTURA QUE SE LE PRESENTABA EN EL CASTILLO STEWART!!!

# Capítulo 4

Aquella noche, durante la cena Noemí conoció a los hermanos y se dio cuenta que, aunque estuvieran forrados eran muy normales, no era que tuvieran que estar como cabras, pero había gente con dinero que se creían los reyes del mundo, eso no ocurría con ellos, en ningún momento la trataron como si fuera menos. Eran simpáticos y bromistas, además, trataban a la gente que trabajaba para ellos como si fueran de su propia familia, no faltaban al respeto a nadie.

Después de tomar unos entrecots con verduras a la brasa y un pastel de arándanos delicioso, sirvieron ellos mismos unas copas de licor que hacía la cocinera.

Noemí lo saboreó.

—¿No te gusta? —preguntó Glen, el menor de los hermanos—. Pones una cara de lo más rijosa.

—Desde luego que me gusta, es solo que no os imaginaba tomando un licor dulzón, tenéis el aspecto de beber whisky. —Su sonrisa oculta tras la copa les gustó a los tres.

—Después de estar todo el día con el aroma del whisky, se aprecia un chupito más suave. —A Glen le gustó desde el primer momento aquella mujer que decía todo lo que le pasaba por la cabeza, que no se había mostrado cohibida en ningún momento.

Además, era guapa, muy guapa, Su hermano había tenido suerte de encontrar a una mujer como esa, con el añadido del buen sentido del humor—. ¿Tenemos aspecto de estar todo el día empinando el codo con whisky? —Le preguntó esperando lo que le contestaría.

A ella se le estiraban los labios, queriendo mostrar una sonrisa.

—Veréis, soy lectora de novela romántica, y siempre se pintan unos escoceses musculosos como vosotros, que beben whisky, y que son tigres en la cama.

Al escucharla se hizo el silencio, los tres se la quedaron mirando sin decir ni una palabra, al fin Alister soltó una carcajada.

—¿Cumplimos alguno de esos estereotipos?

—Por lo que veo no todos, se me ha caído un mito —habló con un tono lastimero que estaba destinado a hacerlos reír y lo consiguió.

Blair y Glen miraron a Alister.

—Hermano, ¿te tenemos que dar lecciones? —soltó el mayor.

—No creo, deberíais preguntarle en qué le fallo —dijo muy seguro de sí mismo.

Los otros se giraron hacia ella.

—Nunca lo he visto bebiendo whisky, y por lo que veo a vosotros tampoco os veré.

—Ya veo que estás dejando el pabellón muy alto —afirmó Glen guiñándole el ojo a Alister.

—¿Acaso lo dudabas? —se chuleó.

Un rato más tarde, daban por terminada la velada. Subieron las escaleras de piedra que llevaban al piso superior y cada cual se dirigió a su dormitorio. Alister había estado ansioso porque llegara ese momento. En cuanto cerraron la puerta de la habitación, ella se quedó mirando todo lo que la rodeaba, no se cansaba de hacerlo,

cuando se había cambiado la ropa del viaje por la de la cena, ya estuvo un buen rato observando aquello que solo había visto a través de las novelas que leía.

—Es como si hubiese entrado en las páginas de las historias que tanto me emocionan.

—Me alegro de que te guste. —A su espalda, Alister se inclinaba para besarle el cuello. Ella le dejaba más espacio, le encantaba que le hiciera eso.

Las manos de él le recorrían el cuerpo entero por encima de la ropa, ella se giró entre sus musculosos brazos y tirando de su cuello para llegar a su boca, lo besó con hambre, le fue desabrochando los botones de la camisa, y se la quitó acariciándole los hombros, la tela fina cayó al suelo como una nube esponjosa.

Alister no se quedó atrás, sus dedos eran diestros, y en un santiamén ambos estaban desnudos, piel con piel, disfrutando del tacto sedoso bajo las yemas de sus dedos. Él la subió en brazos y la llevó hasta la cama donde, desde que la vio, había soñado que le haría el amor. Fue mágico, glorioso, dulce y apasionado, y al fin se quedó dormida en los brazos de ese hombre que la llevaba al paraíso cada vez que la tocaba.

«Noemí estaba en aquella cama, sentada con las piernas cruzadas con una de sus novelas en las manos, leía una historia que la estaba enamorando, cuando de repente sintió que no estaba sola, levantó sus ojos verdes de las páginas, y vio a un hombre que le pareció conocido, aún así no había hablado con él nunca ¿dónde lo había visto antes?

—Mi hijo ha escogido bien, eres una moza muy bonita y lista.

Aún no sabía de qué le hablaba.

—¿Cómo sabe que soy lista? —El hombre iba vestido muy

elegante, pero anticuado.

—Porque os he visto a los tres cenando y no has dejado que te tomaran el pelo.

—¿Quién es usted? —preguntó al no poder recordar de qué lo conocía.

—Esta tarde me has visto en la galería de los retratos de la familia.

Noemí soltó unas risas.

—Oh, claro, ¿es el padre de Alister? —dijo ella al ver el parecido, aunque él no se lo había dicho.

—El mismo, siempre supe que mi hijo tenía mucha sesera para dejarse gobernar por una mujer.

—Yo no gobierno a nadie. Ya no estamos en el siglo diecinueve. Ahora los que se dejan mangonear son unos flojos, y no he visto nada flojo en Alister.

—Alister, como sus hermanos, es muy fuerte de carácter, crie unos hijos que no son unos debiluchos, cada uno sabe cuidarse de sí mismo.

—Me alegro mucho. ¿cómo se ha colado en mi dormitorio? —Ella estaba perpleja al ver a ese hombre allí, en mitad de la noche y vestido como si fuera a una fiesta de las antiguas. Temió que los hermanos Stewart le estuvieran tomando el pelo, que le gastaran una broma.

—Desde que estiré la pata que me he quedado en el castillo, velo por el bienestar de mis hijos.

Aquellas palabras dejaron a Noemí con la boca abierta, no era tan ilusa para creerse esa patraña.

—¿Me está tomando por idiota? Mi madre no crio hijas tontas.

—Tengo constancia de eso.

—Por lo que dice, usted sí que piensa que los suyos son unos

mindundis.

—Yo no he dicho eso, solo que estoy alerta por si alguna lagarta les quiere tomar el pelo. Supongo que eres consciente que con la riqueza que manejan, muchas cazafortunas se les tiran a los pies.

—No lo dudo.

Noemi se daba cuenta que tenía razón, sin embargo, la conversación no tenía sentido, ese hombre le estaba diciendo que era un difunto, cuando cogiera a los hermanos Stewart les iba a tirar de las orejas hasta dejarlas como Dumbo. Nadie se reía de ella de esa forma.

—Ellos no me han convocado, solo quería que supieras que no son tontos, y que no permitiré que se enchocheen con una mala mujer. —La voz tan parecida a la de Alister se volvió dura—. Y lo que estás pensando no tiene nada que ver. Ellos no saben que estoy aquí.

—No sé lo que está pasando, lo único que le digo es que puede irse un poquito a la mierda. Estoy a punto de salir del dormitorio y ponerme a gritar como una loca, no permitiré que me gasten estas bromas pesadas.

—¿Es que no escuchas muchacha?

—No soy sorda, y lo que oigo son las memeces de unos hermanos que se creen muy graciosos.

—Tienes que creerme cuando te digo que ellos no tienen nada que ver.

—¿Me ha visto cara de imbécil? Esos tres me van a oír. —Noemí soltó la novela que sostenía entre las manos, saltó de la cama, y al girarse el hombre había desaparecido, miró alrededor, pero nada, no estaba por ninguna parte. Miró hasta debajo de la cama, y nada, soltó un gruñido de frustración.

En ese instante abrió los ojos y se dio cuenta que no estaba

sola, que no había estado leyendo, que Alister dormía a su lado, y ella no llevaba el mismo atuendo que unos minutos antes. ¡¡¡TODO HABÍA SIDO UN SUEÑO!!!».

# Capítulo 5

Por la mañana al despertar, Alister le estaba acariciando la espalda, ella recordó al instante aquel sueño perturbador, y sin voluntad, se tensó.

—¿Qué te pasa cariño? —Quiso saber él, tratando con sus caricias que se relajara.

—Nada, he tenido un sueño… o tal vez se trataba de una pesadilla muy rara.

—Igual si me la cuentas… —Él la abrazaba contra su pecho, y notaba que ella había pasado un brazo por debajo de su tórax y se agarraba a él con firmeza.

—Pensarás que estoy como una cabra.

Alister sonrió.

—No lo creo.

Noemí cogió aire con fuerza.

—He soñado con tu padre. —Al ver la mirada tranquila de él se atrevió a decir—: Quería que supiera que estaba velando por vosotros.

—¿Se ha puesto desagradable?

—No, me ha dicho que se alegraba que te hubieses fijado en mí, que era una chica lista. —Después de decirlo, se dio cuenta que a él no le había extrañado lo que le había dicho, se incorporó

apoyándose en el pecho de él—. Parece que no te sorprendas cuando te digo que…

Alister negaba con la cabeza.

—No deseo que te asustes… ha sido una pesadilla.

Aquella tranquilidad al decirlo, a ella la hizo dudar, además, esas primeras palabras le daban a entender que él no se sorprendía. ¿Qué estaba pasando allí?

—¿Por qué será que me doy cuenta de que ocurre algo raro?

Él se percató que ella no dejaría el tema hasta que obtuviera una respuesta convincente, pero si le decía la verdad era posible que ese mismo día cogiera un avión para volver a su casa. Ambos se estaban mirando a los ojos y Alister supo que no podía mentirle.

—Escocia es tierra de leyendas.

—Lo sé —afirmó ella—. ¿Estás tratando de decirme que tu padre es un personaje de leyenda?

—No, mi padre es un pillo de cuidado, que aparece dentro del castillo de vez en cuando, sobre todo cuando hay una mujer bonita, y si resulta que está con uno de sus hijos…

—¿Qué pasa si está con alguno de vosotros?

A Alister se le dibujó una sonrisa de lo más pícara.

—Que ha espantado a más de una.

La boca de Noemí no podía estar más abierta.

—¡No me lo puedo creer!

—Hemos llegado a la conclusión que de alguna manera sabe las que están con nosotros por interés, y las que no.

Ella frunció el ceño.

—No me lo puedo imaginar, si me estás tomando el pelo puedo ponerme violenta —amenazó.

—Tú querías saber, yo solo respondo a tus preguntas.

Noemí, se incorporó y se sentó con la espalda apoyada en el

cabecero de terciopelo de la cama, tiró de las mantas y se las cogió bajo los brazos. Alister la siguió y quedaron uno al lado del otro. Noemí todavía pensaba que le estaba tomando el pelo, ¿quién en su sano juicio pensaría que un pariente muerto se aparecía a sus seres queridos? Era todo muy raro, y a pesar de estar en tierra de leyendas, siempre había pensado que eran cuentos para niños. Entonces, recordó que le había dicho a Alister que quería ver a Nessie, y ella no era precisamente una niña.

—No puede ser, no me lo puedo creer —murmuró ella—. ¿Estás dándome a entender que he soñado con el fantasma de tu padre?

—Algo así, sí.

—¿Me estás diciendo que se ha metido en mi sueño por voluntad propia? —Alister asentía con la cabeza—. ¿Puede volver a ocurrir cuando le parezca?

—A nosotros también se nos aparece, pero muy de tanto en tanto. Al principio fue muy jodido, no sabíamos lo que ocurría.

—¿Y llegasteis a desentrañar el misterio?

—Visitamos a un druida, le contamos lo que nos ocurría y nos dijo que él estaba ahí para velar por nosotros, que nunca nos dejaría solos, que teníamos suerte de poder contar con él.

Noemí había leído novelas donde salían druidas y escuchar en boca de él que había visitado a uno la entusiasmó.

—¿Cómo era ese hombre?

—Un anciano que tenía melena y barba blanca no —contestó al imaginar dónde se dirigían los pensamientos de ella.

—¿Me llevarás a conocerlo? Me encantaría.

—Te vas a llevar un chasco, es una persona normal y corriente de las que te puedes encontrar en los campos recogiendo hierbas, un herbolario.

—Me da lo mismo quiero conocerlo, tal vez prediga mi futuro.

Alister soltó una carcajada.

—¿De verdad quieres saber lo que ocurrirá en el futuro?

—¿Y por qué no?

Él movió la cabeza, a pesar de confiar en ese hombre que les había aclarado aquel misterio, nunca se le habría ocurrido preguntarle por su porvenir. Prefería que pasaran los días y que cada uno lo sorprendiera.

Noemí estaba pensativa, él la cogió por la cintura y la sentó en su regazo, ella se acomodó aún pensativa y no se dio cuenta de que su movimiento lo excitaba mucho. Que su pene crecía debajo de su trasero y él se afanaba en acariciarle los pechos, y el cuerpo entero. Los pensamientos muy pronto se le dispersaron y se dedicó a regalarle tanto placer como el que él le brindaba a ella.

Alister le hizo olvidar por un buen rato aquel encuentro tan extraño con su padre.

# Capítulo 6

Al día siguiente, desayunaron en la cocina, como sus hermanos ya lo habían hecho no quisieron molestar a Iona, que ya estaba organizando los dormitorios.

Fiona, la cocinera, que le había presentado la tarde anterior, les puso delante un plato de arenques con judías blancas, con una copa de vino.

—¡Ay, Dios! Debo tener cara de estar hambrienta —dijo con guasa cogiendo una rebanada de pan recién hecho.

—Niña, que después de las calorías que habéis gastado esta mañana…

Al escucharla, Noemí sonrió, esa mujer que podría ser su abuela, no se callaba lo que pensaba.

—Fiona, por favor. —Alister vio que a Noemí no le molestaba lo que dijera.

—¿Vas a negarlo? —Fiona no se giró para hablar, y ellos se miraron aguantando la risa. La mujer tenía razón, no podían negarlo.

Noemí bajó la mirada para que no vieran que se le escapaba una sonrisa.

Cuando terminaron, él la cogió de la mano y salió al vestíbulo, la miró de arriba abajo, ella lucía unos vaqueros, un jersey grueso y la chaqueta con la que había llegado. Él se dirigió al armario donde se

colgaba la ropa de abrigo y sacó dos polares.

—Deja el borrego aquí, esta te tapará más —dijo Alister con una sonrisa.

—¿El borrego? —Noemí empleó un tono ofendido.

—Bueno, vale, la ovejita zumbona —rectificó él con brillo en los ojos.

—Eso me gusta más.

Después de que ella colgara la chaqueta, él la cogió de la mano y cuando iba a salir, Cameron les abrió la puerta solícito.

—¿No me digas que Cameron es el mayordomo? —quiso saber ella al alejarse.

—Claro que sí ¿qué creías?

—Después de todo lo que he visto, no lo sé.

—¿Qué te esperabas? —preguntó él al ver la mueca que ella hacía.

—Que vivieras en Inverness, en un piso de soltero. Te imaginaba haciendo una vida disoluta, sin dar explicaciones a nadie. En ningún momento se me pasó por la cabeza que vivieras con tus hermanos.

—¿Te sorprendiste?

—Sí, mucho. Sin embargo, reconozco que son los dos muy agradables.

—Oh, que no te oigan ellos, se les subirá a la cabeza.

—Ya será menos. —Noemí soltó una risita.

En ese momento entraron en un espacioso garaje, donde estaba el Mercedes con el que la recogió en el aeropuerto, además de un 4x4, vio un Jeep plateado, un Audi, un Alfa Romeo, una camioneta Chevrolet, y un Porche deportivo negro.

Se quedó parada al ver aquella colección de máquinas a cuál más rápida.

—Son los coches de la familia, no soy James Bond, ni

coleccionista.

—Me sorprendes a cada momento.

—Me encanta hacerlo. —Alister sonrió y tiró de ella hacia el Nissan 4x4.

Ella antes de subir al coche, se detuvo y lo miró.

—¿Dónde vamos? ¿No tendrás problemas con Blair y Glen por dedicarme tu tiempo? —dijo.

—Son lo suficientemente listos para saber que quiero dedicarte todo el tiempo que pueda.

—¿Por qué? —Quiso saber ella con la mirada traviesa.

—¿No lo adivinas?

—Nooo.

—¿Necesitas las palabras? —Los ojos de ambos se quedaron prendidos.

Noemí lo miró con una ceja alzada.

—¿De qué palabras me hablas?

Alister la cogió por la cintura, la arrimó a él con una sonrisa, acercando sus labios a los de ella.

—¿Estás preparada para escucharlas? —susurró cuando estaba a un suspiro.

—Hasta que no las digas no puedo saberlo. —Ella lo miraba con chiribitas en sus bellos ojos verdes.

Él terminó de salvar el espacio y la besó con pasión.

—Te las diré muy pronto. —Él vio la contrariedad en sus ojos, y le sonrió.

Ella abrió la boca sorprendida.

Alister le abrió la puerta del Nissan, y luego se montó él.

—¿Dónde vamos?

—Deja que te sorprenda.

Ella le dedicó una sonrisa mimosa.

—Me encanta que lo hagas.

Alister le mostró todo lo que pensó que le gustaría ver y la llevaba a lugares que sabía que disfrutaría. Al llegar a Clava Cairns ella se quedó con la boca abierta, Escocia era un lugar que no dejaba de sorprenderla, los famosos círculos de megalitos eran monumentos funerarios prehistóricos. Estuvieron los dos paseando por allí cogidos de la mano.

—Me encanta este país. —Noemí se paró para hablar, observaba a su alrededor, por un lado, había un rebaño de ovejas que balaban y comían mientras paseaban por aquel monte verde maravilloso—. Qué tranquilidad hay aquí.

—Si no fuera por las ovejas…

—¿A que te gusta el queso de oveja? —Lo chinchó ella, sabiendo que sí.

—Mucho.

—Si no fuera por las ovejas… —repitió con picardía en sus luminosos ojos verdes.

Aquello le arrancó una risa del fondo de su pecho a él.

—Tienes razón, prometo que no volveré a quejarme de ellas. —Alister la tomó entre sus brazos y la besó, esa mujer lo volvía loco. Como estaban solos, se recreó en aquella boca dulce como la miel, y muy complaciente.

Al volver, se detuvieron en el lago Ness.

—¿Veremos a Nessy?

—Lo siento, pero le pedí hora y me dijo que estaba ocupada —bromeó.

—¡Qué contrariedad! Yo que deseaba hacerme amiga de ella.

Hablaban paseando por la orilla del lago, el sol estaba descendiendo y la luna empezaba a bañar su entorno con un manto de plata.

Alister la llevó a cenar a una típica taberna escocesa, y la gente que estaba allí quisieron saber de dónde provenía y fueron muy simpáticos con ella. Se hicieron amigos y solían encontrarse allí cada vez que la llevaba a la ciudad. Los días pasaban e hizo muy buenas amistades. Antes de salir de Barcelona nunca pensó que los escoceses la acogieran con ese ánimo.

# Capítulo 7

Los hermanos y varios trabajadores de las bodegas estaban preparando la fiesta que cada año organizaban los Stewart en la noche de Halloween.

Llegó el día y después de una siesta en la que hicieron de todo menos dormir, Noemí, se bañó y se dispuso a vestirse para la ocasión.

Enriqueta, su tía, la modista de Mataró, le había hecho un vestido divino que los dejaría a todos deslumbrados. Se peinó su cabello castaño claro engominado, con mucho volumen, se maquilló como si llevara una mariposa de colores vivos en la cara, y purpurina que le bajaba por el escote. Su atuendo consistía en unos pantalones bombachos de cintura baja, una chaquetilla con mangas globo, la prenda era corta y enseñaba la piel de la barriga, la tela era blanca y según la luz que le daba se reflejaba de uno u otro color. Se miró en el espejo de cuerpo entero y pensó que parecía un hada de los bosques. Al estar satisfecha con la imagen que le devolvía el espejo, bajó a la sala que habían preparado y la mayoría de los invitados ya estaban allí, vio a Alister que se había vestido de guerrero escocés, o mejor dicho, se había desnudado, pues solo llevaba un kilt, una banda de la misma tela que le cruzaba el pecho, y unas calcetas largas de lana hasta las pantorrillas con unos

tradicionales zapatos de cuero llamados *ghillie brogues*.

A Noemí se le hizo la boca agua al verlo, desde lo alto de la escalera se dio cuenta de que estaba hablando con una mujer que iba disfrazada de alguna reina, pues llevaba una corona dorada y su melena rubia le llegaba hasta el culo. Por su movimiento se daba cuenta que estaba coqueteando con Alister, y por alguna razón que no comprendió se le anudaron las tripas. Se quedó un momento observándolos, y se percató que él no hacía ascos a sus intentos por llamar su atención, le sonreía como si le estuviera prometiendo el paraíso.

«Ya sabías que un hombre como él debe tener a las chicas haciendo cola para pasar un ratito con él, o en su caso, toda la vida. ¿Quién no querría ser la esposa de uno de los dueños de Las Destilerías Stewart?» se dijo.

El nudo en el estómago estaba ahí, y no comprendía la razón. «Estás celosa» ese pensamiento fugaz la dejó con los pies paralizados en el momento que iba a bajar para encontrarse con él. Notó que le faltaba el aliento, y lo que hizo fue sentarse en la escalera, como que no bajaba recta hacia la sala, ella quedaba oculta por la baranda de piedra.

¿Cómo se podía estar celosa si no amaba a la persona en cuestión? Se hizo esta pregunta, y la respuesta fue instantánea. Lo estaba porque estaba colada por sus huesos, y todo lo que los recubría, por su carácter, por su forma de hacerle el amor, por su ternura, por todo él. Reconocerlo hizo que se quedara sin respiración, y sin pensarlo ni un momento supo que tenía que irse de allí, que debía sacárselo de la cabeza, que cuanto más tiempo durara aquel tonteo que se traían entre manos más dolería.

Levantó la cabeza, y vio la puerta lateral que llevaba a la cocina abierta, era por donde los sirvientes contratados entraban con

bandejas de bebidas, licores y aperitivos. Se levantó al notar un nudo en la garganta y que le picaban los ojos, salió corriendo por aquella puerta y vio otra que se imaginó que la llevaría fuera, pero se equivocó. De repente se encontró en la antigua bodega, la que usaban para recibir a posibles clientes, y al encontrarse sin escapatoria se sentó en una barrica de madera, necesitaba pensar. ¿Qué debía hacer? Quedaría en ridículo si llamaba a un taxi para que la llevara al aeropuerto, aparte que Alister pensaría que era una lunática. Lo único que se le ocurría era quedarse a la fiesta y decirle a la mañana siguiente que debía marcharse por motivos personales.

Entonces escuchó una voz:

—Él no es tonto, sabrá que estás mintiendo. —Era el padre de Alister quien le hablaba y lo vio sentado en una gran piedra de molino que en la antigüedad se usaba para exprimir la uva.

—Cómo va a saberlo, le diré que…

—Créeme, lo sabrá.

—Debo recordarle que es usted un fantasma que no me conoce. Igual soy una bruja, y haría bien en alejarme de su hijo.

—Sé que no lo eres, dame el beneficio de la duda que dan los años. —A ella se le hacía de lo más extraño estar hablando con un fantasma caprichoso que se aparecía para velar por sus hijos—. Te diré algo, no hace falta que vayas a ver al druida, yo puedo decírtelo.

Noemí no se fiaba un pelo de todo ese cuento del fantasma del padre de Alister. Por mucho que él hubiera admitido lo que allí ocurría no acababa de creerlo. No obstante, se preguntaba cómo sabía lo del druida.

—A ver, ¿qué va a pasar mañana? —Se puso chula. Lo que la desconcertaba era que él parecía trasparentar, era algo muy raro. Al no obtener respuesta inmediata, soltó—: Se da cuenta, no sabe qué

decirme, todo esto es un camelo de sus hijos, y como no podía ser de otro modo, en la noche de Halloween.

—Mañana, Alister te llevará al lago y …

—Ya me he ha llevado, ya lo he visto.

—Pero tiene otros planes.

—Estoy segura, ahora mismo está con ella.

—Estás equivocada, esa no le importa.

Noemí estaba perdiendo la paciencia.

—Yo no.

Él frunció el ceño.

—La otra vez que me viste…

—No lo vi, soñé con usted —replicó ella.

—Sabes muy bien que estuvimos hablando.

—Lo que sé es que yo estaba dormida.

—Pero te acordabas de todo lo que nos dijimos, luego se lo contaste a Alister.

Noemí recordó aquella noche, después de hablarlo con él, habían hecho el amor, ¿ese hombre había estado mirando?

—¿Es que estuvo allí…? —Estaba tan indignada que no le salían las palabras.

—Me fui en cuanto os pusisteis tontos, no voy observando a mis hijos en todo momento.

—No sé si creerle. —Ella se levantó pensando que estaba perdiendo un tiempo precioso—. De todas maneras, muy pronto me marcharé y no volveremos a vernos, ni en sueño ni de ninguna otra forma.

—Estás muy equivocada.

—No, no… —Calló al escuchar unos pasos, y al girarse hacia ese lo que fuera, ya no estaba sentado allí.

Junto a los pasos se oían voces y risitas, por la puerta que daba

al jardín entró Blair con una muchacha vestida de tigresa, en cuanto estuvieron dentro, él la tomó por la cintura y apoyándola en la pared la besó.

Noemí aprovechó que había abierto la puerta con la llave, y salió escopeteada, para encontrarse que Alister andaba con su larga zancada hacía ella, sin embargo, antes de que llegara, aquella lagarta que le había lanzado todas las señales de «pasémoslo bien» lo cogió por el brazo, lo detuvo y se le colgó del cuello besándolo. Ella pensó que al igual que su hermano buscaba un lugar más íntimo para un revolcón.

Le dio tanta rabia verlo en brazos de aquella que no retuvo su lengua.

—Ahí está ocupado, más os vale que ocupéis los dormitorios del castillo, después de todo por algo es tu casa —habló con rabia mirándolo a él, que se había librado de la boca de aquella víbora.

Dicho lo cual, se alejó de ellos e iba a subir otra vez a su habitación cuando Glen la cogió del brazo, no sabía lo que había ocurrido.

—¿Dónde va esta hada del bosque? Tenemos que bailar.

—No, yo, me ha entrado dolor de cabeza, iba a acostarme.

—No te preocupes, Fiona te dará un brebaje que en unos minutos estarás como nueva.

Ante aquellas palabras, ella pensó que había ido allí para asistir a aquella fiesta, y que lo mejor que podía hacer era aprovechar la oportunidad. No permitiría que Alister se la estropeara, la viera hundida, cuando estuviera sola ya se lamentaría de sus sentimientos, pero con tanta gente a su alrededor lo que tenía que hacer era demostrarle que no se dejaría pisotear.

Estuvo bailando con Glen, y poco tiempo después vio a Alister que entraba del exterior y lo hacía solo, ¿dónde habría dejado a

aquella guarra? Él se quedó al lado de la puerta y parecía buscar a alguien.

Noemí daba vueltas con Glen cuando oyó a sus espaldas:

—Hermano, te has equivocado de mujer, esta es la mía.

Ella apretó los dientes para no soltarle que ella no era de nadie, no quería dar un espectáculo.

—Solo te la estaba guardando.

—Yo me guardo sola, guapetón.

Alister no le dio oportunidad de que se enfrentara a su hermano, la tomó entre sus brazos y rodó con ella, la sentía tiesa como una vara contra su cuerpo.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Alguien te ha ofendido?

Aquella pregunta se merecía que le diera un porrazo que lo hiciera reaccionar. En cambio, lo que hizo fue responderle.

—Tú.

Al escucharla, Alister paró de repente y ella casi tropieza con sus propios pies.

—¿Qué te he hecho? —preguntó sin moverse.

—Estamos llamando la atención de tus invitados —siseó Noemí.

—Me importa un huevo, quiero saber por qué estás molesta.

—Son cosas mías, déjalo.

—No, no, no, me has dicho que te he ofendido y quiero saber cómo.

—Eres más terco que una mula, no voy a decírtelo, o es que te crees que eres mi amiga del alma a la que cuento mis secretos, ya no tengo quince años. —Se lo decía aupándose sobre las puntas de sus pies para que solo él la escuchara.

A Alister aquella cercanía de ella lo ponía cardíaco, veía su

escote, el bonito vestido que lucía y se daba cuenta que era la mujer más bella del baile.

—No los tienes, cierto, pero me gustaría ser esa amiga a la que contarías tus secretos.

—¿Por qué debería hacerlo? ¿Todas tus amiguitas lo hacen? Me alegro mucho, pero yo no voy a hacerlo.

—¿De qué amiguitas me hablas?

—Jo-der, de esa que ha estado arrimándose a ti todo el rato.

«Mierda» renegó para sus adentros Alister, estaba molesta porque había visto a la reina de Saba coqueteando con él. Por otra parte, esa constatación le daba alas, le daba una pista de sus sentimientos. Su corazón se saltó un latido, y le entraron ganas que fuera el día siguiente para llevar a cabo sus planes.

—Minerva no representa nada para mí, piensa que todo el mundo la desea, se cree lo más de lo más, no obstante, los hombres preferimos mantener las distancias.

—¿Por eso la has besado?

—Ha sido ella la que me ha besado a mí, y no he sentido nada. —Entonces se inclinó al oído de ella para que lo oyera bien—. La única que despierta mi pasión sin siquiera tocarme eres tú.

Hablaban en medio de la pista de baile bien lustrada, estaban muy quietos, pero nadie les hacía caso. En esos momentos ambos se miraban a los ojos, uno esperando una reacción, la otra temblando como un flan.

Alister se dio cuenta que le fallaban las rodillas.

—¿Estás pretendiendo que te crea? Esa mujer es muy guapa y la has tenido todo el rato a tu lado. —Lo acusó—. ¿Tengo cara de tonta? Ya sé que no nos hemos hecho ninguna promesa, pero tonta de mí, no sé cómo ha ocurrido que me he colgado por tus huesos. —Al darse cuenta de lo que había dicho y que a él se le dibujaba

una sonrisa, supo que tenía que alejarse. No le daría la oportunidad para que se riera de ella, o que le dijera a las claras que él no sentía nada. Ya era bastante humillante que hubiese reconocido estar enamorada de él—. Ahora me voy a retirar a mi dormitorio, no estoy con ánimo de jolgorio. —Se dio la vuelta y lo dejó solo en medio de la pista con una sonrisa bobalicona adornándole la cara.

Noemí nunca había experimentado ese sentimiento, y se maldecía por no haberse sabido proteger de Alister. ¡¡¡EL AMOR ERA UNA MIERDA!!!

Alister sentía que el corazón le golpeaba las costillas con fuerza, la había llevado a su casa para conquistarla, ella se había colado bajo su piel en los viajes que hacía a Barcelona, y cuando le comunicó que pensaba hacer un viaje por Halloween vio el cielo abierto, era su oportunidad para conquistarla, para mostrarle el amor que lo había arrasado como un huracán.

¡¡¡QUÉ FELIZ QUE SE SENTÍA!!!

# Capítulo 8

Noemí se quitó aquel vestido y se quedó en ropa interior mientras se limpiaba el maquillaje, y notaba que le picaban los ojos por las ganas de llorar. No paraba de soltar tacos, siempre había mantenido el corazón lejos de sus líos amorosos, y este había saltado todos los cerrojos que ella se había impuesto, y fue por libre. Por si eso fuera poco, se enamoró del hombre menos indicado, pues era tan guapo, tan tierno, dulce y apasionado que las mujeres se desvivían para llamar su atención.

Debía irse de allí, ya era bastante desastroso que se lo hubiese dicho, y si lo miraba a la cara al día siguiente… se moriría de vergüenza. Echó un vistazo por la ventana y vio que el día empezaba a clarear, el cielo cambiaba de color, que pinceladas tan bonitas que se pintaban en el cielo en aquella parte de la tierra, nunca las había visto en Barcelona. Eran maravillosas, pero no podía entretenerse a disfrutarlas. Sacó la maleta del armario y guardo sus cosas, en cuanto estuvo segura de tenerlo todo, de no dejarse nada, pensó que debería haberle dicho a Cameron que le pidiera un taxi, bajó con unos vaqueros y un jersey azul pavo real, y lo encontró en el vestíbulo, la fiesta estaba en todo su apogeo.

A través de la ventana vio que fuera había algunos taxis, y se preguntó qué hacían allí.

—Cameron ¿cómo es que hay taxis ahí fuera?

—Es que hay invitados que después de trasegar varias copas del mejor whisky de las bodegas que se está sirviendo, no están en condiciones de conducir. Y como lo saben… los contratan para toda la noche, así los tienen a su disposición.

—Bien, son muy responsables. —Al decirlo se preguntaba si lograría que alguno de ellos la llevara al aeropuerto, después podía volver y se habría ganado un plus. Se dio la vuelta y salió por la puerta del despacho que daba al exterior y por suerte, halló uno que le dijo que sabía que aún faltaban un par de horas para que lo reclamaran. Ella le dijo que subía a buscar su maleta y que saldrían en menos de cinco minutos.

A Cameron le extrañó que Noemí se interesara por los taxis, además, todo el mundo se estaba divirtiendo en el salón, y ella ya se había quitado aquel disfraz espectacular. Como se movía con sigilo, era como una sombra, vio lo que estaba pasando y que ella se subía a un taxi y se alejaba del castillo.

—Alister. —Siempre había llamado a los hermanos por el nombre, se conocían desde niños, y la confianza entre ellos era potente—. Noemí se ha marchado. —Interrumpió la conversación de él con otros invitados.

Alister se giró con rapidez.

—¿Qué has dicho?

—Que ha cogido un taxi y se ha ido.

—¿Sabes dónde? ¿Has escuchado algo? —preguntó Alister mientras se dirigía a la puerta.

—No.

En ese momento, Alister empezó a correr hacia el garaje, debía detenerla. Su corazón estaba contraído por la angustia de no hallarla. Se montó en el Mercedes que era el que estaba más cerca

de la puerta, arrancó y salió derrapando, en su cabeza solo estaba la idea de hallarla y expresarle sus sentimientos. Había sido un tonto al no decírselo antes, ahora debía apresurarse o ella saldría de su vida.

Aquella carretera que llevaba al castillo era estrecha, pero él se la conocía al dedillo y su pie se clavó en el acelerador, unos minutos más tarde vio a lo lejos los faros traseros de un coche y se imaginó que sería el taxi, corría como un loco y lo sabía, pero debía detenerla cuanto antes, se la imaginaba acongojada por lo que sentía, y él tenía la llave para que fuera feliz.

Cuando alcanzó al coche, lo adelantó a toda pastilla y un trozo más adelante cogió el freno de mano y atravesó el Mercedes en mitad de la carretera. No podía pasar por ninguno de los lados. Salió del coche y se plantó delante, el taxista tendría que parar.

—¿Es que estás loco? —gritó el taxista sacando la cabeza por la ventanilla.

Alister no dijo nada, fue hacia la parte trasera donde viajaba Noemí y abrió la puerta.

—Baja, por favor. —Su voz era dulce como la miel.

—No, tengo que irme. —Noemí sentía una emoción burbujeante dentro del pecho, él había dejado la fiesta para detenerla.

—Solo te robaré un momento, si después de eso quieres que te lleve al aeropuerto, o donde quieras, yo mismo lo haré. —La seriedad con la que hablaba le acarició el corazón.

Noemí bajó del taxi, y Alister cogió la maleta de la parte de atrás. Caminaron hacia el Mercedes y guardó la maleta. El taxista no se había movido y él supo que esperaba que le pagaran la carrera, fue hacia él y le soltó más libras de las que costaba. Entonces el hombre hizo maniobra, dio la vuelta y volvió por donde había venido.

Ella se había quedado en mitad de la carretera mirando el cielo

que cambiaba de color, cuando sintió la mirada ámbar sobre ella.

—Di lo que tengas que decir, y llévame al aeropuerto, me vuelvo a casa.

—Tu casa está aquí —dijo él con suavidad.

—¿De dónde has sacado eso?

Los ojos de ambos estaban clavados en los del otro.

—Me enamoré de ti en Barcelona, me cautivaste, me robaste el corazón, y estaba esperando el momento adecuado para decirte lo que siento. —Noemí no se podía creer lo que estaba escuchando, ¿cómo podía ese hombre decirle esas cosas tan bonitas? Él vio la incredulidad en sus ojos como las esmeraldas. Se puso la mano en el bolsillo y sacó el anillo que había comprado en cuanto se dio cuenta que ella era todo su mundo, lo mantuvo encerrado en su puño—. Pensaba llevarte a navegar por el lago y cuando estuviéramos en medio, decirte lo que siento, pero creo que o lo hago ahora o te pierdo, y sin ti muero. —Calló un segundo en el que se inclinó y clavo una rodilla en el suelo—. Te quiero, te amo, eres toda mi vida, no puedo pensar en ninguna mujer que me llene como lo haces tú. A tu lado, he olvidado a todas las que en alguna ocasión representaron algo para mí, ya no existen, tú y solo tú eres mi alma, mi corazón, la madre de mis hijos, mi compañera de vida. Noemí ¿aceptas ser mi mujer para siempre? Te prometo que te regalaré felicidad cada día de mi vida, TE AMO CARIÑO.

Noemí se quedó muda ante aquella confesión de intenciones. Le faltaba el aire, no pudo evitar arrodillarse junto a él, ponerle las manos en las mejillas, y acercando su boca a la masculina susurrar:

—Me acabas de hacer la mujer más feliz del mundo. Claro que acepto estar a tu lado hasta la eternidad. TE QUIERO, pero si veo a alguna lagarta que te ronda, le voy a arrancar los ojos.

Aquellas últimas palabras sacaron una carcajada a ambos, y en

el momento en que ella le cogió las mejillas para besarlo con amor, él le puso el anillo en el dedo anular de la mano izquierda.

Ella separó la boca de la de él, y miró, aquella joya era la más hermosa que había visto en su vida, era un aro de oro blanco con una esmeralda muy grande.

—¡Es precioso!

—No cariño, aquí lo único precioso eres tú.

Después de aquella declaración por parte de ambos, estuvieron besándose un largo rato. Al día siguiente, y puesto que Noemí no tenía familia cercana, decidieron quedarse a vivir en el castillo Stewart, a partir de ese momento era su hogar, sería el testigo de un amor que los envolvería hasta el fin de sus días.

# Una profecía por halloween

(Historias de Cold Spring)

S. F. Tale

Capítulo 1

## *Una semana antes de Halloween.*

Cold Spring se estaba engalanando para la gran fiesta de las brujas con sus calabazas, murciélagos, telas de araña y un sinfín de objetos más para recibir la fecha más festiva de todas y en la que los pueblos del Valle del Hudson recibían una gran afluencia de turistas.

Las colinas que ondulaban el horizonte y que, según desde dónde se admirasen, se recortaban en el cielo con sus árboles teñidos de rojo intenso, naranja y amarillo ofrecían un espectáculo que iba de mediados de octubre hasta noviembre, más o menos, y que atraía a muchos turistas cansados del inamovible asfalto que acudían a admirar una transformación de la naturaleza que jamás decepcionaba ni era para nada aburrida, pues cada día un color era más intenso.

Los huertos de manzanas también se habían convertido en un lugar donde respirar el otoño de modo distinto. Cada uno de esos árboles suponía una atracción cuando sus copas que se unían a la naturaleza adyacente y convertían las propiedades en pequeñas extensiones del valle al alcance de la mano. Donde se recogía la cosecha, impregnaba el aire del rico aroma de la fruta madura, tanto la que había caído como las manzanas que todavía colgaban hermosas en las ramas, algunas bastante inclinadas por el peso. Bajo los pies, algunas de las hojas caídas transformaban el suelo en

una manta natural donde predominaba el color marrón y crujían, otras en cambio, caían en zonas húmedas y se clavaban más en la tierra. Y también el Hudson a su paso refrescaba el ambiente.

No obstante, pese al magnífico cambio que la estación proporcionaba a la naturaleza en Cold Spring, Martha, la alcaldesa del pueblo, quería por todos los medios que ese Halloween el pueblo, su pueblo, brillase con luz propia, algo que nunca conseguía, pues Sleepy Hollow se llevaba todos los honores con eso de *La Leyenda de Sleepy Hollow* de Washington Irving, dejando al resto en posiciones por debajo. Pero la señora alcaldesa estaba convencida de que ese otoño Cold Spring podía hacerle la competencia.

Y así buscó la forma.

Con la inconmensurable ayuda de Flora y Conor estuvieron varios días revolviendo en el desván del ayuntamiento, cerrado al público, en busca de objetos antiguos bien conservados y otros adornos que llamasen la atención de los turistas. Todo lo que iban hallando entre las cajas lo iban separando y cuando terminaron los tres quedaron alucinados.

—Nunca me hubiera imaginado que los distintos alcaldes guardasen tantos adornos y cosas de Halloween —comentó Conor rascándose la nuca.

—Desde tiempos inmemoriales la noche de Halloween se celebra con distintos nombres, con distintos festejos, aunque es la misma celebración. Es la noche que queda fuera de todo calendario mágico, una noche donde el mundo terrenal y celestial, el mundo humano y los de otras orbes se unen fuera de los solsticios y cuando todo es más posible que nunca —contó Flora a los que todos conocían como la bruja de Cold Spring.

—Me encanta oírte hablar así, Flora. —Martha estaba exultante.

—Gracias.

—Solo tú podrías dar este tipo de lecciones —añadió Conor.

—No seas exagerado, hoy está al alcance de todos gracias a Internet —alegó Flora sin faltar a la verdad.

—Pero como tú, nadie lo explica —afirmó Martha.

—Eso mismo —convino Conor—. Bueno, ahora señoras, ¿a dónde llevamos todo esto? —Se interesó Conor.

—A la cafetería, he hablado con Kendall y le dije que por la tarde nos reuniríamos todos allí, para ojear qué hay.

# Capítulo 2

Como cada mañana, Molly ayudaba a Shannon en la panadería. Su trabajo consistía en llegar allí donde a Shannon no le era posible, y hacer de todo un poco: atender cuando se formaba una cola kilométrica —lo cual era bastante normal—, limpiar, colocar más pan en las estanterías, sacar bandejas de horno o del obrador. Nada le costaba, ya que contaba con una de las mejores jefas del mundo que le permitía hacer sus propias elaboraciones. Además, por el tiempo que llevaban juntas, podía decir sin miedo a equivocarse que las unía una gran amistad. Tanto era así, que una noche lloraron por culpa de los hombres.

Pero la situación había cambiado; Shannon estaba al lado de Logan, mientras que Molly había solucionado algunos asuntillos con John que la traían de cabeza y llegaron a un entendimiento.

Y así fue como llegó el otoño, y a esa incipiente pareja le trajo la prosperidad que Flora les había pronosticado:

«El otoño tiene sus propias vibraciones en el amor, se valora la parte real del amor y la pareja sin idealizar ningún aspecto. Se aceptan los defectos, y la estabilidad será lo que busquen los corazones que se unen bajo el solsticio de otoño. A medida que transcurre y que la luz dura lo mismo que la oscuridad, se fomenta el refugio del hogar y el calor compartido; la escucha y la

complicidad silenciosa saldrán fortalecidas, ya que es lo que se necesita; las barreras del propio ego se debilitan, uniendo a los amantes a un nivel de calma extraordinario. Así será vuestro amor, marcado por el otoño. Muy poca gente lo sabe, pero cualquier época es buena para enamorarse y todas ellas vendrán marcadas por un amor con rasgos distintos», tras eso, Flora le guiñó un ojo.

Y no se había equivocado.

Como se conocían desde hacía mucho tiempo, ya que habían sido compañeros de colegio y secundaria, no tenían que esforzarse por conocerse, pero ella descubrió que detrás de John había un chico trabajador y entregado, conforme con lo que la vida le regalaba.

Molly estaba encantada, se amaban con locura y si un día no podían verse —aprovechando que octubre llegó acompañado con un tiempo cálido lo cual no era muy normal para esas fechas, pues apenas llovía en el valle del Hudson, aprovechaban la noche para dar paseos o él iba a casa de ella, o al contrario—, era ella la que se acercaba a casa de él. También hablaban por teléfono, más que nada por los horarios de Molly; antes de que despuntara el sol ella ya estaba en la panadería.

Siempre hacían por verse.

Ese día, se vieron en la cafetería de Imogen y Kendall, donde estaban reunidas las dueñas con Flora, Shannon, Tony, Leslie, Cloe, Lilian, Teresa, Sarah, debido a la convocatoria de Martha, la alcaldesa.

—Chicas y chicos —puntualizó por la presencia de John y Conor —, estamos aquí reunidos porque en un trabajo conjunto con Conor y Flora, gracias por vuestra inconmensurable ayuda, hemos encontrado todo esto. —Señaló feliz las cinco cajas que había puesto sobre una mesa.

En ellas, si uno asomaba la cabeza por encima, podía ver que estaban llenas de objetos de Halloween de distintas épocas, pero en casi todos ellos imperaba un estilo vintage.

—Interesante. —Cleo, la veterinaria, fue la primera en echarles un ojo.

—¡Mirad! —exclamó Imogen—. Son gárgolas. —Cogió una que representaba un grifo.

La sacó de la caja para que todos la vieran y se podía percibir que era antigua por la forma en la que se había tallado la piedra y por el color de la misma.

—¿Cuántas hay? —quiso saber Tony.

—Pensaba que había seis, pero son siete. —Imogen estaba asombrada.

—Número mágico donde los haya —apostilló Flora.

—¿Qué os parece si las repartimos? —propuso Shannon.

Así lo hicieron entre la cafetería, la tienda de antigüedades, la panadería y la heladería.

—Sobran tres —señaló con el dedo Leslie que al levantar la cabeza sonrió—. ¿Qué os parece si una se la llevamos a Ginger a la librería de segunda mano? —Leslie los observaba con entusiasmo.

—Otra a la tienda de decoración de Marvin —dijo Sarah.

—Y la floristería, no nos podemos olvidar —se acordó Kendall.

—¡Me parece bien! —Martha saltó de alegría.

Así, todos terminaron con las manos en las cajas y descubriendo objetos de los más llamativos. Todos se alegraban y se asombraban con cada nuevo descubrimiento bañado por el ambiente acogedor de la cafetería con ese olor intenso del café que se mezclaba con la chispas de azúcar del chocolate caliente que el calentador no dejaba de remover a la vez se unía a los nuevos rollitos de canela, pasas y glaseado de calabaza que había hecho Kendall. Aquello era como

estar en casa, pues la cafetería era una prolongación en el otoño y que las chicas se esmeraban en decorar, aunque en esos instantes iba predominando el ambiente halloweenesco.

—¿Qué es esto? —preguntó Lilian sacando un legajo que tenía varios folios de papel bastante antiguos dado su aspecto. Imogen, Flora, Tony y Conor se acercaron a ella para verlos más de cerca. Fue Flora la que alargó la mano para cogerlo—. ¿Qué es Flora? —reiteró Lilian.

—Creo que es la antigua profecía…

—¡Oh! —gritó la alcaldesa—. ¿Qué?

—Hemos encontrado la profecía de Perry Pettiman. —La mirada de Flora pasó de la alegría a ser cauta, incluso sus ojos desprendían un brillo temeroso.

Todas se juntaron por detrás de Flora y comenzaron a ver esas páginas de un extraño color sepia bastante oscuro y con manchas de humedad.

—¡Oh! —exclamó Teresa—. He oído muchas versiones de esta historia, pero nunca vi ningún papel.

—Es verdad —asintió Sarah—, es la primera vez que la veo escrita.

—¿Será la letra de Perry Pettiman? —preguntó Leslie con cierta alegría contenida.

—Lo que recuerdo que nos contaban de niños era que nunca se había hallado por escrito, por eso no nos la terminábamos de creer —apuntilló Conor.

Tanto Martha como Flora, Sarah, Teresa y Lilian compartieron la misma mirada impregnada en un atisbo de miedo.

—¡Ay! —suspiró Martha un tanto temerosa.

—¿La profecía de quién? —John no entendía nada.

—Gracias, John, por adelantar la pregunta —asintió Imogen—,

porque yo no me entero de nada.

Sarah observaba al joven con una ceja enarcada.

—¿Y tú eres de aquí, John? —protestó, chasqueando la lengua.

—No es por salir en su defensa —intervino Molly—, pero a nosotros nadie nos ha hablado de esto. Al menos, no en el colegio.

John levantó las manos en un intento de poner calma.

—A ver, he oído a mi abuela contar muchas historias de Cold Spring, pero es cierto que este nombre no me suena. —Se encogió de hombros.

—Flora, adelante —pidió Martha.

—Según cuenta la leyenda, Halloween siempre fue una fecha especial para los pueblos del Valle del Hudson, en especial, aunque nadie lo sepa para Cold Spring, porque se cumple el aniversario de una predicción terrorífica. —Cogió aire por la nariz y lo expulsó por la boca, como si su aliento se transformara en imágenes que le indicaban cómo empezar—: Todo comenzó hace ciento cincuenta años, cuando uno de sus ciudadanos más conocidos e ilustres, Perry Pettiman, un hombre que se denominaba alquimista y mago con un poder deductivo que asombraba a propios y extraños. Muchos así lo consideraban, porque contaba muchas historias que nunca se habían escuchado, ayudaba a los demás sin pedir nada a cambio, y tenía en sus manos el futuro para sosegar a esas almas que necesitaban sosiego. Sus pronósticos siempre eran acertados y cuando veía algo que no le gustaba solía callarse, por eso su reputación siempre era extraordinaria. Vivía a las afueras del pueblo, en una vieja cabaña de madera que hoy ha desaparecido o, quizás, la destruyeron cuando todo ocurrió. Pese a que muchos no creían en él, captó la atención de una dama, la hija del alcalde, una Nightingale. Entre ellos surgió un amor que parecía imponerse a la voluntad de la familia de ella. Con el paso del tiempo los dos se comprometieron en matrimonio

hasta que un día Perry predijo el desastre ferroviario de 1897, que causó diecinueve víctimas mortales. Todos los habitantes de Cold Spring de aquel entonces creyeron que la magia de Perry fue la causante de tal desastre, que tuvo al pueblo aislado bastante tiempo. Lo desterraron para siempre una noche tormentosa de Halloween, lo que lo separó de la mujer que le había robado el corazón. Antes de irse, Perry juró a todos que se vengaría, y escribió una profecía que decía que Cold Spring sufriría una gran maldición. Desde entonces, cada Halloween corre el rumor por las calles si este Halloween será cuando se cumpla la profecía.

—Las dos facciones de la familia siempre nos hemos preguntado si añadió a nuestra familia en su maldición —añadió Tony.

—Una preguntita, ¿sí? —Shannon dio un paso al frente—: ¿Hoy en día también se cree en esto? —Dio voz a lo que los que habían llegado nuevos al pueblo no se atrevían a decir—. Mira que llevo tiempo y nunca lo he escuchado.

—Imogen y yo lo mismo, este es nuestro segundo Halloween en el pueblo y no he oído a nadie contar esta historia y os podemos decir que esta cafetería a veces parece la redacción de rumores de Cold Spring —explicó Kendall.

—Yo sí la había escuchado —intervino Cloe—. Hay muchos granjeros de la zona a los que les da miedo que sus animales sufran algún tipo de percance, porque creen que, de alguna manera, Pettiman se está vengando de ellos.

—Vaya. —Imogen estaba sorprendida—. Ahora resulta que los habitantes de este pueblo son supersticiosos.

—Diría que son cuidadosos con lo que hacen o dicen —apuntó Flora con un guiño de ojo hacia Imogen.

—Esto quiere decir que este año se cumplirá. —La voz de Martha era temblorosa.

—Solo queda esperar —sentenció Flora.

# Capítulo 3

Bajo el manto negro de la noche —y gracias a la poca luz que se desprendía de la luna creciente— se podían ver algunas nubes que surcaban el cielo. Pero, durante la oscuridad nocturna, el valle del Hudson cobraba otros encantos, aunque perdía la transformación que se producía a mediados de octubre y principios de noviembre, ya que era la etapa en la que la naturaleza se tintaba de colores rojos, naranjas y dorados tan característicos del otoño. Pero, en esos instantes en los que quedaba tan poco tiempo para Halloween, las colinas, como los bosques que recorrían el río, se habían tornado a rojos carmesí, al ámbar y al ocre.

Sin embargo, tras la suave lluvia que había caído sobre el pueblo, se podían apreciar en el aire los aromas a las manzanas maduras que había en casi todas las casas de Cold Spring, tanto esas que habían caído rodeando la base del árbol o las que seguían en la línea circular de las copas, olía también a tierra húmeda y a otro más mineral procedente del río que, a veces, según la intensidad picaba en la nariz. Ese no lo captaba Molly, sentada en el balancín que John había montado en el porche trasero de la casa de su abuela.

Estaban sentados en un silencio cómodo, ella con la cabeza apoyada en el hombro ancho de él, quien la sostenía pegada a su

cuerpo.

Estar juntos era lo mejor para terminar el día, ya que los trabajos de ambos los mantenían bastante ocupados, sobre todo, el de John. Trabajaba en una agencia de mensajería y al principio se encargaba de la zona de Cold Spring, pero desde hacía unos meses tenía que desplazarse a otros pueblos de la zona, por lo que se veían con menos frecuencia.

Por eso, cada segundo era un tesoro.

Cada minuto juntos lo exprimían al máximo.

Molly alzó la cabeza en cuanto notó que el cuerpo de él se tensaba.

—¿Qué?

—Me acabo de acordar, ¿qué tal con Martha esta mañana?

A menos de veinticuatro horas de la aparición de aquellas hojas que contenían la profecía de Pettiman, Martha había convocado de urgencia una junta de comerciantes.

—Nada, informó a todos que se había encontrado la profecía.

—Sigo sin tener muy claro si aquello sucedió tal y como se cuenta. —John aún lo ponía en duda—. ¿Existió?

—Yo no sé qué pensar, pero hay que tener en cuenta que Tony e Imogen la están estudiando —le contó ella.

—Sigo creyendo que es más un cuento de Cold Spring que real. —Negó con la cabeza—. Entonces, Martha, ¿qué dijo sobre esto? ¿Se está acercando el Apocalipsis?

Los dos se rieron.

—No, lo primero que dijo fue: «Como sabéis, aquí, vuestra alcaldesa encontró la profecía», aunque fue Sarah quien lo hizo.

—Esas palabras suenan a Martha.

—Continuó diciendo que no iba a hablar sobre ella, pero que van a emitir una nota de prensa, porque cree que así llamará la atención

de los turistas.

—Eso es más de Martha.

—Y pidió a los dueños de cada comercio que se esmeren en decorar todo a lo grande, porque pueden llegar muchos turistas.

—No creo que arrebate muchos turistas a Sleepy Hollow —dijo John con una sonrisa.

—Flora también dijo que hará una fiesta en la nueva pensión que abrió.

—No nos la podemos perder.

—Eso te iba a decir yo.

—¿Y qué tal el día? —se interesó él.

—Bien, vendiendo bollos de canela a montones. —Molly sonrió al acordarse de esa delicia otoñal por excelencia.

John acercó la nariz a su pelo.

—Por eso hueles tan bien y tan dulce.

—¿Y el tuyo?

—Bastante cansado, la verdad, porque algunos clientes estaban neuróticos porque creían que sus pedidos no iban a llegar a tiempo para Halloween. —Se encogió de hombros—. La gente pierde los nervios por cualquier cosita.

Ella se separó de él para mirarlo a los ojos.

—¿Tan previsor eres?

—Pues sí, tengo mi disfraz desde febrero —soltó él.

—Vaya —se quedó alucinada.

—Cuando lo tienes claro, no hay que esperar —asintió con la cabeza a medida que lo decía—. Oye, si mañana no llueve, ¿quieres dar un bonito paseo nocturno?

—Vale. —A ella le brillaron los ojos, le encantaba que él hiciera planes para los dos.

—Por la orilla del río.

—No sabía que te gustara tanto.

—El Hudson me vacía la cabeza.

—¿Y qué se siente al no tener nada? —bromeó Molly intentando parecer seria.

—Realmente, nunca la tengo vacía del todo.

—¡Anda!

—Tú ocupas cada rincón. —La miró con todo el amor de su corazón palpitando en su pulso y dejó caer la boca sobre la de ella. La besó profundamente, entrelazando sus dedos en su cabello, presionando su cuerpo contra el suyo para que no hubiese separación entre ellos. Él sonrió y le plantó un ligero beso entre las cejas antes de apoyar su frente contra la de ella—. Eres mi primer Halloween.

—No es verdad.

—Lo es, es mi primer Halloween en el que me han robado el corazón; mi primer Halloween a tu lado, el primero de muchos.

Antes de que ella dijera nada, la volvió a besar.

# Capítulo 4

Molly vivía en la buhardilla de uno de esos edificios de tres plantas en Main Street y muy cerca de la panadería, lo que le permitía estar un pelín más en la cama, sobre todo, esos días tan fríos de invierno. Era pequeña, con una cocina abierta a un salón-comedor, dos dormitorios y un baño completo, pero le llegaba, pues para ella sola estaba mejor que bien. Eso sí, cuando John rondaba por la casa, parecía más diminuta de lo que era, por su envergadura, sin embargo su casa era su refugio, ese lugar donde se podía lamer heridas, ver una peli y donde su imaginación se echaba a volar en la cocina.

Se había traído algo de la panadería y de la cafetería: unos rollitos de canela, ya que era su postre favorito y la delicia más famosa del otoño y así probaba la nueva receta que había inventado Kendall. Aunque los dos establecimientos vendieran lo mismo, Shannon y Kendall no se sentían rivales, al contrario, ofrecían lo mismo con toques distintos y además eran socias, pues su jefa les preparaba a las chicas unas barras de pan para que ofrecieran tostadas de mantequilla y mermelada.

Lo cierto era que en todos los comercios de Cold Spring había una simbiosis muy grande, unos y otros se ayudaban sin importar lo que se vendiera o lo que se ofrecía, pues todos remaban a favor del

pueblo y su bienestar.

Esa noche, John y ella se habían quedado sin el paseo que habían planificado, por eso Molly le pidió que se pasara por su casa y así estaba, esperándolo, sentada en el alféizar observando cómo el viento por algunos lados creaba remolinos de hojas secas que habían caído en el suelo a la vez que las nubes tapaban las estrellas, mientras que por detrás de las oscurecidas colinas del Hudson se podían apreciar algunos rayos. Tronaba. Esa era la primera señal que adelantaba a la tormenta.

—Va a llover —suspiró sin apartar la vista de las colinas.

Al bajar la vista vio una sombra apostada en la acera de enfrente, que al ponerse bajo la luz de la farola descubrió que era John. Ella con una gran sonrisa en los labios le hizo un gesto para que subiera.

En cuanto entró, ella lo abrazó y enredó las manos en su cabello para regalarle un beso largo. Tocó con audacia la lengua de él, ya que no le gustaban los besos tímidos o rápidos de cuando estaban solos, sino otros que no dejaban nada a la imaginación, que podían ser la antesala a algo más. Su cuerpo se inclinó contra el suyo, y él gimió mientras la besaba aun más profundamente. Esto era con lo que había estado soñando durante todo el día, ya que lo necesitaba.

Terminaron enredados en las sábanas y cautivos de una pasión que no tenía límites. Cada vez que hacían el amor, Molly experimentaba lo que era hacer el amor, ya que John y ella eran dos almas compartiendo el mismo deseo de fusionarse en una sola y alcanzaban una conexión que habían reconocido que no habían sentido con nadie más. Por eso, en cada beso, en cada caricia, su amor se fundía entre sus cuerpos y salía más reforzado.

Al final, tras alcanzar el clímax, John la acurrucaba a su lado, le acariciaba la espalda y a veces ni hablaban porque no lo

necesitaban, pero ella sentía la misma sensación: seguridad.

Él la hacía sentir segura entre sus brazos, como si nunca la fuera a dañar; no a propósito.

Un trueno irrumpió la tranquilidad y el silencio de la habitación, mientras se oía como la lluvia repicaba en la ventana a la par que era azotada por algunas ráfagas de viento.

—Ya está lloviendo —anunció ella, que giró la cabeza hacia la ventana.

—Un Halloween sin lluvia o sin mal tiempo no es lo mismo. —Desde que lo conocía, John siempre decía lo mismo sobre la noche de las brujas.

—Creo que se va a cumplir lo que pides, mal tiempo para esa noche. —Lo besó en el torso—. Antes de verte, ya veía los relámpagos desde la ventana.

—Y yo oía los truenos a lo lejos.

—Oye, ¿te apetece comer un rollito de canela? —le propuso levantando la cabeza.

—Me comí uno.

—¡Ah! —Ella quedó un poco decepcionada.

—Tú eres mi mejor rollito —se rio con ganas.

—¿Serás? —Comenzó a moverse entre sus brazos—. Venga, levántate.

Así lo hizo.

Molly puso en dos platos los rollitos mientras se calentaba la leche aromatizada con miel, una rama de canela y raspadura de naranja. Era una mezcla que usaba su madre en las noches frías del año, sobre todo, cuando la nieve caía de tal modo que obligaba a los habitantes de Cold Spring a suspender su vida.

Sentados a la mesa del salón, probaron los dulces.

—Hmmm… —suspiró John—, ¿está buenísimo?

—Es el de Kendall —señaló ella.

—Están geniales. —Volvió a atacarlo y ella alucinaba como le gustaba el dulce—. Por cierto, ¿sabemos algo nuevo de la profecía?

—Shannon no me contó nada nuevo. —Molly frunció el ceño en ese instante al darse cuenta de que no habían hablado de ello—. No, tratamos otros temas, ese no.

—No sé si es relevante, pero este tema ha llegado a los pueblos de alrededor —dijo John alzando las cejas.

Molly se quedó tan perpleja que quedó con la boca abierta y el rollito a medio camino.

—¿Cómo? —Le dio un mordisco al dulce—. Espera, la nota de prensa de Martha.

—Exacto. Hoy me ha tocado repartir por comercios de Tarrytown y allí la gente ya se había hecho eco del hallazgo.

—En el valle del Hudson las noticias no corren, vuelan a la velocidad de la luz y a contracorriente.

—No he terminado —le advirtió él poniendo una expresión de circunstancia. Ella asintió en silencio para dejarlo hablar—. Piensan que es un montaje.

—¡¿Qué?! —Molly se ofendió—. Nos están tomando por locos.

—A ver, conocemos a Martha y sabemos que es capaz de sacarse cualquier cosa de la chistera, como aquel año que se le dio por hacerle la competencia a la Maratón de Nueva York. —John estaba en lo cierto, aquel año hasta la señora alcaldesa animaba a los turistas y aun así, hubo bastante afluencia de gente.

—Pero no tiene tanta imaginación —expuso Molly.

—Cierto, eso es cosa de Taylor y Conor —meditó él antes de beber un sorbo de leche caliente.

—Además, fue Sarah la que encontró el legajo, no Martha, eso no quita que se haya echado flores, porque lo hizo, pero lo que no

entiendo es por qué los otros pueblos se lo toman tan mal.

—¿Celos? —propuso John volviendo a atacar a otro rollito.

—¿De qué? No veo en qué les afecta.

—Mol… —Tragó lo que tenía en la boca—. Date cuenta que, por ejemplo, Sleepy Hollow se lleva la medalla de oro en Halloween y que otro pueblo se la pueda arrebatar no gusta y escama bastante.

—¡Eso es una tontería! —exclamó ella.

—Lo sé, pero siempre es el más visitado.

—Tontadas, no se le va a arrebatar a nadie nada, porque todos los pueblos tienen sus historias. Y es verdad que ninguno de ellos tiene una Flora, solo Cold Spring. Veremos qué pasa, aunque creo que nada. —Él se acercó a ella y le limpió la comisura, que la tenía manchada con el glaseado.

—Hasta los dulces en tu piel cobran otro sabor. —La besó, zanjando el tema. La cogió para sentarla sobre sus piernas y la pasión se enredó entre los rollos de canela.

# Capítulo 5

Mientras que en casa de Molly, la pasión volvía a arder, en la casa de huéspedes de Flora había reunión en el gran salón, que se había cerrado para que nadie molestase a Tony, Conor, Taylor, Jared, Imogen, Cloe, Logan y Mark, ya que el rumor de que una profecía se iba a cumplir en Cold Spring había atraído a mucha gente.

Todos estaban sentados a la mesa que Flora les había preparado para que estuvieran cómodos y pudieran hablar a las claras de Perry Pettiman. La chimenea chisporroteaba al arder la leña y el ambiente era cálido pese a lo grande que era la estancia.

—Todos sabemos por qué estamos aquí. —Rompió el hielo Tony —. Tampoco es necesario poner a nadie en antecedentes, la noticia ha recorrido todo el valle, así que queríamos tratar un asunto con vosotros —señaló a Cloe, Jared, Logan y Mark.

—Muy bien —asintió Cloe.

—Ahora, os vamos a contar algo que de momento no puede salir de esta habitación. —Imogen pedía cautela y, sobre todo, discreción —. Hemos pedido ayuda a Conor y Taylor para confirmar algunos aspectos de la profecía, como los cuatro primeros versos, porque nos entraron dudas y queríamos saber si llegaban a la misma conclusión que nosotros.

—Lo que sabemos fijo es que está escrito a mano, con un

modelo anterior a la pluma estilográfica que conocemos hoy en día, y que se popularizó y se produjo en masa en 1880 —explicó Conor, exponiendo lo que él había aportado.

—Lo que nos hace pensar que el propio Perry Pettiman la pudo escribir —añadió Taylor.

—¿Cómo sabéis lo de la pluma? —preguntó Mark.

—Hice una foto a una frase —comenzó a contar Taylor— y se la llevé Kacey, la bibliotecaria, que resulta que fuimos a la misma universidad y fue ella quien me confirmó mis sospechas.

—El conjunto de la profecía está escrito en modo poético, unos versos riman con otros, como en los pareados, pero no se entiende uno sin el siguiente, —Conor movió la cabeza sopesando sus palabras—, más o menos.

—Lo que hemos descubierto es que se han omitido algunas palabras que podrían esclarecer más el significado de cada frase, por lo que algunas… —Tony cogió aire y lo expulsó con calma y con un toque de cansancio—, algunas frases son bastante enigmáticas.

—Son similares a las cuartetas de Nostradamus, lo sé, porque ayudé a editar un libro con ellas, por eso me tienen una similitud bastante llamativa —dijo Imogen, mirándolos a todos—. Tampoco estamos seguros si habrá alguien en el pueblo que nos esclarezca: ¿cuándo la escribió Pettiman? ¿Quién quería que la leyese? —expuso algunas preguntas de difícil respuesta.

—De ahí salen otras: ¿para quién la escribió? ¿Quería que fuese encontrada o no? —Conor añadió esas dos preguntas, que tampoco ninguno de los allí reunidos pudo responderlas.

—Pero si os hemos reunido aquí es porque hay dudas de otra índole —dijo Imogen.

—¿Cuáles, preciosa? —le preguntó Jared para que hablase.

—Tema de fauna. —Ninguno se esperaba esa respuesta que

Imogen había dado sin vacilar.

—Pero… —Mark consternado, tiró de las comisuras hacia abajo, un gesto que también tenía Jared—, ¿habla de animales?

—Será un tipo de calendario agrícola —intervino Logan, queriendo dar un poco de sentido a la frase—, en el siglo diecinueve eran muy normales, y creo que a principios del siglo veinte también. Guardo algunos.

—No, tío, no es tan fácil como parece. —Conor rechazó aquello.

—Y sí —esclareció Tony—, habla de animales.

—Conmigo os habéis equivocado, no soy ganadero, cultivo vegetales —contestó Logan con tono de broma.

—Pero conoces a los animales a este lado del Hudson. —Taylor no dejó escapar la oportunidad para demostrarle que su presencia era requerida.

—Cierto —asintió Logan.

—Vamos a ver —Imogen cogió el legajo y se puso a leer un pareado suelto—. Creemos que todo radica en el verbo saltar.

—Saltarán a la corriente —repitió Mark.

—Los anfibios —soltó de repente Jared—. En todo el valle del Hudson, y por extensión en Cold Spring, hay muchos.

—Así es —se metió en conversación Cloe—, Jared tiene razón, esta zona tiene muchas ranas, está el sapo americano, o la rana verde.

—Se encuentran en charcas donde se reproducen y en todas las zonas húmedas, algunas en troncos caídos o en acumulaciones de hojarasca en el bosque —finalizó Jared.

Después de esa aclaración, Tony leyó otro pareado.

—Turbas tenebrosas —Logan se rio por la nariz—, ni que fuera a venir la bruja malvada del oeste con sus monos voladores —quiso ponerle un tono de humor.

—¿En serio Logan? —Conor le llamó la atención y ladeó la cabeza.

—A ver, esta sí que la sé yo, ¿qué adorno predomina en la noche de Halloween? —Lanzó la pregunta a todos.

—Los murciélagos —respondió Cloe con una gran sonrisa—. Hay muchos en el estado de Nueva York y la cita tampoco se salva, hay nueve especies localizadas en Nueva York.

—Efectivamente, entre ellos, el murciélago pequeño se observa con mayor frecuencia volando al último resplandor del atardecer. Este pequeño mamífero mide ocho coma nueve centímetros y pesa poco más de siete gramos; su envergadura es de unos veinte centímetros. El murciélago pequeño se alimenta de grandes cantidades de insectos voladores, generalmente del tamaño de un mosquito. Hiberna en cuevas y minas abandonadas durante el invierno. En mi granero sé que hay algunos, los dejo en paz.

—En cambio, conozco granjeros de los alrededores a los que no les gusta ver un murciélago entrar en casa durante el día porque lo consideran un presagio de muerte o señal de mala suerte y, bueno, hay otros que creen que se enredan en el pelo, lo cual no es cierto, porque solo van en busca de insectos, su alimentación normal.

—¿Y todo esto qué significa? —Quiso saber Mark.

—Todavía no lo sabemos. —A Imogen no le gustaba dar esa respuesta, pero era la única que tenían por el momento.

—Lo que pienso, y eso no significa que tenga razón, es que si esto se cumple, si cada verso o llamadlo como queráis, se cumple, es que la profecía se cumplirá y sucederá algo. —Tony puso sobre la mesa su temor.

—¿Será algo bueno o malo? —Cloe soltó la pregunta que todos se formulaban

—Para descubrirlo habrá que esperar.

No había otra respuesta.

# Capítulo 6

Pasados dos días de aquella conversación en la casa de huéspedes, cuando Imogen y Kendall cerraron la cafetería, todo el consejo de mujeres, Flora, Cloe, Teresa, Sarah, Shannon, Tony, Leslie y Dita se reunieron allí para ayudar con el vaciado y la decoración de las calabazas para ir poniéndolas en los correspondientes negocios o en los distintos porches de las casas. ¡Siempre se trabajaba mejor en grupo que en solitario!

Pero el tema del que no se dejaba de hablar en el pueblo vibraba sobre las cabezas de todas, aunque le intentaban dar esquinazo para tratar otros. Fue Dita la que le puso voz:

—A ver, si me podéis echar una mano, porque no se oye otra cosa en Cold Spring. —Las miró a todas con una mano metida en el interior de la calabaza, como si esta estuviera en pleno parto—, ¿qué es eso de una profecía?

—Es la profecía de Pettiman —aclaró Lilian.

—¿Ese tipo que se enamoró de una de tus antepasadas? —Dita se dirigió con total espontaneidad a Flora.

—Sí —Flora asintió con una sonrisa—, parece que este Halloween viene acompañado por la historia del pueblo.

—¿O la leyenda? —puso en duda Teresa. Sus palabras consiguieron que durante un rato todas la contemplasen extrañadas

y dejasen lo que estaban haciendo.

—No me lo puedo creer —Sarah chasqueó la lengua—, ahora te has vuelto descreída.

—No me refiero a eso —intentó explicarse Teresa.

—Amiga mía, has dado la sensación de todo lo contrario —expuso Lilian, mientras el resto volvía a las calabazas y escuchaban con atención.

—Sé que en ese accidente, Cold Spring y las familias de por aquel entonces perdieron mucho y fue muy doloroso, es más el Halloween no fue el mismo y sé, antes de que digáis nada, que aún hay gente que lo teme —Teresa habló con franqueza de las consecuencias que produjo aquel accidente.

—Eso os lo digo yo —la interrumpió Cloe—. Todavía se cree que tiene poder sobre Cold Spring y lo que le pase al pueblo y a sus habitantes, tanto humanos como animales.

Flora, Lilian y Sarah asintieron y Teresa levantó un dedo.

—Pero ya sabemos cómo va esto, una historia de trasfondo histórico se acaba convirtiendo más en una leyenda, dejando un poco de lado la realidad —opinó Teresa sin dejar de trabajar en su calabaza que estaba quedando bastante terrorífica.

—Esto fue real —apuntilló Sarah—, no hay nada de leyenda y fue la primera vez que Cold Spring expulsó a uno de sus ciudadanos.

—Teresa en parte tiene razón. —Flora miró a su amiga y asintió —. Con el paso del tiempo los detalles se pierden en favor de otros, separándose del suceso real, en cambio, este precisamente, se cuente como cuente, siempre es igual.

—Me acuerdo de que de niña, era escuchar ese nombre y mi abuela se persignaba. —Recordó Dita.

—¿Cómo? —Kendall alzó las cejas alucinando por colores.

—¿Tanto miedo se le tiene? —Imogen estaba ojiplática—. No sé

de qué me sorprendo, le pregunté a Jared y esquivó el tema.

—Pues sí que el Perry este ha dejado un mal halo tras de sí. —Shannon tampoco daba crédito.

—Tony, no sé si te acuerdas, pero cuando éramos niñas se decía que si pronunciabas tres veces su nombre podían suceder cosas espantosas en el pueblo y a sus habitantes. —Leslie que se había mantenido en silencio escuchando, se acordó de aquello que todos los niños evitaban.

—Sí, los más atrevidos decían por Halloween que lo podías invocar, pero eran tonterías de críos. —Tony se encogió de hombros —. Había que asustarse de algún modo.

—Vaya, ese nombre es más bien una atracción —soltó Shannon —. ¿Y nunca vino nadie a buscar su fantasma? —Shannon consiguió arrancar algunas risas—. Por cierto, no tiréis las pipas, me las llevaré para secarlas. —Les pidió a sus amigas.

—Flora, me acuerdo de que cuando se encontró la profecía, dijiste algo sobre un accidente de ferrocarril. —Imogen había hecho memoria—. ¿Realmente sucedió?

—Sí, así es —asintió Flora estirando los labios y escondiéndolos en una fina línea.

—El desastre ferroviario de Cold Spring. —Tony tragó con fuerza nada más pronunciar aquellas palabras.

—Ese mismo, los hechos son reales, porque ese trágico accidente tuvo lugar el 24 de octubre de 1897…

—Como veis, antes de Halloween —Leslie interrumpió a Tony para matizar las fechas.

—A las cinco cuarenta y siete de la mañana, el tren, que tenía vagones cama, había cogido a los pasajeros de Cold Spring y no había avanzado mucho cuando descarriló y tres de sus vagones cayeron al río Hudson. —Flora, a medida que relataba aquel trágico

hecho, perdía de vista la realidad y parecía que en el silencio que iba dejando tras de sí era quien le susurraba qué decir—. Diecinueve personas murieron por ahogamiento, la mayoría eran del pueblo. —Un frío envolvió toda la cafetería, dejándolo un halo de desolación—. Algunos testigos mantenían que antes del accidente se habían escuchado tres golpes secos.

—Vaya —musitó Imogen apesadumbrada.

—Aquel Cold Spring no se parecía en nada al pueblo que es hoy, aunque por aquel entonces nuestras familias ya estaban asentadas aquí —apostilló Lilian.

—Mi abuela se persignaba porque en ese accidente perdió a sus dos hermanos pequeños —añadió Dita—, de ahí que mi abuela no quisiera escuchar el nombre de Perry Pettiman y sé que mi familia fue una de las muchas que lo expulsaron del pueblo.

—Hay que entender que fue un hecho que conmocionó a todos —explicó Flora, aunque no exculpó a nadie.

—Llevo años aquí y nunca la había escuchado —afirmó Shannon.

—A mí me la contaron por encima mis suegros, luego fue Damon quien me lo explicó todo. —Cloe asentía con la cabeza mientras hablaba.

—Es que esa historia no la solemos contar. —Le restó importancia Tony o eso pretendía.

—Cold Spring sabe muy bien cómo guardar el dolor —convino Leslie, limpiándose las manos.

—Cold Spring, como todos los pueblos o ciudades, tiene sus claroscuros. —Con ese comentario, tan simple pero que guardaba una gran verdad, Flora quería poner un punto final.

Sin embargo, no lo consiguió del todo, ya que alguien tenía una pregunta más.

—¿No hay ninguna imagen de él? —Quiso saber Kendall.

—Puede que haya alguna en las cajas del archivo del ayuntamiento, allí hay muchos periódicos antiguos —expuso Flora—. Podemos buscarlo, sí.

—Será como resucitarlo —soltó Sarah volviendo a la calabaza que tenía delante.

Sus palabras cayeron sobre el grupo como una sentencia.

# Capítulo 7

—¿Hoy nos vemos? —Molly soltó la pregunta en el portal del edificio en el que vivía.

Esa noche John se había quedado en su casa; a veces, solía hacerlo.

Habían pasado unas horas la mar de espléndidas, el tiempo se les escapaba de las manos de un modo bastante incontrolable cuando estaban juntos, no lo podían retener, pero lo que guardaban en sus corazones eran esos instantes juntos, recuerdos que atesoraban hasta la siguiente vez que volvían a estar juntos.

—Claro —dio por supuesto John—, como siempre.

Antes de la inminente despedida, la agarró por las caderas, la aplastó contra la pared y la besó con abandono. Sus manos se deslizaron hasta ahuecar sus pechos, luego, las metió entre la ropa para rodearlos. Ella se arqueó contra él, presionando sus pechos contra sus palmas, emocionada cuando él tocó las puntas endurecidas. Una necesidad tan esencial como respirar inundó sus venas, pero la realidad se impuso como debía ser, pues ella debía entrar a trabajar en la panadería.

—Será mejor parar o no llegarás. —Él sonrió.

—Cierto y Shannon me matará. —Ella sabía que no sería así.

Tras una despedida rápida, John llegó a casa y anduvo con

cuidado para no despertar a su abuela. Se desnudó y se metió en la cama; era muy temprano. A partir de ese día hasta el tres de noviembre no tenía que entrar a trabajar, porque siempre guardaba días y hacía más horas para tener libre el día de Halloween como algunos anteriores a esa fecha. Estaba de vacaciones.

Mirando al techo con un brazo bajo la cabeza, recordó el calor que desprendía el cuerpo de Molly a su lado, sus besos, todo. Era una mujer fascinante que siempre estaba dispuesta a arriesgar, a salirse de los convencionalismos y se dejaba sorprender; era una persona que hablaba a las claras y no con tapujos, era divertida, espontánea, soltaba lo primero que se le ocurría, pero siempre intentando no hacer daño. Los dos sabían que podían haber estado juntos mucho antes si no fuera porque una chica le había puesto a Molly la zancadilla sin él saberlo, haciéndole creer lo que no era.

Eso quedaba en el pasado, estaban juntos, que era lo que realmente importaba y no los obstáculos que habían encontrado en el camino, algo que solo habían aumentado las ganas de estar juntos de una vez por todas. Se giró de lado y abrió el segundo cajón de la mesita de noche y cogió una cajita que le había dado su abuela. Estaba unida por algo tan rudimentario como un pedazo de cinta aislante, pero lo mejor era lo que había dentro: un anillo que había pasado de generación en generación en su familia.

A él le tocaba dárselo a la mujer adecuada, a la que amaba, esa que había hecho de su corazón el mejor refugio. Él amaba a Molly más que a nada en el mundo y ya sabía cuándo y dónde se lo iba a dar y cómo se iba a declarar, pues había pasado muchas noches en vela imaginándose todo aquello, pero no quería perder el tiempo.

Su historia familiar no era la mejor del mundo: sus padres se conocieron de jóvenes, se casaron y cuando estaban mejor que nunca, siendo John un niño, su padre había tenido un accidente

laboral y falleció, su madre cayó en una gran depresión y nunca superó lo que le había pasado su marido, por lo que terminó muriendo de pena. Él quedó con sus abuelos a los que consideraba sus padres terrenales, teniendo otros que lo cuidaban desde el cielo, y quienes le debía todo, incluso, el hombre en el que se había convertido, pues sus abuelos lo guiaron para hacer de él una persona honesta, sensata y ante todo decente.

Por eso, siendo consciente de que el tiempo era breve, más esporádico que pasajero, no quería esperar, sino seguir los dictados de su corazón. Quería pasar su vida con Molly, porque su amor por ella era más real que su propia vida. Así, con la caja en la mano y pensando en ella, sucumbió al sueño.

***

—¡Hola! —lo saludó su abuela con su habitual voz cantarina en cuanto lo escuchó entrar en la cocina.

—Buenos días —le dio el consabido beso en la mejilla como hacía desde que era un niño—. He llegado tarde —la informó.

—Lo sé, pero estos días estás libres. —Su abuela no era tonta y aunque no dijera nada sabía con quién había estado.

—Sí, aunque me dijeron que quizás me llamarían si no daban sacado adelante el trabajo, hay mucho, ya sabes, por Halloween —le comentó él sirviéndose una taza de café.

—Tranquilo, ya verás cómo pueden con todo —le dijo su abuela con una sonrisa—. Siéntate. —Esa mañana la cocina tenía un maravilloso olor a pan recién tostado, a café y a té, lo que siempre tomaba su abuela para desayunar—. Eres un muchacho muy trabajador, como tu abuelo y tu padre.

—Siempre me dices lo mismo.

—Porque es cierto —asintió la mujer, sentándose frente a él—. Hoy le tienes que llevar a Molly un cacito de puré de calabaza, que sé que le gusta mucho.

—Muy bien. —Él ya extendía la mantequilla por la tostada—. A mí también me gusta.

—¡Oh! —suspiró su abuela— ¡Qué niño este! Hay para todos.

—Lo sé, solo quería tomarte el pelo.

—Ayer bajé por el pueblo, como cada mañana, ya sabes, a comprar algunas cositas, así me hice con unas hermosas calabazas que Logan iba a dejar en la tienda —lo puso en antecedentes—, pero tanto en la tienda, como en la calle me di cuenta de que todo el mundo andaba de los nervios, como si se esperase alguna fatalidad.

John asintió en silencio.

—Ya sé de qué se trata —soltó él con la boca llena.

—Estás tardando en hablar. —Su abuela comió un trozo de pan con pasas y nueces que Shannon horneaba dos veces a la semana.

—Es por Perry Pettiman. —De pronto, el viento sopló con más fuerza de la habitual como si quisiera derribar la casa—. Resulta que se ha encontrado la profecía o la maldición le había echado a Cold Spring y sus habitantes cuando lo expulsaron del pueblo.

—Vaya, ha aparecido —dijo su abuela más para ella misma que para él—. Ahora entiendo el revuelo.

John dejó la tostada encima del mantel, observando cómo su abuela empalidecía.

—Entonces, abuela, ¿es verdad que existe? —La pregunta le salió sola.

—Por supuesto, muchacho, claro que existe, se dice que esa fue la primera vez que Cold Spring expulsó a alguien del pueblo.

—¿Cómo lo sabes?

—Estas cosas pasan de puerta a puerta y todos hemos crecido pensando si este año sería en el que la profecía se hacía realidad por Halloween.

Él comprobó que su abuela no era capaz de restablecerse al enterarse de esa noticia.

—¿Qué sucede, abuela? —formuló la pregunta que tenía clavada en la mente desde que le había contado todo. Ella no le respondió—. Abuela —alargó la mano para posar sus dedos en la muñeca estrecha de ella—, ¿estás bien?

—¿Eh? —No le había prestado atención.

—Abuela, estás como si vieras un fantasma.

—Eso es, John, eso es.

# Capítulo 8

Los días iban pasando y Halloween se vislumbraba en el horizonte, pues solo quedaban cinco días y Cold Spring vibraba, no solo porque estaba al caer la gran fiesta, sino que sus habitantes estaban cada vez nerviosos, ¡no se fiaban ni de su propia sombra! Paraban a Martha y, sobre todo, a Flora para que les diese un amuleto contra Pettiman, ¿aquello existía? La bruja de Cold Spring se las ingenió para tranquilizar a todos, no así la alcaldesa, que estaba un poco saturada.

En la mañana de ese quinto día, Flora junto con Imogen y Tony fueron al archivo del ayuntamiento para buscar más información o algo más relativo a Pettiman, como la foto de la que había hablado Kendall.

Estaban en la parte de fuera del archivo, donde la pared estaba cubierta por un bonito papel pintado, y con una mesa redonda en la que habían dejado todo y lo iban revisando sentadas en las sillas que había juego. Se respiraba un ambiente tranquilo, solo roto por las voces que había detrás de la puerta que separaba la zona del archivo del resto del ayuntamiento.

—Me resulta muy interesante conocer la historia de Cold Spring —dijo Imogen revisando un antiguo libro de fotos del pueblo.

—Sí, cierto —afirmó Tony con una sonrisa—, es fantástico estar

ojeando todo esto, se puede decir que es un Halloween repleto de historia, aunque debemos frenar la maldición.

Muchos habitantes del pueblo y turistas vieron ranas, algo de lo más raro, a no ser que se haga alguna ruta senderista y murciélagos, cuando esos animalillos pasan desapercibidos. Pero todo eso había provocado cierta histeria en muchos habitantes y en Martha, que estaba convencida de que era el año en el que se cumpliría la maldición de Pettiman.

—Y, ¿cómo lo pretendes hacer? —le preguntó Imogen dejando lo que estaba haciendo—. No sabemos a lo que nos enfrentamos.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Lo que sé es que debemos tener cuidado.

—Tranquilas —las quiso sosegar Flora con su habitual tono de voz suave—, seguro que no será para tanto.

—¿Sabes algo que nosotras no? —Tony apoyó los brazos encima de la mesa a la espera de una respuesta.

—No —contestó rápido Flora.

Tony torció la boca, no estaba tan segura.

—Parece que no hay imágenes de Pettyman por ningún lado —bufó Imogen tras revisar otro periódico.

—No desesperes —dijo Flora mirando la última caja que era de la época de cuando Pettiman había sido expulsado del pueblo.

—Parece que miré todas las cajas y nada —señaló Imogen.

—¿Seguro? —Flora lo puso en duda.

Imogen había aprendido que Flora nunca decía nada por decir.

—Vale, me falta la que estás revisando. —Sonrió al darse cuenta.

—Tómala, así miraré estos papeles. —Le guiñó un ojo.

Las tres estuvieron en silencio, cada una a lo suyo, buscando algo que calmara a Cold Spring de hacer en un gran bucle de Histeria.

—¡Hala! —exclamó Imogen de repente. En el fondo de esa caja encontró un marco con una foto en cuya placa se podía leer Perry Pettiman—. Mirad, es Pettiman.

Ella se la mostró a sus dos amigas y Tony levantó el periódico que estaba ojeando.

—Es la misma foto. —Se lo mostró.

En las dos se veía a un hombre joven de pie en el umbral de una cabaña de madera que vestía por encima de la camisa blanca un abrigo marrón como los pantalones y un sombrero típico de las películas del oeste.

—¡¿Es él?! —Casi gritó Imogen.

—Es Perry. —Tony se había quedado sin aliento.

—Sí, ese es. —Flora asomó la cabeza por la caja y halló otro—. Y esta es la hija del alcalde.

—Tu antepasada —afirmó Imogen que se acordaba muy bien la historia que había contado.

—Sí. —La melancolía cubrió el rostro de Flora—. Un amor que no pudo ser, pero en Halloween habrá una sorpresa.

—¿Cuál? —preguntaron al unísono Imogen y Tony.

—Un corazón querrá unirse a otro para siempre —les contesto de un modo bastante críptico.

—¡Una boda! —Se emocionó Imogen.

—Espero que no sea Conor, es pronto —puntualizó Tony, aunque ella misma dudaba.

—¡Ay, la leche, si es Jared! —Imogen abrió mucho los ojos a la vez que alzaba las cejas.

—No sois vosotras —puntualizó Flora, cuya boca dibujó una sonrisa traviesa—. No, todavía. —Las dos chicas respiraron tranquilas—. Es alguien que conocemos, pero que no nos imaginamos.

—Dirás que nosotras no nos imaginamos. —apostilló Tony que señaló a Imogen y a sí misma.

Como respuesta Flora bajó la mirada a la foto que tenía entre las manos y sonrió. Continuaron en silencio, hasta que otra vez Imogen las interrumpió con una exclamación de sorpresa.

—Este hombre lo he visto en alguna parte —señaló con el dedo Imogen a la cara que no se le veía muy bien a Pettiman.

—Imposible, —Tony enarcó una ceja con la mirada clavada en Imogen—. ¿Es que ahora ves fantasmas? —bromeó.

—No, es solo que se me parece a alguien. —Imogen le pasó la foto a Tony.

—Es verdad, visto así de cerca. —Tony acercó el marco más a los ojos, tanto que casi pegó la nariz—. ¡Ya está!

—¿Qué? —casi gritó Imogen—. ¿Sabes quién es?

—¡Es John! —esclareció Tony.

Imogen y Flora se acercaron a ella para fijarse en el hombre.

—Es cierto. —Se sorprendió Imogen.

Las dos chicas miraron a Flora que abrió la boca, pero la llegada de Taylor las interrumpió.

—Al fin os encuentro —dijo él fatigado tomando asiento en la silla que había libre.

—¿Qué pasa? —quiso saber Flora, acercándose a él.

—Veréis, tenemos un problema.

—¿Cuál? —lo interrogó Tony con cierta angustia.

—La profecía está incompleta, falta la última sección —comenzó a contarles, pero paró un momento para coger aire y tranquilizarse. Taylor era el hermano de Conor y tenían cierto parecido; las facciones de Taylor eran más marcadas, aunque quedasen escondidas por una barba bien cuidada, el color de ojos era distinto, eran marrones y el pelo era más oscuro que el de Conor, pero aun

así, podía adivinarse que eran hermanos—. Cada sección larga está compuesta por catorce líneas, la última solo tiene once.

Un frío helador descendió sobre aquella pequeña estancia del ayuntamiento, dejándolas patidifusas y más contrariadas y preocupadas que antes. ¿Qué iba a pasar?

# Capítulo 9

Cuando los cuatro llegaron con esa fatal noticia Kendall, John, Shannon, Logan y Mark quedaron sorprendidos, pero para mal. No lo habían contado todo cuando la alcaldesa, como si oliese que algo había salido mal, apareció en la cafetería y, al enterarse de las noticias, su rostro se tornó en una expresión de terror.

—¡Pero eso es malo! —habló con una voz demasiado estridente —. Y no sabemos lo que es malo, porque no sabemos lo que todavía no sabemos. —Aquel trabalenguas no lo entendió nadie.

No obstante, uno de los clientes, uno de los señores que siempre iba a la cafetería a leer la prensa, al ver la foto de Perry Pettiman señaló el gran parecido con John. Todo se descontroló, pues todos los presentes salvo Flora, Kendall, Imogen, Shannon, Taylor, Tony, Logan, Mark y Martha empezaron a hablar al mismo tiempo. La mente de Flora fue más rápida.

—«La amistad se perderá» ——se acordó de una de las líneas de la profecía.

El muchacho no sabía cómo defenderse, se sentía impotente, aunque lo que sucedía no era que sus amigos no quisieran defenderlo, sino que estaban asombrados ante el desmadre de la gente.

John salió de allí con los gritos de algunas personas

apuñalándole por la espalda, ya que no hacía tanto que todos le sonreían cuando lo veían llegar, en esos instantes sintió que debía esconderse y que ese no era el gran Halloween que creía que iba a ser. Todo se estaba torciendo por culpa de un tipo que había metido el miedo en el cuerpo a todos los habitantes de Cold Spring y por eso lo habían expulsado, sin embargo lo que menos se esperaba era que por una mera coincidencia fuera él quien se sintiera excluido por todos sus conocidos y que aquellos que consideraba amigos se callaran la boca.

Subió hasta el bosque Foster y se sentó en uno de los bancos que se habían puesto para los senderistas y dejó la mente en blanco mientras sus ojos se perdían entre el río, las colinas y ese pueblo que había encontrado a su chivo expiatorio. Se sentía mal por no poder defenderse, pero la verdad era que el sentimiento de no ser aceptado por el pueblo que lo había visto nacer y crecer era duro, por eso, una parte de sí mismo comprendió cómo se tuvo que sentir Pettiman cuando lo expulsaron. Aunque había una diferencia: John sabía, porque no era ajeno, que la gente estaba de los nervios por culpa de la profecía.

Cuando se sintió con fuerzas, comenzó a notar algunas gotas de lluvia, así que salió del bosque y se marchó a casa.

Al llegar, puso la cazadora en el colgador de la entrada y fue al salón.

—¿Abuela? —Se quedó clavado en el umbral del salón con los ojos fijos en su abuela, pues parecía que estaba llorando y lo confirmó en cuanto la vio limpiarse un ojo con un pañuelo de papel. Él no perdió tiempo para acercarse a ella y sentarse a su lado, la cogió de una mano—. Abuela —le habló con cariño—, ¿qué pasa?

—Nada, no pasa nada.

—¿Por qué lloras?

—¡Ay, mi muchacho, por cosas! —suspiró entre hipidos.

—Sabes que me lo puedes contar.

—Lo sé. —Su abuela lo miró con sus ojos marrón verdoso y al tenerlos acuosos por las lágrimas las vetas verdes resaltaban mucho.

—Venga —la animó sin soltarle la mano—, cuéntame por qué estás triste a las puertas de Halloween.

—Porque tu padre y tu abuelo me dejaron una misión y deberían ser ellos quienes lo tendrían que estar haciendo.

—¿Cómo? —John no entendía lo que su abuela le quería decir.

—Verás —apartó la mano que tapaba una foto y John al bajar la mano vio otra foto distinta de Perry Pettiman.

—¿Por qué tenemos una foto de Pettiman? —la pregunta le salió sola y su abuela tardó en responderle—. Abuela, ¿por qué? —Su mente comenzó a atar cabos—. Abuela, ¿por qué? ¿Qué está pasando? —Con cada nueva pregunta le exigía una explicación.

—Verás, somos familiares directos de Perry Pettiman. —Esa aclaración por parte de su abuela hizo que él se separase de ella.

Le costaba tanto pensar que se puso en la otra esquina del sofá.

—¿Cómo dices?

—Perry Pettiman es de origen europeo, sus padres vinieron buscando una vida mejor, pero terminaron viviendo en uno de los barrios más pobres de Nueva York. Perry siempre fue un niño especial, que consiguió estudiar, por eso se creía alquimista y tenía un poder deductivo muy grande, era un don que nada tiene que ver con el de Flora, para que me entiendas. Queriendo buscar una vida mejor, lo explotó y con sus predicciones se fue haciendo un nombre y así, queriendo una vida mejor que la de sus padres llegó a Cold Spring dejando amistades muy influyentes en la ciudad. —Su abuela respiró hondo—. Es verdad, vivía a las afueras del pueblo, en una cabaña.

—He visto la foto de él a la entrada…

—¿La que salió en la prensa de por aquel entonces?

—Sí.

—Y también es verdad que se enamoró de una antepasada de Flora, se iban a casar, esa noticia alegró al pueblo que esperaba ese acontecimiento como si se casaran miembros de la misma realza, y todo estaba preparado cuando en octubre sucedió el accidente ferroviario, torciendo los planes, ya que lo expulsaron del pueblo y ni el alcalde lo pudo salvar.

—¿Adónde se fue? —Quiso saber John.

—A Nueva York, allí una familia pudiente lo recogió y le dio refugio, pero su mundo lo había dejado en Cold Spring, ¡quería regresar! Así que dejó su pasado atrás, dejó las predicciones, y con otra identidad distinta, después de varios años cuando todo había pasado, regresó y se casó con una mujer, así fue como su regreso a Cold Spring fue mejor de lo esperado. Aquí forjó una vida nueva y una familia, aunque su corazón siempre lo ocupó la mujer de la que estaba enamorado. Nunca la olvido, pero sabía que era imposible estar juntos.

—Y… —Carraspeó la garganta para poder preguntar—: ¿por qué me cuentas esto?

Su abuela giró el rostro para mirarlo.

—Porque eres descendiente de Pettiman.

—¡¿Cómo?!

—Tu padre, tu abuelo, antes que él su padre sois descendientes de Pettiman.

—¡Es imposible!

—John, somos los Pettigrew —ella fue en ese instante quien le puso la mano en la rodilla—. Pettigrew, Pettiman, no quieras hacerte el tonto, porque no lo eres. El verdadero apellido que deberíamos

llevar es el de Pettiman, no Pettigrew, y antes de que digas nada, no estamos malditos por culpa de él, ni mucho menos.

—Hoy me han echado de la cafetería —le confesó a su abuela.

—La gente está asustada y no hay nada peor que perder la razón por el miedo, nos nubla la mente y no hay nada como manifestar que hay maldición que se puede cumplir para que todos perdamos la cabeza. Pero sé, porque me lo contó tu abuelo, como antes se lo había contado el suyo, que Pettiman no maldijo a Cold Spring.

—Y ¿me entero ahora? —John estaba molesto por el silencio de su familia—. Me lo tendríais que haber contado antes.

—A tu abuelo no le dio tiempo de contarte nada y porque creía que la gente se había olvidado.

—Pues no es así —dijo con desánimo.

—Ya verás como todo pasa. —Su abuela no perdía la esperanza —. Eres inocente.

# Capítulo 10

—¿Qué es eso de que eres familiar de Perry Pettiman? —lo enfrentó Molly más enfadada que nunca.

—Te lo iba a decir, resulta que sí, pero…

—¿Qué? —Ella se cruzó de brazos—. ¿Cuándo me lo ibas a decir?

—Cuando nos viésemos, pero veo que alguien se ha adelantado.

—¡Todo Cold Spring lo sabe! Todos hablan de ti y, por consiguiente, de mí, y no solo eso, me señalan como la novia de una persona que trae el mal, pero lo peor de todo es que no te puedo defender, porque no se me dijo nada.

Molly tenía razón, se lo había ocultado la última vez que habían estado juntos para evitarle el susto y había sido peor. El rumor se había extendido por todo el callejero de Cold Spring y al final había llegado a oídos de todos.

—Lo siento, no pretendía ocultártelo, te lo juro. —No sabía cómo pedirle perdón.

—Será mejor que no sientas nada y, de momento, mientras que esto no se calme será bueno para los dos no vernos por un tiempo.

—¿Cómo? —Él dio un paso al frente descompuesto por lo que acaba de oír—. ¿Nos separamos por algo que yo no hice y de lo cual no soy culpable?

—Sí, es mejor que dejemos las cosas como están y cuando se

calmen, volveremos a estar juntos. Adiós, John.

Cuando vio cerrarse la puerta de su casa, a John no le quedó esperanza ninguna.

Eso había pasado dos días antes de Halloween.

Él había perdido la esperanza.

Una tarde donde la brisa del otoño mecía las ramas de los árboles provocando que más hojas cayeran con suavidad al suelo, pues las mecía en una caída lenta y nada abrupta, y llenaba con ellas todas las calles del pueblo, forjando una alfombra de marrones, rojos y naranjas. Cold Spring se había convertido en la mejor estampa otoñal tapando el mal sentir de sus habitantes, pues cada día estaban más exasperados, cargando el ambiente de tensión.

Su abuela, que era más optimista que él, le dejaba claro cada día que él no era culpable de nada, pues John llegó a preguntarle si sus padres habían muerto a causa de la maldición de Pettiman. Finalmente, decidió acudir a la única persona que podía echarle una mano: Flora.

La tarde anterior a Halloween, la bruja de Cold Spring, apareció en la casa de los Pettigrew con una invitación para acudir a la gran fiesta que ella misma daba en su casa de huéspedes.

—No lo tengo claro. —John había perdido el ánimo de celebrar nada.

Había intentado hablar con Molly, pero ella no le cogía, así que había decidido no importunarla, aunque aquello lo entristecía; solo se relajaba cuando tocaba el anillo que iba a darle. Ese objeto no le hacía perder la ilusión por el futuro, por mucho que en esos momentos todo cayese en la oscuridad más lúgubre que nunca hubiese visto.

—Ven y no te arrepentirás.

—¿Cómo lo sabes?

Flora le sonrió con cariño.

—Sé que ahora ves todo desde otro prisma, pero si acudes a la fiesta lo observarás bajo el prisma del amor, y aquello que te ronda la mente se cumplirá. —John abrió la boca, sus intenciones no se las había contado a nadie, ni a su abuela, pero era Flora la que hablaba, de ahí que no le cogiera de sorpresa y cerrara la boca—. Segundo, tus amigos, Logan, Jared, Mark, Conor están preocupados por ti y, tercero, sin ti la profecía no será igual.

—No quiero saber nada de Perry Pettiman, solo me ha traído malos rollos, incluso con Molly —confesó él.

—Está arrepentida, —intervino su abuela.

—Abuela, por favor, no me cuentes historias, porque sé que no quiere hablarme, por eso no me coge el teléfono.

—Tu abuela tiene razón, está muy arrepentida. —Flora defendió a la abuela de John—. Reconoce que estaba enfadada porque se enteró por terceras personas de todo, pero, te quiere y su amor es más fuerte que todo lo relacionado con Pettiman, pero quiere decírtelo a la cara y, si vienes a la fiesta, podréis hablar.

Aquello lo convenció un poco más.

—Está bien, pero espero que nadie me increpe.

—Que no se le ocurra a nadie hacerlo en mi casa y delante de mí —sentenció Flora.

***

La noche de Halloween el viento y la lluvia habían cesado, dejando una noche tranquila en la que las estrellas y la luna pudieron lucir en la noche de las brujas. John había decidido disfrazarse del fantasma de la ópera con una máscara que le ocultaba el rostro, pero si algo le gustaba era el traje con la capa negra por fuera, roja por dentro.

Vestido tan elegante, llegó a la casa de los huéspedes y nadie lo reconoció solo Flora que lo recibió con un guiño de ojo, un gesto que en ella siempre era mágico.

El ambiente en la casa de huéspedes era festivo por los turistas que habían llegado en masa animados por la profecía, pero una energía nerviosa chisporroteaba en cada esquina de la planta baja, debido a que los invitados residentes del pueblo estaban a la espera de que sucediera algo de modo inmediato. Pero como le había prometido, nadie se dio cuenta de su presencia, lo había dejado en paz, no como se sentía los días anteriores, cuando cada mirada lo atosigaba.

Cuando llegó Molly vestida de bruja, él sonrió detrás de la máscara, pues le quedaba tan bien como le había dicho e iba despeinada como le había comentado que iría. Al entrar, lo buscó con entusiasmo, pero al no verlo, tuvo que disimular su tristeza, sin embargo, él contuvo el impulso de acercarse y de destapar su identidad para estrecharla entre sus brazos. Lo que hizo fue pasar delante de ella y pararse para que oliera su perfume.

—¿John? —musitó ella para ambos.

Él no respondió.

La fiesta fue pasando, pero su grupo de amigos se fue preocupando a cada hora que pasaba y las agujas del reloj iban marcando la medianoche.

No obstante, quedaba un cuarto de hora para que llegase el momento que bailaba en las cabezas de los presentes, cuando Taylor y Conor sin disfraces, llegaron con el legajo de la profecía en las manos.

—¡La hemos encontrado! —anunció Conor ruborizado por la carrera.

—¿El qué? —Jared vestido de espantapájaros se acercó a ellos.

—La página perdida de la profecía, la encontramos —dijo Taylor.

—¿Dónde estaba? —Imogen vestida de camarera de los años cincuenta, como Kendall, se acercó a ella nerviosa. Tony que iba vestida de hada madrina, al igual que Martha, que fue dando codazos para abrirse paso entre la gente.

—¿Se puede romper la maldición de Pettiman? —les pregunto nerviosa a los hermanos.

—No lo hemos leído —aseguró Conor.

—¿Dónde estaba? —repitió Tony.

—Había dos hojas pegadas por la humedad y un bicho aplastado. —Taylor mostró la mancha marrón que había dejado.

—¿Y qué dice? —exigió la alcaldesa—. Me va a dar algo si no lo sé ya. —Taylor le dio el legajo, pero Martha dio un paso atrás—. Creo que debe ser Flora quien lo lea.

Flora miró al gran reloj de pie, cuya aguja larga estaba a punto de marcar la medianoche y así leyó:

—En la noche de Halloween Cold Spring se unirá. La mujer que vende viandas y el hombre que reparte felicidad unidos quedarán. Las diferencias se olvidarán y con la luz del día las acusaciones desaparecerán.

—¿Quién es el hombre que reparte felicidad? —Martha no sabía de quién se trataba.

—Yo —dijo John quitándose la máscara y todos lo rodearon en círculo. —Todos los presentes lo miraron soltando exclamaciones de sorpresa—. Y la mujer que vende viandas es Molly. —La miró escondida detrás de Logan.

John se acercó a ella, le tendió la mano que ella aceptó nerviosa y en silencio, como el resto, ya que nadie sabía lo que iba a pasar.

—¿Por qué quedaréis unidos? —Volvió a preguntar Martha—. Todos sabemos que sois novios.

—Quedaremos unidos por esto. —Del bolsillo del pantalón sacó algo que nadie vio hasta que abrió la mano y el anillo destelló—. Sé que discutimos hace unos días…

—Lo siento, me pudieron los nervios, como ahora —soltó Molly todo lo rápido que pudo y con los ojos anegados en lágrimas.

—No te lo tuve en cuenta y mis sentimientos hacia ti no han cambiado un ápice; sí, me entristecieron, porque pensé que todo se había ido al garete hasta que Flora me convenció de venir y ahora lo veo claro, sobre todo, desde que te vi entrar. Quiero una vida contigo, donde sea, me da igual, pero no quiero que nuestra historia de amor se vea empañada por una maldición o profecía que viene del año de la pera. Te quiero, sé que me quieres, eso es lo que debe importarnos, por eso… —hincó la rodilla en el suelo—, ¿quieres casarte conmigo?

Molly quedó de piedra, pero en cuestión de segundo sonrió y lo abrazó.

—Sí.

Todos aplaudieron por la feliz noticia y se fueron acercando a la pareja para felicitarlos.

—Entonces, ¿la maldición de Pettiman no era una maldición? —Logan quería más claridad en ese asunto.

—Efectivamente —afirmó Flora al lado de la nueva pareja con final feliz.

—¿Por qué alguien que fue expulsado de Cold Spring miraría al futuro agradecido y sin ninguna mala palabra para el pueblo? —Tony tampoco lo entendía.

—Pettiman volvió al pueblo con otro apellido, Pettigrew, el de la familia de John y cuando vio que nadie lo reconocía y lograban instalarse bien, llegó a él otro sentimiento, el del perdón. Eso es sobre lo que escribió en ese poema, por definirlo de alguna manera.

—Sabías que la maldición no existía. —Martha se dio cuenta de todo. Flora asintió—. Y no era ninguna maldición, sino una profecía de futuro que hablaba de vosotros dos. —Martha sonrió con cariño y más relajada—. Menuda noche de Halloween, pero, Flora, por favor, ¿por qué nos lo hiciste creer?

—Había que ponerle un poco de emoción a Halloween. —Le guiñó un ojo cómplice y Martha supo que todo estaba bien.

La felicidad volvió a reinar y la buena nueva, esa perspectiva de una boda en el pueblo, desterró las desconfianzas que había hacia John y el amor regresó a Cold Spring, de donde nunca había desaparecido.

# La criatura

María Heredia

# 1

Había algo que estaba pasando por alto.

Debía de haber algún detalle que no había tenido en cuenta, del que no me había percatado.

Pero no podía ser.

Mi familia llevaba siglos dedicándose a aquello, conocían todos los secretos del oficio y me habían enseñado muy bien.

Tan bien, que era imposible que me hubiera dejado alguna pista atrás.

Y, sin embargo, había vuelto a pasar.

Una nueva víctima.

Un nuevo caso sin resolver.

La policía estaba desconcertada. Las noticias hablaban de muertes inexplicables, de heridas minúsculas, de cuerpos consumidos sin explicación. Aquellos que creían en las conspiraciones y supersticiones hablaban de una criatura salida de los mismísimos infiernos, de un monstruo infernal de tiempos ancestrales que había regresado a la Tierra en busca de almas con las que alimentarse.

Y, la verdad, no estaban desencaminados.

Porque yo sí que sabía de qué se trataba.

Procedía de una larga saga de cazadores especializados en

acabar con ese tipo de bestias inmundas. Desde pequeña me habían entrenado para localizarlos, detectarlos antes de que provocaran una matanza, y deshacerme de ellos con un golpe seco en el corazón.

Sin piedad, sin remordimientos.

Al fin y al cabo, ¿quién podría compadecerse de un vampiro?

—Otro más. —Mi hermana pequeña entró al salón y me enseñó una noticia en la pantalla de su móvil. Como si yo no estuviera ya al tanto de todo aquello—. Lo han encontrado esta mañana.

—Ya lo sé.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Tú nada —la advertí—. No eres más que una cría que aún está entrenando. Los demás, intentar ver qué se nos está escapando.

—Podría ayudaros a rastrearlo —replicó ella, que no parecía entender que, con solo quince años, no estaba capacitada para enfrentarse a una criatura de semejante categoría—. Se me da muy bien seguir pistas.

—Y a mí también y, además, tengo más experiencia que tú. Así que ni pensarlo.

—Pero Charity…

—Pero nada —la interrumpí antes de que pudiera seguir diciendo sandeces—. Cuando tenía tu edad también creía que estaba preparada para enfrentarme a cualquier peligro y les suplicaba a padre y madre que me dejaran ir con ellos de misión, pero, una vez salí a campo tras terminar el entrenamiento, descubrí que aún me quedaba mucho que aprender y que, de haberme apresurado, habría acabado muerta a manos de una de esas abominables criaturas. El Consejo no hace las cosas porque sí, Hope. Siempre hay un motivo detrás de cada norma.

Ella masculló algo por lo bajo, probablemente una queja, aunque yo no le presté demasiada atención. Ya lo entendería cuando fuese

mayor. Además, tenía cosas mucho más importantes de las que preocuparme. Había una criatura infernal suelta de la que debíamos hacernos cargo.

Sin mediar más palabra, me levanté y recorrí los pasillos de casa hasta llegar al despacho de mis padres. Los dos estaban en plena investigación, así que tenían las paredes, pizarras e incluso el suelo lleno de pistas, evidencias e hipótesis.

—Otra víctima. ¿Se sabe algo?

—No demasiado —respondió mi padre, sin desviar la mirada del mapa de la ciudad en el que habían marcado cada uno de los ataques en un intento de acotar la zona de actuación—. Ha sucedido en la punta opuesta de la ciudad, así que nuestras teorías han quedado en nada.

—No parece seguir ningún patrón de ataque, no hay ninguna evidencia que nos indique dónde puede ocultarse —murmuró mi madre—. Nunca parece regresar al mismo punto exacto, ni limitarse a una zona clara. Es diferente a los que nos hemos enfrentado antes.

Asentí. Los vampiros no solían alejarse de una zona delimitada por temor a no poder regresar a su guarida antes de la salida del sol. Todos estaban demasiado asustados para alejarse demasiado y, por eso, delimitar su radio de actuación no solía ser complicado.

Pero este ser parecía más osado que el resto de su especie, más dispuesto a arriesgarse. O puede que incluso más antiguo o más poderoso. Al fin y al cabo, alguien que había deambulado por la tierra durante siglos o que tenía una fuerza mayor a la usual podía permitirse el lujo de ampliar su territorio de caza.

—¿Podremos examinar a la nueva víctima?

—Sí, Alexander ya se está encargando de eso. Vendrá en un rato, junto al resto de cazadores encargados para redefinir nuestro

plan.

Asentí. Alexander era uno de los cazadores de vampiros más prometedores del Consejo. Procedía de una familia casi tan antigua como la mía, llevaba toda la vida formándose para ocupar algún cargo importante… y todos esperaban que algún día no muy lejano nos casáramos. Sabía que, dicho así, podía sonar algo anacrónico o antiguo, pero nuestras familias no solían relacionarse con las del mundo exterior y era costumbre que los primogénitos se casaran entre ellos para asegurar que la sangre de cazadores de vampiros siguiera transmitiéndose y no se viera debilitada por la de cualquier humano. Eso no quería decir que los hijos de uno de los nuestros y un humano no pudieran heredar nuestras habilidades (de hecho, una de mis mejores amigas de mi época de aprendiz era solo medio cazadora y era una de las mejores que conocía), pero los miembros del Consejo preferían no arriesgarse. Y como Alexander y yo pertenecíamos a dos de las familias más importantes, teníamos linajes perfectos y éramos los más prometedores, todos estaban deseando que decidiéramos comprometernos el uno con el otro. Algo que, siendo totalmente sincera, no me disgustaba demasiado.

Aunque eso no pasaría hasta que ambos tuviéramos edad suficiente para formar nuestro propio equipo porque, tal y como habíamos dejado ya claro, si éramos demasiado jóvenes para enfrentarnos por nuestra cuenta a vampiros, también lo éramos para dar aquel paso tan importante. Él, a sus veintitrés años, por fin había comenzado a enfrentarse a misiones en solitario o, al menos, lejos de sus padres, pero yo, a mis diecinueve, aún dependía de ellos. Así que todos mis pensamientos y esfuerzos se centraban en lo que aún me quedaba por lograr en lugar de en un matrimonio.

—¿Preparo algo para la reunión?

—No podrás asistir, Charity.

—¿Qué? ¿Por qué no? ¡No es justo! —protesté—. A la última pude ir, ¿por qué a esta no?

—El caso se ha convertido en prioritario, así que el Consejo ha decidido crear un escuadrón especial para hacer frente a esta criatura. Han elegido solo a los mejores y tú acabas de empezar —explicó mi madre—. No es nada personal como comprenderás.

Quise replicar y decir que no lo comprendía. Puede que llevara poco tiempo dedicándome a aquello, pero era muy buena, había resuelto ya algún caso y llevaba formando parte de aquella investigación desde el primer momento. No me parecía justo que, sin previo aviso, me apartaran. Era una gran rastreadora, escurridiza y veloz. Les convenía tenerme en ese equipo.

No obstante, acabé por morderme la lengua y asentir. Era lo que me habían enseñado siempre, para lo que me habían educado: nadie cuestionaba nunca al Consejo. Sus normas y decisiones debían ser acatadas sin rechistar pues, aunque no pudiéramos comprenderlas, todas estaban motivadas por un bien mayor.

—Pues entonces supongo que saldré a entrenar un rato —murmuré—. Si el Consejo cambia de opinión…

—Lo dudo, pero te lo haremos saber —contestó mi padre con frialdad.

Salí del estudio y, dispuesta a no pensar más en aquello, me cambié de ropa y salí a correr, sin despedirme siquiera de mi hermana, que seguía mascullando por lo bajo lo injusto que era todo. Y, por una vez, estaba de acuerdo con ella. Yo ya no era una niña, ¿por qué me dejaban al margen de aquella situación?

Hice mi ruta habitual y después me pasé por la sala de entrenamientos del Consejo, aunque no pasé demasiado tiempo allí. No me apetecía hablar con ninguno de los presentes, que parecían más interesados en cotillear sobre aquel misterioso caso que en

practicar, así que después de una hora, decidí regresar a casa. Con un poco de suerte, la reunión ya habría empezado y no me cruzaría con nadie.

Sin embargo, mis cálculos habían fallado y, nada más cruzar la puerta, con aquel aspecto tan desastrado, me encontré de frente a Alexander, que pese a llevar trabajando horas en el caso y haber incluso examinado un cadáver, estaba impecable.

—Charity —me saludó con una sonrisa—, qué alegría verte.

—Hola, Alexander —respondí, tratando de corresponder su sonrisa aunque no me salió demasiado bien—. ¿Qué tal?

—Muy bien. Bueno, todo lo bien que se puede estar en mitad de una investigación como esta, por supuesto…

—Sí, claro. Es un tema muy complicado, así que entiendo que estés algo estresado. Que todos lo estéis.

—Me han dicho que te han apartado del caso.

Sentí un escalofrío al escuchar aquello. No me apetecía hablar del tema, pero sabía que no tenía escapatoria. No podía simplemente marcharme corriendo con alguna excusa y dudaba que alguien llegara a salvarme justo en ese momento.

—Así es. Mis padres me informaron de este… este cambio de estrategia esta misma mañana —respondí, tratando de sonar despreocupada, casi como si aquello no me importara tanto—. Son cosas que pasan, supongo.

—Pues a mí me parece una auténtica injusticia —respondió él para mi sorpresa. Nadie se atrevía a cuestionar las decisiones del Consejo en voz alta. Mucho menos delante de otro miembro que pudiera delatarle—. Llevabas desde el principio trabajando en esto, no tiene sentido dejarte de lado justo ahora.

—Supongo que me consideran demasiado joven…

—Has terminado tu entrenamiento con honores y has

demostrado grandes habilidades —siguió insistiendo él—. Además, no es como si te hubieran encargado este caso en solitario o debieras liderar la misión. Tienes derecho a seguir formando parte del equipo.

—Bueno, yo… Supongo que no tengo potestad para decidirlo —respondí a pesar de que no podía estar más de acuerdo con sus palabras. ¿Qué más le daba al Consejo que yo participara en aquello? Cualquier ayuda debería ser más que bienvenida teniendo en cuenta las circunstancias—. No me corresponde hacerlo. Pero gracias por tu apoyo. Es reconfortante saber que me aprecias lo suficiente como para querer trabajar conmigo.

—Ya sabes lo que dicen, ¿no?

Asentí, a pesar de que no estaba muy segura de a qué se refería exactamente. Hablaban tanto de mí, de él y de ambos que podía ser prácticamente cualquier cosa. Aunque algo me decía que tenía bastante que ver con aquello de que, en algún momento, seríamos marido y mujer y, por tanto, debíamos apoyarnos y confiar el uno en el otro tanto en los buenos como en los malos momentos. Aunque eso era, por supuesto, solo una suposición. Quizás se refería simplemente a que muchos miembros del Consejo sabían lo buena cazadora que sería en unos años.

—Debería dejarte tranquilo —dije tras unos minutos de silencio —. Seguro que tenéis mucho que preparar antes de la reunión.

—Sí, tu padre y yo estamos redactando el informe de observación, así que debería volver con él.

Nos dedicamos una última sonrisa antes de que él siguiera su camino. Me quedé un minuto más ahí parada, con la vista fija en la puerta que se acababa de cerrar, muerta de curiosidad y rabia por no poder entrar ahí y enterarme de todo lo que estaba sucediendo. Negué con la cabeza, tratando de sacudirme aquella idea. Lo mejor

sería encerrarme en mi cuarto y olvidarme de aquello hasta que los miembros del Consejo se hubieran marchado.

# 2

Quise ignorar el tema. Quise hacer como si no pasara nada, olvidarme de aquella investigación y centrarme en mis entrenamientos para seguir mejorando y que no pudieran volver a apartarme de ninguna misión. Pero fue imposible. Por mucho que me esforzaba, no podía escapar de aquello. Suponía que el hecho de que mis padres no pararan de cuchichear y por mi casa no dejaran de pasar cazadores no lo facilitaba precisamente.

—¿De verdad no estás enfadada por esto? —insistía Hope cada mañana en el desayuno, en cuanto nuestros padres se marchaban para seguir con las tareas que el Consejo les había asignado—. ¿No quieres saber qué se cuece ahí dentro?

—No es de nuestra incumbencia —repetía yo una y otra vez a pesar de que cada vez me costaba más creerlo—. El Consejo sabe lo que está haciendo.

Sin embargo, pronto empecé a ponerlo en duda. Especialmente cuando, aquel mismo fin de semana, se encontró una nueva víctima. Aquella criatura abominable seguía matando y nadie parecía ser capaz de dar con ella para detenerla de una vez por todas.

Esa mañana había más trajín del habitual. Mis padres no paraban de salir y entrar, acompañados de más cazadores que parecían cada vez más y más desesperados. Incluso se empezaron a escuchar

murmullos y críticas. Al parecer, mi hermana no era la única que pensaba que se estaban cometiendo muchas injusticias.

Yo intenté no meter demasiado las narices en aquello. Hice un gran esfuerzo por no entrometerme, pero todo fue en vano. Al final, sin quererlo ni buscarlo, acabé metida en aquel asunto.

Y todo por culpa de Alexander.

—Charity, necesito hablar contigo.

Di un salto al escuchar la voz de Alexander en mi dormitorio y me puse automáticamente en posición de combate.

—Perdona —se apresuró a decir él. Levantó ambas manos y dibujó una sonrisa conciliadora en un vano intento de aguantar la risa que mi reacción le había provocado—. No quería asustarte. Debí haber llamado.

—No pasa nada —contesté yo al tiempo que relajaba mi postura —. Es que no esperaba ninguna visita en mi dormitorio.

—Sí, disculpa, creo que estoy siendo un poco invasivo, pero… es importante. Y necesitaba verte en un lugar donde no nos oyera nadie.

—Pues supongo que has venido al sitio correcto. —Algo extrañada, le hice un gesto para que pasara y cerrara la puerta. Él lo hizo e incluso se sentó en la silla de mi escritorio—. Soy toda oídos.

—Creo que el Consejo está cometiendo graves errores en este caso.

—Alexander…

—No, déjame hablar, Charity. Sé que siempre nos han enseñado que el Consejo tiene sus razones y que no deja nada al azar, pero, en este caso, dudo de ellos. Creo que no lo están haciendo bien. Si no, ¿cómo es posible que aún no hayamos podido encontrar a ese monstruo? ¿Cómo es posible que siga por ahí suelto sin que podamos hacer nada por detenerlo?

—Se trata de un caso complicado.

—Sí, lo es, y justo por eso creo que no están haciendo todo lo que deberían. Están tomando las decisiones equivocadas.

Ambos nos quedamos en silencio y yo sopesé cómo responder a aquello. Era evidente que estaba más que de acuerdo con él. Cada día que pasaba me parecía más obvio que no estaban haciendo todo lo que debían hacer, que debían abordar el asunto desde otras perspectivas y, ¿por qué no?, dejarme volver al caso. Quizás necesitaban sangre nueva que pudiera dar otro enfoque al asunto. Sin embargo, no me atrevía a decirlo en voz alta, ni siquiera entre las cuatro paredes de mi habitación, que debían ser mi refugio más sagrado.

Él me miraba algo dubitativo, como si estuviera meditando el impacto de lo que acababa de decir y sus posibles consecuencias. Se había arriesgado mucho (más incluso que en nuestra anterior conversación), así que probablemente estaba tratando de decidir si se había excedido o si podía confiar en mí por completo.

—Eso que has dicho es… peligroso —susurré tras unos minutos más de silencio en los que quedó más que claro que, si no hablaba yo, nadie lo haría—. No deberías hablar así, Alexander.

—Lo sé, pero sentía que iba a explotar si seguía mordiéndome la lengua. Y asumo que puedo confiar en ti, ¿verdad, Charity? No me delatarás por lo que he dicho, ¿cierto? Tú… tú no eres de esas.

—No, por supuesto que no. Jamás te delataría.

—¿Y me ayudarías?

Fruncí el ceño, sin entender muy bien a qué se refería o cómo podría ayudarlo.

—¿A qué te refieres?

—Sé que esto no es muy ortodoxo y que si nos descubren, el Consejo tomará medidas severas, así que entenderé perfectamente

que no quieras hacerlo, pero… creo que juntos podríamos dar con ese ser y acabar con él.

No pude reprimir una exclamación al escuchar aquella especie de propuesta indecente. Alexander no podía estar hablando en serio. No podía estar pidiéndome de verdad que actuara de aquella forma a espaldas del Consejo, que me jugara mi futuro en aquella pseudomisión suicida.

Debía de estar loco para considerarlo y para creer que yo arriesgaría mi carrera por algo así.

—Tienes que estar de broma.

—Sé cómo suena, pero, Charity, piénsalo. El Consejo está empeñado en seguir una estrategia que no nos lleva a ninguna parte. Se han empecinado en hacer lo de siempre, pero esta criatura… esta criatura no es como las demás.

—¿A qué te refieres? —pregunté a pesar de que yo también tenía aquella sospecha desde hacía tiempo.

—Sus patrones de ataque, su forma de ocultarse, incluso los cuerpos de las víctimas. Tú no los has visto, pero yo los he examinado todos y te aseguro que las marcas que he encontrado en ellos no son las habituales. No nos enfrentamos a una criatura normal.

—¿Y… y por qué crees entonces que yo podría ayudar? Quizás el Consejo tenga razón y lo mejor sea dejar esto en manos de cazadores con más experiencia. Yo acabo de terminar mi formación y aún me queda mucho que entrenar y aprender.

—Sí, aún estás aprendiendo, eso no lo negaré porque es evidente, pero te he visto trabajar. Eres una rastreadora increíble, ves pistas donde nadie más lo hace y las sigues sin descanso hasta dar con algo. Eres observadora e ingeniosa, algo que nos resultará imprescindible para dar con ese monstruo. Y, además, eres buena

luchadora. Te falta algo de técnica, pero ya aprenderás y sabes lo suficiente para protegerte a ti misma y no tener que depender de nadie en caso de combate.

—Eso es muy bonito, Alexander —susurré, sorprendida por sus palabras—. No sabía que me tenías en tan alta estima.

—¿Cómo no hacerlo? —Se levantó para acercarse a mí y, para mi sorpresa, se arrodilló en el suelo y apoyó una mano en mi mejilla. Creo que me sonrojé por aquella inesperada cercanía—. Eres un espectáculo, Charity.

Me puse aún más roja al escuchar aquello. ¿De verdad Alexander pensaba eso de mí? Su mirada parecía sincera, así que puede que no lo dijera solo para seguir el guion que nuestras familias habían escrito por nosotros.

Puede que él me admirara igual que yo lo admiraba a él. Al fin y al cabo, éramos el futuro del Consejo, ¿no? Los dos cazadores más prometedores de nuestra generación, por muy repetitivo que pudiera sonar.

—Tú tampoco lo haces nada mal. Lo de atrapar criaturas, digo —me apresuré a aclarar, aún con las mejillas rojas—. Por eso confían tanto en ti.

—¿Y tú también?

—¿Yo?

—Sí, ¿confías en mí? —Asentí lentamente—. Entonces, ayúdame con esto. Podemos resolver este caso juntos. Podemos demostrar al Consejo que nos merecemos un puesto y que no dejaremos que nos releguen.

—No es tan sencillo como lo pintas...

—Podría serlo. Solo tienes que decir una palabra y podremos comenzar con esto.

—Alexander…

—Solo dime que haremos esto juntos, por favor. Yo… te necesito, Charity. No puedo hacer esto solo, no puedo llevar a cabo esta misión sin tu ayuda, así que, por favor, dime que sí. Dime que vendrás conmigo.

Sabía que debía decir que no.

Sabía que lo más sensato sería rechazar su propuesta, pedirle que se marchara y hacer como que aquella conversación no hubiera sucedido nunca. Era lo único que podría salvarme de un destino lleno de ostracismo, alejada de mi familia y de todo lo que conocía.

Y, sin embargo, justo cuando quise negarme, justo cuando iba a decirle que aquello era una locura y no podía acceder… fui incapaz. Había algo en sus ojos, en la forma en la que me estaba mirando, que me impedía hacerlo. Era como si hubiera una conexión entre ambos, como si fuera capaz de contagiarme su confianza y no me quedara más remedio que aceptar.

Así que, sin saber muy bien cómo o por qué, mis labios dibujaron unas palabras muy diferentes a las que debía pronunciar:

—Sí, Alexander. Iré contigo.

Él, incapaz de contener la sorpresa y la alegría, me abrazó y yo, tras unos segundos de sorpresa inicial, me dejé envolver por sus brazos. Noté una punzada de emoción en el estómago e incluso algo que podrían considerarse mariposas.

Solo esperaba no estar cometiendo un error y que aquello acabara por pasarnos factura a ambos.

# 3

No tardamos en ponernos manos a la obra. Alexander fingió marcharse para seguir cumpliendo con su misión y yo, que últimamente pasaba bastante desapercibida para prácticamente todos los integrantes de mi familia, simplemente me puse el uniforme de combate y salí de casa sin que nadie me detuviera.

Habíamos quedado en el piso en el que acababa de independizarse, apenas a unas manzanas del centro de entrenamiento. Anduve hacia allí con paso rápido, cada vez con más mariposas en el estómago. No sabía por qué de repente me ponía tan nerviosa estar con Alexander a solas. Nos conocíamos desde siempre y no me había sentido así jamás. Pero, claro estaba, nunca antes habíamos estado tan cerca ni me había dicho cosas tan bonitas. Cada vez que cerraba los ojos, veía los suyos observándome fijamente, colándose en cada fibra de mi ser y revolucionándolo todo, provocándome unas reacciones que no esperaba y que no había sentido jamás.

Y que, secretamente, esperaba seguir sintiendo.

Cuando entré en su casa, Alexander me recibió con su traje de entrenamiento y una sonrisa ladeada que me estremeció. Literalmente. Noté cómo se me erizaba incluso el pelo de la nuca.

—Qué rápida has sido —dijo a modo de saludo al tiempo que me

dejaba pasar—. Creía que tardarías un poco más. ¿Han sospechado tus padres?

—Están demasiado ocupados como para prestarme atención. Este caso les está absorbiendo la vida y no se fijan en nada de lo que sucede a su alrededor. Podría desaparecer y ni se percatarían.

—¿Y dejarían desprotegida a la mayor de sus hijas?

No sé por qué, pero aquel comentario volvió a provocarme un escalofrío, aunque en seguida recuperé la compostura y negué con la cabeza.

—Sé defenderme yo sola. Tú mismo lo dijiste.

—Lo sé, era solo una broma, aunque creo que no me ha salido demasiado bien —se excusó él con un nerviosismo que me resultó enternecedor. Era extraño ver así a alguien tan seguro de sí mismo —. No soy demasiado gracioso.

—Todos tenemos nuestros defectos.

—¿Tú también?

—Sí, alguno que otro hay —contesté, riendo—. Bueno, pero no es momento para esto. ¿Por dónde empezamos?

—He reunido toda la información con la que hemos estado trabajando estos días: pruebas, pistas, informes… Tengo también las fotos que tomé de los cuerpos mientras los examinaba y una lista de hipótesis que se han estado barajando.

—Esto es… vaya.

No sabía ni qué decir. Había tanta información confidencial, tantos datos que no debían estar a mi alcance (ni al de nadie que no formara parte del selecto grupo de elegidos), que por un momento incluso tuve que mirar a mi alrededor para asegurarme de que estábamos realmente solos y no aparecería alguien para arrestarnos y llevarnos ante el Consejo en ese mismo momento por traición. Nadie sabía cuál era exactamente el castigo para los traidores, pero

se rumoreaban cosas tan terribles que yo no estaba dispuesta a descubrirlo.

—Tranquila, estamos solos y nadie sabe que tengo toda esta información.

Yo asentí. Desde un principio había sabido que aquello sería arriesgado y aun así había aceptado, así que no podía echarme atrás por algo así.

—Lo mejor será empezar a examinar todo y anotar lo que pueda parecernos extraño. Esto irá para largo, así que… ¿te importa si me pongo cómoda? Trabajo mejor así.

—Como si esta fuera tu casa.

Le di las gracias y, tras recibir sus indicaciones, pasé al baño. Saqué unas zapatillas de estar por casa de mi mochila, mis gafas de ver (que no solía usar en la calle pero que eran un indispensable para el trabajo) y una gomilla para recogerme el pelo en un moño despeinado. Me miré en el espejo para comprobar que estaba presentable a pesar de todo (no quería que Alexander acabara espantado) y, una vez estuve conforme, regresé con él, que también se había descalzado y estaba repartiendo todos los papeles por la alfombra del salón.

—He pensado que aquí estaríamos más cómodos.

—Me parece estupendo. —Me dejé caer frente a él y cogí el primer dossier que encontré—. Pues vamos a ello, ¿no? Tenemos que dar con esa criatura antes de que siga causando estragos por ahí.

***

Pasamos el resto del día inmersos en aquello, subrayando palabras, dibujando en mapas, haciéndonos preguntas e incluso tratando de

dar respuesta a las hipótesis que ya se habían planteado. Cuando llegó la hora de cenar, yo mandé un mensaje a mi hermana con una excusa (por si a mis padres les daba por preguntar) y él calentó unas pizzas que nos tomamos ahí sentados, sin dejar de trabajar.

—Es una criatura formidable —murmuró Alexander tras dar un bocado al trozo de pizza que tenía en la mano.

—Yo no usaría esa palabra para referirme a esa cosa —respondí yo, sin dejar de observar el mapa en el que habíamos marcado los ataques tratando de encontrar algún patrón por minúsculo que fuera —. No deja de ser una abominación.

—Lo sé, pero todo indica que su poder es superior al del resto. No es un vampiro normal, este parece no temer a la luz del sol y sus víctimas… bueno, sus ataques son mucho más precisos que los de otros.

—No, si encima tendremos hasta que darle las gracias por matar de forma limpia…

—No es eso —siguió insistiendo él ante mis reticencias—. Estarás de acuerdo conmigo en que no todas las criaturas son capaces de actuar de esa manera.

—Eso te lo concedo, desde luego. Aunque no le veo el lado positivo.

Alexander dejó el trozo de pizza en el plato, se acercó a mí y me cogió de la mano, consiguiendo desviar por fin mi atención del mapa.

—Piensa en lo impresionado que quedará el Consejo si lo detenemos —empezó a susurrar, clavando sus ojos en los míos—. No volverán a apartarte de ninguna misión, Charity. Todos se darán cuenta de lo mucho que vales.

Volví a quedarme embobada, perdida en aquellos ojos azules que parecían envolverlo todo. Asentí lentamente mientras mi mente

se llenaba de imágenes de triunfo y gloria. Me vi a mí misma frente al Consejo, siendo recibida y tratada como una auténtica heroína. Casi podía oírlos dándome permiso para poder liderar mis propias misiones y asegurándome que pronto formaría parte de la élite.

Me moría de ganas de que algo así sucediera, de que ese día llegara.

—Si les entregamos a la criatura, nuestro futuro estará resuelto para siempre.

—Lo sé… —susurré, aún perdida en sus ojos. ¿Siempre había sido así de guapo? Alexander me había parecido muy mono desde que éramos pequeños, pero no me había dado cuenta de lo atraída que me sentía por él hasta aquel momento—. Nadie podría volver a subestimarnos.

—Pues sigamos trabajando en esto.

Asentí y, tras unos segundos, conseguí por fin recuperar la sensatez que parecía estar perdiendo y regresar al mapa. Había algo extraño en él, algo que no terminaba de encajar, pero no daba con el qué.

Hasta que de repente lo hice.

—Espera, creo que tengo algo —dije. Señalé un punto en el mapa y cogí mi lápiz—. Las víctimas están dispersas y no parece haber un patrón entre ellas, pero… sí que hay uno.

—¿Cuál? —preguntó él con curiosidad.

—Ninguno de los ataques tuvo lugar a más de diez kilómetros del centro de entrenamiento. Puede tratarse solo de una casualidad porque, por ejemplo, estas dos víctimas de aquí fueron atacadas prácticamente en el mismo barrio mientras que esta otra está en dirección opuesta y estas dos aún más lejos, pero… no lo sé, Alexander. Tengo la sensación de que puede ser algo.

—¿Crees entonces que la criatura sabe dónde nos reunimos y

está actuando cerca del Consejo de forma deliberada?

—Sí, aunque no entiendo muy bien sus motivos. A lo mejor quiere llamar nuestra atención; puede que incluso busque reírse de nosotros por ser incapaces de localizarlo aun matando en nuestras narices.

—Eso sería despreciable. Aunque algo me dice que puede que tengas razón. —Él asintió lentamente, tratando de asimilar lo que estábamos diciendo—. ¿Cómo nadie se ha dado cuenta de esto?

—Porque normalmente los patrones de ataques son mucho más simples y no hay tanta lejanía entre las víctimas. Los demás no buscaban un epicentro así, sino motivos para entender la dispersión. Además, ¿quién podía imaginarse que un vampiro podría dar con nuestro paradero y usarlo para enviarnos un mensaje? Era muy fácil obviarlo. Por eso nadie se ha dado cuenta de esto hasta ahora.

—Charity, eres… eres…

Y entonces me besó.

Alexander me sujetó las mejillas con las manos y, en un acto de amor espontáneo, unió nuestros labios durante unos segundos, dejándome completamente anonadada y con ganas de repetir.

Cuando se dio cuenta de lo que acababa de hacer, se alejó un poco de mí y miró al techo mientras balbuceaba excusas inteligibles.

—No pasa nada —me apresuré a decir, riendo—. Ha sido… la emoción.

—Bueno, sí, en parte ha sido eso y en parte es… que me gustas mucho, Charity —me confesó—. No quiero que pienses que te digo esto por todo lo que comentan sobre nuestro futuro y nuestro deber. Me gustas de verdad. Eres inteligente y luchadora y preciosa y… una maravilla.

Me quedé sin saber qué decir al escuchar todo aquello. Volví a clavar mis ojos en los suyos y sentí un escalofrío al ver en ellos algo

que no había antes, un fuego que no había visto nunca. ¿Era deseo? Alexander se relamió los labios y bajó la mirada hacia los míos, luchando por no abalanzarse de nuevo sobre ellos. Y yo sentí, de forma repentina, un fuego recorriendo cada célula de mi cuerpo, cada recoveco de mi ser.

Así que no tuve que pensármelo dos veces y, aquella vez, fui yo quien lo besó.

Alexander recorrió mi costado con las manos hasta abrazarme y no tardó en colocarse sobre mí. Me besó y comenzó a recorrer con sus labios mi mentón y cuello. Sentí un escalofrío al notar el roce de sus dientes en este y gemí cuando ejerció una leve presión que me hizo sentir completamente en llamas.

No me había imaginado aquel momento así ni en mis mayores fantasías. Nunca había creído que Alexander y yo sucumbiríamos a la mayor de las pasiones sin pararnos a considerar nada más, pero ahí estábamos: envueltos el uno en el otro, completamente embriagados. O, al menos, así me sentía yo. Notaba la cabeza en las nubes, como si hubiera tomado algún licor, y mi cuerpo lo único que hacía era pedir más y más.

Y entonces todo terminó de la más abrupta de las maneras.

—¡Charity, apártate de él de inmediato!

Reconocí esa voz al instante y grité. Nadie quería que su madre la descubriera en una posición tan comprometida como la que me encontraba yo en aquel momento.

—¡Madre! Esto no… esto no es lo que parece.

Me incorporé, pero Alexander fue muchísimo más rápido y, antes de que yo pudiera reaccionar, me sujetó y me colocó frente a él, como si estuviera reteniéndome. Lo que no tenía ningún sentido, ¿verdad?

—Alexander, suéltala.

La sala no tardó en llenarse de miembros del Consejo y yo cada vez entendía menos lo que estaba sucediendo. Aún tenía la cabeza embotada y no lograba comprender de dónde había salido tanta gente y qué hacían allí. ¿Habrían descubierto nuestro plan? ¿Venían a castigarnos por nuestra investigación?

—Madre, padre, no pasa nada —me apresuró a intervenir—. No hemos hecho nada malo. Alexander solo me estaba enseñando las pistas para…

—¡Alexander no es quien tú crees que es!

Aquel grito me dejó completamente descolocada. ¿A qué se refería? Lo miré por encima de mi hombro, con cierta dificultad porque seguía sujetándome. Y entonces lo vi. De su boca asomaban dos colmillos.

Alexander era la criatura.

Nos había engañado a todos.

Y yo era su seguro de vida en aquel momento.

—No puede ser…

—Suéltala de inmediato —intervino mi padre, apuntándolo con una daga—. Deja a Charity fuera de todo esto.

—Si me atacáis, tendréis que atacarla también a ella —respondió él con un tono de voz que no le había oído jamás y que me heló la sangre. Parecía un demonio y no el chico que yo conocía—. Y dudo que queráis perder a vuestra preciosa hija, al futuro del Consejo. Es una chica muy lista, ¿sabéis? En apenas unas horas ha llegado a las mismas conclusiones que a vosotros os han tomado semanas. Cometisteis un error al hacerme caso cuando sugerí sacarla de la investigación.

—¿Fuiste tú?

Me retorcí, cada vez más enfadada, e intenté librarme de su agarre, mas él lo apretó para que no pudiera seguir moviéndome.

Acercó sus colmillos a mi cuello y yo me estremecí al recordar lo que había pasado apenas unos minutos antes. Había estado a su completa merced, podría haberme mordido y yo no me habría resistido lo más mínimo. Habría sido la víctima indefensa perfecta.

—No vas a salirte con la tuya —lo amenazó el líder del Consejo —. No podrás escapar con vida.

—Oh, créeme, estoy a punto de hacerlo. —Me pegó aún más a su cuerpo, a pesar de las protestas, y se acercó a mi oído para que solo yo pudiera oírlo—. Lo siento mucho, Charity. Siento la interrupción y que te hayas enterado de todo así, te juro que pensaba contártelo, pero… tendrás que confiar un poco más en mí.

—No pienso volver a confiar en alguien como tú en lo que me queda de vida.

Y entonces nuestros ojos se encontraron una vez más y yo volví a sentir cómo me atrapaban y envolvían, como, de repente, estaba dispuesta a darle aquel voto de confianza. Sentía cómo mi resistencia se iba desvaneciendo poco a poco. Y cuando por fin me di cuenta de lo que estaba sucediendo, de que Alexander me estaba hechizando para doblegarme (y que, probablemente, ya lo había hecho antes), era demasiado tarde.

Él, aprovechando que no oponía resistencia, me sujetó con fuerza, se dirigió hacia la ventana abierta y, simplemente, saltó conmigo aún en sus brazos.

# 4

No morimos en aquella caída, a pesar de que, cuando noté cómo mi cuerpo surcaba el vacío, estuve convencida de que había llegado mi hora. Sin embargo, los vampiros tenían sus trucos y Alexander no iba a ser menos, así que, de repente, se transformó en un pequeño murciélago e hizo lo propio conmigo (algo que yo ni siquiera sabía que era posible y que me dejó con muchas náuseas durante varias horas). Aún sujetos, planeamos por la ciudad hasta llegar al que debía de ser su escondite. O, al menos, uno de ellos.

Cuando recuperé mi forma humana, lo primero que hice fue ponerme en guardia, dispuesta a luchar contra él y escapar de su cautiverio. Pero él no se mostró agresivo en ningún momento e incluso levantó ambas manos en señal de rendición.

—Estás a salvo, Charity. No tienes que ponerte así.

—¡Ya, claro! Como si fuera a creer en la palabra de una… abominación como tú.

—Hace unas horas no te parecía una abominación.

—Hace unas horas no sabía quién eras realmente. —Lo observé de arriba abajo con atención, tratando de descubrir cualquier pista que debería haberme alertado de su verdadera naturaleza—. No sé cómo me he podido dejar engañar por una criatura como tú.

—Sé que lo que he hecho no ha estado bien, pero si me dejaras

explicarme…

—¡Y además me has besado! —exclamé con asco al recordar, una vez más, lo que había pasado en el suelo de su salón—. ¿Qué pretendías con eso? ¿Acaso querías seducirme antes de morderme y matarme?

—¿Qué? ¡No! Pero ¿cómo puedes pensar algo así de mí? —Bufó, frustrado por mis suposiciones y yo casi sin querer dejé caer los brazos—. Charity, sigo siendo yo. Soy el mismo Alexander de siempre.

—No digas estupideces. Por supuesto que no lo eres.

—Sí, sí lo soy. No me he convertido en esto por un ataque, yo ya nací así. No he cambiado ni un ápice, soy quien siempre he sido.

—¿Qué? —Fruncí el ceño al escuchar aquello. Nunca había oído algo así—. ¿A qué te refieres?

—Mi padre… no es mi padre biológico. Soy hijo de un vampiro. Durante una misión, una de esas criaturas sedujo a mi madre y ella quedó embarazada, pero no lo reveló jamás. Fue un secreto que no compartió con nadie hasta que hace unos meses yo comencé a sentir una llamada que no podía controlar. Al principio intenté hacerlo. No quería hacerle daño a nadie, no quería matar a aquella chica, pero un impulso más fuerte que yo me hizo hacerlo. Aquella sed me dominó por completo, tomó el control de mi cuerpo. Fue más fuerte que yo. Fue entonces cuando mi madre, aterrada, me confesó lo que pasó y me reveló mi verdadera naturaleza.

—No sabía que eso era posible.

—No debería serlo. Al parecer, soy una anomalía. La semilla de un vampiro no debería prosperar, pues ningún humano normal tiene la fortaleza necesaria para sobrevivir a un embarazo así o, una vez nacido, para soportar esta dualidad. Pero nosotros no somos humanos normales y por eso salí adelante. Y no solo eso, sino que

las habilidades heredadas de mi padre biológico, aunque me eran desconocidas, me ayudaron a prosperar en mi entrenamiento y en convertirme en quien soy hoy. Por eso nadie podía vencerme, ni superarme en las pruebas. No se estaban enfrentando a un igual, sino a alguien superior.

—Esto es una locura…

—Charity, estoy intentando controlar esta sed. —Intentó acercarse, pero yo di un par de pasos hacia atrás, manteniendo las distancias—. Todos los ataques han sido involuntarios. Yo no quería hacerlo.

—¿Por qué piensas que voy a creerte? Me has engañado. Me llevaste a tu casa con mentiras.

—Porque no me quedó otra que hacerlo. Llevo semanas tratando de impedir que me descubran. Por eso te alejé de la investigación. Sé que eres muy inteligente, así que sabía que, si había alguien capaz de resolver el enigma, eras tú. He intentado controlar la investigación, dar pistas falsas, mover cuerpos… Pero no ha sido suficiente. Ayer me di cuenta de que estaban a punto de descubrirme. Ya se habían percatado de que las víctimas no se alejaban demasiado de nuestra zona y sabía que empezaban a sospechar que se trataba de uno de nosotros… Era solo cuestión de tiempo que algo apuntara hacia mí.

—¿Y por qué no escapaste sin más? ¿Por qué me pediste que investigara contigo?

—Porque necesitaba un seguro de vida. Si me hubiera marchado, me habrían perseguido y habrían acabado conmigo antes de poder ponerme a salvo; pero tú… tú eres la niña bonita del Consejo aunque aún no seas consciente de ello y sabía que no se arriesgarían a hacerte daño.

—Si de verdad soy la niña bonita del Consejo, vendrán a por mí.

Querrán liberarme.

—Oh, sí, exacto. Vendrán a por ti y, mientras te buscan, yo tendré tiempo de escapar. O, al menos, ese era mi plan inicial. —Suspiró y se encogió de hombros—. Pero creo que las cosas han cambiado.

—¿Qué cosas?

—Tú y yo.

Lo miré como si acabara de volverse loco, como si aquella fuera la cosa más absurda que había oído en toda la noche (y eso era bastante difícil teniendo en cuenta su confesión).

—Charity, escúchame, siempre has sido alguien importante para mí y mentiría si dijera que no he notado atracción en los últimos meses, pero hoy algo ha cambiado. Verte trabajar así, tan concentrada, tan determinada… Ha sido impresionante. Eres impresionante. Extraordinaria.

—A otra con esos cuentos.

—No son cuentos, es la verdad —insistió él con una sinceridad que parecía auténtica—. Me tienes completamente fascinado y quiero que vengas conmigo.

—Estás loco…

—No, en absoluto. Tú y yo nos entendemos y nos complementamos.

—Yo jamás podría estar con un monstruo —espeté a pesar de que recordar los besos que habíamos compartido aún me provocaba sofocos.

—No soy ningún monstruo, Charity. Sigo siendo el mismo Alexander de siempre.

—Has matado a varias personas. Los has asesinado a sangre fría.

—Ya te he explicado que la sed me controlaba, pero estoy

aprendiendo a dominarla y te prometo que esto no volverá a suceder. —Volvió a avanzar y aquella vez, sorprendentemente, no retrocedí—. Me conoces desde que éramos unos críos, Charity. Sigo siendo yo. Tienes que creerme.

—Alexander…

—Soy el mismo de siempre. Tienes que creerme, por favor. Soy yo, Charity. Soy yo.

Quise replicar que el Alexander que yo conocía despreciaba a los vampiros y que jamás se habría convertido en una de esas criaturas. Quise recordarle todo lo que nos habían enseñado y cómo lo que había hecho rompía cada una de las sagradas normas del Consejo. Pero no pude hacerlo porque, cuando nuestros ojos se encontraron, no pude evitar rememorar todos los momentos que habíamos vivido desde que tenía uso de razón. Vi cada sonrisa, cada mirada, cada entrenamiento. Recordé lo que todos habían dicho siempre de nosotros, el futuro que tantas veces me había imaginado. Y, finalmente, volví a aquella tarde, a la complicidad mientras investigábamos, a la forma en la que nos habíamos besado y acariciado en el suelo del salón, rodeados de pistas y documentos confidenciales.

Y me olvidé en parte de lo que Alexander había hecho porque seguía reconociéndolo como quien era: el hombre con el que todos creían que iba a casarme algún día, el chico al que conocía desde siempre, uno de los cazadores más prometedores de nuestra generación.

¿Y si tenía razón y podía aprender a controlar aquello? De ser así, debía escapar cuanto antes, empezar una nueva vida lejos. El Consejo no le daría ninguna oportunidad. No lo habrían hecho si hubiera suplicado su ayuda cuando comenzó la sed, mucho menos lo haría después de los crímenes que había cometido. Dirían que lo

hacían por el bien mayor y acabarían con él sin ningún tipo de contemplación ni piedad. Se olvidarían de quién era, de todo lo que había hecho por ellos, y lo matarían sin más.

Si quería sobrevivir, si quería tener una oportunidad, debía escapar sin perder ni un minuto.

Pero ¿qué se suponía que quería hacer yo? Sabía que lo único lógico y sensato era quedarme allí, dejar que me encontraran y olvidarme de todo como si no fuese más que una pesadilla. Y sin embargo… no podía dejar de pensar en huir con él. De repente, me habían invadido unas enormes ganas de aceptar su propuesta e irme lejos de su mano. Alexander era fuerte, podría controlar la sed, y juntos podríamos dedicarnos a ayudar a otras personas. Podríamos llegar a ser muy felices lejos del Consejo, siendo libres de sus órdenes y reglas incuestionables.

Aquello era muy frustrante. A pesar de que debería haberlo tenido más que claro, parecía incapaz de tomar la decisión más lógica y sencilla. Sabía que no tenía ningún sentido unirme en su huida y que nada me garantizaba que pudiera controlar la sed, pero no podía dejar de pensar en la posibilidad de pasar el resto de mi vida a su lado. No podía pensar con claridad y tomar la decisión adecuada si seguía mirándome de aquella manera.

Y entonces me percaté de una cosa: ¿sería posible que Alexander estuviera…?

—Deja de mirarme así —le dije, aún incapaz de apartar la vista de él.

—¿Así cómo? —preguntó él en un susurro a pesar de que sabía perfectamente la forma en la que me estaba mirando.

—Estás tratando de hechizarme otra vez. Como hiciste en tu casa, como hiciste para convencerme de investigar por nuestra cuenta.

—No, Charity. Te aseguro que lo que estás sintiendo no es un hechizo. No estoy haciendo nada ahora mismo. Eres tú quien quiere convencerse, quien busca razones para confiar en mí y excusas para no sentirte culpable por lo que sientes.

—Yo…

—Yo también lo siento. —Me acarició la mejilla con delicadeza y a mí se me escapó un suspiro, casi un gemido al notar una electricidad que se extendía por toda mi piel—. Los besos que te di fueron sinceros y mi proposición es completamente honesta. Siento mucho haber intentado utilizarte para escapar, pero estoy dispuesto a enmendar mis errores y quiero pasar el resto de mi existencia a tu lado. Dure lo que dure.

—Es que no sé si…

—Charity, por favor, necesito que confíes en mí. Podemos hacerlo. Podemos estar juntos y empezar de cero lejos de todo esto. Yo lograré controlar la sed y podremos ser felices.

—Alexander, yo…

—Por favor —me suplicó una vez más. Nuestros ojos se encontraron de nuevo y aquella vez estuve segura de que no había magia de por medio. Lo que me decía era real—. Confía en mí.

—Esto es… es una locura.

—Lo sé, pero no deja de ser lo que siempre supimos, ¿no? Tú y yo juntos. Solo han cambiado algunos factores.

—Tendríamos que pasarnos la vida huyendo y tú… tú tendrías que aprender a controlar la sed.

—Lo haré, te lo prometo. Charity, sabes que no soy un monstruo, que detrás de lo que ha pasado sigue estando el mismo chico de siempre —insistió.

Cada vez estábamos más cerca y mis ojos se desviaron, por fin, hacia sus labios. Aún le asomaban los colmillos y yo no pude evitar

estremecerme al ver aquellas armas mortíferas que me recordaban lo que era realmente.

—¿Y si no puedes? —murmuré—. ¿Y si vuelves a hacerle daño a alguien?

—Entonces, confío en que tú puedas detenerme. Charity, estoy dispuesto a poner mi vida en tus manos. Esa es la magnitud de mi amor por ti. Estoy dispuesto a entregarme a ti para siempre.

Aquella vez fui yo quien lo besó. Sentí una sacudida ante tremenda confesión —¿De verdad me estaba ofreciendo absolutamente todo lo que tenía? ¿Hasta su propia existencia? ¿Confiaba tanto en mí como para darme todo ese poder?— y no pude evitar lanzarme a sus brazos.

Alexander no tardó en corresponder al beso al tiempo que me abrazaba para estrechar nuestros cuerpos. Volvía a sentir aquel fuego recorriéndome y ya no sabía si culpar a lo que sentía o a la atracción que las criaturas como Alexander podían ejercer. Aunque no podía importarme menos en aquel momento. Lo único en lo que podía pensar era en seguir besándolo, en fundirme con él, en sentir cada una de sus caricias y la forma en la que recorría mi cuello con los labios.

No sé muy bien cómo acabamos tumbados en su cama, con su cuerpo sobre el mío, ni cómo nos deshicimos de la ropa. Alexander se detuvo un momento y me miró desde arriba y yo tragué saliva con cierta dificultad.

¿Cómo alguien que debería provocarme asco por su parte abominable podía estar haciéndome sentir justo lo contrario?

Intercambiamos una mirada y ambos sonreímos. No me hizo falta decir nada. Creo que mi decisión quedó más que clara en ese mismo instante y la sellamos con otro beso. Y alguna que otra cosa más.

# 5

—Esto es una locura —le dije yo en un rato más tarde, apoyada en su pecho y arrebujada en las sábanas—. No puedo creerme que de verdad vayamos a hacerlo.

—Ni yo —confesó él. Me dio un beso en la frente y me abrazó con más fuerza—. Gracias por confiar en mí, por creer que puedo controlar esto y darme la oportunidad que el Consejo jamás me daría.

Yo suspiré y cerré los ojos, abandonándome a aquella sensación de calma que sabía que no duraría demasiado. No tardarían en localizarnos, así que, si de verdad queríamos escapar, debíamos ponernos en marcha cuanto antes. Por suerte, Alexander, que ya había planificado su huida, tenía todo prácticamente listo, así que apenas tardamos unos minutos en salir de la cama, vestirnos y ultimar algunos detalles. Yo iba con las manos vacías pero ya me apañaría allá donde fuéramos. Lo importante era ponernos a salvo. Yo conseguiría ropa, zapatos y todo lo necesario donde nos asentáramos.

Sin embargo, nuestros planes se vieron frustrados una vez más. Al parecer no estábamos tan bien escondidos como creíamos. O, probablemente, el Consejo había puesto todos sus recursos para dar con nuestro paradero y lo había logrado en tiempo récord.

De repente, la ventana se abrió con una explosión y la habitación empezó a llenarse de cazadores ataviados con sus trajes negros y sus armas listas para luchar lo que fuera necesario. Yo grité, sorprendida, aunque no tardé en recuperar la compostura y ponerme en posición de combate, preparada para enfrentarme a ellos. Alexander, a mi lado, hizo lo mismo, y nos quedamos los unos frente a los otros, inmóviles, esperando que alguien hiciera un movimiento que pudiera desencadenarlo todo.

—Charity… —Mi madre estaba pálida y tenía los ojos brillantes. Era evidente que no lo estaba pasando bien y yo sentí una punzada en el estómago de culpabilidad por lo que estaba a punto de hacer —, tranquila, hemos venido a rescatarte de ese monstruo.

—Madre, Alexander no es ningún monstruo. No es lo que creéis.

—Es evidente que esa abominación te ha hechizado y no estás en tus cabales —intervino otro de los miembros—. Si no, no dirías algo así.

—¡Es la verdad! —insistí yo—. Está luchando contra la sed.

—Ha asesinado a sangre fría. Ningún verdadero cazador que se precie haría algo así. Su deber era haberse entregado nada más sentir esa supuesta sed, pero, en lugar de eso, se entregó a su naturaleza y cometió actos terribles.

—Sí, pero… —Titubeé. Sabía que, visto así, parecía lógico atraparlo. Pero yo lo conocía, yo sabía que había mucho más y que su intención nunca había sido hacer daño a nadie—. Él quiere controlarlo, siempre quiso hacerlo, pero sabía que si os pedía ayuda, no os compadeceríais de él. Habríais decidido acabar con él.

—Su deber era sacrificarse por el bien común. Un buen cazador lo habría hecho. Habría preferido la muerte a convertirse en un monstruo.

—Pero es que no lo es —seguí insistiendo yo—. Es una víctima

más.

—¡Por Dios, Charity! —exclamó mi padre—. Es evidente que está hechizada, que no sabe lo que dice. Ella jamás protegería a uno de ellos voluntariamente.

—Sí, seguro que hemos puesto demasiada presión en ella. Todavía no estaba lista para luchar —añadió mi madre, tratando de defenderme de las posibles consecuencias de mis palabras—. La llevaremos a casa y todo volverá a la normalidad. En cuanto esté lejos de él…

—¿Es que no la estáis viendo? —replicó uno de sus compañeros —. ¿No os dais cuenta de lo que está pasando? Nos ha abandonado. Alguien que se deja persuadir así, no es digna de ser cazadora y su edad no es ninguna excusa, pues ya no es una niña. No me extrañaría que acabara por convertirse en uno de ellos, que dejara que él la mordiera, que se lo pidiera incluso.

—¡Yo no haría jamás eso! —gritó Alexander al tiempo que se colocaba frente a mí con actitud protectora—. Yo nunca le pondría ni un dedo encima, ni mucho menos la condenaría a convertirse en algo así, a sufrir esta sed que a menudo parece incontrolable.

—No pretenderás que creamos a una abominación como tú, ¿cierto? Nos has engañado durante mucho tiempo, mas eso se ha terminado para siempre. Has sido declarado culpable de tus crímenes y solo te mereces un destino: la muerte.

—¡No!

—Y tú, Charity, mereces la misma pena por cooperar con uno de estos seres y dejar que corrompa tu mente y tu alma. No hay perdón para traidores. Serás emparedada en cuanto acabemos con él.

—No, espera, eso no… eso no puede ser así —dijo mi padre en tono casi de súplica—. Ella es una buena chica que ha cometido un

error, que se ha dejado engañar, pero puede enmendarse. La tendremos a nuestro cargo, nos aseguraremos de eliminar cualquier rastro del hechizo.

—Por favor. —Mi madre bajó por fin las armas y lo agarró del brazo—. Es solo una cría. No sabe lo que está haciendo. Os pedimos clemencia.

—No es una cría y, desde luego, no hay salvación posible para ella —respondió él, sacudiéndosela de encima—. Es una desgracia para el Consejo y vosotros deberíais dejar de defenderla si no queréis que esta mancha acabe con el honor de vuestra familia para siempre. La sentencia ha sido dictada.

—Una sentencia sin ningún tipo de juicio —repliqué yo—. A lo mejor no sois tan buenos y justos como yo consideraba.

—Cada palabra que pronuncias es una prueba más en tu contra. No eres más que una traidora y vas a pagar por tus afrentas contra el Consejo.

Y, sin mediar más palabras, comenzó el ataque seguido por el resto de presentes, exceptuando a mis padres que se habían quedado petrificados, sin saber cómo actuar. No querían traicionar a la organización en la que tanto creían, pero tampoco podían condenar a su hija. Alexander no tardó en reaccionar y, con una velocidad insólita para un humano —lo que me hizo plantearme cómo no nos habíamos dado cuenta de que había algo extraño en él —, cogió una daga y comenzó a repelerlos a todos. Yo tardé unos instantes más en reaccionar, pero en seguida localicé otra daga y empecé a luchar al tiempo que trataba de localizar la salida más cercana. No quería herir a nadie, ni mucho menos que me capturaran, así que sabía que debía marcharme en cuanto pudiera.

Alexander y yo combatíamos espalda con espalda, cada vez más cerca de la ventana. Mis padres seguían inmóviles y yo quise

pedirles que hicieran algo, que se movieran al menos. No quería que los acusaran también de traición y que ellos y mi hermana acabaran castigados por mi culpa. Mi madre pareció entenderme, así que dio un paso al frente y se acercó a mí, con el arma levantada aunque sin atreverse a atacar.

—Charity…

—Madre, estaré bien —le prometí—. Vosotros… vosotros solo repudiadme. Hacedlo por Hope. No quiero que pague las consecuencias de esto.

—Hija, por favor, aún puedes arrepentirte. Ríndete y nosotros te ayudaremos a escapar de ese destino.

—No, ya los has oído. Ya estoy condenada, así que no me queda nada más que huir. —Me agaché, como si estuviera esquivando un ataque—. Sé que ahora mismo padre y tú no lo entendéis y que puede que no lo hagáis nunca.

—Porque estás hechizada. Ese monstruo se ha colado en tu cabeza y te está manipulando. Sabemos que esta no eres tú.

Suspiré. Sabía que no llegaría a comprenderlo nunca, pero tendrían que aprender a vivir con ello.

—Te quiero, mamá —susurré. Nunca la había llamado así, pero quería que fuera lo último que recordara de mí—. Os quiero mucho a los tres y espero que podáis perdonarme en algún momento.

—Charity…

Me escurrí de allí. No quería seguir hablando, no podía hacerlo. Miré a Alexander, que no parecía ni inmutarse a pesar de que no paraban de atacarle, y seguí paseando la mirada hasta dar con mi padre, que agitaba una daga en el aire, fingiendo participar en el combate. Sus ojos se encontraron con los míos y nos hablamos sin necesidad de palabras. Él tampoco entendía aquello, pero se estaba despidiendo de mí porque sabía que no podía salvarme y que, desde

ese momento en adelante, tendría que valerme por mí misma.

Continuamos en nuestra pequeña batalla, con Alexander defendiéndose y defendiéndome con uñas y dientes, haciendo retroceder a nuestros antiguos compañeros mientras nos acercábamos a la única vía de escape: la ventana.

Cuando llegamos frente a esta, Alexander me dio la mano y me dedicó una mirada que hizo que mi corazón se acelerara.

—¿Confías en mí? —me preguntó en un murmullo.

—Siempre.

Y, sin dudarlo ni un segundo y antes de que tuvieran tiempo de reaccionar, saltamos.

# Mística

## Alma Vera

*Lanzarote, octubre de 2026*
*Eli*

Si hace año y medio alguien me hubiera descrito la estampa que estoy contemplando ahora mismo en el comedor de mi casa, me habría reído a carcajadas por la delirante ocurrencia. Sin embargo, la tensión que se respira —que casi se mastica— en el ambiente, no resulta en absoluto divertida. Que mi padre haya pasado de querer decapitar a nuestro invitado a permitirle sentarse a comer con nosotros de forma pacífica era impensable hace dieciocho meses. Pero claro, llevo todo ese tiempo bien servida de situaciones y experiencias completamente inverosímiles para mí hasta el día en que este hombre/hechicero/ser inmortal apareció de la nada y lo cambió todo, para siempre.

Cualquier vecino que echara un curioso vistazo por el amplio ventanal desde el jardín, podría deducir que mis padres por fin han accedido a recibir al pretendiente de su hija, después de más de un año rondándola y consiguiendo llegar nada más que hasta el jardín, sin lograr traspasar jamás la puerta. Salvo una vez, la primera, aunque deduzco que Ciro se cuidó mucho de que nadie en los alrededores detectara su presencia aquel día, al igual que con alguno de esos hechizos que aún no están a mi alcance impidió que yo entrara hasta que hubo hablado con mis padres y dado un ultimátum: si mi voluntad era aprender de él, ellos no iban a poder impedirlo.

Sin embargo, el Gran Ciro —como él se empeña en referirse a sí mismo más a menudo de lo que mi paciencia puede soportar— no

es mi pretendiente… muy a mi pesar. Él es solo mi guía, y ha hecho tanto por mí en todo este tiempo que se ha ganado más que de sobra probar los deliciosos platos de mi madre.

—Gracias de nuevo por la invitación. —Ciro rompe el hielo tras un silencio demasiado prolongado, mientras desdobla la blanquísima servilleta de la mantelería de las ocasiones especiales y la deposita sobre su regazo con la elegancia que lo caracteriza—. Elisheva me ha dicho que cocinas como los ángeles, Estela.

Mi padre pone los ojos en blanco. Mi madre sonríe algo incómoda. Y yo solo trago en seco ante lo que en cualquier otra casa habría sido un amable cumplido, pero que en la del célebre ángel guardián que arriesgó su alma por su protegida, quien acabó siendo su esposa —además del más poderoso ángel sanador jamás existido y mi madre—, no es más que un pésimo chiste.

Desde luego, ser gracioso no está entre sus virtudes, y eso que ha tenido milenios para entrenar esa faceta. Como es obvio, no se puede ser perfecto en todo. Bastante tiene con lucir una sedosa melena caoba digna de un anuncio de champú, conocer secretos del universo que ni siquiera mis padres han sido bendecidos con presenciar, desprender un aroma tan excitante como si se perfumara con un concentrado de feromonas que siento que me arrastran hacia su cuerpo cuando estamos demasiado cerca, o ser capaz de servirse de las fuerzas de la naturaleza para realizar auténticos milagros en un pestañeo. Sin mencionar que puede resultar tan encantador cuando se lo propone que una llega a creer que esas miradas de un verde sobrenatural esconden mayor interés que el pedagógico.

Y no, yo para él soy poco más que esa alumna a la que se siente complacido de aleccionar solo porque nunca antes ha existido nadie semejante a él como para poder igualarlo. Aunque para tal hazaña faltan años, o siglos, tal vez milenios… si es que resulta que yo

también soy inmortal.

Ese detallito, por ahora, no nos hemos atrevido a comprobarlo.

Ciro tampoco domina el arte de no meter el dedo en llaga y continúa su discurso.

—Precisamente, Adán y yo nos conocimos en persona la primera vez que probó uno de tus platos, Estela, siendo aún tu supuesto compañero de clase. ¿Recuerdas? —Se dirige entonces a mi padre y lo observa, esperando una respuesta mientras da el primer bocado a la lasaña de carne y verduras. El aludido se queda con el tenedor a medio camino de la boca. Está claro que no se esperaba que mencionara aquel primer encuentro—. Cuando requeriste de mis servicios para no morir antes de cumplir tu misión —matiza, como si hiciera falta.

Hasta yo conozco aquel incidente. Una de las muchas historias que mis padres han tenido que confesarme desde que descubrí quiénes somos en realidad todos los aquí presentes. Historias que por fin explican por qué siempre me he sentido como un bicho raro entre cualquier grupo de gente.

—Fue el siervo que me asignaron quien te llamó. —Mi padre mastica de forma marcada y traga como si en lugar de una sedosa bechamel, tuviera tierra en la boca. Sin duda, recordando la receta que casi lo manda de cabeza al infierno—. Me habría recuperado sin tu ayuda.

—Tal vez —le concede Ciro y disfruta de un segundo bocado antes de proseguir—. Aunque, ¿sin graves secuelas? ¿Y antes de la fecha señalada? Lo dudo.

Este es uno de los motivos por los que recibo mis lecciones en el Parque Nacional de Timanfaya. No solo porque la energía que emerge del mismísimo centro de la Tierra en forma de agua hirviente en los géiseres nos recargue a ambos de forma tan potente

como misteriosa, sino porque así mantengo a estos dos gallos de corral alejados el uno del otro.

—Bueno, ¿qué os parece si dejamos para otro día las batallitas pasadas y nos centramos en lo que está por venir? —interviene mi madre, apaciguando la situación, como siempre le toca hacer.

—¿Te refieres a la Noche de Muertos?

—Ya sabes lo que sucede sin excepción en esa fecha, tú mismo fuiste testigo el pasado año.

—Cómo olvidarlo. Y aún tengo mis dudas de si esa noche los hechizos protectores no funcionan con ella por los velos que se abren desde ambos lados o si es Elisheva la que, de alguna manera, brilla de forma deslumbrante al coincidir con la fecha exacta de su, digamos, excepcional concepción.

—Las causas son secundarias —interrumpe mi padre y atraviesa a Ciro con sus penetrantes ojos negros, seguro que por el tonito con el que ha pronunciado las dos últimas palabras, como si le reprochara que hubiera sido demasiado travieso aquella noche, siendo yo el resultado—. Lo que te pedimos es que nos ayudes a protegerla de todo aquel que pretenda llevársela.

—Desde que me aceptasteis como su mentor, mi objetivo principal es enseñarle a ser capaz de repeler cualquier ataque por sí misma.

—No lo ponemos en duda, pero…

—Ah, ¿no?

—Pero… aún no está preparada —termina de responder mi padre antes de reconocer, por fin, que ya no desconfía de él. Al menos no tanto—. Y no, ya no creo que la veas como una amenaza a tu estatus de vigilante del equilibrio entre el bien y el mal. De lo contrario, no estarías sentado en nuestra mesa degustando la mejor de las recetas de mi mujer.

—Juré que jamás le haría daño, y sabes de sobra lo incorruptibles que son mis promesas.

El bronceado pecho de Ciro aparece de golpe en mi campo de visión cuando se abre la camisa de un tirón para poder mostrar que su piel sigue sin mácula, sin ninguna cicatriz en forma de cruz que confirmara que habría jurado en vano. No tengo ninguna prisa en que me enseñe cómo usar esa especie de certificado de autenticidad sobre mis promesas, aunque disfruto a escondidas de que él revele su cuerpo unos segundos. Por supuesto, pongo mi mejor cara de póquer para que nadie se percate de que me muero por tocar y saborear esa piel.

¿Por qué me habré tenido que enamorar del hombre más inalcanzable que existe?

—Ni siquiera trataría de resistirme si el Todopoderoso hubiera decidido que era hora de que otro ocupara mi lugar en este frágil equilibrio. De hecho, de algún modo sería de lo más liberador.

¡¿Qué?! No puedo creer que se sienta así. No me ha dado la menor señal de ello en todo este tiempo que hemos pasado juntos, y eso que yo le he acribillado a preguntas sin parar, si bien es cierto que no me ha respondido ni a la mitad. ¿Tan cansado está de vivir? ¿O es de la vida que lleva de lo que se ha hartado? ¿O de la responsabilidad que supone ser él? Esa que lleva meses inculcándome para que comprenda lo trascendentes que son mis decisiones y lo difícil que es no decantarse por un bando u otro, sino permanecer neutral cuando corresponde y solo actuar cuando es indispensable.

—No obstante, después de tanto tiempo siendo el único en mi especie, el Padre de todos por fin ha tenido a bien concederme una compañera.

—¡¿Disculpa?!

—No en ese sentido, Adán, puedes plegar tus alas y sentarte —aduce Ciro con las manos en alto, en señal de rendición.

Mi padre lo hace, despacio, recogiendo a su espalda el majestuoso par de alas plateadas propias de todo ángel guardián de tercer nivel que vi por primera vez minutos antes de saber qué eran él y mi madre, Ciro y yo misma. Antes de seguir comiendo, me dirige su furibunda mirada a mí también. Temo que lea en mi cara la decepción además de la culpa. Porque yo sí creo que mi existencia es algo más que la labor a la que parece estar destinada. Para mí, Ciro es mucho más que mi mentor, aunque mis sentimientos le traigan sin cuidado.

—Me refiero a alguien con quien formar equipo, con quien compartir esta extenuante labor —explica con precisión Ciro para evitar que mi padre lo reduzca a cenizas con su espada de fuego. Aunque él renacería de ellas como el ave fénix, sería bastante lento, doloroso y agotador. O eso me explicó una vez.

—Lo sabemos, calmémonos todos, por favor —vuelve a terciar mi madre—. ¿Por qué no cambiamos de tema mientras disfrutamos de la comida y ya después volvemos al plan para la última noche del mes?

—Yo ya tengo uno.

El silencio se vuelve pesado ante mi confesión. De pronto, me siento observada por tres pares de ojos como si hubiera dicho un disparate, cuando estoy hablando muy en serio.

—He estado practicando algo últimamente. —En concreto, las casi cinco semanas que Ciro ha estado ausente por esos asuntos de los que nunca puede o quiere contarme nada y que lo mantienen alejado de mí más de lo que me siento capaz de resistir. Nadie me avisó que aceptar su mentoría iba a despertar en mí esta necesidad de él—. Puedo mostrároslo si queréis, aunque no antes del postre.

He ayudado a preparar torrijas. ¿Las has probado alguna vez?

—He probado casi de todo.

—Claro… —De pronto me siento idiota por creer estar descubriéndole algo nuevo. A él, al Gran Ciro, el hechicero inmortal que lleva cuatro milenios de existencia.

—Aun así, la vida sigue logrando sorprenderme de forma genuina —añade para mi deleite—. Esta es la mejor lasaña que he probado jamás, Estela, y estoy deseando hincarle el diente a ese postre que habéis elaborado entre las dos. Veamos si tienes tan buena mano en la cocina como tu madre, Elisheva.

¿Cómo puede ser alguien tan arrogante y a la vez un adulador? Bueno, eso en cuanto se refiere a mi madre, porque a mi padre siempre está retándolo y llevándolo al límite. Como a mí. Sabe que odio que me llame por mi nombre completo.

Mi teoría respecto a este comportamiento suyo es que al ser mi madre un alma pura desde su nacimiento como humana hasta su conversión en un ángel, nada en su comportamiento ni pensamiento es reprochable. Sin embargo, mi padre y yo somos distintos. Él pasó años como ángel caído y por mucho que mi madre lo sanara, el mal dejó huella en su alma. Y yo fui engendrada cuando él aún no había recuperado sus alas plateadas. También hay vestigios de mal en mí, como los hay en Ciro. Ambos somos fruto de la unión entre dos seres de bandos opuestos, y somos los únicos que jamás han existido.

¿Por qué? Nadie me da una respuesta. Solo me dicen que soy demasiado importante para ambos bandos y por eso las fuerzas del infierno pretenden capturarme y usarme en su propio beneficio. Como trataron de hacer en su momento con Ciro, solo que él ya había aprendido mucho de su propio poder para cuando su naturaleza fue descubierta, y nunca dejó que nadie lo dominara. Ni

siquiera el Creador, el Padre de todos. Y la razón no es otra que el Libre Albedrío, simple y llanamente.

Por mucho que mis padres defiendan a Dios y a su creación a capa y espada —mi padre, de ese modo literal—, yo no dejo de creer que para él no somos más que un experimento. Crea la vida y la deja a su suerte, permite que hagamos lo que queramos, cualquier cosa, porque así lo ha decidido. Libres para lo bueno y lo malo. Y eso puede ser terrible, destructor, incluso volverse en su contra.

La respuesta de mis padres a mi razonamiento —aparte de escandalizarse— es que Él tiene un plan. La de Ciro, que confía tanto en su creación como para dejar en nuestras manos la salvación de nuestras almas. Aunque de vez en cuando, sí nos da un empujoncito. Y al parecer, Ciro es uno de sus instrumentos más esenciales para evitar el Apocalipsis. Y yo estoy destinada a ser uno aún más valioso. Lo quiera o no.

Así que yo me pregunto, ¿dónde queda mi libre albedrío?

*Ciro*

—No vas a poder hacer ese hechizo —le advierto, tarde, cuando Elisheva cae de forma nada elegante desde el balcón, golpeándose el trasero. Aunque no puede dolerle tanto como a mí el helado impacto de la mirada retadora de esos ojos azules que me persiguen despierto y dormido.

Debería haber sabido que de nada sirve alejarme físicamente de ella, cuando fue en sueños como se comunicó conmigo por primera vez. Puede hacerlo cuando quiera, y yo no soy capaz de impedirlo, por más que lo he intentado, por su bien y por el mío.

Nunca antes me había pasado. Como tantas otras cosas que estoy viviendo por primera vez desde que la conozco. Una bendición y una tortura al mismo tiempo.

—¿Cómo estás tan seguro? —Su voz destila la rabia que siente al haber errado en su intento. Sé que está más enfadada consigo misma por no lograrlo que conmigo por decirle la pura verdad. ¡Menudo carácter tiene! Y eso también me encanta. Tanto como verla arrancarse la goma de pelo de un tirón y volver a recogerse su corta melena negra hasta que ni un solo mechón se escapa de su agarre, dejando despejado el óvalo perfecto de su delicado rostro. Es lo más bello que jamás haya existido. Y me está vetada.

—Porque a mí me costó años percibir la energía de las corrientes de aire antes de que llegaran, décadas mimetizarme con ellas, y un par de siglos dirigirlas a mi antojo para trasladarme —le explico mientras trato de no perder la compostura y que el poderoso halo protector que mantengo en pie desde que empezó este ensayo no se caiga por andar distraído con ideas que no pueden ser, como

rodear ese rostro altivo con mis manos y posar mis labios en los suyos—. Y, sobre todo, porque mi escudo las mantiene fuera de tu alcance —agrego, lo cual la enfurece todavía más—. Nada entra y nada sale. No queremos visitas inesperadas atraídas por toda la energía que has proyectado esta noche.

Tozuda, como siempre, vuelve a subir las escaleras hasta el primer piso de la discoteca en la que trabaja por pura necesidad de liberar —a través de la música a todo volumen y la conexión con cientos de hormonas humanas en ebullición— el exceso de energía que exuda cada noche desde su pubertad. Otro año más, DJ Mística liderará con su talento y magnetismo la fiesta de Halloween hasta el amanecer. Por lo tanto, será aquí donde vuelvan a venir a buscarla, cuando los velos se abran lo suficiente para que algunos demonios se atrevan a reclamar la recompensa por una de las presas más codiciadas de todos los tiempos.

Este es un entrenamiento tanto para ella como para mí. Debo mantener a una multitud aún mayor a la de hoy ajena a toda actividad sobrenatural y, a la vez, cubrirle las espaldas a mi pupila mientras ella se defiende a sí misma. Hoy Adán ha accedido a mantenerse al margen, para darle confianza a ella, no a mí, por supuesto. Me alivia tanto como saber que en tres semanas sí estará custodiando a la que aún ve como su niña, y que lo acompañará todo un ejército de ángeles guardianes. Esperemos que sea suficiente.

Elisheva, magnífica, enfundada en sus pantalones de cuero negros y su corsé de rosas rojas —su estilismo cuando es Mística, despierta un instinto de lo más peligroso en mí— alza los brazos como me ha visto hacer innumerables veces, tratando de reproducir paso por paso este complicado hechizo. Uno que hasta ahora no había logrado replicar. Sospecho que sí lo ha conseguido en mi

ausencia y, por eso, después de aniquilar a la decena de demonios ilusorios que he lanzado contra ella desde que comenzó este entrenamiento, pretende culminar su demostración con una huida de lo más vistosa y, como le tengo que volver a explicar, imposible.

—Elisheva, he desplegado un perímetro de seguridad de un kilómetro a la redonda, no solo para que ningún mortal acabe siendo testigo, sino porque tu poder es cada vez mayor y debo contener la fuerza que irradias en estos límites o podrían percibirla seres indeseados. No vas a poder mimetizarte con ninguna corriente, ya que ninguna atravesará mi cúpula.

—Te he oído la primera vez, así que cállate, Gran Ciro —me espeta con tono burlón.

¡Maldita sea! Cuando se pone en ese plan irreverente, la tumbaría boca a abajo sobre mis rodillas, le bajaría los pantalones y le daría un buen par de azotes que dejaran sus pálidas nalgas bien enrojecidas... No, mejor no pienso en eso. Concentración, Ciro, no te dejes distraer de tu objetivo.

La veo saltar de nuevo sobre la barandilla. He de reconocer que Adán le ha enseñado muy bien cómo moverse desde que, de muy niña, sufrió su primer intento de secuestro. Si solo tuviera que batirse cuerpo a cuerpo con sus atacantes, todo sería más sencillo. Pero no son demonios de rango inferior los que las fuerzas infernales envían en su busca. Ananel y otros peores que él están dispuestos a arriesgar a sus mejores guerreros para hacerse con el arma que ven en ella. Suerte que pasar al plano terrenal no sea tan sencillo para ellos como lo es para mí.

Elisheva se coloca en posición y, tras unos instantes a la espera, sé que ha percibido la brisa que se aproxima. Bien hecho, apenas ha tardado un segundo más que yo. Es un gran avance. Pero no va a poder conectarse con ella mientras yo mantenga cerrada la...

Con un nudo en la garganta, soy testigo de cómo se abre una grieta sin que yo pueda evitarlo. Antes de poder lanzarme a retenerla, Elisehva salta para colgarse de la fuerza invisible del viento con las palmas abiertas, absorbiendo a través de sus canales de poder parte del aire en movimiento.

Aún no está dentro de la espiral, puedo llegar a ella. O no. Porque aun concentrada en su hechizo, es capaz de usar en mi contra lo que yo mismo le he enseñado para repeler a sus enemigos. Y como si yo entrara en esa categoría, emite un grito tan agudo que reverbera en la membrana de mi escudo hasta romperlo en mil pedazos y hacer que se derrumbe sobre mí. Esa energía me retiene contra el suelo el tiempo suficiente para que ella desaparezca, no solo de mi vista, sino de cualquiera de mis sentidos.

Y eso solo tiene una explicación.

No se ha conectado a una corriente de aire cualquiera. Se ha adentrado en una Línea Intermedia. Una que antes no estaba ahí. Y solo hay unos seres capaces de trasladar esas líneas temporales de conexión entre el plano terrenal y el infernal: los demonios de primer nivel.

Joder. Si salimos vivos de esta, Adán me va a matar.

*Eli*

¿Dónde narices estoy? ¡Mierda! Ciro me va a matar. Eso si no lo aniquila mi padre antes por haberme permitido colarme en alguna especie de agujero de gusano que me ha llevado a una dimensión en la que solo había estado una vez y que no pretendía volver a visitar en mucho tiempo.

Si sobrevivo, tal vez Ciro también, aunque mi madre no le va a invitar a comer nunca más, de eso estoy segura. También voy a tener que descartar lo de dejar caer mientras desayunamos que va siendo hora de abandonar el nido y, ya que Ciro y yo somos compañeros en esto de mantener el equilibrio de la vida, también podríamos ser compañeros de vida. Un juego de palabras que dé pie a confesar mis sentimientos. Aunque tal vez antes debería decírselo a él. O quizá ya sea tarde para eso, porque aquí hay alguien acechando y algo me dice que no he llegado a este lugar por casualidad.

Ciro me advirtió que no usara este hechizo. ¿Por qué seré tan orgullosa?

Genética, sin duda. Lo cual me recuerda que no estoy indefensa, pues no he heredado de mi padre solo mi mal carácter, ni de mi madre apenas esa bondad que siempre he tratado de alejar de una patada. Soy un arma poderosa y única que todos quieren poseer, pero que nadie va a conseguir. Al menos, no sin que esta use todo lo que tiene, lo que es y lo que ha aprendido de otra poderosa arma semejante para protegerse a sí misma.

—Bienvenida, Eli. —Una voz cavernosa reverbera en las paredes candentes que me rodean, aunque no logro ver a nadie. Solo un olor

a azufre cada vez más intenso me advierte de que una presencia se acerca—. Prefieres que te llame así, ¿cierto? Como ves, llevo tiempo interesándome por ti.

—Muy cordial por tu parte. Aunque habría preferido que me mandaras una invitación en lugar de hacerme venir sin mi consentimiento.

—Tú buscabas una ruta de huida. Yo te la he proporcionado. Es una pequeña muestra de cómo podemos complacernos mutuamente si colaboramos.

—Ah, quieres ser mi aliado.

—No hay nada que ansíe más.

—¿Ni siquiera un *lifting* y renovar tu armario? —replico cuando por fin el demonio se manifiesta de forma que puedo verlo.

Tal vez no sea muy buena idea insultarlo en su cadavérica cara, pero es la única forma que se me ocurre para ocultar lo aterrada que estoy ahora mismo. Y no solo por el terrible aspecto de este abominable ser, sino por el mal que percibo por todos los poros de mi piel. Es punzante y pegajoso, como si algún líquido corrosivo reptara desde mis tobillos hasta mi garganta.

—Eres muy joven y siempre has vivido expuesta a un entorno superficial y absurdo. Pronto comprenderás que minucias como esa son irrelevantes. Pero mientras tanto…

Para mi más absoluto asombro, el demonio, que parece que levitara sobre el suelo, pues la larga capa raída le cubre los pies, se gira sobre sí mismo y cuando vuelvo a ver su rostro, ya no es el del horrible y anciano ser. Tampoco cuando habla su voz es la que había escuchado antes. Luce y suena como Ciro.

De hecho, si no fuera porque su aura sigue provocándome un completo rechazo, pensaría que esta ha sido una jugarreta de mi hechicero favorito, una broma de mal gusto con la que darme una

lección por mi arrogancia. Pero mi mentor desprende un aroma delicioso, embriagador, erótico y sublime. Este ser huele a podredumbre, enfermedad y contaminación.

—¿Esto te agrada más? Como te he dicho, podemos complacernos. Puedo ser él y ser tuyo tantas veces como quieras.

¿Perdona? El asombro y el asco tienen que ser más que evidentes en mi cara ahora mismo. Trato de ser menos obvia con mis palabras.

—Gracias, pero no me interesa.

—¿Segura? Sé cuánto deseas al hechicero. —Sus casi inexistentes labios se curvan en una sonrisa afilada de lo más espeluznante—. Puedo percibir muy bien ese tipo de anhelos.

No va a ponerme a mí misma en mi contra, por mucho que crea saber de mí y de lo que siento. Mi propia naturaleza es mi mejor arma contra cualquiera en este lugar inmundo, eso me enseñó Ciro la única vez que me trajo aquí. Solo él y yo podemos caminar tanto por los senderos infernales como por los celestiales. Aunque para permanecer en el Infierno sin ahogarse, derretirse o desesperarse, hace falta bastante práctica. Una que yo no tengo. Aquella vez apenas aguanté un par de horas antes de rogarle que me llevara a casa. Esa fue la única vez que le supliqué algo. Y me juré que no volvería a repetirse.

—Puede que tu poder te permita percibir cierta clase de anhelos, pero es mucho más que eso lo que Ciro despierta en mí. No voy a molestarme en hablarte del amor, ya que es algo ajeno aquí. Os compadezco de corazón por ello, créeme. Aunque seguro que has sido testigo de la fuerza imparable que supone ese sentimiento en las almas y, por lo tanto, comprenderás que no me conforme con una vulgar imitación.

El buen humor desaparece de sus rasgos. Me preparo para

cualquier cosa.

—Me han llamado muchas cosas a lo largo de mi existencia. Pero vulgar no es una de ellas.

—¿Y cómo te llaman, si puede saberse? —Continúo en mi papel desafiante, en el cual tengo mucha práctica, por suerte. Y lo último que haré es mostrar miedo—. Ni siquiera te has presentado.

He estado estudiando a muchos demonios de distintos rangos, sus poderes y debilidades. Saber de quién se trata debería ayudarme a librarme de él y salir de aquí más pronto que tarde. Esa esperanza se desvanece en cuanto el tipejo se revuelve y adopta su verdadera forma, acercándose a mí y ofreciéndome una mano esquelética que pretende que estreche con la mía.

—Qué descuido por mi parte. Soy un viejo amigo de tu familia. Mi nombre es Ananel.

*Ciro*

Una de las cosas buenas de ser un poderoso inmortal es contar con una larga lista de contactos a los que tener la posibilidad de cobrar favores pendientes. Por lo general no gasto esos cartuchos a la ligera. No obstante, hoy he hecho una generosa excepción que ha dado sus frutos antes de que amanezca. Dependiendo del plano infernal en el que se halle Elisheva, estas cuatro horas apenas habrán supuesto unos minutos para ella. Eso si sigue con vida.

Me obligo a no ponerme en lo peor y pago el desorbitado precio en energía vital que exige el guardián de esta puerta trasera del infierno por la que se cuelan algunos demonios para hacer sus escaramuzas. Si estoy en lo cierto y es Ananel quien retiene a la mujer sin la cual me niego a vivir un solo día más, es mi vía más directa hasta ella.

La angustia que he sentido al verla desaparecer ha sido lo más doloroso que he experimentado jamás, y eso que me han matado unas doscientas veces y he resurgido otras tantas. Y ninguna fue comparable a sentir que la perdía. Así que la encontraré o, de lo contrario, exigiré al Padre de todos que acabe con mi existencia, pues ni el propio Ananel habría sido tan cruel de otorgarle a su más fiel siervo la bendición de una compañera vital para arrebatársela en tan poco tiempo.

Exhausto tras ser drenado por el vigilante, tapono el mordisco de mi yugular y trato de recuperar la plenitud de mis sentidos entre el ruido de hordas renqueantes de almas en pena. Obstaculizan todas las rutas, desorientados y penitentes, y sus lamentos me impiden buscar la esencia de mi amada. Sí, así la llamaré cuando la

encuentre. Le haré saber que por ella daré todo lo que soy, que si me acepta a su lado acataré los términos que ella elija. Seré más que su mentor. Seré su guardián y protector, su confidente, su amigo y su amante si ella así lo quiere. Nunca volveré a fallarle como he hecho hoy. Así me lo juro a mí mismo trazando una cruz en mi pecho. Las líneas cruzadas se iluminan unos segundos en mi carne y se apagan por completo. Una promesa inquebrantable. Perfecto, no hay cicatriz, por lo tanto, aún hay esperanza.

Ya recuperado, emito una onda expansiva que adormece a la masa de almas torturadas por la culpa y demonios del más bajo nivel que se alimentan de su sufrimiento.

Por fin en silencio, me enfoco en detectar a Elisheva.

Varios de los chivatazos coinciden en el mismo nombre, lo cual no me sorprende en absoluto. Todos aseguran que Ananel lleva siguiendo la pista de la hija del discípulo que lo traicionó desde que la noticia se extendió como la pólvora. El más fiable de los testimonios proviene uno de los demonios tentadores al servicio de Ananel, al que una vez salvé de ser traicionado por otro aspirante que lo envidiaba. Me asegura que su Maestro rondaba las Líneas Intermedias desde hacía un tiempo, pues estas se abren al plano terrenal mucho antes de la Noche de Muertos. Y en concreto, la que acostumbra a manipular Ananel cruza de manera cíclica esta puerta trasera del infierno, ya que no retornar a su punto de partida volvería inservible este tipo de líneas.

Si logro entrar en ese sendero, sé que podré seguir el rastro que ella haya dejado. Conozco su energía vital tan bien como la mía misma, la detectaría entre cien mil, como reconozco su voz, su aroma y el roce de su piel. Su sedosa y fragante piel…

¡Maldita sea! ¡Si le ha hecho daño, destruiré a ese demonio con el mayor de los sufrimientos que su inmunda alma haya podido

imaginar!

Aflojo la mandíbula cuando me siento rechinar los dientes. ¡No, no, no! No te dejes llevar por la sed de venganza, no aquí, donde la influencia del mal te llevará por caminos oscuros hasta perderte a ti mismo por toda la eternidad.

Vuelvo a concentrarme en buscarla. Pienso en todas sus deslumbrantes contradicciones, fruto de su naturaleza y también de su propia personalidad. Los momentos que hemos pasado juntos este año y medio. Sus reticencias iniciales a pesar de que la curiosidad la impulsaba a querer saber más. Su sonrisa cuando formuló su primer hechizo sencillo. El orgullo en su mirada cuando sabía que había superado mis propias expectativas. Y la primera vez que nuestros cuerpos se rozaron, su mano en mi muñeca para evitar caer en un entrenamiento. Aquella chispa no ha dejado de crecer más y más, y cada nuevo contacto la aviva como el oxígeno al fuego.

Recuerdo con especial ternura el día que provocó por accidente una explosión y no fui capaz de esquivar la roca volcánica que cayó sobre mi cabeza. No esperó a que me curara por mí mismo, a pesar de saber de sobra que mi cráneo abierto no suponía más que un rasguño para mí. Practicó conmigo lo que hasta ahora solo había probado con animales o consigo misma. Colocó ambas manos sobre mis sienes y deseó mi sanación en voz alta. Desconozco si sus dulces labios se posaron sobre mi frente antes o después de que la herida cerrara por completo. Solo sé que aquel beso sanó mucho más que una fractura reciente. Borró de mí siglos de soledad y desesperanza.

Pienso en la mirada que cruzamos cuando abrió sus ojos y brillaron con una luz plateada que se apoderó de mi alma para siempre. Y entonces, la misma conexión que se creó en aquel

instante tira de mí como las riendas de un caballo a manos de su amo.

¡Sí! La he encontrado. Está muy lejos, Ananel se ha asegurado de que no pudiera huir con facilidad. Y está exhausta, por lo que el muy desgraciado la está poniendo a prueba, llevándola a sus límites.

Puede que tarde más de lo que había esperado, me la alcanzaré.

—Resiste, Elisheva. Ya voy.

*Eli*

Agradezco que mi padre ganara a mi madre en su decisión de contarme toda su historia, sin censura, argumentando que ahora que sé la verdad sobre nuestra identidad, debo tener toda la información que me ayude a protegerme yo misma como hasta ahora han hecho ellos.

Eso me ha precavido de estrechar la mano de Ananel, pues me habría abrasado en cuestión de segundos. He evitado tener que hacerle una demostración minuciosa de la capacidad de autocuración heredada de mi madre.

En contrapartida, me he visto obligada a hacerle una exhibición de los poderes que poseo a través de mi padre, su fuerza en la lucha como ángel guardián que, en el momento de mi concepción, aún permanecía en forma de ángel caído.

Los demonios a los que llevo enfrentándome lo que me han parecido días, no son ilusorios como los que Ciro me lanza para practicar. Estos son muy reales y están muy motivados. Quieren impresionar a sus respectivos Maestros. Porque Ananel no se ha limitado a dejarme en manos de sus esbirros directos. Ha vendido a los Príncipes del Infierno, a saber a qué precio, la posibilidad de participar en mi intento de sometimiento con el guerrero de su elección a través de una demente serie de pruebas a las que no se habría prestado ni el propio Hércules.

—Si no accedes a ser mi aliada de forma voluntaria, tendrás que vencer a doce demonios antes de poder salir de aquí —me advirtió al negarme a tocar su mano—. Como muestra de buena voluntad, te permitiré reconsiderar mi oferta en cualquier momento. Ríndete y

seremos socios.

El contrato que se sacó —literalmente— de la manga, era un pergamino largo y amarillento, escrito con las condiciones de esa sociedad, las cuales no me molesté en leer. Era obvio que hablaba de entregarle mi alma a cambio de perdonarme la vida. Y que tendría que firmarlo con la misma sangre que acabé derramando sin remedio tras mis doce enfrentamientos. Si bien en la mayoría no sufrí ataques físicos, resistirme al control mental y las ilusiones que simulaban todo tipo de realidades de distinto grado de verisimilitud, dañaba mi mente hasta inflamarme el cerebro, oprimirme el corazón o bloquear mis pulmones.

Astutos demonios tentadores me habían llevado a supuestos futuros de lo más deseables. Uno en el que todo esto no había sido más que una pesadilla y yo era una hembra humana corriente, del que había logrado salir porque, sinceramente, me aburría. De los más complicados fue uno en el que Ciro era mi esposo y yo la madre de sus hijos. Si no hubiera sido por la ausencia de ese magnetismo que mi hechicero ejerce siempre sobre mí, me habría quedado feliz para siempre. Suerte que supe que todo era falso antes de que el demonio me diera su estocada, pretendiendo quebrantar mi espíritu simulando que el padre de mis hijos decidía aniquilarlos con su poder.

Por otro lado, habían estado las pesadillas más espeluznantes. Este último, el duodécimo, me había hecho creer que mi visita al inframundo había cambiado algo esencial en mí, lo que me llevaba a sacrificar a mis padres con mis propias manos. El olor de su sangre y sus alas destrozadas entre mis dedos habían estado a punto de hacerme enloquecer. Solo el cariño y la fe que ellos han depositado siempre en mí me ayudaron a saber que mi corazón los ama demasiado como para cometer semejante aberración.

Ananel se ríe cuando tropiezo al levantarme de la postura arrodillada en la que me encuentro tras decapitar con su propia hacha a este semidemonio cuando por fin me libero de su control mental.

—No te rindes. Admiro tu tenacidad.

—Ya te he dicho que prefiero morir a unirme a ti. Ahora, déjame marchar.

—No.

La piel se me eriza con un repentino frío cuando su risa se desvanece y las cuencas oscuras de sus ojos brillan en un rojo brillante.

—Dijiste doce pruebas —le recuerdo.

—Ay, Eli, Eli… Mentí. ¿Qué esperabas? —Se encoge de hombros con un gesto casual que desentona por completo con su figura abismal—. No saldrás de aquí jamás. Tengo demonios a millones dispuestos a pelear contigo hasta que tus fuerzas se agoten.

Me froto la cara para despegar el sudor y la sangre resecos que se adhieren a mi piel febril. Mi paciencia se ha acabado.

—Me he hartado de tus juegos, anciano desquiciado. Deja de ser un cobarde y enfréntate tú mismo a mí.

La carcajada que resuena en su hueca cavidad torácica hace que me piten los oídos.

—Morirás en mi primer ataque, no eres más que un bebé comparada conmigo.

—Quizá. Pero, en teoría, soy inmortal. Iba siendo hora de llevarlo a la práctica.

Ignorando su sonrisa de suficiencia, avanzo con cierta cojera hacia él y me coloco en posición de ataque. Hasta que alguien nos interrumpe.

—Por propia experiencia, te aconsejo retrasar ese momento al

máximo, Elisheva.

No lo he sentido llegar, lo cual me hace pensar que no es el auténtico Ciro el que habla desde un rincón oscuro, sino un nuevo truco, una nueva prueba. Aunque, al contrario de lo que cita la inscripción de la puerta al Infierno según Dante, *no abandoné toda esperanza, yo que entré*.

¿Y si Ciro ha venido realmente a buscarme?

Mis dudas desaparecen en cuanto Ananel se saca una daga de esa manga mágica que parece un portal a algún baúl repleto de objetos y la lanza contra el pecho de mi hechicero sin que a ninguno de los dos nos dé tiempo a reaccionar.

—Nos estabas invitado a esta fiesta, Romeo. Muere por tu Julieta.

*Ciro*

El pecho me arde con un extraño fuego. Maldición, no conozco esta daga, pero sí sé que Ananel es coleccionista de armas ancestrales, como la que le entregó a Adán para acabar con Estela cuando aún era humana. Si poseía una pieza que podía exterminar el alma de un futuro ángel, a saber qué otras reliquias atesorará en su cripta.

Por lo pronto, a escasos segundos de que el filo envenenado haya atravesado mi corazón, me siento paralizado y no puedo respirar.

Miro a Elisheva y trato de estirar una mano hacia ella, porque tampoco logro articular palabra. Veo en sus preciosos ojos que está tan desconcertada como yo. Hasta que, en un parpadeo, deja de estarlo. Detecto cómo esa esencia única que posee crece por momentos. No es visible, pero yo siempre la he percibido como el vapor de agua, un humo limpio y puro que, a diferencia del elemento vital, no la consume para poder existir. No es una transformación, sino una proyección de sí misma. Pero en esta ocasión, las nubes que la rodean no parecen limitarse a permanecer a su alrededor, a su disposición para un hechizo o un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Se tornan de un color visible, un tono de azul muy similar al de sus ojos, y se expanden como una tormenta.

El ataque de fuego que Ananel proyecta con sus manos abiertas es repelido por la corriente helada de Elisheva, como quien sopla una cerilla, al igual que la serie de armas que le lanza una tras otra, caen inútiles a un lado al chocar contra la pared de vapor repentinamente sólido que ella eleva ante sí. ¡Bravo, mi guerrera!

Será un placer perecer viéndote alcanzar todo tu potencial. No puedo imaginar una muerte mejor.

—Aún no ha llegado tu hora, Gran Ciro —la oigo susurrar en mi mente, con ese tono sarcástico que suele usar al nombrarme así.

—Si puedes oír mis pensamientos, déjame decirte algo antes de que este veneno acabe conmigo —suplico. Necesito que sepa que la amo antes de partir adonde el Todopoderoso tenga previsto enviar mi alma.

—Ahora estoy un poquito ocupada —corta mi declaración sin piedad—. Pero enseguida me ocupo de ti.

La oigo emitir uno de sus agudísimos gritos, evitando así que Ananel huya como el cobarde que es, resquebrajando la energía demoníaca que había abierto un portal sobre nuestras cabezas y haciéndolo descender de nuevo al suelo.

—Eres aún más poderosa de lo que nadie podía soñar —admite él, pero sus ojos rojos brillan de expectación, no de miedo—. Acepta servirme y el Infierno será tuyo. Te ayudaré a conquistar hasta el último rincón y todos los seres que lo habitan. Serás una diosa de las tinieblas.

—Gracias por esta nueva oferta, pero tampoco me interesa —proclama con voz serena mientras se acerca peligrosamente a él—. Tengo otro destino en mente. Y también tengo pensado uno para ti.

El grito de Ananel retumba en mis oídos cuando Elisheva posa ambas palmas en su pecho y lo levanta en el aire como si hubiera quedado pegado a sus manos. Ella lo sabe, yo lo sé, todo el cielo y medio infierno conocen el rumor de cómo Arcadia, una de las mejores ángeles sanadoras de todos los tiempos, se enfrentó a él y, en lugar de tratar de destruirlo, quiso sanarlo. Elisheva es una excelente alumna y no olvida un solo detalle de sus lecciones, tampoco de las de Historia.

—Deseo de corazón que tu alma se regenere y deje de sucumbir al odio, el egoísmo y ansia por el dolor ajeno. Como cuando el Padre te creó, sé libre de todo mal, Ananel.

En cuanto la potente voz de Elisheva se apaga, deja caer sus manos y el cuerpo inerte cubierto por la andrajosa capa queda tendido en el suelo. Puede que lo haya matado, si se ha resistido por completo, la reconversión en inviable. Arcadia no lo logró y solo lo dejó malherido, con el recuerdo de la cicatriz helada de unas manos en su piel. No sé si Elisheva habrá tenido más atino.

Soy consciente de que estoy tirado de cualquier manera en el suelo cuando la tierra vibra contra mi cara, aviso de que una horda de demonios se aproxima a esta caverna que el poder de Ananel ya no protege de visitas indeseadas.

—Voy a necesitar tu ayuda —solicita Elisheva mientras me incorpora.

—Soy un muñeco de trapo, mi vida, no creo poderte servir ahora mismo. —No sé si lo digo o lo pienso, solo sé que ella me escucha.

—Una daguita de nada no puede con el Gran Ciro —proclama y me siento desfallecer cuando la saca sin miramientos de mi pecho.

Grito, aunque sea mentalmente, porque, ¡joder!, duele.

—Es una herida profunda y está envenenada. Tendrás que ir buscando el modo de salir mientras te curo, porque no me queda demasiada energía ahora mismo para ambas cosas. Y seguro que percibes que alguien se acerca, así que tampoco tenemos tiempo. ¿Vale?

No espera a que responda. Y, ¡oh, sí!, me encanta que tome las riendas de la situación de esta forma. Está más que preparada, es una lástima que sea demasiado tarde para…

—No es tarde, puedo hacerlo. ¡Deja de lamentarte y ayúdame, maldita sea! Uno de esos demonios tentadores me ha llevado por un

momento a un posible futuro a tu lado y lo quiero, casi, tal como lo he visualizado. Cambiando algunos matices, nada más. Así que tira de tus milenios de experiencia, de tus contactos, de lo que sea, pero encuentra una salida. Ya.

Su discurso termina en el momento en el que mete los dedos en la herida de mi pecho y abarca mi corazón en la palma de su mano, que cierra en un puño ardiente y purificador. Como si no hubiera sido ya suyo antes de tomarlo de forma tan gráfica.

—El mío también te pertenece —susurra con su frente apoyada en la mía y su otra mano sosteniendo mi nuca.

Todo dolor y toda angustia se desvanecen. Los gruñidos que nos rodean quedan aplacados por una cúpula que debo de haber levantado en algún momento, o tal vez lo haya hecho ella. Aunque por cómo siento la corriente de energía circular entre su cuerpo y el mío, parece ser cosa de los dos. Y si podemos hacer eso juntos, también podemos buscar una salida sumando nuestras fuerzas.

—Estoy de acuerdo —anuncia ella y, tras besarme el punto exacto donde mi herida acaba de cerrarse, su cuerpo vence y cae acurrucada en el hueco de mi hombro—. Vámonos de aquí.

—Para eso vamos a necesitar un poco de combustible.

Acomodo su cuerpo entre mis brazos y sostengo su cabeza en la palma de mi mano. Sus ojos me miran somnolientos y esperanzados. La adoro.

—Claro, porque soy adorable.

—Eres mucho más que eso —digo, o pienso, ya da igual. Nuestra comunicación ya trasciende las palabras.

Me acerco a su boca y la acaricio con mis labios. Ella me recibe con una suave sonrisa y su sabor colapsa en mi interior como una fruta fresca y madura. Es lo más exquisito que mi lengua ha probado jamás.

Algo más que nuestra saliva y nuestro aliento circula entre su boca y la mía. Algo primigenio y esencial. La energía no tarda en fluir como necesitamos. Incluso más de lo que esperaba. Esta química entre Elisheva y yo es pura explosión. Me siento capaz de cualquier cosa ahora mismo.

—Dime lo que deseas, mi vida.

—Llévame a casa. A nuestra casa —matiza en nuestras mentes.

Y con un segundo beso que nos funde el uno con el otro, ascendemos como el vapor en el aire hasta alcanzar el agua hirviente que, de un empellón, es expulsada a la superficie del Timanfaya. Nuestro hogar.

***

Este relato es la continuación del epílogo de Palabra de ángel, novela en la que se narra la historia de Estela y Adán desde su inicio.

# Sueños recurrentes

Arlene Sabaris

La zona colonial de Santo Domingo es uno de esos lugares atrapados en el tiempo; se supone que se moderniza, pero algo sigue quedando en el pasado o, mejor dicho, el pasado sigue quedando impregnado en los lugares. Nunca me pareció extraño que las casas tuvieran balcones desde los que nadie se asomaba porque estaban abandonadas, o que, al doblar una esquina, una ráfaga de aire frío saliera de un callejón, aunque el sol del Caribe pareciera derretir el asfalto. Ligia y yo conocíamos esas calles de memoria. Desde niñas habíamos corrido sobre sus adoquines, nos habíamos escondido detrás de portones de madera y habíamos vuelto a casa más de una vez con las rodillas raspadas y la ropa llena del polvo rojizo que desprendían los ladrillos.

Cuando mi padre decidió que la familia se mudara de ciudad por su trabajo, ya estábamos en secundaria. Mis padres rentaron la casa de la capital y mi hermana protestó durante semanas enteras. Yo, en cambio, estaba convencida de que volveríamos pronto a nuestro hogar en la Zona Colonial, así que no me despedí de nadie como se despide uno de verdad. Ni siquiera de mis mejores amigos y mucho menos de ese amor platónico que solemos tener todas en la adolescencia.

En mi caso, era Rodrigo; era el hijo de *madame* Sophie, la profesora de francés que vivía a pocas calles de nuestra casa y con quien pasábamos cada miércoles por la tarde estudiando. Rodrigo nunca fue parte del grupo de chicos con los que recorríamos el barrio cuando éramos niñas, estaba fuera de nuestro alcance. Cuando estábamos en primaria, él ya estaba en secundaria. Era algo mayor que mi hermana; no sé exactamente cuánto, lo suficiente

para que yo lo considerara un adulto y para que él apenas notara mi existencia. Era muy alto y demasiado seguro de sí mismo. Además, tenía esa sonrisa irritante, como si supiera algo que los demás ignorábamos. Cuando recibíamos clases de francés en su casa, solía pasar por la sala con el cabello impecable, embadurnado de gel. Siempre con aquella chaqueta de mezclilla oscura y unos auriculares gigantes. Pese a aquel aire de indiferencia, que crecía a medida que crecíamos todos, su actitud, en vez de alejarme, me causaba una inmensa curiosidad. Ese último año que vivimos en la capital, durante meses imaginé que algún día tocaría a nuestra puerta para preguntarme si quería salir con él. Llegué a fantasear con que su mamá nos dejaba en la sala a solas un momento y yo me acercaba a besarlo; Ligia siempre bromeaba con que él ya tenía una novia o tal vez dos y que nunca me haría caso. Entonces, nos mudamos y aquel deseo se quedó donde se quedan los deseos de la adolescencia, en una imagen idealizada de algo que no fue y que posiblemente no sería jamás.

La vida en Santiago duró lo suficiente como para que dejáramos de ser niñas. Al terminar el colegio, Ligia ya estudiaba Odontología en la capital y yo había decidido cursar Derecho y volver también a vivir en nuestra antigua ciudad con ella. Tal como predije, terminamos regresando a nuestro barrio. El que había sido mi novio ese último año de colegio, me anunció el día de la graduación con una serenidad envidiable que se marchaba a España a estudiar y que no creía en las relaciones a distancia. Creo que el desastre sentimental que había anticipado no ocurrió del todo, tal vez porque regresar a Santo Domingo se parecía mucho a recuperar algo de control en mi vida. O quizá no estaba tan enamorada. En cualquier caso, empezaba una vida nueva, siendo mayor de edad y con cierta independencia de mis padres.

Nuestra antigua casa ya no era una casa sino un edificio de dos pisos dividido en varios apartamentos. Ligia ocupaba uno de ellos en el primer piso y yo me instalé en la segunda habitación unas semanas antes de empezar el semestre. La primera noche dormí con la ventana abierta, escuchando conversaciones que se apagaban poco a poco y el ruido de las motocicletas que se perdían hacia la avenida. Cerca de las dos de la madrugada me desperté porque sentí que alguien caminaba debajo de mi ventana. Tac, tac, y después los pasos se detuvieron. Me incorporé y miré entre las cortinas, pero la calle estaba desierta. No sentí miedo, pero, de algún modo, la ciudad ya no se sentía tan segura como cuando era niña y era la primera vez que estaba lejos de mis padres.

En esos primeros días fui a visitar a *madame* Sophie. Me había puesto en contacto con ella porque vivía en el mismo sitio de siempre y podría retomar las clases; para mi carrera tenía que leer mucho en francés. Abrió la puerta antes de que terminara de tocar y me abrazó con el mismo perfume de jazmín que recordaba de niña.

—*Regarde-toi!* —exclamó, sujetándome por los hombros—. Katia, ya eres una mujer.

—Eso dice mi identificación.

—¿Y bien? ¿Cuánto has avanzado con el francés por allá? No me digas que debemos empezar de nuevo.

—Le prometo que no lo abandoné del todo. Así que no se preocupe, no seré una alumna difícil.

Reímos. La casa olía a café recién hecho y a los libros viejos que *madame* Sophie apilaba en cualquier superficie disponible. Mientras hablábamos, escuché una puerta al fondo y, al volverme, Rodrigo apareció con el torso descubierto y una taza en la mano. Durante un segundo tuve trece años otra vez. Ligia me había mencionado que ya no vivía con su mamá y que se lo encontraba a veces cuando iba

a ver a una vecina. Me advirtió que seguía tan atractivo como antes, pero mucho más odioso. A Ligia nunca le cayó bien. Creo que estaba más alto, con el pelo más corto y una pequeña cicatriz junto a la ceja izquierda que yo no recordaba. Me observó como si necesitara un instante para colocar mi cara en el sitio correcto de su memoria, mientras yo admiraba sus bíceps sin saber bien si saludar o no. Llevaba más de cinco años sin pisar esa sala y había hecho un esfuerzo consciente por vestirme y maquillarme solo por si acaso me lo encontraba allí. Su expresión había valido el esfuerzo.

—Katy, ¿verdad?

Que recordara mi nombre, así fuera solo parcialmente, me produjo una satisfacción ridícula.

—Rodrigo…—dije con timidez, sin atreverme siquiera a corregirlo. Nunca nadie me decía «Katy».

Sonrió, la misma sonrisa irónica de siempre, sentí un vacío en el estómago; me molestó comprobar que las sensaciones de la adolescencia podían ser tan persistentes. *Madame* Sophie nos dejó hablando mientras iba a buscar algo para darme, y Rodrigo me preguntó cómo había estado. Yo respondía, intentando que no se notara que estaba emocionada, porque, si acaso, era la primera vez que él intentaba sostener una conversación conmigo.

—Así que has vuelto igual que tu hermana. La veo a veces, es amiga de una amiga —dijo.

—Sí. En realidad, nosotras nunca quisimos irnos. Me moría de ganas de volver a la capital.

—Ten cuidado con lo que deseas. De pronto regresas y descubres que las cosas no están como las dejaste.

—Espero que algunas sí.

Me sostuvo la mirada apenas un segundo y volvió a la cocina sin despedirse. La conversación murió allí mismo y me quedé con ganas

de continuarla.

*Madame* Sophie regresó con las instrucciones para unos libros que debía comprar. Me fui media hora después, convencida de que Rodrigo había coqueteado conmigo, y Ligia se rio tanto cuando se lo conté que me enfadé con ella.

—Por favor —dijo—. ¿Todavía Rodrigo?

—No he dicho que me gustara.

—Has descrito en todo detalle sus bíceps y has dicho exactamente quince cosas más sobre él. Recuerdas hasta la cicatriz que tiene en la ceja.

—Es nueva.

—Dieciséis…

—Cállate.

Esa tarde, mientras hablábamos de mi horario en la universidad, la televisión, encendida sin que ninguna de las dos la mirara, pronunció una frase que nos hizo cambiar de conversación sin proponérnoslo: «Continúa desaparecida la joven universitaria Laura Méndez, de veintidós años, vista por última vez el pasado viernes en las inmediaciones de la Ciudad Colonial». Me giré hacia la pantalla y vi la fotografía de una muchacha de pelo oscuro, sonriente.

—Qué horror que todavía no haya aparecido —dijo Ligia, sorprendida—. Escuché a una vecina hablando de eso.

—¿Es de por aquí?

—Su familia vive a unas calles, según dijeron ayer, pero no la conozco. Me imagino que ya aparecerá.

La imagen desapareció y siguieron con otras noticias.

Me acostumbré rápido a la vida universitaria y, por unos meses, todo iba de maravillas. Pero cuando el semestre de septiembre inició, cambió mucho mi horario y algunas noches, terminaba más tarde que Ligia. Durante las primeras semanas, me esperaba con

Joel, su novio, que nos llevaba a casa. Joel estudiaba Psicología y tenía el terrible hábito de convertir cualquier conversación en una teoría sobre la conducta humana: si yo decía que no quería postre, era un conflicto con el placer; si Ligia se enfadaba con él, era resistencia afectiva. Yo sospechaba que usaba la carrera para justificar su intolerancia, pero Ligia estaba súper enganchada. Lo único bueno de Joel era su amigo Miguel Ángel.

Un viernes mi hermana me llamó antes de mi última clase.

—Joel me invitó al cine. ¿Te molesta volver sola?

Miré la hora. Aún eran las siete.

—No pasa nada. Le pediré a alguien que me acerque.

Mentí sin darle importancia. El examen se extendió hasta casi las diez y cuando entregué, mis amigos ya se habían marchado. Quedaban dos compañeros que apenas conocía y preferí no pedirles nada. Tomé el autobús y me senté cerca de la puerta. A esa hora siempre me parecían más largos los trayectos. Revisé el teléfono. Ligia había enviado una fotografía desde el cine y un mensaje: «No me esperes». Le respondí con un pulgar arriba.

Cuando bajé en el Parque Independencia, eran poco más de las diez y media. Había gente, y eso me tranquilizó: una pareja discutía junto a un puesto cerrado; dos hombres conversaban cerca de un automóvil y eso me causó algo de ansiedad. Cinco minutos, pensé, cinco minutos y estaría en casa. Frente a una ferretería cerrada, alguien había dejado ya un esqueleto de plástico colgando de la reja y un afiche invitando a una fiesta. Se notaba que solo faltaban unas semanas para Halloween. Guardé el teléfono dentro de la mochila antes de comenzar a caminar; siempre había pensado que llevarlo en la mano era una invitación a que alguien me lo arrancara. Las bocinas me mantenían atenta. No usaba auriculares por la noche; una de esas pequeñas reglas de seguridad que una aprende sin

recordar quién se las enseñó.

En la primera esquina miré hacia atrás. No había nadie. El ruido del tráfico se fue apagando a medida que avanzaba; una puerta metálica descendió con un estruendo y el hombre que cerraba el negocio me miró un momento antes de desaparecer. Seguí caminando y entonces escuché pasos detrás de mí. No pensé nada malo al principio, pero luego comencé a percibir su respiración. Apreté mi mochila contra el pecho; otra regla de seguridad es que nunca la llevaba en la espalda. Me dije que una calle no se volvía peligrosa solo porque alguien caminara en la misma dirección, pero, de todos modos, aceleré. Los pasos tardaron dos segundos y también se aceleraron; entonces sentí una punzada en el estómago. Me armé de valor y, cuando volví a sentir la respiración cerca, me giré de pronto para mirar hacia atrás.

La calle estaba vacía. Me detuve y los pasos también, pero no vi a nadie. Una corriente fría me recorrió la espalda y no era solo una sensación; la piel de mis brazos se erizó a pesar del calor de la noche. Entonces escuché a una mujer llorando cerca, aunque seguía sin ver a nadie en toda la plazoleta. Recuerdo que estaba parada justo en medio de la Puerta del Conde, donde normalmente se hacen las marchas escolares el día de la Independencia. Faltaban aún dos calles para llegar a mi casa y no se iba aquella sensación de que había alguien detrás de mí y de que una respiración entrecortada resoplaba en mi cuello.

De pronto, la respiración cesó y el silencio que vino después fue peor. Quise correr, pero mis piernas se endurecieron. Podía escuchar mi propio corazón latiendo cada vez más rápido. Y entonces, una voz de mujer gritó: «¡CORRE!». El sonido me atravesó el cuerpo y eché a correr como pude sin mirar atrás, con una respiración que no era la mía pegándose a mi nuca. No sabía de quién o de qué huía,

pero estaba convencida de que debía correr aun más rápido. Doblé la esquina y choqué casi de frente con un grupo de personas en la puerta del edificio. Entonces todo desapareció de golpe hasta el frío y la respiración misteriosa. La vecina me preguntó si estaba bien. Asentí sin poder responder más que con un leve movimiento de cabeza. Mi voz no salía y estaba sofocada por la carrera inútil en la que no estaba escapando de nadie.

Entré a casa temblando. Tiré la mochila y encendí todas las luces. Llamé a Ligia. No contestó. Me quedé en el sofá con la televisión encendida para escuchar voces y no recuerdo en qué momento me dormí. Fue la primera vez que tuve aquel sueño que me mortificó de forma recurrente todas las noches que siguieron a esa.

En mi sueño estaba de nuevo en la misma calle, de pie en la Puerta del Conde, pero esta vez no había automóviles. Una muchacha caminaba delante de mí, con el pelo oscuro cayéndole sobre la espalda, y a cada paso sus zapatos dejaban una marca húmeda sobre las piedras. Quise llamarla, pero no pude hablar. Ella se detuvo, giró despacio y reconocí el rostro de la TV: Laura Méndez, la joven desaparecida, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡CORRE! —gritó.

Detrás de mí alguien respiró. Desperté gritando y con el corazón a todo galope. Ya era de mañana.

—¡Katia!

Ligia apareció en la sala con el pelo revuelto y la cara todavía hinchada de sueño; me había visto al llegar esa noche, dormida en el sofá, y no quiso despertarme. Yo tenía la camiseta pegada a la espalda por el sudor, como si de verdad hubiera estado corriendo.

—¿Qué pasa? ¿Pesadillas? —preguntó.

—Soñé con la chica.

—¿Con quién?

Señalé la televisión apagada.

—Con la chica de las noticias. La que se perdió hace unos meses.

Ligia me observó interrogante. Le conté lo ocurrido la noche anterior y la carrera desenfrenada que me llevó a la casa. Después le hablé del sueño. Ella me escuchaba con paciencia mientras hacía café.

—¿Estás segura de que era ella? —preguntó, sirviendo una taza para cada una.

—No lo sé, pero pensé en ella, la pasaron tantas veces al principio cuando se perdió, que su cara no se me olvida. Estoy casi segura de que era ella en mi sueño.

—Quizá la viste antes de dormir. De seguro viste las noticias y por eso soñaste con ella. Es una pena que la hayan encontrado así.

—¿La encontraron?

—Pero por eso soñaste con ella, ¿no? Te quedaste dormida mirando las noticias de que apareció su cuerpo en una casa colonial abandonada a unas esquinas de aquí. Quizá estabas durmiéndote y solo lo escuchaste en la TV. La apagué yo cuando llegué a casa anoche. De seguro, ya sabes, tu subconsciente…

Empezaba a hablar igual que Joel.

—No vi noticias. Puse una película coreana; necesitaba distraerme.

Ligia dejó de buscar explicaciones y le restó importancia. Me quedé pensando en el giro de los acontecimientos de la pobre muchacha y en por qué había soñado con ella, aunque no la conocía.

Durante los días siguientes, el sueño regresó, nunca exactamente igual. La segunda noche Laura estaba más cerca; ya no

caminaba delante de mí, sino que me esperaba junto a una pared, inmóvil, con los brazos pegados al cuerpo.

—¿Quién viene? —le pregunté.

Laura miró detrás de mí.

—Él.

—¿Quién?

Su rostro se deformó por el miedo.

—No mires.

Escuché pasos, uno, otro, y una mano me rozó el pelo. Desperté antes de gritar.

La tercera noche había otra chica que no conocía, también de cabello oscuro, muy delgada, con una blusa roja manchada a la altura del abdomen. Laura estaba a su lado.

—Tienes que irte —dijo la desconocida.

—¿De dónde?

—De aquí.

—¿Quién eres?

La chica abrió la boca para responder, pero de su garganta no salió nada. Algo se movió detrás de mí y quise darme la vuelta para ver.

—No.

La desconocida me agarró del brazo con tanta fuerza que sentí que sus uñas se hundían en mi piel.

—No lo mires. ¡Solo, CORRE!

Desperté con un dolor agudo en el brazo.

Al día siguiente no quise contárselo a Ligia, supongo que no quería escuchar un «es tu subconsciente» otra vez. A media mañana la televisión interrumpió un programa con una noticia: habían encontrado muerta a otra mujer. El cuerpo había aparecido en otra construcción abandonada en la Ciudad Colonial, y aunque la

presentadora hablaba mientras se mostraban imágenes de policías entrando y saliendo, no se dieron detalles sobre la causa de la muerte ni los datos de la mujer. Me senté en el borde del sofá. La fotografía de Laura volvió a ocupar la pantalla mientras la presentadora recordaba su desaparición unos meses antes y cómo la habían hallado en circunstancias similares. Sentí náuseas.

Ligia llegó poco después y me encontró frente a la televisión.

—Encontraron a otra—dije.

Ella dejó el bolso sobre una silla.

—Lo he visto en el teléfono.

—Estaba muerta cuando soñé con ella, con Laura.

—No sabes eso.

—Me dijo que corriera.

—Katia...

—Me dijo que él venía.

Ligia se sentó a mi lado.

—Voy a llamar a Joel.

—¿Para qué?

—Porque si sigo diciéndote que es tu imaginación, vas a dejar de hablarme. Y porque él tiene un profesor obsesionado con estas cosas.

—¿Qué cosas?

—Los sueños. Como funciona la memoria… ¡Qué sé yo! Todo lo que suene lo bastante raro como para que el resto del departamento de psicología no le haga caso, pero no lo bastante raro como para que siga dando clases.

La miré incrédula.

—Eso me tranquiliza muchísimo.

—No dije que fuera normal, pero ya te dije que tomes algo para dormir mejor y no quieres. Joel tiene un trabajo en grupo y justo

ahora están en clases con ese maestro. No está de más que les cuentes.

Asentí un par de días después, por un lado, porque estaba cansada de esos sueños y, por otro, porque Joel no me dejó tranquila, pidiéndome que hablara con su profesor, seguro de que le sumaría algunos puntos.

El profesor Alvarado tenía el despacho más desordenado que había visto en mi vida: libros abiertos en el suelo y una reproducción del cerebro humano sobre una mesa, con una mitad llena de polvo y la otra con un papel pegado que decía «NO TOCAR». Joel nos presentó como si yo fuera un hallazgo científico.

—Ella es mi cuñada.

—Cuasi cuñada —corregí.

—Sueña con muertos.

—Con una muerta —dije.

—De momento —añadió Joel.

El profesor levantó la cabeza.

—Eso último es lo interesante.

No me gustó su entusiasmo. Tendría unos cincuenta años, el pelo gris demasiado largo en la nuca, y unas gafas que se quitaba cada vez que quería escuchar mejor, como si los ojos le hicieran interferencia con los oídos.

—Cuénteme desde el principio.

Lo hice, y no me interrumpió hasta que mencioné que me dolió el brazo al despertar.

—¿Ha escrito sus sueños justo al despertar?

—No.

—Error.

—Disculpe por no haber documentado correctamente mi pesadilla.

Sonrió.

—Tiene sentido del humor. Eso es bueno.

—¿Por qué?

—Porque mientras pueda bromear con esto, por lo menos el miedo no ha conseguido dominarla del todo.

No supe si hablaba en serio. Joel me explicó después que Alvarado dirigía un seminario sobre teorías de la conciencia, y que permitía a sus alumnos explorar hipótesis que otros profesores considerarían poco científicas, siempre que pudieran plantearlas de forma metodológica y estuvieran dispuestos a admitir que podían estar equivocados.

—No enseñamos que la clarividencia existe —aclaró Alvarado—. Enseñamos a no descartar una observación solo porque no nos gusta lo que vemos.

—¿Y qué cree que me pasa?

—No tengo idea.

—Estupendo.

—Pero podemos averiguarlo.

Fue así como conocí formalmente al grupo de Joel. Melody era la más organizada, tomaba notas incluso cuando nadie decía nada importante. Eduardo hablaba poco, pero cuando lo hacía parecía haber estado escuchando una conversación distinta y más interesante que la nuestra. Y Miguel Ángel, por sus observaciones, me parecía el más inteligente de todos. Además, tenía unos ojos verdes difíciles de ignorar y que me parecían demasiado familiares. No era la primera vez que lo veía, habíamos coincidido alguna vez en el campus y Joel había ido con él a la casa, pero hasta ese día nunca me había detenido a observarlo. Era de hombros anchos y tenía una forma tranquila de mirar que me hizo sentir examinada.

—Entonces, tú de verdad eres Katia —dijo aprovechando que el

profesor preparaba unas notas.

—Eso parece.

—Joel ha hablado tanto de tu sueño que siento que ya estuve allí.

—No es un lugar al que le daría buenas reseñas —repliqué tratando de mantener el humor.

Se quedó mirándome como si estuviera escudriñando algo.

—¿Sabes que ya nos conocíamos? Mi primo Rafa vivía a dos calles de tu casa, en la Zona, yo solía ir de vacaciones. Hasta llegué a tomar las clases de verano con *madame* Sophie e incluso hicimos algún examen juntos. ¿Recuerdas cómo nos hacía decir juntos las conjugaciones de los verbos?

—¿En serio? No… no me acuerdo de ti.

—Los miércoles. Con mi primo, con tu hermana, con medio barrio, a decir verdad.

Intenté ubicarlo entre los recuerdos borrosos de aquellas tardes de estudio, de las horribles conjugaciones repetidas en coro, pero no logré encontrar su cara en ninguna de esas imágenes.

—¡No logro acordarme!

—No tienes por qué. Yo tampoco era muy memorable entonces; además, creo que los aparatos en mi boca me hacían lucir un poco diferente. Me da un poco de vergüenza decírtelo, ahora que lo pienso. Es raro que yo te recuerde tan bien y que tú no me recuerdes en absoluto —dijo, riendo, con una hilera de dientes perfectos.

—Qué raro que no pueda ubicarte, ¿no?

—Coincidimos bastante, la verdad. Tú simplemente no estabas prestando atención a todos los vecinos.

Lo dijo sin reproches, casi divertido, y decidí no preguntar a qué se refería exactamente. No pudimos seguir hablando porque el

profesor decidió comenzar el interrogatorio que pretendía funcionar como terapia.

Nos sentamos alrededor de una mesa y conté otra vez lo ocurrido: los pasos y aquel frío absurdo, y después los sueños, uno por uno, intentando recordar todos los detalles. Alvarado escuchaba con los ojos cerrados, como si prefiriera no distraerse con mi cara mientras hablaba.

—Podría ser el episodio nocturno el que generó el sueño, y la noticia en la TV sobre Laura la que le dio el rostro —dijo Joel, repitiendo casi de memoria algo que probablemente había leído esa semana.

—Eso explica el sueño —respondió Alvarado—. No explica que haya descrito con tanta claridad algo que la policía no mencionó hasta después. Dice que la segunda mujer tenía una blusa roja manchada, eso no salió en las noticias, solo lo dijeron cuando buscaban identificarla. ¿Y esta otra mujer, dice que tiene pendientes azules en forma de luna menguante? Ese es el tipo de detalles que buscamos no olvidar. Tal vez son solo imágenes de algo que usted vio en algún lado. Los detalles nos ayudan a identificar qué desencadena sus pesadillas y, así, podemos detenerlas.

Miguel Ángel no dijo nada, pero anotó algo en su cuaderno.

—Durante una semana quiero que lleve un registro de cada sueño —continuó el profesor—. Nada de interpretaciones. Anote las imágenes, las sensaciones, los olores y los sonidos que recuerde.

—¿Y después?

—Si continúan, probamos con hipnosis. Tal vez está escuchando conversaciones de alguien mientras duerme, alguien que viva en su edificio tal vez trabaja en la policía. No podemos descartar nada.

—¿Hipnosis de verdad?

—No la voy a convertir en gallina, si eso es lo que le preocupa.

No crea todo lo que ve en las películas.

Miguel Ángel había consultado su reloj un par de veces. Dijo que tenía clase en veinte minutos y si no se iba, no llegaría a tiempo. El maestro ya había dado por terminada la supuesta sesión.

Salimos juntos, Miguel Ángel y yo, porque Melody y Eduardo tenían una clase en ese mismo edificio y Joel se había quedado discutiendo algo con Alvarado. Faltaban apenas unas semanas para Halloween, y en la universidad vimos un afiche anunciando la fiesta de disfraces del centro de estudiantes.

—¿Vas a ir? —preguntó, señalando el afiche con la barbilla.

—No tengo con quién ir, me encantan las fiestas de Halloween, pero a Ligia la aterran los disfraces.

—Eso tiene arreglo. Podemos ir juntos.

Fue la primera vez que sonreí de verdad en varios días.

Empezamos a vernos casi a diario, con la excusa de llevar el registro de sueños que Alvarado me había pedido. Miguel Ángel se ofreció a revisarlo conmigo cada tarde, y esas revisiones terminaban casi siempre en caminatas sin rumbo por la zona, hablando de todo menos de lo que se suponía que debíamos hablar.

Una tarde llegó con una funda de papel doblada bajo el brazo y la dejó sobre la mesa sin decir nada, como si no fuera importante. Dentro había unos dulces de coco, de esos duros y muy dulces que vendían cerca de la casa de *madame* Sophie cuando éramos niños. Lo miré sin entender.

—Se lo dijiste a Rafa una vez, que era tu dulce favorito del mundo y que ibas a comprarte el puesto completo cuando fueras grande.

De alguna manera, ese detalle de mi infancia había quedado guardado en la memoria de un niño al que yo no recordaba.

Me reí, y él pareció satisfecho de haber conseguido esa risa.

Empecé a notar que buscaba razones para tocarme el brazo al despedirse, y que yo empezaba a inventar preguntas solo para alargar esas tardes un poco más.

Una de esas tardes, al llegar a mi edificio, encontré a Rodrigo sentado en las escaleras de la entrada, como si llevara ahí un buen rato.

—¿Rodrigo? ¿Qué haces por aquí?

—Pasaba a ver a mi mamá y pensé en saludar.

—Tu mamá vive a cuatro calles — dije sin poder evitar una sonrisa de satisfacción.

—Y tú vives aquí. No es tan raro.

Miguel Ángel, que me había acompañado hasta la puerta, se quedó de pie sin decir nada, y Rodrigo lo miró de arriba abajo con cara de pocos amigos.

—¿Y tú eres...?

—Ya nos conocemos —dijo Miguel Ángel, sin extender la mano.

—Ah, cierto. El psicólogo.

—Todavía no.

Rodrigo sonrió, se despidió con un gesto demasiado tranquilo, y se fue caminando despacio sin decir otra palabra. No estaba segura de cómo sentirme; creo que tal vez en ese momento quizá hubiera preferido que no me viera acompañada. Miguel Ángel esperó a que doblara la esquina.

—No me gusta cómo te mira.

—¿Cómo me mira?

—En lo absoluto.

—¿Y eso te preocupa o te molesta? —dije intentando contener la emoción que me provocaba su respuesta. Dos chicos que me gustaban estaban interesados en mí al mismo tiempo.

Miguel Ángel tardó demasiado en responder.

—Las dos cosas, supongo.

—Por lo menos eres sincero.

—No deberías tener a ese tipo cerca.

—Es solo el hijo de *madame* Sophie. Pero parece que él ya te conoce.

—Sé bien quién es. No deberías seguir en el pasado, Katia.

Me molestó un poco su comentario y simplemente entré a la casa y él se fue. No me gustaba que me dijeran que hacer.

Esa noche apareció otra chica muerta. La noticia nos llegó mientras desayunábamos: el cuerpo de una joven había sido hallado esa madrugada en otra casa en construcción en la zona colonial. La policía investigaba si había alguna relación con la muerte de Laura o con la de la otra chica, que seguía sin identificar. En la pantalla del teléfono de Ligia apareció una fotografía. Pelo oscuro. Vestido blanco, pendientes azules con forma de luna en cuarto menguante. La cuchara se me cayó.

—Se llamaba Natalia Paredes —dijo Ligia, con el teléfono en la mano—. Veinte años.

—La vi antes de que apareciera en las noticias. Es una de las que apareció en mis sueños.

Ligia no respondió, pero por primera vez desde que empezó aquello, vi miedo en su cara.

Esa tarde fuimos a ver a Alvarado. Miguel Ángel ya estaba allí, y supo lo que había pasado antes de que yo dijera nada.

—Era ella. La de los pendientes.

—Esto cambia las cosas —dijo Alvarado, sin la ligereza de siempre—. Ya no estamos documentando un fenómeno curioso. Katia, esto podría significar que usted está viendo, de alguna forma, lo mismo que ve el hombre que las busca, tal vez incluso ha hablado con el asesino y ha conocido a estas mujeres y no lo recuerda.

—Encantador —dije—. ¿Y qué hago con eso?

—Por ahora, no caminar sola.

No fue gracioso, pero por primera vez tampoco discutí, no hice chistes. Esa misma tarde, Ligia me hizo comprar un gas pimienta. Lo guardé en el bolso para que dejara de insistir.

Durante una semana conseguí que alguien me acompañara siempre: Ligia, Joel, y cada vez con más frecuencia, Miguel Ángel, que empezó a aparecer a la salida de mis clases con una excusa distinta cada día. Dejé de caminar por ciertas calles, dejé de salir después de las ocho, y, sin embargo, seguía soñando, cada vez con más detalle, cada vez con la sombra del desconocido un poco más cerca.

Rodrigo también empezó a aparecer con más frecuencia de la que recordaba de niña, siempre con una excusa razonable: que si venía a ver a una vecina, que si pasaba por casualidad después de ver a su mamá. Una tarde me acompañó hasta mi casa al salir de la clase de *madame* Sophie. Un policía merodeaba por una calle vecina y le pregunté qué podría hacer de vigilante si era apenas de tarde.

—Es la casa de Laura. Esos impertinentes ahora rondan por allí a cualquier hora, no sé para qué si ya está muerta.

—Pensé que no la conocías.

—De vista —dijo, sin darle importancia.

No pensé nada malo de esa respuesta, pero cuando llegamos a la entrada de mi casa y propuso subir, mentí con la excusa de que ya me esperaba alguien de la universidad dentro y no insistió. En realidad, tenía que vestirme pronto, Miguel Ángel iría a buscarme y todavía tenía que intentar construir un disfraz.

Ligia se empeñó en ayudarme a armarlo, aunque discutimos durante veinte minutos si la máscara veneciana que me había prestado *madame* Sophie combinaba con algo tan sencillo como un

vestido largo negro.

—Deja los nervios. Se nota demasiado que quieres verte bien.

—No es para nadie en particular.

—Katia.

—Está bien. Es para Miguel Ángel.

—Ya era hora de que lo dijeras en voz alta. Y… ¿de verdad dices que estudiaba francés con nosotras? No lo recuerdo para nada. Ni siquiera recuerdo que Rafa tuviera un primo, su familia se fue a vivir en otro país antes de que nos mudáramos, de eso sí me acuerdo.

—No te sientas mal, yo tampoco me acuerdo de él.

Cuando Miguel Ángel llegó a buscarme, se quedó en la puerta, como si hubiera olvidado lo que iba a decir.

—¿Y bien? —pregunté, dando una vuelta con la máscara puesta.

—Iba a hacer un chiste sobre tu disfraz, pero ni siquiera parece un disfraz.

—Es el peor cumplido que me han hecho —dije quitándome la máscara del rostro.

—Puedo hacerlo mejor.

Miguel Ángel llegó vestido de algo que ni él supo explicar bien, una mezcla entre pirata y contador, sentenció Ligia cuando nos despedimos. Ella quería hacer un comentario sobre el pasado de Miguel Ángel, pero no la dejé y nos fuimos.

Alguien había alquilado un salón cerca de la universidad y lo había decorado con calabazas y telarañas falsas. Por primera vez en semanas caminé entre un montón de gente sin sentir que algo me seguía.

Bailamos, más mal que bien. En algún momento, bajo las luces de colores, me quitó la máscara con cuidado.

—Así te veo mejor —dijo.

—¿Y…?

—Solo… que estás muy bella hoy, y…

Lo besé en los labios antes de que dijera nada más. Fue un beso largo; creo que no lo pensé mucho y la única cerveza que me había tomado me dio el valor que me faltaba. Con Miguel Ángel todo tenía ese ritmo pausado suyo, como si nada necesitara apresurarse. Así pasamos el resto de la fiesta, entre besos y bromeando. Dejando atrás los odiosos sueños por unas horas.

Al salir, ya pasada la medianoche, llegamos en un taxi y Miguel Ángel bajó para acompañarme a la puerta. Rodrigo estaba apoyado en un auto negro al otro lado de la calle, sin disfraz, mirándonos con una expresión que no reconocí.

—Feliz Halloween —dijo, cuando pasamos cerca.

—Feliz Halloween —repetí casi para mí, un poco sorprendida de verlo allí solo.

Miguel Ángel me apretó la mano un poco más fuerte. Y esperó a que yo subiera las escaleras antes de volver al taxi. Me asomé a la ventana y ya ninguno de los dos estaba en la calle. Me fui a la cama y, por fortuna, esa noche no tuve ningún sueño. Últimamente habían comenzado a espaciarse y llegué a pensar que escribirlos me había ayudado a que desaparecieran por completo, pero estaba equivocada. Escribí un poco más tarde a Miguel Ángel para saber si había llegado bien y respondió con un simple «ok»; no insistí.

—Rodrigo estuvo esperando afuera toda la noche —dijo sin preámbulo, cuando nos vimos en la universidad la noche siguiente. Me esperaba al salir de mi clase.

—No sabes eso.

—Lo vi cuando llegué a buscarte y lo vi cuando regresamos. Cuatro horas es mucho tiempo para una casualidad.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que deje de hablarle? Lo conozco

desde niña.

—Justo eso. No deberías hablar con él.

Lo miré.

—Eso no te toca decidirlo.

—Pero… Katia, ese tipo lleva semanas apareciendo donde estás tú.

—Su madre vive aquí cerca y voy a su casa cada semana, lo sabes bien. ¿Qué quieres? ¿Qué le diga que deje de ver a su madre?

—Me preocupa que…

—Y me puedes decir que eso te preocupa. Lo que no puedes hacer es decirme con quién debo hablar o con quién no.

Miguel Ángel abrió la boca y volvió a cerrarla. Por un rato nos quedamos callados los dos hasta que él volvió a hablar.

—Tienes razón. Lo mezclé con lo demás. Perdona.

No respondí enseguida. Seguía enfadada, aunque agradecí que no intentara justificarse. Al llegar a la parada del autobús, se detuvo.

—¿Quieres que te acompañe?

La pregunta me sorprendió, pero respondí casi de forma automática; esa noche en particular no me sentía muy valiente.

—Sí. Hoy, sí.

Hicimos el recorrido sentados uno al lado del otro en silencio, y a mitad de camino me preguntó, con naturalidad y sin mirarme, si me gustaba Rodrigo.

—Me gustaba cuando tenía doce años.

—No es una respuesta.

—Es la única que tengo. Rodrigo era solo una fantasía de la adolescencia; contigo me están pasando cosas de verdad. No entiendo tus celos.

Miguel Ángel no dijo nada, pero cuando el autobús se detuvo y bajamos para recorrer a pie las cuadras faltantes, me tomó la mano

el resto del camino y, aunque pasamos por la Puerta del Conde, no miré ni una sola vez atrás.

Esa noche, ya en casa, Ligia me encontró sonriendo, sola, frente al teléfono.

—Tienes esa cara —dijo, dejándose caer a mi lado en el sofá.

—¿Qué cara?

—La de alguien que está a punto de hacer algo estúpido, como enamorarse en medio de una investigación de asesinatos en serie en su barrio.

—No estoy enamorada.

—Katia.

—Todavía no. Estoy en proceso.

Ligia se rio y me robó una almohada.

—Con Rodrigo te ha llevado cinco años que se diera cuenta de que existías y cuando al fin te hace caso... Sin embargo, con este llevas tres semanas sonriéndole al teléfono y apenas lo acabas de conocer. Ni siquiera sabemos si en verdad es primo de Rafa y solo lo dice para conquistarte.

Tenía razón. Pero en ese momento, creo que ya estaba empezando a enamorarme de Miguel Ángel y Rodrigo comenzaba a causarme una sensación un poco rara, pero no dejaba de darme curiosidad como sería un beso suyo. No estaba del todo feliz con eso, pero era lo que sentía.

La sala que Alvarado usó para la sesión no tenía nada de misterioso: un aula pequeña con el típico diván y una lámpara regulable. Joel controlaría el tiempo. Melody y Eduardo como siempre solo tomaban notas. Miguel Ángel se quedó cerca de mí, insistió un par de veces en que ya nada de eso era necesario porque no había tenido otros sueños, pero el resto del grupo estaba decidido y el profesor estaba

entusiasmado.

—Recuerden que esto no tiene nada que ver con la universidad. Este monitor cardiaco es solo por precaución. No quiero ninguna demanda. ¿Me oyeron bien todos? Y tú, Katia, si quieres parar, levanta la mano.

—¿Y si estoy hipnotizada, cómo voy a acordarme?

—Te lo recordaré.

Alvarado me pidió que fijara la vista en un punto de la pared y respirara despacio. Su voz empezó a quedar lejos, y de pronto estaba en la Puerta del Conde, en una noche sin autos y poca luz. Todo lo que decía quedaba grabado en el aparato del profesor.

—¿Estás sola? —preguntó Alvarado, desde algún lugar fuera del sueño.

—No. Veo a Laura y a otra chica. Detrás de ellas, sombras de otras mujeres en los balcones de algunas casas coloniales de esa calle.

—¿Quién las mató?

—Está aquí. Es solo una silueta. No tiene rostro.

—Mírale la cara —ordenó Alvarado.

—No puedo.

—Es un sueño. Estás segura.

—No tiene rostro. No tiene ojos ni boca, solo piel. Tiene un cuchillo. Alcanzo a ver su mano.

—¿Tiene algún tatuaje? ¿Alguna ropa? ¿Algo que puedas decirnos?

—En su muñeca: un reloj de correa, rojo oscuro, creo. Viene hacia mí. Está atacándome con el cuchillo, me falta el aire. Ahora… puedo ver mi propio cuerpo tirado en el suelo, estoy en una casa, el hombre se inclina hacia mí. No… no puedo respirar…

De pronto, abrí los ojos. El profesor me lo había ordenado. Escuché los gritos insistentes de Miguel Ángel que insistía: «¡Despiértela!». Mi frecuencia cardíaca, según el monitor, había caído y vuelto a subir de golpe.

—¿Me he muerto?

—No hagas bromas —dijo Miguel Ángel, pálido.

—No… está muy viva. De no haber sido por los nervios de cierta persona, habríamos podido ver un poco más, al menos alguna cosa de su rostro, de su voz, pero con tanto grito no podíamos continuar la sesión. Espero que esté feliz, señor Miguel Ángel.

—Me puse nervioso, dijo que no podía respirar y usted no hacía nada —respondió Miguel Ángel, defendiéndose.

Supuse que él también tenía miedo. El resto del grupo lo regañó y acordó que, si el profesor aceptaba repetirlo, él no estaría presente.

Esa noche el sueño cambió otra vez. Estaba en una habitación que no reconocía, con fotografías sobre una mesa. En algunas estaban las mujeres muertas que ya reconocía; en otra aparecía yo entrando en casa, y también había una de Miguel Ángel conmigo, bajo las luces de la fiesta.

—¡CORRE! —dijeron las voces a coro, esta vez.

El hombre sin rostro me agarró del cuello. Desperté arañándome la garganta, con Ligia encendiendo la luz.

Por la mañana, Miguel Ángel vino a verme. Lo encontré en la sala, mirando la hora, impaciente porque me tardaba en salir a recibirlo. Entonces noté su reloj y lo recordé. Se parecía mucho al que había visto en mi sueño. El corazón me dio un vuelco y aunque me sentía horrible por solo pensarlo, mi voz habló antes de que mi cabeza procesara nada.

—¿Eres el asesino?

Su expresión cambió.

—¿Me estás preguntando si soy yo?

—Estoy preguntando. Sí. Da igual, si eres tú, supongo que no puedes hacerme nada porque no puedes tener un testigo y Ligia está en la cocina. Si no eres tú, la pregunta no debería ofenderte.

—Katia, creo que tengo todo el derecho a ofenderme con la pregunta. Y si soy un asesino, como crees, ¿qué me impediría mataros a las dos? Creo que no estás pensando con claridad las cosas.

—¿Por qué no me dejaste ver el rostro del asesino?

—¡No podías respirar!

—¿Por qué tienes el reloj del asesino, Miguel Ángel?

Se quitó el reloj y lo dejó sobre la mesa.

—Tienes razón. Tengo un reloj de correa roja oscura. Puedes conservarlo, hay cientos iguales. Supongo que una imagen que puede ser solo producto de tu imaginación es prueba de que soy culpable. Pensaba que teníamos algo, pero no estás dispuesta a dejar atrás algunas cosas, estos sueños son solo una excusa. Creo que mejor me voy.

Cerró la puerta con tanto ímpetu que Ligia salió de la cocina.

—¿Todo bien? ¿Ya se fue? Me contó Joel que no les fue muy bien con la sesión rara con ese profesor, que Miguel Ángel estaba todo el tiempo demasiado preocupado por ti. Supongo que sí se está enamorando, ¿eh?

—No… no lo sé.

—¡Por cierto, no te dije! Pero no podía sacarme de la cabeza que no nos acordáramos de Miguel Ángel, así que me acordé de que tengo a la hermana de Rafa en mi Facebook y le escribí. ¿Puedes creer que tiene incluso fotos nuestras en la casa de *madame* Sophie ese año en que hicieron clases de verano? Vas a morir cuando veas

a Miguel Ángel en esas fotos mirándote con cara de ciervo asustado, definitivamente ha cambiado un montón. Ahora me siento mal por haber dudado de él más que de mi mala memoria.

Ligia me mostraba las fotos en las que salíamos, siendo unos adolescentes despistados.

—Yo… tengo clases con *madame* Sophie, después me voy a la universidad.

—Te enviaré las fotos y así se las enseñas, seguro se pone feliz de verse más joven.

Dejé a Ligia con la palabra en la boca y me fui a casa de *madame* Sophie. Esperaba cada instante para volver a ver a Miguel Ángel en la universidad, sentía que le debía una disculpa, creía que los sueños terminarían por convertirme en una paranoica capaz de acusar a cualquiera.

Cuando llegué, me ofreció café. Ligia me insistía por mensaje si ya le había mostrado las fotos, así que al terminar la clase le pasé mi teléfono para que las viera. Se puso feliz al recorrer los rostros de sus alumnos uno por uno, hasta que, de pronto, la sonrisa desapareció.

—Qué pena lo de esa muchacha. Laura, se llamaba. Era novia de Rodrigo, hace años ya. Fue una de mis primeras alumnas. ¿La ves? Es esta delgadita.

—¿Novia de Rodrigo?

—Algo serio, por un tiempo, su primera novia. Terminaron mal, recuerdo. Menos mal que ya no estaban juntos cuando pasó todo esto, porque si no lo habrían llamado a declarar. Lo habían dejado hace años, por suerte.

Rodrigo me había dicho que apenas la conocía de vista. Tenía que salir pronto de esa casa. Tomé mi teléfono, me despedí apresuradamente y cuando salí casi me tropiezo con él en la puerta.

—¿Tienes prisa? —dijo él, cortándome el paso.

—Me dijiste que apenas conocías a Laura, la chica que mataron.

—Fue hace mucho.

—Tu madre dice que fue tu novia.

—Mi madre exagera. Todo el mundo fue algo de alguien en este barrio si retrocedes lo suficiente.

Su respuesta era razonable.

—Estás rara —dijo— ¿Te apetece tomar algo? No una cita. Solo tomar algo esta noche.

—Tengo clases, me tengo que ir.

Me fui a la universidad y pasé las horas siguientes distraída con las asignaturas. Ya estábamos en finales y no había sido la mejor estudiante del mundo, pero estaba decidida a pasar con buenas notas, así que me concentré hasta terminar la última pregunta del examen. Solo quedaba yo en el salón con el profesor, que me esperaba con mala cara. Tomó la hoja cuando el reloj marcó las diez en punto. Me avergonzó haberlo hecho esperar. Cuando salí, las luces de medio campus ya estaban apagadas. Mi teléfono tenía cuatro por ciento de batería y había un mensaje de Ligia a las nueve de la noche avisándome que había salido con los demás a celebrar el fin de semestre y que nos veríamos en un bar de la zona colonial.

Conseguí subir a uno de los últimos autobuses y le escribí a Ligia que apenas estaba en camino y me iría directo a la casa. Durante el trayecto busqué el gas pimienta en el bolso. Lo encontré en el mismo bolsillo donde lo había guardado semanas atrás y, antes de bajar del autobús, lo sostuve en la mano. Me sentí un poco ridícula, pero no lo guardé.

El autobús se alejó apenas puse los pies en la acera. La calle estaba más oscura de lo normal y había poca gente. Entonces lo vi junto a un coche aparcado, como si hubiera sabido exactamente

dónde iba a bajarme.

Era Rodrigo. Tenía una mano junto al muslo y vi la correa roja de su reloj y algo que brillaba entre sus dedos.

—No tengas miedo.

—Rodrigo, no. No te acerques.

Saqué el teléfono para llamar a alguien, pero la batería ya estaba muerta. Tenía que atravesar la plazoleta de la Puerta del Conde como siempre, pero él avanzó hasta el arco y no podía hacerlo sin pasar a su lado.

Rodrigo seguía avanzando hacia mí. Yo retrocedí y apreté el gas pimienta dentro de la mano, buscaba en la solitaria calle a alguien hacia donde pudiera correr. Cuando vi el cuchillo, corrí hacia la avenida, gritando para que alguien me escuchara. Sus pasos se acercaron demasiado rápido.

Me agarró del brazo y me hizo girar.

—No hagas esto más difícil.

Intenté soltarme. El cuchillo me rozó el antebrazo y el dolor me hizo perder el equilibrio. Rodrigo tiró de mí otra vez. El coche estaba estacionado con la puerta trasera abierta a solo unos pasos. Por un instante escuché su respiración detrás de mi cabeza y supe lo que venía después. Lo había vivido demasiadas veces mientras dormía.

Pero esta vez estaba despierta. Grité con todas mis fuerzas, levanté la mano y presioné el aerosol a la altura de su nariz. Rodrigo gritó y me soltó de inmediato. El gas le tomó por sorpresa. Retrocedió tosiendo, con los ojos cerrados, y el cuchillo cayó al suelo.

Yo también empecé a toser. Me ardían los ojos, pero todavía podía verlo. Le di una patada al cuchillo. Rodrigo trató de agarrarme a ciegas y lo empujé mientras seguía pidiendo auxilio. Perdió el equilibrio y cayó contra el borde de la acera. Escuché el golpe.

Cuando intentó incorporarse tenía sangre en un lado de la cara y seguía gritando cosas que yo no entendía.

No esperé a ver si podía levantarse. Corrí hacia la avenida y no miré atrás hasta llegar donde había gente. Un conductor frenó al verme cruzar la calle y dos personas salieron de un negocio que aún estaba abierto. Una me ayudó y la otra salió corriendo para evitar que Rodrigo arrancara el coche, al que trataba de llegar arrastrándose. Pasó un rato hasta que por fin escuché las sirenas, solo entonces, en la ambulancia, me di cuenta de las heridas en mi brazo y en el costado.

Miguel Ángel apareció corriendo desde la esquina casi al mismo tiempo que las patrullas. Ligia le había dicho que yo no iría al bar y él se había ido a casa a buscarme. Al ver el aparataje de policías y ambulancias, se acercó hasta encontrarme. Cuando llegó hasta mí, Rodrigo seguía junto a la acera, tratando de ponerse de pie mientras dos agentes lo acorralaban.

—¿Estás herida?

Miré mi brazo. La manga estaba rota y tenía sangre. También descubrí que seguía apretando el gas pimienta con tanta fuerza que me dolían los dedos.

—Creo que sí.

Miguel Ángel hizo ademán de acercarse y se detuvo.

—¿Puedo? —Asentí. Fui yo quien dio el paso que faltaba. Lo último que recuerdo antes de que me llevaran a la clínica fue verlo por encima de su hombro: Rodrigo estaba en el suelo y ya no podía seguirme.

Desperté en una clínica, por suerte mis heridas eran superficiales. Ligia no se apartó de la habitación. Miguel Ángel tampoco. Con lo que encontraron esa noche en su coche y luego, con la orden judicial, en su apartamento, la policía no tuvo que

buscar mucho más. *Madame* Sophie lloró durante días, sin entender cómo no se había dado cuenta de nada. Yo no quise conocer todos los detalles; ya había visto demasiado mientras dormía.

—Perdóname —me dijo Miguel Ángel, sentado junto a la cama—. Por tratarte como si no pudieras cuidarte sola. Creía que así te protegía, y lo único que logré fue que dudaras de mí también.

—Tenía que defenderme yo.

—No quiero volver a hacer eso. Si quieres que me quede, me quedo. Si no, también lo voy a entender.

Lo besé sin pensar en nada más.

Ligia entró sin llamar, como siempre, y nos encontró así.

—Voy a fingir que no he visto nada —dijo, aunque no se movió de la puerta—. Me alegra que por fin estés besando al correcto.

El sueño me llevó en algún momento de la noche, hasta la Puerta del Conde otra vez, pero sin dolor ni frío. Las chicas estaban allí, tranquilas. Supongo que con la mirada les di las gracias y ellas a mí.

Me recuperé en las semanas siguientes. Rodrigo fue condenado, y con él se cerró también la investigación sobre las otras muchachas. No voy a fingir que la condena borró el miedo del todo: durante meses me costó volver a caminar sola de noche y todavía hoy cruzo de acera sin razón alguna vez. Durante un tiempo, no salí de noche sin compañía. Un día me cansé y volví a hacerlo sola, porque no pensaba pasar el resto de mi vida mirando detrás de mí.

Años después volví a escuchar su nombre en las noticias. Rodrigo había pedido una revisión de su condena y un beneficio por buena conducta. Se lo negaron.

Ligia estaba conmigo cuando dieron la noticia. Esperó a que apagaran la imagen de Rodrigo antes de mirarme.

—¿Te acuerdas de que pasaste años deseando que ese hombre

te invitara a salir?

—No me lo recuerdes.

—Solo digo que hay que tener cuidado con lo que deseas.

La miré.

—Porque puede hacerse realidad.

—Exacto.

—La próxima vez voy a desear algo menos peligroso.

Ligia soltó una carcajada y cambió de canal.

Miguel Ángel y yo seguimos juntos. Cada año, cuando se acerca Halloween, insiste en llevarme a la misma fiesta de disfraces donde nos besamos por primera vez, aunque ya nunca uso máscara. Dice que quiere verme la cara siempre.

A veces todavía me pregunta si quiero que me acompañe. A veces digo que sí y otras, que no. Ya no insiste cuando le digo que puedo ir sola. Eso no impide que, si me tardo más de la cuenta, me escriba para saber si llegué, pero la verdad es que yo hago lo mismo con él.

Anoche soñé otra vez con la Puerta del Conde. Estaba sola, y no sentí miedo. Entonces escuché pasos detrás de mí, y me volví.

Miguel Ángel venía caminando.

—¿Otra vez me vienes a buscar? —preguntó.

—Parece que sí.

Se colocó a mi lado.

—¿Y ahora?

—Ahora nos despertamos.

# La magia del caos

María Rojo

# Francisca 1931-2023

Francisca nació en la misma habitación donde murió. En la misma cama, completando así un círculo de noventa y dos años, durante los que fue testigo de una parte importante de la historia de su país y de su pueblo.

Su madre, Anita, la alumbró a media tarde tras nueve horas de parto, con la ayuda de Jacinta, una vecina que hacía las veces de partera para las mujeres de la zona, el día de la víspera de Todos los Santos.

Francisca fue la cuarta de un total de ocho hijos. Seis varones y dos hembras. Los varones morían todos antes de cumplir los dos años. Las hembras, por el contrario, crecían sanas y robustas y salían adelante.

Francisca era la mayor de las dos niñas que sobrevivieron y, quizá por eso, porque ya contaba con cinco años cuando llegó Antoñita, la dejaron quedarse en la casa. Sin hermana ni hermanos, creció sin hacer demasiado ruido, a la sombra de una madre ausente que, tras tantos hijos muertos, no levantó cabeza nunca más.

Antoñita fue la última en nacer y, tras el parto, doloroso y largo, le llevaron la chiquilla a una mujer de otro pueblo para que esta la alimentara con su leche. La madre no quiso hacerse cargo. Ni las amenazas de las abuelas ni los golpes que le propinó su esposo la hicieron entrar en razón. Se negó a darle el pecho, a cargarla, a atenderla y, por el bien de la criatura, que tras ocho días presentaba señales de desnutrición, como tuvo a bien decir el médico que las visitó, hubo que buscar una solución.

Meses después, cuando la niña ya estaba más hecha y podía comer papillas de harina, se la dieron a una tía. Ella la sacó adelante como si fuera una hija más.

Francisca, mientras, iba creciendo sin hacer mucho ruido, con una madre que nunca salía de la cama y un padre que no estaba porque pasaba las noches y los días fuera de casa.

Francisca se lavaba y se alimentaba como buenamente podía, pero, en una España azotada por una guerra que trajo consigo una aún más devastadora posguerra, conseguir un trozo de pan y algo de queso era muy, muy difícil.

Una vecina, una buena vecina, Gloria, se apiadó de ella y compartía con la criatura parte de sus víveres: huevos de las gallinas, algo de leche de una cabra y, cuando había, pedacitos de carne. También mantas, porque el invierno de Soria era tan duro como el hambre. Gloria, la vecina, ya tenía una edad, pero seguía siendo fuerte. Viuda y con los hijos lejos, echar un capote a aquella chiquilla menuda y zarrapastrosa acabó formando parte de sus días.

Las noches en las que los bombardeos parecían más cercanos de lo habitual, las de viento que azotaba o las de frío de enero, las pasaban las tres juntas, arropadas bajo las mantas en la misma cama de la madre de Francisca y rezando el rosario hasta el amanecer.

Un doce de marzo del 39, al atardecer, el padre irrumpió en la casa. Anita, en su cama, en su mundo, mirando a un catatónico infinito. Francisca, limpiando unos cacharros en un lebrillo en el patio. La vecina, al otro lado del murito de piedra que separaba ambos terrenos, tendía unas sábanas húmedas observando, prudente, la escena.

Paco. Ese era el nombre con el que se le había conocido siempre. Miró a su hija con ternura y pena. Lucía sucia. Con el pelo

negro y largo atado en una trenza que alguien le habría hecho. ¿Quién? Se preguntó. Más por curiosidad que por real interés.

Entró en la casa.

Aquí Gloria, quien lo perdió de vista, decidió acercarse un poco más, sin invadirles el patio. No era su casa, pero aquel hombre llevaba años desaparecido y no le inspiraba confianza.

Le hizo una señal a Francisca.

—No entres —le dijo.

—Es mi papá —susurró la niña.

—Lo sé, pero no entres. Que yo te vea, ¿me has oído?

—Vale —asintió la pequeña, obediente a su mamá-vecina, como a veces la llamaba.

Paco no tenía intención alguna de quedarse mucho allí. Venía en busca de algo muy concreto. Un papel. Un salvoconducto que, si todo iba según lo esperado, seguiría en un viejo cajón del armario principal de la habitación de matrimonio.

Entró sin hacer mucho ruido, como si el miedo a ser pillado lo llevara instalado en los huesos. Buscó el papel y, al verlo, respiró hondo. Lo besó. Y se lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

Miró a Anita. Anclada en la cama. Más vieja. Más fea y más delgada. Pensó que, a pesar del mal aspecto, estaba limpia y cuidada. Tuvo la certeza de que alguien estaría ayudando a su mujer y a su hija y eso lo hizo sentir bien.

—No piensas morirte nunca, Anita.

Esta lo miró abriendo mucho los ojos. Lo había reconocido, volviendo por unos instantes de dondequiera que estuviera.

—Soy yo, me reconoces, ¿verdad? Si es que un amor como el nuestro no se olvida. Me voy —añadió—. Esta guerra la tenemos perdida y más me vale cruzar el monte si no quiero acabar con una bala entre las cejas.

—Toma.

Dejó unas pesetas sobre la cama.

—Para quien sea que os cuide, que os compre algo de comer.

Le acarició con ternura tosca el pie.

—Hasta siempre, Anita.

Se acomodó el pañuelo rojo que llevaba atado al cuello y volvió al patio. Allí Francisca lo esperaba. Nerviosa.

—Hija, tengo que irme.

—Hola, papá.

—Cuida de tu madre.

Fue lo último que dijo antes de desaparecer para no volver jamás a saberse de su paradero.

A Francisca, con el paso de los años, le gustaba fantasear con que su padre habría viajado al extranjero huyendo del régimen. Quizá vivía en Francia o tal vez en Chile. Sea como fuera, prefería pensar que rehízo su vida protegiendo sus ideales y su cuerpo a saberlo pasto de las fosas comunes.

Nunca más volvió a verlo. Pero siempre mantuvo a Paco, de quien heredó el nombre, en el recuerdo.

Cumplidos los diez años, quiso aprender a leer. No estaba escolarizada ni nunca lo estaría, pero para ella era importante y, a terca, pocos la ganaban.

Gloria no lo sabía, pero un vecino del pueblo, un muy buen vecino, le dijo que él de leer no sabía mucho, pero que las letras las conocía y, si la palabra no era muy complicada, era capaz de unirlas y pronunciarla. Que, si ella quería, él, a quien poca vida le quedaba y no tenía mucho que hacer, podría enseñarle.

Y la enseñó.

Aurelio se llamaba.

Le enseñó cosas sencillas. El abecedario y la distinción entre vocal y consonante. Cómo unir los sonidos y leer palabras como *casa*, *mamá*, *papá* o *pelota*.

Le regaló un par de libros antiguos que tenían por casa, de la época anterior a la guerra, y fue más que suficiente para que la chiquilla, que empezaba a convertirse en una mujer, encontrara una nueva ilusión: leer.

Encontrar libros no siempre fue sencillo, pero acababa consiguiéndolos y muchas, muchas noches se quedaba dormida leyéndole a su madre antiguas obras de autores desconocidos.

La lectura no solo abrió otros mundos a Francisca, sino que despertó en ella un don que traía consigo desde que nació, pero del que nunca hablaba con nadie. Ni siquiera con Gloria. Ni siquiera con su hermana.

El tiempo pasaba, tornando en familia y costumbre la ayuda de aquella vecindad.

A medida que la niña fue creciendo y el país remontando, su estancia en la casa se tornó más provechosa.

Plantó algunas semillas en el pequeño jardincito trasero. Se hizo con dos gallinas que robó una tarde, procurando que nadie la viera, de una granja algo lejana.

Anduvo durante horas con los animales en un saco viejo, temiendo que se le murieran por el camino y acabaran siendo caldo en lugar de poder disfrutar de sus huevos.

Las gallinas llegaron bien, vivas y sedientas.

Les ofreció agua y las soltó por el patio.

El mismo donde plantó las semillas que, con el tiempo, dieron vegetales, patatas y tomates. No muchos, pero sí suficientes para darle algo de comer e incluso negociar con ellos.

Intercambió un buen puñado de tomates, patatas y un paquete

de harina que robó del economato por quien, sin saberlo, se convertiría en una gran amiga.

Adela.

Una oveja que llegó a casa para dar leche y, de paso, mucho afecto y lana a la espabilada Francisca.

Adela, que era una oveja —como Gloria le recordaba muchas veces—, entraba en casa libremente. Balaba para que le dieran de comer y se acurrucaba junto a Francisca en las tardes de frío. Mientras leía, ella le acariciaba el lomo.

Se hicieron inseparables. La trasquilaba en primavera y, con la lana, hacía cojines y rellenaba los colchones.

Adela trajo leche, compañía y calor.

—Imposible no amarla —respondía siempre Francisca cuando Gloria la reprendía por el cariño que le tenía a aquel bicho.

Con la llegada de los años cincuenta, en un país que remontaba y vislumbraba suaves destellos de luz bajo una dictadura a la que aún le quedaban más de dos décadas, Francisca cumplió veinte años.

No tenía mucho contacto con Antoñita, quien, con quince años, ya era tan alta y bonita como la propia Francisca, pero, cuando las hermanas se encontraban con motivo de celebraciones familiares o porque la tía la llevaba un rato a ver a su madre, no se separaban.

Antoñita adoraba a su hermana. Se peinaba con un moño bajo como ella y, siempre, siempre, cuando se veían, le traía algo, por pequeño que fuera.

—Para que no te olvides de mí, hermana, hasta que nos veamos de nuevo.

—Antoñita, yo no me puedo olvidar de ti. Somos hermanas. Además, cuando seas más mayor, podrías venirte a vivir conmigo y con madre. Las tres juntas.

—Yo no quiero vivir con madre. Yo me quiero casar —repetía siempre Antoñita, aun siendo muy joven.

—Hermana, he sangrado —le contó un día con más vergüenza que ganas.

—Ya era hora. Es normal. Ponte unos paños y esos días no te bañes ni hagas esfuerzos.

—Sí, la tía ya me lo ha dicho, y eso hago.

—¿Te duele?

—A veces, sí.

—Toma infusiones de manzanilla y ponte paños calientes en la tripa. Me lo dijo la vecina. A mí me funciona, y llevo muchos años haciéndolo.

—Eso haré.

Le dio un beso alegre y divertido.

—¿Cómo está la tía?

—Ahí va. Desde que el tío murió anda despistada. No habla mucho.

—Pues ya me sabe mal por ella —añadió Francisca.

Las hermanas se abrazaban, reían y comían unos dulces que la pequeña siempre traía de estraperlo de casa de sus tíos.

La tía, mucho mayor que su madre, tenía ya todos los hijos casados.

El tío Arturo era el hermano mayor de Anita.

Fue un buen hombre que cuidó y crio a su sobrina con respeto y disciplina. También con cariño y amor.

Le dolía ver a su hermana postrada día y noche en una cama, con la cabeza ida y haciéndoselo todo encima.

Propuso muchas veces a su mujer llevárselas a casa a las dos, pero esta respondía que bastante obra de caridad habían hecho quedándose con la niña pequeña. No pensaba también cuidar de

una enferma casada con un rojo y alimentar a sus dos hijas.

Tampoco hizo falta.

Francisca, con ayuda de Gloria, supo siempre salir adelante.

Crecer cuidando a una madre enferma, procurar alimentarla y alimentarse, y mantener la casa limpia con apenas siete u ocho años era una realidad no muy distinta ni mucho más triste de la que podía verse en los hogares colindantes, cuyas ropas, mugre y caras de hambre parecían obedecer a su misma suerte.

Al menos a ella nadie la mandaba.

Nadie le decía qué tenía que hacer ni le propinaba golpes si no lo hacía.

Nunca lució moratones como los que veía en algunos niños de la plaza que salían al sol a jugar y chutar latas.

Antoñita cumplió dieciséis años el mismo año en que, por fin, se acabaron las cartillas de racionamiento y nació *El Caso*, un famoso diario nacional que trajo hasta el pueblo noticias de lugares forasteros.

Ese año, murió Aurelio de una neumonía que no logró superar.

Todo el vecindario lo lloró.

En especial, Francisca y Gloria, que en aquel viejo lector habían encontrado un amigo durante aquellos años tan duros.

El turismo empezó a abrirse paso en la costa peninsular y las primeras oleadas de emigración desde los pueblos hacia las ciudades comenzaban a notarse. Todo estaba igual. Todo se sentía distinto.

Que su hermana anunciara su casamiento no fue una sorpresa para Francisca.

Ya lo imaginaba.

Aquella chiquilla soñaba con casarse desde que era una mocosa con faldón.

Francisca atribuía semejante obsesión al hecho de que su hermana vivía en un mundo de fantasía, similar al de su madre quizá, pero, en el caso de Antoñita, aquel mundo era bonito, feliz y lleno de colores alegres.

Lo que jamás habría imaginado era que su futuro cuñado fuera un argentino nacido en Buenos Aires que tardó dos meses en tomar un barco y llevarse a Antoñita a la otra punta de un mundo que aún olía a pólvora.

—Voy a ser muy feliz, hermana.

—Pero ¿no podrías ser feliz aquí? ¿En Madrid? ¿O en Soria?

—No. Mi marido tiene familia y trabajo en Buenos Aires y allí nos vamos. Tendremos muchos hijos y, cuando podamos, vendremos a España.

Francisca sabía que aquello no era cierto.

Que no regresarían.

Y que, cuando su hermana subiera a aquel transatlántico muy probablemente jamás volvería a verla.

—Hermana, te traigo un regalo —dijo poco antes de irse—. Me lo compró mi marido, pero yo estas cosas no las entiendo ni me gustan. Me dijo que en su país es muy habitual utilizarlo. Tienes que aprender. Dentro de la cajita hay unas hojas con instrucciones. Tú le sacarás más partido que yo y, cuando lo uses, cuando te las tires, siempre, siempre te acordarás de mí.

Francisca abrazó a su hermana con el regalo entre las manos y los ojos llenos de lágrimas.

—Pensaré en ti cada día de mi vida, Antoñita.

—Te escribiré mucho, hermana.

—Por favor, en cuanto llegues. Necesito tener tu dirección.

—Estamos lejos, pero siempre estaremos en el corazón de la otra, ¿vale?

Volvieron a fundirse en un abrazo eterno. Quizá porque ambas temían, en lo más profundo de su alma, que bien pudiera ser el último.

Antoñita se marchó de la mano de su marido y Francisca se quedó observándola desde la puerta de la vieja casita de piedra en Soria.

La vio alejarse despacio.

Hasta desaparecer.

Entonces bajó la vista hacia el paquete que su hermana había dejado entre sus manos.

Era una caja pequeña, envuelta con esmero.

La abrió con cuidado.

Dentro había una baraja de tarot.

Aquella primavera de 1958 trajo hasta Soria una etapa de la Vuelta Ciclista a España. Los vecinos se agolpaban en las carreteras para ver a los muchachos pedalear y el afán por animarlos se contagió en cada rincón de las casas, las familias y los vecindarios. Las chicas fantaseaban con algún ciclista extraviado al que orientar hasta el hotel. Los chicos, con forasteras que se unieran a la aclamación y, de paso, se dejaran invitar a un copazo.

A Francisca aquello le traía sin cuidado. No le interesaban ni los muchachos, ni las bicicletas, ni nada que alterara su rutinaria y tranquila vida.

Había empezado a trabajar en un colmado todas las mañanas y aquel dinero, sumado a lo que sus jefes siempre le regalaban, le daba de sobra para vivir. Atrás fueron quedando las penurias. Ella traía comida y dinero. Gloria cocinaba para las tres y el mundo seguía girando.

Al caer la tarde, sacaba a su madre en una silla al patio para que

le diera el aire. Le gustaba peinar su canosa cabellera y rociarla con Heno de Pravia, que traía del colmado.

Luego ponía un tapete sobre la mesa de piedra, bajo la sombra del acebo, colocaba dos sillas y sacaba su mazo.

—Madre, hoy vamos a consultarle a las cartas cómo está ese mundo suyo que usted habita y al que no me quiere dejar entrar.

La madre la miraba, fruncía el ceño y, a veces, sonreía.

Nada más.

No emitía palabra.

Pero para Francisca era suficiente.

—Bueno, madre, parece que hoy la cosa está bien. Ha salido la Templanza. Vienen días de calma. Me alegro, madre. ¿Se acuerda de hace dos semanas, cuando salieron el Diablo y luego la Torre? Dios mío, qué mal lo pasamos con sus fiebres y sus gritos. Usted no habla, madre, pero cuando le pega la gritonería es capaz de dejarme sorda. Menos mal que el médico le dio aquellas inyecciones de láudano. Suerte de ellas, madre.

Le dio dos suaves golpecitos en la mano.

—Eso nos hace la vida más fácil a las dos.

—Bien, ahora vamos a mirar qué será de mi jefe, que tose mucho últimamente y siento que algo no va bien.

Lanzó las cartas sobre el tapete.

—Vaya... el Mago con el Diez de Espadas. A ver, déjeme consultar mis apuntes.

Sacó una libreta donde, al parecer, recogía todo lo que ya sabía del tarot y ratificó lo que intuía.

Su jefe estaba muy, muy enfermo.

—Bueno, madre, creo que por hoy ya es suficiente.

Se sentó a su lado, en el poyete de la entrada, y saludaron a varios vecinos hasta que el relente las hizo volver a casa.

A la cama.

A los paños húmedos para limpiarla.

A darle la cena en la boca.

Y al cuento de buenas noches.

Gloria le preguntó en una ocasión si no tenía intención de casarse nunca.

—Llevo toda mi vida cuidando de mi madre. Cuando ella ya no esté, cuidaré de mí misma. De nadie más, Gloria.

Los pueblos son pequeños. La facilidad para que cualquier información se magnifique y llegue a todos los rincones es muy grande.

Y así fue.

Con el boca a boca se supo que Francisca, la hija de la loca, la ahijada de Gloria, la del rojo fugado, la de la hermana en Argentina, era bruja, pitonisa, vidente, tarotista y decenas de atributos más que morían en labios de curiosos que, con más o menos discreción, acudían a ella para que les leyera el porvenir.

Unas pesetas.

Unos duros, los más pudientes.

Algo de harina, arroz o perfume traído de las Islas Baleares.

Esos eran los pagos que recibía por un rato de charla, consejos y predicciones.

Francisca era buena.

Y cuanto más barajaba, canalizaba y conectaba con ese lugar al que acudía en busca de respuestas, mejor se hacía.

Ya no solo eran los naipes.

Los sueños premonitorios, los cristales y las plantas se unieron a su fiesta mágica.

—Ponte esta piedra bajo el refajo unos días. Luego me la devuelves. Lleva un hechizo. Ya verás cómo te embarazas antes de

que te des cuenta.

Y así era.

—Ponla en tu mesilla de noche y notarás cómo por fin duermes del tirón.

—Toma una tisana de estas hierbas y esa inflamación mejorará.

Y mejoraba.

Porque sabía lo que hacía.

Lo que recomendaba.

Lo que intuía.

Lo que no sabía era de dónde lo sacaba.

Había leído muchos libros. Bueno, no tantos como hubiera deseado, pero la llegada del turismo trajo consigo un movimiento cultural que, aunque en su pequeño pueblo el eco era remoto, hacía que siempre hubiera alguien que conocía a alguien que sabía de alguien que podía conseguirle un libro. La pena era que, muchas veces, estaba escrito en otro idioma y eso dificultaba el aprendizaje. Pero ella miraba las ilustraciones, leía y sacaba conclusiones.

Aun así, muchas, muchas de las cosas que sabía, recomendaba y adivinaba no venían de los libros, sino de otro lugar. Uno al que consagró su vida tratando de entender, descifrar y plasmar en sus cuadernos.

Gloria cerró los ojos una noche de verano para no volver a abrirlos jamás.

Ella lo sabía.

Intuía que algo no iba bien, pero no creía en los médicos. Solo en Dios y este, si se había propuesto llevársela, lo haría y no sería ella quien se opusiera.

Francisca insistía en llevarla al hospital para que la vieran, pero la tozuda vecina suplicó que la dejara morir en paz. Que, mientras

tanto, le diera de sus remedios herbáceos para calmar el dolor y le echara las cartas para saber si lo que la esperaba al otro lado era igual que esta vida o un poco más liviano.

A Francisca se le partía el corazón al oírla.

Gloria era lo más parecido a una madre que había conocido.

Fue su sostén, su alimento y su salvavidas desde que, tantos años atrás, se quedara sola al cuidado de una enferma que se empecinaba en seguir viva.

Nunca lo admitiría en voz alta, pero, tal como relató en sus diarios, hubiera preferido que el de arriba se llevara a su madre biológica antes; quizá así habría podido recorrer España del brazo de Gloria.

Pero sus súplicas fueron ignoradas.

Gloria tenía su fecha de partida.

Y esta se materializó una tarde de verano de 1964.

El mismo año.

El mismo verano.

Aquel en el que, poco después de darle cristiana sepultura y llorarla como un río desbordado, conoció a George.

Las canas brillaban en su moño bajo. Oscuro. Sobrio. Como ella.

Los ojos, de un castaño añejo y profundo, lucían ya unas primeras arrugas que embrujaban su mirada. El paso del tiempo, de la vida, le había otorgado una serenidad que embellecía su presencia.

Aquella tarde dejó a su madre dormida y quiso escaparse hasta la bodega de Tomás. Un rincón del pueblo donde los hombres echaban partidas de dominó mientras tomaban un vino, una cerveza o, si el frío apretaba, un carajillo.

Se puso una batilla de las que Gloria le había cosido años atrás y se calzó las zapatillas.

Quería una Mirinda de naranja.

Se la tomaría en casa.

Entró en la pequeña bodega de Tomás, quien, tras la barra y con su bigote blanco, regañaba a un chaval que pedía tabaco.

—No tienes edad para fumar, gorrión —le gritó, provocando la risa de varios parroquianos.

Mientras esperaba su refresco, Francisca observó cómo, al fondo de la bodega, en una mesa algo apartada, un hombre completamente solo, que no debía de ser mucho mayor que ella, barajaba un mazo de cartas que, como las suyas, no eran para jugar al mus.

Eran cartas de tarot.

Pero, por lo poco que alcanzaba a ver desde la barra, no eran como las de ella.

Eran distintas.

La curiosidad pudo más y, cuando tuvo su Mirinda, se acercó al extraño.

—¿Son tuyas? —preguntó sin apartar la vista de aquellos curiosos naipes.

—Así es —respondió el chico con un extraño acento que no era ni de Soria ni de España.

—No eres de aquí. Lo imaginaba. Por aquí nadie tiene este tipo de cartas y mucho menos las usaría en un bar del pueblo.

El muchacho la miró confuso.

No había entendido el comentario.

—Son las cartas de Thoth. No es una baraja cualquiera, sino una reproducción poco común de las láminas de Crowley y Frieda Harris.

—No las conozco, pero esa combinación responde claramente a un rotundo no. Esa mujer no quiere a ese hombre.

—¿Cómo?

George quedó fascinado.

Aquella mujer había tardado apenas unos segundos en descifrar la que, sin duda, era la respuesta correcta.

—No lo sé. Es lo que veo.

Se encogió de hombros.

—Siéntate. Puedo enseñarte las cartas de Thoth, si quieres.

Francisca alzó la vista y, tal como esperaba, el bar entero la observaba.

Charlando con el forastero.

La hija de la loca.

Evaluó la situación y declinó la oferta.

—Tengo prisa. Otro día.

—Estaré poco tiempo por aquí.

—No puedo.

Se marchó sin más.

Pero George no quiso dejar escapar lo que acababa de ocurrir.

Una mujer castellana conocía el tarot.

Recogió de un plumazo el mazo, lo guardó apresuradamente en el saco de terciopelo lila y dorado y dejó un duro sobre la mesa.

Salió corriendo.

No podía dejar escapar a aquella...

...¿bruja castellana?

Corrió con su mochila agarrada al hombro calle abajo. El empedrado suelo casi lo hizo tropezar, pero consiguió reponerse a tiempo. Dobló una esquina, luego otra. Jadeando y con los mofletes ligeramente rojos por el esfuerzo, tuvo que darse por vencido y aceptar que había perdido el rastro de aquella mujer.

George era un londinense lleno de sueños y utopías. De buena y adinerada familia, de miras anchas y libertad en las venas, se había tomado un año sabático decidido a viajar y conocer otros mundos.

Una de sus primeras paradas sería, sin dudarlo, la enigmática tierra de Cervantes.

Muchos ingleses sentían curiosidad por el sol y la buena comida de aquel remoto lugar del sur de Europa, pero a él, lejos de interesarle Benidorm o La Manga del Mar Menor, quería conocer el corazón del país.

Llevaba varios años leyendo a Aleister Crowley, practicando su tarot, leyendo sus libros, poniendo en práctica la magia ceremonial y estudiando la filosofía de Thelema.

George, fascinado ante lo que acababa de vivir, quería, necesitaba encontrarla. Pensó que quizá el mesonero de la bodega podría ayudarle. Parecía un buen hombre, con aquel bigote tan grande como su panza.

—*Mister, please...*

—¿Cómo? —respondió un divertido Tomás, que no hablaba en absoluto inglés.

—Señor... ¿puede ayudarme?

—Sí, hombre. Con la propina que me has dejado, claro que te ayudo. Dime, hijo.

—La señora que salió antes que yo, con un refresco en la mano. ¿La conoce?

—¿La Francisca?

—Francisca... —repitió para sí.

—Claro, todo el pueblo la conoce. Es la hija de la loca. La ahijada de Gloria, que en gloria esté —dijo, persignándose.

George, sin entender muy bien por qué, lo imitó.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Pues la moza vive aquí cerca, en la plaza. Sigue todo recto. La casita que hace esquina, en la callejuela de enfrente. Ahí vive.

George no entendía muy bien a Tomás, pero aun así creyó saber

dónde hallar a la bruja, como ya la llamaba en su cabeza.

Dio las gracias y dejó dos pesetas en el bote de las propinas.

Tomás se lo agradeció con una sonrisa sincera.

Aquel forastero de pelo rojo y ojos verdes era raro, pero le resultaba simpático.

George tomó rumbo hacia la «callejuela», repitiendo la palabra como quien trata de aprender algo completamente nuevo.

En su estancia en los grupos de estudio mágico de Londres ya había conocido videntes. Hombres y mujeres, muchos de ellos con atuendos extravagantes y vistosos que, a cambio de un generoso intercambio de dinero, te auguraban el porvenir.

En Escocia, donde había estado varias veces, la magia era más ruda. Más medieval. Pura y poderosa, incluso. Pero los rituales y tradiciones distaban mucho de las enseñanzas heredadas de Aleister Crowley.

Glastonbury sí que había sido una experiencia grandiosa y, por ello, pensaba regresar al final del verano, antes de volver a casa.

Pero lo de aquella mujer...

Vestida de negro. Con un moño. Sin una gota de maquillaje. Sin brillo. Sin mentiras.

Era otra cosa.

Era una mujer de pueblo, probablemente sin estudios, sin comunidad mágica, sin grupo de apoyo.

Era real.

Era una bruja auténtica del corazón de aquel bonito y amable país del que, poco a poco, se estaba enamorando.

Y para un estudiante como él, apasionado de cualquier arte que escapara a lo tangible, Francisca era un misterio digno de conocer.

Francisca llegó a casa, echó un vistazo a su madre.

Dormía tranquila.

Más tarde habría que asearla y darle la sopa y un poco de pescado machacado.

Ya no estaba Gloria y la echaba mucho, demasiado, de menos.

Francisca no salía más que de su casa al trabajo. Otra vecina, a la que pagaba con víveres del colmado, era quien ahora echaba un ojo a la madre el rato que ella estaba fuera.

Era sencillo.

Ella la dejaba desayunada y aseada. Le daba el láudano y esta caía de nuevo en los brazos de Morfeo, que casi la tenía adoptada.

Era triste la vida de su madre. También lo era la suya. Pero no le importaba.

Tenía comida, un salario y muchas más vecinas —más de las que lo reconocerían— que le pedían consejos, augurios y pociones para mejorar sus vidas y eso era otra bonita y agradecida fuente de prosperidad.

Ella no veía muertos. Pero olía la muerte cuando estaba cerca. La muerte olía a orquídeas. Si el perfume de esas flores se filtraba en su nariz, no pasarían ni dos días sin saber de algún difunto cercano.

El porvenir lo veía. En los sueños. En las cartas. Y sus brebajes habían revivido matrimonios, concebido niños, evitado embarazos, mejorado la piel y curado ampollas en lugares indeseados.

La gente le contaba cosas que al principio la escandalizaban.

Luego no.

Con los años se acostumbró y hasta le gustaba oírlas. Ella no había probado en su cuerpo jamás a otro hombre, pero sabía tanto del arte del amor y del juego entre sábanas como una mujer de mundo.

Oyó los gritos desde la habitación de su madre.

—¿Francisca? ¿Señora Francisca? ¿Es aquí?

—¡Sí, es aquí! ¿Quiere dejar de gritar de esa manera?

Francisca salió con los brazos en jarra y cara de enfado ante tanto escándalo inapropiado.

Era el forastero.

Aquel hombrecillo de rostro pálido y cabellera rojiza. No era feo. Era diferente. Guapo de un modo extraño. Exótico. Agradable, incluso.

Se detuvo a mirarlo más de lo adecuado y, al fin, volviendo de donde estaba, soltó:

—¿Puede saberse qué hace usted aquí?

—Necesito hablar con *you,* Francisca. Por favor.

Aquel acento británico tan cerrado la hizo reír.

Ella no tenía televisor, pero había visto alguna vez, en el de la bodega de Tomás, a extranjeros en las noticias que visitaban las playas y hablaban como aquel hombrecillo extraño.

—¿De qué quiere usted hablar conmigo?

—De... — Buscó en su mochila hasta dar con el mazo —...de esto— dijo, mostrando sus cartas de Thoth.

Francisca dudó.

No era prudente. Ni correcto.

Invitar a pasar a casa a un hombre al que no conocía. No era un cliente.

Era verano y, aunque en el pueblo no hubiera mucha gente, sí la suficiente para que alguien lo viera entrar.

Los rumores. Las críticas. Era algo con lo que no se sentía cómoda. Menos aún ahora, sin Gloria.

Lo pensó dos veces.

Respiró hondo.

Y supo que aquellas cartas podían darle mucho más de lo que perdería dejándolo entrar.

—Pase —dijo finalmente.

Y George, con una enorme sonrisa que dejaba ver unos dientes un pelín torcidos, entró feliz y agradecido en la pequeña casa de piedra de Francisca.

Francisca, en toda su existencia, nunca se planteó si le gustaban los hombres. Solo conocía la certeza de que no quería casarse. Ni tener hijos. Ni que nadie jamás le dijera qué pensar, sentir o hacer.

Ella era feliz, a su manera, cuidando de su madre, atendiendo el colmado y, sobre todo, estudiando lo que no se ve.

Con el paso de los años perfeccionó su don y ahora, de la mano de aquel inglés que tanto interés mostró por ella, ampliaba sus conocimientos, expandiendo así sus capacidades.

Era tanto lo que podían enseñarse que George insistió en volver cada tarde, un pequeño rato, como decía él, para seguir compartiendo información.

Él insistía en que la parte ceremonial era importante. Ella sostenía que tanta parafernalia era absurda y que solo la intención movía la energía.

George le pedía, con educación, que no subestimara el uso de determinados artilugios que, en su simbología, albergaban el poder de abrir portales.

Francisca lo tomaba de la mano y, andando unos metros hasta el bosque, le obligaba a abrazar un árbol, meter las manos en el río o descalzarse en la llanura y sentir cómo, así, sin más, también se entraba en esos otros mundos.

—Tu magia y la mía son bien distintas —solía decirle—, pero estoy aprendiendo mucho, mucho, de lo que hacéis en el resto de Europa y eso sé que me está enriqueciendo como bruja y como mujer.

Bruja.

No solía usar jamás aquella palabra. No, desde luego, con el orgullo con que lo hacía cuando la pronunciaba ante George, quien sonreía al verla compartir, con aquella naturalidad, todo lo que, viviendo en aquel mágico rincón en el mundo, ella sola había ido aprendiendo.

Limonada casera, gazpacho con tomates del huerto, dulces, complicidad.

Las tardes del verano eran un lugar que ambos desearon que se tornase eterno.

George, con el paso de los días, alargaba su estancia hasta la cena bajo la excusa de ayudarla con su madre.

Le echaba una mano, sin pudor y con mucho respeto, y juntos la sacaban un ratito al sol, la hacían partícipe, a su manera, del aprendizaje del día. La aseaban, le ponían el pijama, le daban la sopa, el medicamento y la acostaban.

A George le sorprendía el largo y blanco pelo de aquella escuálida mujer. La mirada totalmente perdida. La suavidad de sus manos.

Pensó que su hija hacía un duro trabajo manteniéndola con vida y eso solo aumentó la admiración que sentía por Francisca.

La dulzura y naturalidad con la que aquel hombre colaboraba en la atención a su madre era algo a lo que ella no estaba acostumbrada.

Los hombres, en su mundo, no ayudaban en casa y mucho menos con un enfermo.

El primer hombre que conoció, su padre, abandonó a su madre cuando esta cayó en la catatonia y, en el pueblo, era sabido que «un marido no atendía ese tipo de cosas».

Aquella noche, antes de irse, George sacó el mazo.

—Las cartas de Thoth son un tarot muy distinto a los demás. Crowley quiso condensar en ellas todo el simbolismo de la astrología, la cábala y la alquimia. Por eso cada carta tiene tantos significados. Más que predecir el futuro, te ayuda a entender el presente y a conocerte mejor.

Francisca acarició el borde de una de las cartas con la yema de los dedos.

—Entonces las cartas no hablan por sí solas. Hablan de quien las mira.

George sonrió porque comprendió que ella había entendido mucho más de lo que él había explicado.

—Es hora de irme.

Con su amable talante recogió sus cosas y se dirigió a la puerta.

—¿Vendrás mañana? —preguntó de pronto Francisca.

George levantó la vista.

Aquella pregunta era mucho más de lo que podía esperar de ella como mujer.

—Solo si tú quieres —respondió con una sonrisa.

—Sí, quiero —dijo ella, tímida, pero llena de ganas.

—Pues mañana volveré.

George abrió la puerta.

La noche de verano entró despacio en la casa.

Dio un paso hacia fuera. Luego otro.

Pero ninguno de los dos dijo adiós.

Él seguía de espaldas. Ella continuaba sujetando la puerta con una mano.

Pasaron apenas unos segundos.

George respiró hondo. Se giró muy despacio.

Francisca seguía allí. Mirándolo. Sin esconderse. Sin bajar los ojos.

—Buenas noches... —dijo él casi en un susurro.

—Buenas noches... —respondió.

Pero no se movieron.

Se hizo el silencio.

Se miraron en el umbral de la puerta y, por fin, George se atrevió a vencer el miedo a los centímetros que ocupaban la distancia entre sus bocas.

Fue despacio.

Tan despacio que Francisca habría podido apartarse si hubiera querido.

No lo hizo.

Cerró los ojos un instante antes de sentir los labios de George sobre los suyos.

Se besaron.

Con dulzura.

Con torpeza.

Con la magia de las primeras veces.

Porque para ella, una mujer que ya pasaba de la treintena, era su primer beso.

Sonrieron de nuevo, apoyando la frente el uno contra la del otro, sintiendo el aliento compartido y el palpitar de sus corazones.

—Me ha gustado mucho ese beso, George —susurró Francisca.

Y George volvió a besarla, soltando la mochila en el suelo y acercando los cuerpos, encendidos en deseo.

Francisca sintió un cosquilleo en su interior tan mágico como fogoso.

Tan desconocido como maravilloso.

George y sus tardes de besos y magia se instalaron en la rutina de aquel verano eterno.

Merendaban. Reían. Atendían a la madre. Preparaban la cena.

Debatían sobre la magia tradicional, la del caos, la moderna, la chamánica.

Se tiraban las cartas el uno al otro.

Tomaban notas. Más notas. Más besos. Promesas.

Y un otoño que acechaba, soplando aires de despedida.

George debía volver a su vida. A su trabajo. A su país.

Francisca se debía a su madre, a su casa, a sus quehaceres.

Continuar la relación parecía imposible.

Parecía.

Pero no lo era.

Porque, si algo tiene la vida, cuando se le echan ganas, es magia.

La última noche juntos fue la primera de las muchas veces que se amarían a lo largo de la vida de ambos.

George fue dulce, torpe, cariñoso, apasionado.

Recorrer el cuerpo moreno y tibio de aquella mujer enigmática fue, sin duda, la experiencia más mágica de todas las que vivieron juntos.

Una experiencia que prometieron repetir.

Y repetir.

Y repetir.

George regresó a Londres cuando acabó septiembre.

Volvió al verano siguiente.

Y al otro.

Y al otro.

Su relación, a distancia, los mantuvo unidos durante más de treinta años.

Cuando la madre de Francisca falleció de una muerte dulce y natural, tras velarla y llorarla, la mujer por fin se animó a viajar

hasta Londres.

Allí pasó una temporada en los brazos de George, aprendiendo inglés y conociendo de primera mano a expertos en magia, brujería y misticismo que la nutrieron casi tanto como ella a ellos.

Con los años hicieron de Samhain una tradición.

Unas veces en Soria.

Otras en Inglaterra.

Pero cada treinta y uno de octubre, ese día en que la fina línea que separa a los vivos de los muertos parece desdibujarse marcando el final de la cosecha, procuraban estar juntos.

Invocaban a sus difuntos.

Los honraban. Les pedían ayuda. Consuelo.

Guía.

No fueron un matrimonio al uso.

De hecho, nunca llegaron a casarse.

Fueron motivo de rumores y no pocas críticas, pero vencieron al tiempo y a la distancia convirtiéndose en un equipo que ayudó a muchas personas en ambos países.

George fue dedicando cada vez más rato al estudio de la demonología.

Aprendió a reconocer aquellas presencias y a expulsarlas de lugares donde entidades de distinta naturaleza habían decidido instalarse.

Con los años se hicieron amigos de un sacerdote que colaboraba con ellos cuando el problema no ocupaba una casa, sino un alma.

Recorrieron ciudades tendiendo la mano allí donde los necesitaban.

Aportando luz.

Guía.

Esperanza.

Francisca siempre volvía a su casita de piedra y escribía sobre todo lo aprendido.

Pasaba consultas clandestinas porque, en su tierra, su don seguía sin estar tan bien visto como en la de su amado.

George impartía clases durante todo el invierno en la universidad y, al terminar junio, regresaba a Soria.

La recogía.

Y juntos emprendían nuevos viajes por Europa para seguir aprendiendo todo aquello que todavía les quedaba por descubrir.

Francisca, con aquella vida tan atípica, era feliz.

Muy feliz.

En verano.

En invierno.

En primavera.

En Samhain.

O, como muchos ahora lo llaman...

Halloween.

Y Francisca comprendió, al final de sus días, que la magia nunca había estado en las cartas, ni en los rituales, ni en los viejos grimorios. Había estado en vivir exactamente la vida que había elegido.

# Prohibido besar al asesino

Emmanuel Guerra

Capítulo 1

# Tres normas

Vega llevaba veintisiete noches muriendo a manos de Álex Ferrer. Guiaba al último grupo por el pasillo del hospital, todavía metida en la piel de Nora, cuando llegaron al punto donde el carnicero debía aparecer desde una puerta lateral.

La puerta no se abrió. La actriz mantuvo la expresión de miedo mientras una punzada de irritación le recorría el pecho. Conocía demasiado bien a Álex para pensar que se había despistado.

—Por aquí —ordenó, abriendo la puerta de la sala de operaciones y haciendo avanzar al grupo con una mano—. Rápido, antes de que nos encuentre.

Una de las chicas se pegó a su novio mientras Vega cerraba tras ellos. Las luces rojas iluminaban las camillas, el instrumental de goma y un cadáver de plástico que colgaba del techo. Álex seguía sin aparecer.

—¿Dónde está? —susurró alguien a su espalda, aferrándose al brazo de la persona que tenía al lado.

Vega levantó un dedo para pedir silencio y recorrió la habitación con la mirada. Entonces una mano salió de debajo de la camilla y la agarró del tobillo. El grito que soltó fue completamente real.

Los visitantes echaron a correr en cuanto abrió la puerta lateral. Uno golpeó una bandeja al pasar y varias pinzas de plástico cayeron

al suelo. Ella esperó a que desaparecieran antes de bajar la mirada hacia la máscara que asomaba bajo la camilla.

—Voy a matarte —murmuró mientras se agachaba a recoger una de las pinzas y comprobaba de reojo que el grupo ya no podía oírlos.

Álex salió de debajo de la estructura y se incorporó con calma. Se sacudió el polvo de la camisa ensangrentada y recolocó el machete de goma en su cinturón.

—Eso nos dejaría sin carnicero —respondió detrás de la máscara, extendiendo las manos con una tranquilidad que solo consiguió irritarla más.

—Te has saltado la entrada —señaló, volviéndose hacia él después de dejar uno de los instrumentos sobre la bandeja.

—La he mejorado —replicó Álex mientras se apoyaba en el borde de la camilla.

—Te has escondido debajo de una camilla y me has agarrado sin avisar —insistió, señalando con una mano el hueco del que acababa de salir.

—Los sustos pierden bastante eficacia cuando los avisas antes —replicó, encogiéndose de hombros.

Vega se quedó mirándolo a través de los agujeros de la máscara.

—Algún día vas a hacer eso con la persona equivocada y te van a partir la cara —advirtió mientras recogía otro instrumento del suelo.

—¿Esa persona vas a ser tú? —susurró ladeando la cabeza.

Dejó la última pieza sobre la bandeja y se incorporó despacio.

—Estoy valorándolo.

La música del recorrido cambió antes de que pudiera continuar. Ambos volvieron al trabajo y terminaron la función sin más improvisaciones. Álex persiguió al grupo con la motosierra sin cadena y el hombre que había asegurado en recepción que aquello

no daba miedo fue el primero en alcanzar la salida.

Cuando las luces generales se encendieron, Álex dejó la motosierra sobre una mesa y se quitó la máscara.

—Te ha quedado muy bien el grito —comentó mientras se apartaba el pelo húmedo de la frente y recuperaba el aire.

Vega se quitó la peluca de Nora y la dejó sobre una caja de utilería.

—Disfrútalo. La próxima vez te llevas la patada —respondió mientras empezaba a soltar los enganches del vestuario.

Álex recogió la máscara y la sostuvo bajo el brazo.

—Entonces, habrá próxima vez —dedujo, dejando que la sonrisa apareciera despacio.

Vega pasó junto a él y le dio un pequeño golpe con el hombro.

—Buenas noches, Ferrer.

—Eso tampoco ha sonado muy convincente —respondió él a su espalda, todavía divertido.

Ella levantó una mano sin girarse y siguió hacia los vestuarios.

Había aprendido tres cosas durante aquel octubre. La primera era que la sangre falsa se pegaba a la piel con más empeño del que prometía la etiqueta. La segunda, que nunca debía fiarse de las puertas automáticas de El Matadero. La tercera la había inventado Lucía un par de meses antes, aunque Vega terminó apropiándose de ella por necesidad: estaba terminantemente prohibido besar al asesino.

Lucía estaba frente al espejo cuando Vega entró, arrancándose una herida de látex de la mandíbula.

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó al verla sentarse. Dejó el algodón sobre la mesa y se giró ligeramente hacia ella.

Vega rebuscó entre sus cosas hasta encontrar las toallitas desmaquillantes.

—Ha salido de debajo de una camilla y me ha agarrado del tobillo —explicó mientras abría el paquete con demasiada fuerza.

Lucía se quedó quieta con la herida falsa a medio despegar.

—Cada vez dedica más esfuerzo a molestarte —comentó, mirándola a través del espejo.

—Está perdiendo facultades —replicó mientras empezaba a retirarse la sangre seca del cuello.

Su compañera terminó de arrancar el látex y lo dejó sobre la mesa.

—Claro. Debe de ser eso —murmuró mientras buscaba otro algodón entre sus cosas.

Vega levantó los ojos hacia su reflejo.

—No empieces.

—No he dicho nada —espetó, concentrándose de repente en un resto de pegamento de su mejilla.

No hacía falta. Conocía perfectamente el tema que su amiga estaba evitando mencionar: agosto, la fiesta de final de temporada, una terraza casi vacía y dos cervezas abandonadas junto a la barandilla. Álex demasiado cerca. La mano apoyada en su cintura y unos centímetros que ninguno parecía dispuesto a conservar. Ella recordaba haber dado el último paso y también haberse apartado justo después.

La puerta del vestuario se abrió y Álex entró con la máscara bajo el brazo. Vega mantuvo la vista en el espejo mientras él se acercaba a la mesa para recoger unas llaves.

—Mario quiere hablar contigo de *La Casa Roja* —comentó mientras se guardaba las llaves en el bolsillo—. Van a empezar con las pruebas. A mí me tienen ya con las luces.

El algodón se detuvo sobre la piel blanca de la mujer. *La Casa Roja* era el siguiente proyecto de la empresa. Tres meses de

contrato, ensayos pagados y suficiente estabilidad para dejar de aceptar cualquier trabajo que apareciera solo porque necesitaba pagar las facturas.

—Hablaré con él mañana —respondió, volviendo a frotarse la mandíbula para disimular el interés.

Álex asintió y dio medio paso hacia la puerta, aunque terminó deteniéndose al mirar su reflejo.

—Te queda sangre aquí —señaló mientras se tocaba con un dedo la zona de la mandíbula.

Vega inclinó un poco la cara hacia el espejo para buscar la mancha.

—Ya la he visto.

Álex apoyó una mano en el respaldo de la silla vacía y siguió observándola unos segundos.

—Estabas limpiándote el otro lado.

—Gracias por tu inestimable ayuda —respondió, levantando el algodón a modo de despedida.

Él sonrió, recogió la máscara y retrocedió hacia la puerta.

—Para eso estoy —añadió antes de desaparecer.

Lucía esperó a que saliera para volver lentamente la cara hacia su compañera.

—Ni se te ocurra —advirtió esta, apuntándola con el algodón usado antes de que pudiera abrir la boca.

—No iba a decir nada —dijo su amiga, levantando las manos y echándose hacia atrás en la silla.

—Lo estás pensando muy fuerte —replicó, mientras volvía a mirarse en el espejo.

Lucía soltó una risa y continuó guardando sus cosas.

Diez minutos después, Vega salió del vestuario con la sudadera puesta y la mochila al hombro. La nave estaba casi vacía y desde la

recepción llegaba el sonido de Mario recogiendo parte del material.

Metió la mano en el bolsillo y encontró las llaves, pero no el móvil. Revisó la mochila por si acaso, aunque ya sabía dónde estaba: junto al monitor de la sala de operaciones, donde lo había dejado antes del último pase. Miró hacia la entrada del recorrido. Las luces rojas seguían encendidas al otro lado.

—Joder —murmuró mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás y se pasaba una mano por la cara.

Se ajustó la mochila y volvió a entrar en El Matadero.

Capítulo 2

# Después del cierre

El Matadero parecía otro sitio cuando no había nadie gritando.

Recorrió las primeras habitaciones con el móvil como único objetivo y sin prestar demasiada atención a los cadáveres de plástico que llevaba semanas viendo. Sin música, humo ni visitantes corriendo de un lado para otro, los decorados perdían parte de su encanto. Las paredes eran de madera pintada, las heridas de los maniquíes se veían demasiado brillantes y, desde algunos ángulos, podían distinguirse los cables que accionaban los mecanismos.

Llegó al hospital y apartó la cortina de la sala de operaciones. El teléfono seguía junto al monitor, exactamente donde lo había dejado.

—Menos mal —murmuró mientras lo cogía y comprobaba que la pantalla seguía intacta.

Tenía varios mensajes. El último era de Lucía, preguntándole si había encontrado el móvil o si tenía que volver a por ella. Respondió que ya se marchaba y guardó el teléfono en el bolsillo de la sudadera antes de dirigirse hacia la carnicería. Seguir por el recorrido era más rápido que volver sobre sus pasos.

—Eso dices siempre.

Vega se giró con un respingo y estuvo a punto de engancharse con una bandeja de instrumental falso.

—Joder. —Se llevó una mano al pecho al ver a Álex en la puerta de servicio—. ¿Tienes alguna necesidad especial de aparecer donde no te esperan?

El compañero miró la puerta por la que acababa de entrar y después volvió a fijarse en ella, divertido.

—He abierto y he pasado —respondió mientras levantaba una mano hacia el marco—. Pensaba que era un procedimiento bastante normal.

—Pues haz más ruido la próxima vez —replicó Vega, recolocando la bandeja que había movido con el susto.

Él sonrió y dejó la mochila de herramientas sobre una mesa cercana.

—Me lo apunto. —Abrió la cremallera y comenzó a rebuscar entre destornilladores y cinta aislante—. Mario me ha pedido que eche un vistazo al cuadro del corredor técnico antes de cerrar.

Vega se acercó un poco, mirando el contenido de la mochila.

—¿Tú te encargas de eso? —preguntó, señalando las herramientas con la barbilla.

—Principalmente. —El hombre encontró lo que buscaba y volvió a guardarlo casi en el mismo sitio—. Lo de perseguir gente con una motosierra es un complemento salarial bastante extraño.

Aquello consiguió arrancarle una sonrisa.

—Pensaba que eras actor —admitió Vega mientras se apoyaba con una cadera en la mesa.

—Pensabas muchas cosas malas sobre mí —dijo levantando la vista hacia ella.

—Las sigo pensando —respondió, sin molestarse en ocultar la sonrisa.

Él cerró la mochila con un tirón.

—Eso me tranquiliza.

Salieron juntos de la sala de operaciones. Durante unos metros solo se escuchó el roce de sus zapatillas y el pequeño tintineo de las herramientas dentro de la mochila. Vega notó que Álex caminaba a su lado en lugar de adelantarse, algo que no debería haber llamado su atención y que, precisamente por eso, lo hizo.

Al atravesar las tiras transparentes que comunicaban con la carnicería, su compañero las sostuvo para que ella pasara primero.

—Por cierto, lo de la camilla... —empezó cuando estuvieron al otro lado. Dejó caer el plástico y se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta—. No quería incomodarte.

Vega redujo el paso y volvió la cabeza hacia él.

—Eso explica que casi te dé una patada en la cara —farfulló.

—Sí. —Álex hizo una pequeña mueca y miró un instante hacia el suelo—. Vi que podía funcionar con el grupo y lo hice sin pensarlo demasiado.

La explicación la sorprendió. Había esperado otra broma, no un arrebato de sinceridad.

—No me incomodaste —aclaró al cabo de unos segundos, frotándose el tobillo por encima del pantalón al recordarlo—. Me asustaste, que es distinto. Aunque si vuelves a agarrarme así, probablemente te lleves una patada.

El carnicero asintió con una seriedad que desentonaba bastante con aquella conversación.

—Me parece justo.

Vega siguió caminando sin responder. Aquella noche estaba descubriendo que Álex podía dejar una frase sin rematarla con una estupidez. No estaba segura de que le gustara descubrirlo.

Llegaron a la carnicería. La puerta grande que conducía al corredor final quedaba frente a ellos; a un lado, medio escondida detrás de unas lonas, estaba la entrada negra al corredor técnico.

Álex señaló esta última mientras se acomodaba la correa de la mochila.

—Yo me quedo aquí. El cuadro está al fondo y desde este lado llego antes.

—Pues suerte con eso. —Se apartó un mechón de pelo de la cara y empezó a caminar hacia la puerta grande—. Intenta no electrocutarte. Mañana sería un problema de personal.

Soltó una risa y apoyó una mano sobre el picaporte de la puerta técnica.

—Intentaré pensar en Mario antes de tocar nada —respondió él, aún con la sonrisa en el rostro.

Los focos se apagaron antes de que Vega alcanzara la otra puerta. También desapareció el zumbido de las máquinas.

La oscuridad cayó sobre la habitación con tanta rapidez que se quedó inmóvil.

—Álex —lo llamó, y su propia voz le sonó demasiado baja.

—Estoy aquí —respondió él enseguida desde muy cerca—. Espera, tengo una linterna.

Vega buscó el teléfono. Sabía exactamente dónde estaba y aun así le costó abrir la cremallera del bolsillo. Notó los dedos torpes, la respiración demasiado corta y una imagen antigua intentando abrirse paso: las puertas metálicas de un ascensor cerradas frente a ella y la voz de su madre al otro lado.

La luz apareció antes de que el recuerdo avanzara más de lo necesario.

Álex mantenía la linterna dirigida hacia el suelo. No se había acercado demasiado.

—¿Mejor? —preguntó, sin dejar de apuntar hacia las baldosas.

Ella consiguió sacar el móvil y encendió también la suya.

—Sí. —Respiró hondo y movió el haz por la habitación,

reconstruyendo enseguida las distancias—. Me ha pillado de sorpresa.

Álex la observó durante un instante, pero no hizo ninguna pregunta más. Sacó el teléfono del bolsillo y llamó a Mario.

La conversación duró menos de un minuto. Vega solo escuchó fragmentos mientras su compañero caminaba un par de pasos hacia la pared.

—Sí, también las de emergencia... Estamos en la carnicería... Vale. ¿Y el cierre?

Esperó en silencio, con el ceño ligeramente fruncido.

—Entendido. Voy a mirar el secundario. Tú intenta abrir desde fuera. —Colgó y guardó el teléfono.

—Ha saltado el principal —explicó mientras señalaba la entrada técnica con la linterna—. Mario ya está fuera y la entrada de recepción está cerrada. Esta salida también se ha quedado bloqueada, pero puede abrirla manualmente desde fuera. Aunque tardará un rato.

Vega dirigió la luz del móvil hacia la puerta grande.

—¿Y nosotros qué hacemos? —preguntó, sin apartar la vista de ella.

Álex se volvió hacia el acceso técnico.

—El cuadro secundario está ahí dentro. —Apoyó una mano en el picaporte—. Si consigo levantarlo, recuperamos esta zona y puede que también el cierre.

Vega miró el corredor oscuro que empezaba tras la puerta.

—¿Cuánto tardas?

—Diez minutos si todo está donde debería —respondió mientras abría unos centímetros y alumbraba el suelo del otro lado.

—¿Y si no? —masculló arqueando una ceja.

Él se volvió hacia ella y se encogió ligeramente de hombros.

—Te miento y te digo que diez.

A Vega se le escapó una risa breve. Le vino bien.

El hombre abrió del todo la puerta y dirigió la linterna hacia el pequeño escalón de entrada.

—Puedes esperar aquí —propuso, señalando la carnicería con la cabeza—. Mario acabará abriendo desde fuera.

Vega miró la habitación. Después el corredor. Finalmente la luz que Álex sostenía en la mano.

—Voy contigo —decidió mientras ajustaba la mochila sobre el hombro—. Prefiero moverme a quedarme aquí mirando cadáveres de goma.

Él no hizo ninguna observación. Bajó primero y mantuvo la linterna sobre el suelo.

—Hay un escalón justo al entrar —avisó, esperando abajo hasta que Vega colocó un pie en el desnivel—. Luego es recto hasta el cuadro.

Apoyó una mano en el marco y descendió detrás de él.

El corredor técnico era estrecho y mucho menos espectacular que los decorados: madera sin pintar a un lado, cables y tuberías al otro. Álex avanzó un par de pasos y redujo el ritmo hasta asegurarse de que ella caminaba cerca.

No volvió a preguntarle si estaba bien.

Y ella agradeció que no lo hiciera.

Capítulo 3

# Entre bastidores

El corredor técnico olía a polvo y plástico caliente. A la izquierda se extendían las traseras de los decorados, con listones sin pintar, mecanismos y cables sujetos con bridas; a la derecha, las instalaciones eléctricas recorrían la pared hasta desaparecer en la oscuridad. Álex avanzaba delante con la linterna dirigida al suelo y Vega lo seguía a poca distancia, fijándose en aquella versión desnuda de El Matadero. Desde allí los monstruos eran motores, los gritos salían de altavoces y las paredes que aterrorizaban a los visitantes podían desmontarse con un destornillador.

—Pierde bastante encanto visto desde aquí —comentó mientras rozaba con los dedos uno de los paneles de madera.

Él apartó con el pie una caja que obstaculizaba el paso y esperó a que llegara a su altura.

—No se lo digas a Mario. Lleva todo el mes hablando de «experiencia inmersiva» y creo que todavía está pagando la máquina de humo.

Vega sonrió. Unos metros más adelante apareció el cuadro secundario, empotrado en la pared izquierda. Él dejó la mochila en el suelo, sacó un destornillador y le tendió la linterna.

—Sujétame esto y procura no dejarme ciego —pidió mientras abría la tapa metálica.

—No prometo nada —respondió, aunque dirigió el haz hacia sus manos.

Su compañero empezó a comprobar las conexiones. La transformación resultó más llamativa de lo que ella esperaba. Se movía despacio, revisando cada cable antes de tocarlo, muy lejos del hombre que una hora antes había salido de debajo de una camilla para agarrarle el tobillo.

—Así que sabes lo que haces de verdad —murmuró, inclinando la linterna cuando él cambió de posición.

Él levantó la vista.

—Llevo varios años trabajando de técnico. Me duele que te sorprenda.

—Mi primera impresión de ti fue verte correr con una motosierra sin cadena. Dame algo de tiempo.

Sonrió y volvió al cuadro.

—La actuación es el extra. Normalmente hago iluminación en teatros, conciertos, montajes... Mario se quedó sin carnicero y decidió explotar todas mis capacidades.

Vega apoyó un hombro contra la pared. Llevaban semanas trabajando juntos y nunca habían hablado de aquello. Sabía cómo tomaba el café, que cantaba horriblemente mientras se maquillaba y que disfrutaba demasiado cambiando sus entradas. Poco más.

Él comprobó otro interruptor y frunció el ceño.

—Aquí no está el fallo. Ha saltado por protección cuando cayó el principal. Puedo intentar levantar las de emergencia.

—¿Eso es bueno? —preguntó ella, acercando la luz.

—Es mejor que encontrar algo quemado.

Movió una pequeña placa para alcanzar uno de los interruptores. El metal se le escapó y le rozó la base del pulgar.

—Joder —masculló entre dientes.

Ella bajó la linterna y vio aparecer una línea de sangre.

—Déjame ver.

—Es un corte pequeño —protestó, cerrando la mano.

—Y seguirá siendo pequeño después de limpiarlo. Dámela.

La miró durante un instante antes de obedecer. Había un botiquín sujeto a la pared. Vega sacó una gasa y desinfectante, empapó la gasa y le sujetó la mano.

—Esto va a escocer —advirtió.

—¿Siempre tranquilizas así a la gente?

Ella presionó la herida.

Álex cerró los ojos y soltó una maldición.

—Qué decepción —murmuró ella mientras buscaba una tirita—. Pensaba que el carnicero soportaría mejor el dolor.

—El carnicero lleva guantes y no permite que le echen alcohol en una herida.

—Pues el carnicero parece bastante delicado.

Iba a responder, pero Vega ya estaba colocando la tirita. Tuvo que sostenerle la mano con ambas y, cuando terminó, sus dedos permanecieron alrededor de los suyos un instante más de lo necesario.

La sonrisa desapareció de su rostro. Ella levantó la mirada y se topó de lleno con los ojos de su compañero de matanza.

Durante un segundo regresó a una terraza de agosto, una botella sobre una barandilla y la mano de Álex apoyada en su cintura. El recuerdo llegó sin necesidad de completar nada más.

Soltó el agarre la primera.

—Ya está —dijo mientras guardaba las gasas usadas.

—Gracias.

La sencillez de la respuesta la incomodó más que cualquiera de sus bromas.

Él volvió al cuadro y accionó uno de los interruptores. Las luces blancas del corredor parpadearon dos veces antes de quedarse encendidas. Al otro lado de los decorados comenzó también el zumbido de las luces de emergencia.

Vega soltó el aire con alivio.

—Eso parece una buena señal.

—Por una vez, sí —respondió él mientras cerraba la tapa y sacaba el teléfono—. Voy a decirle a Mario que pruebe la salida.

Le devolvió la linterna. Sus dedos volvieron a rozarse, esta vez apenas un instante.

Álex inició la llamada mientras ella miraba el corredor iluminado. La oscuridad había dejado de preocuparle.

El problema era que, de repente, Álex empezaba a hacerlo un poco más.

Capítulo 4

# Lo que dejamos a medias

Mario respondió a la segunda llamada.

Álex se apartó unos pasos mientras hablaba con él y Vega aprovechó para devolver las gasas al botiquín. Desde que las luces de emergencia habían vuelto, el corredor técnico parecía mucho menos estrecho. Seguía siendo incómodo, pero ya podía distinguir la madera sin pintar, las tuberías y las marcas de rotulador sobre los paneles.

—Vale, sí. Vamos para allí —dijo finalmente, llevándose la mano sana a la cintura mientras escuchaba la respuesta de Mario—. Intenta abrirlo desde fuera y nos avisas.

Colgó y guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

—El cierre sigue bloqueado, pero puede liberarlo a mano. Le faltan unos minutos.

Vega señaló con la barbilla el camino por el que habían venido.

—Entonces, supongo que toca desandar esto. No me entusiasma seguir descubriendo las entrañas del negocio.

Él recogió la mochila con la mano sana y se la echó al hombro con cuidado.

—A menos que quieras pasar la noche aquí. Tenemos hasta tres ataúdes libres.

—Prefiero no preguntar por qué sabes exactamente cuántos —

respondió ella mientras empezaba a caminar.

Regresaron a la carnicería y continuaron por el recorrido público. Con la iluminación de emergencia, El Matadero había adquirido un aspecto extraño. Los focos verdes apenas alcanzaban a colorear las paredes y las manchas de sangre falsa parecían casi negras. Álex caminaba a su lado, sin la máscara, sin el delantal del carnicero y con una tirita torcida en la mano.

Vega tuvo que reconocer que empezaba a resultarle difícil encajarlo con el hombre que llevaba semanas empeñado en sacarla de quicio.

Llegaron al corredor final. La puerta exterior seguía cerrada y, al otro lado, se escuchaba a Mario manipulando el mecanismo. Él dejó la mochila junto a la pared y consultó el último mensaje que acababa de recibir.

—Dice que unos quince minutos —explicó mientras bloqueaba la pantalla—. Aunque yo no organizaría mi vida alrededor de esa cifra.

Ella apoyó la espalda contra uno de los paneles negros y dejó su mochila en el suelo.

—Después de esta noche, no pienso volver a confiar en ninguna estimación que salga de tu boca o de la de Mario.

Álex sonrió antes de sentarse sobre una de las cajas que ocultaban el cableado durante las funciones.

—Me parece una política bastante sensata.

El silencio que quedó después no resultó incómodo. Tampoco terminó de ser tranquilo. Vega jugueteó con la cremallera de la mochila mientras él examinaba la tirita que ella le había puesto. Había algo ligeramente absurdo en verlo tan concentrado en una herida minúscula después de haber pasado todo octubre persiguiendo gente con un machete.

—Antes has dicho que pensabas que yo iba a ser insoportable —

comentó finalmente, levantando la vista hacia él.

Dejó de tocarse la tirita y frunció el ceño.

—No recuerdo haber utilizado exactamente esa palabra.

—No hacía falta. —Vega cruzó los brazos y ladeó un poco la cabeza—. Se te entiende bastante bien cuando quieres.

Él soltó una pequeña carcajada.

—Vale. Puede que la pensara durante los primeros días.

Vega sonrió, pero la expresión se le apagó poco a poco. Podía dejar la conversación ahí. Habían conseguido luz, Mario estaba a pocos metros y dentro de un rato cada uno cogería su coche.

Precisamente por eso preguntó:

—¿Y después de agosto?

Álex dejó de sonreír. Bajó la mirada hacia su mano vendada y pasó el pulgar por el borde de la tirita durante unos segundos.

—Después de agosto pensé que había entendido mal las cosas —respondió al fin, más despacio.

Ella conocía perfectamente el significado de aquella frase. Aun así, tardó un poco en encontrar una respuesta.

—No entendiste mal —dijo, y se obligó a sostenerle la mirada cuando él levantó la cabeza—. Yo iba a besarte.

Álex permaneció quieto. La confesión parecía haberlo sorprendido más de lo que Vega esperaba.

—Eso creía yo también —admitió después, apoyando los antebrazos sobre las rodillas—. Hasta que te apartaste y me dijiste que aquello no podía pasar.

Ella arrugó el entrecejo.

—Yo no dije eso.

—Dijiste algo bastante parecido. —Él levantó una mano antes de que ella protestara—. O al menos eso entendí. Habíamos estado a punto de besarnos y, de repente, estabas alejándote de mí.

—Dije que era una mala idea —lo corrigió Vega. Se despegó de la pared y se sentó sobre otra caja, a cierta distancia de él—. Que no es exactamente lo mismo.

La observó un momento antes de asentir.

—Desde mi lado de la terraza se parecía bastante.

Aquello consiguió desarmarla más que cualquier discusión.

Vega bajó la vista hacia sus manos. Recordaba la música que llegaba desde dentro del bar, la botella de cerveza calentándose sobre la barandilla y la mano de Álex apoyada en su cintura. También recordaba haber sido ella quien redujo la última parte de la distancia.

Lo que vino después había tenido bastante menos que ver con él.

—Hacía cuatro meses que había terminado con Marcos —explicó, frotando con el pulgar una pequeña mancha de sangre falsa de la muñeca—. Después de cinco años juntos, no me apetecía volver a empezar a tomar decisiones alrededor de otra persona. Y entonces apareciste tú, trabajando conmigo y gustándome bastante más de lo que me convenía. —Soltó aire y bajó la vista—. Besarte aquella noche me apetecía. Precisamente por eso me asusté.

Se interrumpió al darse cuenta de lo que acababa de admitir.

Él permaneció unos segundos en silencio, procesándolo.

—Eso habría sido útil saberlo hace dos meses —murmuró después, sin reproche, mientras se inclinaba hacia atrás sobre la caja.

Vega levantó una ceja.

—Tú tampoco preguntaste.

Álex dejó escapar un suspiro y miró hacia la puerta cerrada.

—Te apartaste de mí. Pensé que insistir después habría sido bastante peor que callarme.

Tuvo que concederle que aquello era cierto.

—Entonces decidiste convertirte en un imbécil profesional.

Él volvió la cabeza hacia ella y una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Eso ya venía de antes. Pero sí, puede que aumentara las horas.

La respuesta consiguió que Vega relajara los hombros.

Álex dejó la broma ahí. Después se inclinó hacia delante y juntó las manos entre las piernas.

—Lo de cambiarte las entradas empezó porque eres buena improvisando —explicó con un tono mucho más serio—. Cuando hago algo distinto, no sales del personaje. Lo incorporas, sigues con la escena y después vienes a decirme que soy idiota. Funcionaba.

Ella lo observó sin interrumpir.

Bajó la vista hacia el suelo antes de añadir:

—Y supongo que también era una forma bastante cobarde de seguir buscando tu atención sin tener que hablar de agosto.

Vega sintió cómo el estómago le daba un pequeño vuelco y el mundo giraba bajo sus pies.

—Pues sí que era una mala idea —murmuró, intentando aliviar algo de la tensión que acababa de instalarse entre ellos.

Él levantó los ojos.

—Nunca he presumido de elegir bien cuando algo me importa.

Esta vez Vega no encontró una réplica rápida.

Un golpe metálico sonó al otro lado de la puerta. Ambos se giraron hacia la salida y la voz amortiguada de Mario llegó desde fuera, seguida por el ruido de alguna herramienta.

Álex se puso en pie y se acercó al cierre para comprobarlo. Vega permaneció sentada.

Habían pasado semanas fingiendo que agosto había sido un

malentendido. Ahora sabía que no lo había sido: los dos habían querido lo mismo y los dos se habían asustado después.

Capítulo 5

# Ahora no

Álex permaneció junto a la puerta mientras Mario seguía trabajando al otro lado. Cada pocos segundos llegaba el roce de una herramienta contra el metal, acompañado por algún insulto que ninguno conseguía entender del todo.

—Creo que está perdiendo una batalla contra una chapa de veinte euros —comentó después de un nuevo golpe. Apoyó la frente un instante contra la puerta y cerró los ojos—. Si mañana pregunta, yo siempre confié en él.

Vega sonrió desde la caja donde seguía sentada, aunque la expresión le duró poco.

—Ahí está otra vez —dijo mientras dejaba de juguetear con la cremallera de la mochila.

Él se volvió con el ceño ligeramente fruncido.

—¿El qué?

—Eso que haces cuando algo empieza a ponerse incómodo. —Vega lo señaló vagamente con una mano y volvió a apoyarla sobre la rodilla—. Dices alguna tontería y esperas que el resto desaparezca.

La sonrisa de Álex perdió fuerza. Se separó de la puerta y regresó hasta ella, aunque tardó unos segundos en sentarse.

—También digo tonterías porque me hacen gracia —respondió mientras miraba la tirita torcida de su mano—. No todo tiene una

explicación profunda.

—Ya. Pero esto sí.

Él dejó escapar el aire despacio y se inclinó hacia delante.

—En mi casa funcionaba —admitió después de unos segundos—. Mis padres discutían, mi padre se largaba y mi madre hacía bromas hasta que volvía. Supongo que se me quedó algo de eso. Mi ex acabó harta de no saber cuándo hablaba en serio, y no puedo decir que no tuviera razón.

Un nuevo golpe sonó detrás de la puerta, pero ninguno se volvió.

—Marcos era justo lo contrario —dijo Vega, frotándose la mancha de sangre falsa de la muñeca—. Cuando terminamos descubrí que llevaba meses dudando de nosotros. Había hablado con sus padres, con sus amigos, incluso había mirado pisos para él mientras conmigo seguía hablando de mudarnos juntos. No hizo nada horrible, pero yo seguía tomando decisiones pensando en los dos cuando él ya se imaginaba solo. —Bajó la vista hacia sus manos —. Desde entonces necesito asegurarme de que lo que hago lo elijo yo. Por eso agosto me pareció una mala idea. Y por eso *La Casa Roja* me pone nerviosa. No quiero que una cosa decida la otra.

Álex frunció ligeramente el ceño.

—Eso tuvo que doler.

—Más de lo que debería —admitió ella mientras bajaba la vista hacia sus manos—. No porque hiciera nada horrible, sino por la naturalidad con la que ocurrió.

Había rechazado trabajos, reorganizado horarios y dejado pasar oportunidades sin considerarlo siquiera un sacrificio. Después todo aquello adquirió otro peso.

Él asintió despacio.

—Tiene sentido.

Vega levantó una ceja y lo observó fingiendo desconfianza.

—No sé si me gusta que estés siendo tan razonable.

—Estoy haciendo un esfuerzo considerable —respondió él, y la sonrisa apareció apenas un instante antes de esfumarse.

El silencio que siguió tuvo otro peso. Álex juntó las manos entre las piernas y bajó la vista antes de volver a hablar.

—¿Puedo decirte una cosa sin que tengas que hacer nada con ella?

Vega notó el cambio en su tono y dejó quietas las manos.

—Eso depende bastante de la cosa.

Él levantó los ojos.

—Sigo queriendo besarte.

Esta vez no había humor escondido detrás. Tampoco se acercó. Permaneció sentado frente a ella, esperando.

Vega pensó en agosto, en la oscuridad de hacía un rato y en la mano que acababa de curarle. Quería besarlo. Llevaba demasiado tiempo queriendo hacerlo. Precisamente por eso no quería que ocurriera allí, agotados y después de pasar media noche hablando de cosas que normalmente evitaban.

Él debió de interpretar algo en su expresión.

—¿Quieres que lo haga? —preguntó en voz baja, sin reducir la distancia.

Vega respiró hondo antes de contestar.

—Ahora no.

—Vale —dijo asintiendo una sola vez.

Se levantó y volvió junto a la puerta.

Aquello consiguió que Vega relajara unos músculos que ni siquiera sabía que tenía tensos.

—Gracias —murmuró mientras recogía la mochila del suelo.

Él volvió ligeramente la cabeza.

—No tienes que dármelas.

Un chasquido metálico interrumpió la conversación. El cierre cedió y la puerta se abrió unos centímetros. La cara de Mario apareció por la rendija, sudada y visiblemente enfadada.

—Como alguno vuelva a entrar después del cierre —gruñó mientras empujaba con el hombro—, duerme aquí hasta Navidad.

Álex se acercó para ayudarlo y Vega se puso en pie, colgándose la mochila. Antes de cruzar la puerta, él la miró.

Había dicho que no, y que Álex hubiera sabido aceptar aquella palabra sin convertirla en un problema consiguió que deseara todavía más el momento de poder decir que sí.

Capítulo 6

# A plena luz

El aire frío de la madrugada le golpeó la cara en cuanto salió de El Matadero. Vega respiró hondo y se apartó para dejar sitio a Álex, que ayudaba a Mario a terminar de abrir la puerta. Después de varias horas entre humo artificial, sangre falsa y pasillos cerrados, hasta el olor del aparcamiento le pareció agradable.

—Mañana viene el de mantenimiento y cambia esta mierda entera —masculló Mario mientras recolocaba el panel que había desmontado y trataba de encajar uno de los tornillos con más fuerza de la necesaria—. Y vosotros os vais a casa antes de que se rompa otra cosa y tenga que explicar por qué tengo a dos empleados encerrados la noche de Halloween.

Él levantó la mano vendada y examinó la tirita con una seriedad exagerada.

—Yo ya tengo una lesión laboral. Creo que debería quedarme para rellenar el parte —comentó, flexionando los dedos y poniendo cara de sufrimiento.

Mario alzó la cabeza muy despacio y lo fulminó con la mirada.

—Ferrer, márchate antes de que la lesión laboral te la provoque yo —gruñó, señalándolo con el destornillador.

Vega soltó una risa y empezó a caminar hacia los coches. Poco después escuchó sus pasos acercándose por detrás hasta quedar a

su lado. Ninguno mencionó la conversación que acababan de tener dentro, y a ella le alivió que no intentara forzar nada ahora que la puerta por fin estaba abierta.

El aparcamiento estaba casi vacío. Las farolas iluminaban el asfalto mojado y el frío empezaba a atravesarle la sudadera. Vega encontró su coche al fondo y sacó las llaves, pero se quedó con ellas entre los dedos cuando él se detuvo unos pasos más atrás.

—Escríbeme cuando llegues —pidió mientras se ajustaba la mochila y miraba un instante hacia la carretera—. Llevas demasiadas horas despierta.

Ella apoyó la cadera contra la puerta del coche y levantó una ceja.

—Estoy cansada, no incapacitada —respondió mientras hacía girar las llaves alrededor del índice—. Todavía recuerdo por qué lado se conduce.

Álex sonrió y dejó caer los hombros, algo más relajado.

—Con eso me conformo. Buenas noches, Vega —añadió antes de dar un pequeño paso atrás.

La normalidad de la despedida le molestó más de lo que debería. No parecía enfadado ni distante. Simplemente estaba haciendo exactamente lo que ella le había pedido: aceptar su respuesta y marcharse.

Vega miró las llaves que tenía en la mano antes de guardarlas en el bolsillo.

—Espera —lo llamó, separándose un poco del coche.

Él se volvió, pero no se acercó. Permaneció donde estaba, con una mano enganchada a la correa de la mochila.

—Lo de dentro... —empezó, tomándose unos segundos para ordenar la frase mientras clavaba la vista un instante en el suelo—. Cuando he dicho «ahora no», me refería a eso. A ahora.

La comisura de sus labios se movió ligeramente.

—Había entendido la palabra —respondió, aunque la mirada que le dedicó dejó claro que sabía que no se refería solo a eso.

Vega entrecerró los ojos y señaló hacia él con una de las manos.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir.

Álex bajó la vista un momento para esconder una sonrisa y terminó asintiendo.

—Creo que sí.

Había querido esperar porque dentro estaban encerrados, cansados y demasiado expuestos después de varias conversaciones que llevaban meses evitando. Ahora tenía una puerta abierta detrás, sus llaves en el bolsillo y la posibilidad de marcharse cuando quisiera. Aquello cambiaba las cosas.

—Necesitaba salir primero —añadió mientras avanzaba un paso y se cruzaba de brazos, más por el frío que por otra cosa.

Él asintió despacio y dejó caer la mano de la mochila.

—Está bien —respondió con cuidado, manteniendo la distancia.

Vega lo señaló con un dedo.

—Si vuelves a decirme «está bien», voy a empezar a pensar que te has quedado sin vocabulario.

Álex soltó aire por la nariz y se frotó la nuca con la mano sana.

—Estoy intentando no meter la pata —admitió, apartando la mirada durante un segundo antes de volver a fijarla en ella—. Resulta bastante difícil hablar contigo cuando sé exactamente lo que quiero hacer y me he prometido no hacerlo hasta que tú quieras.

La sinceridad consiguió detenerla. Él también pareció darse cuenta de que había dicho más de lo previsto, porque bajó la mano y guardó silencio.

Vega recorrió los últimos pasos que los separaban. La luz de una farola caía sobre su rostro. Todavía conservaba una pequeña

mancha oscura junto a la sien y la tirita que ella había colocado empezaba a despegarse por una esquina. No llevaba la máscara. No había oscuridad alrededor ni una excusa que pudiera tomar la decisión por ella.

—Ahora sí —murmuró, levantando la mirada hasta encontrar la suya.

Álex no se acercó. Mantuvo las manos a los costados y la observó con atención.

—¿Seguro? —preguntó en voz baja, inclinándose apenas hacia ella sin terminar de reducir la distancia.

Vega respondió agarrándolo de la chaqueta y tirando de él.

El beso empezó despacio. Tardó apenas un instante en apoyar la mano sana en su cintura, con una presión ligera, suficiente para acercarla pero no para impedirle apartarse. Ella no tenía intención de hacerlo. Había imaginado aquel momento demasiadas veces desde agosto y, aun así, nada de lo que había pensado incluía el frío del aparcamiento, el olor a humo artificial que aún llevaban en la ropa ni a Mario soltando una maldición a varios metros de distancia.

Cuando se separaron, Álex mantuvo la mano en su cintura y la observó durante unos segundos.

—Tengo una pregunta importante —murmuró, todavía demasiado cerca, mientras la sonrisa empezaba a aparecerle en la cara.

Vega reconoció enseguida aquella expresión y negó con la cabeza antes de que pudiera continuar.

—No la hagas —advirtió, aunque ya estaba sonriendo también.

—La tercera norma era bastante clara —recordó, pasando el pulgar con suavidad por el lateral de su cintura.

Vega dejó caer la frente un instante contra su pecho y soltó una risa antes de levantar de nuevo la cabeza.

—Queda suspendida —respondió, manteniendo una mano agarrada a la tela de su chaqueta.

Álex inclinó la cabeza, claramente tentado a seguir tirando del hilo.

—¿Temporalmente?

Ella volvió a tirar de la chaqueta para acercarlo.

—No estropees el momento —murmuró justo antes de volver a besarlo.

Él cerró la boca, obediente por una vez, y esta vez fue Vega quien terminó de acortar la distancia.

Capítulo 7

# Fuera de escena

El martes llegó antes de lo que Vega habría querido. La prueba de *La Casa Roja* se celebraba en una sala de ensayo del centro de Sevilla, lejos de El Matadero. Aun así, cuando entró y vio al equipo técnico colocando focos, tardó pocos segundos en encontrar a Álex subido a una escalera, ajustando uno de los proyectores.

Desde Halloween habían hablado por mensajes. De su mano, de las reparaciones de Mario y de alguna tontería del grupo de trabajo. Del beso, bastante menos. A ella le parecía bien así.

—Vega Martín —llamó una mujer desde la puerta mientras repasaba una lista con el bolígrafo.

Se puso en pie, alisó las páginas que llevaba entre las manos y guardó el teléfono. Antes de entrar miró hacia los focos. Él ya la había visto, pero no hizo ningún gesto para llamar su atención. Se quedó mirándola un instante y volvió al proyector. Agradeció que la dejara entrar sola.

La prueba duró poco más de quince minutos. Leyó una escena, repitió un fragmento con otra intención y salió intentando decidir en qué momento había empezado a hacerlo peor que en casa. Todavía estaba repasando el último parlamento cuando escuchó pasos acercándose por el pasillo. Álex llevaba cinta negra alrededor de una muñeca y un destornillador asomando del bolsillo.

—Llevas fuera medio minuto y ya tienes esa cara —comentó al detenerse junto a ella y bajar la vista hacia las páginas dobladas entre sus dedos—. Ni siquiera te ha dado tiempo a llegar a las escaleras.

Vega frunció el ceño y apretó ligeramente las hojas.

—¿Qué cara? —preguntó, aunque evitar mirarlo no ayudó demasiado a defenderse.

—La de estar buscando exactamente dónde la has cagado —respondió él mientras apoyaba un hombro contra la pared.

—La primera parte ha sido rara —admitió, rozando una esquina del texto con el pulgar.

—¿Rara de verdad o rara porque llevabas diez minutos esperando ahí dentro y te ha dado tiempo a pensar demasiado? —preguntó, inclinando ligeramente la cabeza.

Ella soltó el aire despacio y dobló las páginas por la mitad.

—Todavía no lo sé.

—Pues espera antes de decidirlo —aconsejó, señalando las hojas con la barbilla—. Acabas de salir.

Terminó guardando el texto en la mochila.

—Pensaba que vendrías antes —admitió mientras cerraba la cremallera y se recolocaba la correa—. A decirme algo sobre la prueba.

—Se me ocurrió —reconoció él, haciendo girar la cinta alrededor de su muñeca.

Vega alzó las cejas.

—¿Y? —insistió cuando pareció dispuesto a dejarlo ahí.

Álex dejó quieta la cinta y miró un instante hacia la puerta.

—Que luego ibas a pasarte dos días preguntándote si habías hecho lo que querías o lo que yo te había dicho —explicó antes de encogerse ligeramente de hombros—. Además, yo pongo las luces.

Tú haces la prueba.

—Gracias —murmuró después de varios segundos de silencio.

—Eso sí puedo aceptarlo —respondió, guardándose las manos en los bolsillos mientras aparecía una sonrisa en su cara.

Desde dentro lo llamaron por su apellido. Giró la cabeza, levantó una mano para indicar que iba y retrocedió hacia la puerta.

—Tengo que terminar esto —dijo, señalando la sala con el pulgar —. Intenta no declarar oficialmente desastrosa la prueba antes de llegar a casa.

Vega miró hacia las escaleras. Podía marcharse. También podía quedarse porque quería verlo después, sin necesitar una razón mejor.

—¿Cuánto te falta? —preguntó, ajustándose de nuevo la mochila.

Él se detuvo y echó un vistazo hacia los focos.

—Media hora. Algo más si alguien vuelve a descubrir que un foco queda mejor veinte centímetros a la derecha.

—Voy a tomarme un café abajo —respondió ella, señalando las escaleras con la cabeza.

Permaneció un instante apoyado en el marco. No preguntó nada, aunque tampoco entró todavía.

—Si cuando termines sigues teniendo hambre, baja —añadió Vega, apartándose un mechón de la cara.

La sonrisa volvió a aparecer, despacio.

—Eso no creo que cambie.

—Pues trabaja, Ferrer —ordenó mientras empezaba a alejarse.

—Sí, jefa —respondió, levantando ambas manos antes de volver a la sala.

Vega negó con la cabeza y empezó a bajar. La cafetería estaba casi vacía. Pidió un café y abrió el libro que llevaba en la mochila.

Treinta y cinco minutos después, él apareció ya sin la acreditación.

—He sobrevivido —anunció al llegar a la mesa, apoyando una mano en el respaldo de la silla y echando un vistazo al libro abierto —. ¿Tú?

—Sigo negociando el veredicto —respondió mientras cerraba el libro sobre un dedo.

—Entonces llego a tiempo —decidió, señalando la calle con la barbilla—. Hay un sitio cerca. Podemos cenar y dejar descansar un rato al jurado de tu cabeza.

Vega guardó el libro y buscó el abrigo.

—¿Eso significa que no vas a preguntarme por la prueba?

—Significa que tengo hambre —aclaró mientras se apartaba para dejarla salir de la mesa—. Si quieres torturarte mientras como, no voy a impedírtelo.

—Mucho más propio de ti —concedió ella, colgándose la mochila y mirándolo de reojo.

Álex soltó una risa y abrió la puerta para dejarla pasar. Salieron juntos. El frío de noviembre se colaba entre los edificios mientras hablaban de Mario, de las reparaciones de El Matadero y de un foco que, según él, había movido tres veces para terminar exactamente en el mismo sitio.

Al llegar a un paso de peatones, Vega sacó una mano del bolsillo y miró la que él llevaba junto al cuerpo. La herida apenas dejaba ya una línea rosada junto al pulgar. Terminó tomándola sin pensarlo demasiado.

Él bajó la vista hacia sus dedos entrelazados y después hacia ella. Abrió la boca.

—Ni se te ocurra —murmuró Vega, manteniendo los ojos en el semáforo mientras apretaba ligeramente su mano.

—No había dicho nada —se defendió mientras entrelazaba mejor

los dedos con los suyos.

—Pero ibas a hacerlo.

—Estaba portándome bien —protestó en voz baja, aunque la sonrisa empezaba a traicionarlo.

Vega giró apenas la cabeza.

—Sigue así —respondió, rozándole el pulgar con el suyo antes de volver a mirar al frente.

El semáforo cambió a verde y cruzaron juntos. Todavía no sabía si conseguiría *La Casa Roja*. Aquello se decidiría más adelante. Esa tarde había hecho la prueba sola y después había elegido esperarlo.

Ahora caminaba con los dedos entrelazados con los suyos. Por el momento, le bastaba.

# Máscaras

M. T. Fugaz

# *Ivy*

En esta vida había dos cosas que no soportaba: las fiestas abarrotadas de gente y hacer el ridículo. Aquella noche de Halloween viví ambas en un intervalo de diez minutos.

Lo más sencillo era echarle la culpa a Blair, porque siempre que mi mejor amiga me decía que tenía un plan perfecto, sabía que lo correcto era darme media vuelta y salir huyendo sin mirar atrás, sin embargo, me había dejado engatusar.

Así que, allí estaba.

Había cambiado mi maravilloso sofá y mi cómodo pijama por una mansión atestada de gente y un disfraz sumamente ridículo. Por supuesto, Blair se había encargado de elegirlo y de traerlo hasta mi casa, así que no me había parecido bien criticarlo… en exceso.

Ese era el motivo por el que llevaba un vestido corto de color negro, ajustado a mi cuerpo gracias a un corsé de cordones entrecruzados en la parte delantera. El escote, en forma de corazón, dejaba mis hombros al descubierto, y las mangas hechas de una tela oscura y semitransparente caen con naturalidad sobre mis brazos. Por mi cuenta, había decidido añadirle al conjunto unas medias de rejilla y unas botas negras con un tacón grueso que aún no había tenido oportunidad de estrenar. Blair había escogido prácticamente la misma ropa, pero ella había optado por lucir un mono negro aun

más corto que mi vestido.

Antes de entrar, nos aseguramos de cumplir con el primer requisito de la fiesta: ocultar nuestro rostro.

Vi como Blair me sonreía entusiasmada antes de colocarse su máscara de gato y agaché la cabeza, contemplando la mía. A diferencia de ella, yo llevaba una máscara con forma de calabaza tallada. Ojos afilados, nariz triangular y una amplia sonrisa que parecía estar riéndose de mí. Me había asegurado de que pudiera beber sin tener que quitarme la máscara porque, aunque Blair quisiera divertirse, yo iba a necesitar un poquito de valentía líquida para esa noche.

—¿Lista? —Me agarró la mano antes de acercarnos a la entrada de la mansión. Si hubiésemos pasado por delante de ese lugar cualquier otra noche, le hubiera explicado con todo lujo de detalles la cantidad de películas de terror que empezaban en una casa así. Sin embargo, desde fuera se escuchaba la música a todo volumen, las risas de la multitud y las luces anaranjadas se filtraban a través de las polvorientas ventanas. No tenía claro qué escenario me daba más miedo.

—No. —Quería que sonara como una broma, aunque había cierta verdad en mi respuesta.

—Vamos, Ivy, nos lo pasaremos bien—susurró, dándome un suave apretón en la mano. Suspiré. Seguiría a Blair hasta el fin del mundo.

—Está bien, está bien.

Un hombre nos detuvo en la puerta. Ni tan siquiera había reparado antes en su presencia. Por su porte, su rigidez y sobre todo por el auricular del oído derecho, no había duda de que era un vigilante de seguridad. En absoluto silencio, nos ofreció dos etiquetas

identificativas y un rotulador. Aquel era el segundo requisito de la fiesta: nada de usar nombres reales.

Escribí lo primero que se me vino a la cabeza y me pegué la etiqueta en la cintura del vestido.

—¿En serio? —me preguntó Blair, aguantando la risa—. ¿Punkin?

—He venido a pasármelo bien, no a pensar. —Me incliné para leer su identificación. Alcé una ceja aunque no pudiera verme—. ¿En serio? ¿Catwoman?

—¡Yo también he venido a pasármelo bien! —Ambas nos echamos a reír.

—Por favor. —La voz del vigilante nos frenó el ataque de risa— Respeten las normas y diviértanse —agarré a Blair del brazo y entramos juntas a la fiesta.

No me considero una persona especialmente fiestera, pero sé apreciar una buena cuando la veo. Nuestros jefes saben sacarle partido a su dinero. No habían invertido en arreglar la vieja mansión, ya que no era necesario, pero han sabido combinar su mal estado con elementos de Halloween. Sentía que habíamos entrado en un pasaje del terror. Una pena que la música y el griterío estropeara el ambiente fantasmal.

—Si yo tuviera toda esta pasta, también organizaría eventos de este estilo—murmuró mientras caminábamos al salón principal—. Tú eres la de contabilidad, algo se te ocurrirá para que podamos conseguirlo.

—Fundar tu propia destilería de *whisky* y…—me interrumpió.

—Pero sin hacer nada —solté una carcajada, encogiéndome de hombros.

—¿Jugar a la lotería te vale? —se rio—. Lo siento, Catwoman, pero es lo más factible. Tú estás en ventas y yo en contabilidad.

Nuestra carrera hacia el éxito terminó cuando nos contrataron, ese fue nuestro triunfo.

—Nuestro triunfo fue que nos contrataran juntas aunque fuera en distintos departamentos. —Interceptó a un camarero y me tendió una copa de vino blanco. Era curioso que ellos no tuvieran que llevar la cara tapada.

—En eso tienes razón. —Hicimos chocar nuestras copas.

—Ojalá hubieras entrado en ventas conmigo, ir al trabajo sería aun más entretenido.

—Lo dirás por mí —dije antes de darle un segundo trago a la copa—. Todos en ventas sois graciosos y…

—Oh, venga, escúpelo.

—¿El qué?

—Estás deseando criticar a Car… —chisté.

—Ni lo menciones, atrae a la mala suerte.

Carter Cox era uno de mis compañeros. No uno cualquiera, era mi maldito compañero de despacho. Era un hombre inteligente, amable y divertido. Al menos así lo describían en toda la empresa. Incluso se había ganado a Blair cuando vino a recogerme un día al trabajo.

El problema era *yo*. Eso era lo único que tenía sentido. Cuando entré a trabajar a la empresa, fue educado, atento y muy considerado, pero con el paso de los meses, esa actitud se desvaneció. No sé en qué momento hice algo que provocó que me odiara con todas sus fuerzas, pero todavía sigo pagando las consecuencias dos años después. Me habla lo justo y necesario, así aprendí que dar los buenos días es un gesto muy sobrevalorado.

—Bueno, olvídate de tu compañero buenorro que te hace la vida imposible y centrémonos en lo importante. —Puse los ojos en blanco. Ojalá yo pudiera verle el atractivo a Carter, quizá si sus ojos

no me lanzaran llamas cuando le preguntaba algo, lo consiguiera.

—¿Qué es lo importante? ¿Averiguar quién es cada invitado? —resopló.

—Solo uno, ya lo sabes.—Negué con la cabeza, terminándome la copa—. Primero tenemos que averiguar quién es Drew.

Blair está colgada de su jefe desde el día que entró a trabajar. Ojalá pudiera decir que él también, pero me parece un hombre de lo más ambiguo. En alguna que otra ocasión, cuando he ido a buscarla a la oficina, me ha parecido que la miraba completamente embelesado, pero en otras, ni tan siquiera parecía reparar en su presencia. Puede que la propia dinámica de jefe y empleada no la considerara correcta y procurara guardar las distancias, pero si Blair se caracterizaba por algo, era por ser decidida. Si Drew estaba en su radar, iría a por todas.

—Va a ser complicado con tanta máscara… Además, todas se parecen, la gente no es muy original —comenté echando un vistazo a la multitud.

—Pues sí, tú eres la que más destaca. —Casi se me cae la copa de entre las manos. Odiaba ser el centro de atención— ¿No te has fijado en que eres la única calabaza?

—¡No entiendo por qué! ¿Qué hay más de Halloween que una calabaza?

—Nada, nada… —Hicimos recuento de la gente que había. Al menos, donde nos alcanzaba la vista. La gran mayoría eran máscaras al estilo veneciano, otras de lobos o animales no identificables que más que miedo daban risa, unas cuantas de Ghostface aunque con diferentes expresiones, otras que pretendían ser brujas y algunas que recordaría durante unas cuantas noches por lo reales que parecían.

—Lo que decía, va a ser complicado… —murmuré para mi

máscara— ¿Tienes algún plan?

—Que nos reconozcamos a pesar de llevar estas malditas caretas y hagamos el amor hasta que amanezca. —No pude evitar echarme a reír.

—Uno un pelín más realista, Catwoman.

—¡Oye! ¿Te recuerdo la primera fiesta de disfraces a la que fuiste? —No hacía falta. Ese era el motivo por el que no había vuelto a ir a ningún evento de la empresa. Me había pasado con las copas, ya que por los nervios, no había tomado bocado en toda la noche. Aquella noche es una laguna de recuerdos mal trazados y un dolor de estómago espantoso.

—No sé qué tiene eso que ver.

—Te enrollaste con un tío.

—Sí, un beso, nada más; además nunca supe quién era, ¿recuerdas? Solo hice el imbécil y al día siguiente viví la resaca más bochornosa de la historia. —En realidad, me hacía una idea de quién fue. Teniendo en cuenta que estuve cada dos por tres en la barra del local que alquilaron, estaba casi segura de que fue con el barman—. Así que, dime, ¿cuál es tu plan?

—Lo digo en serio, sé que nos vamos a cruzar y vamos a sentir esa conexión que los dos tenemos. —Agradecí que la calabaza tallada impidiera que me viera poner los ojos en blanco de nuevo.

—Vale, Catwoman… Vamos a por algo de picar, porque esos aperitivos están conectando con mi estómago. —La agarré de la mano, esquivando a la multitud con educación, agachando la cabeza a modo de saludo hasta acercarme a la mesa donde estaba todo repleto de platos.

Se habían encargado de tematizarlos todos. Puede que organizar una fiesta en una mansión abandonada a las afueras de la ciudad sonara un poco pijo y pretencioso, pero en la comida había poca

sofisticación. Me alegraba que estuvieran de acuerdo conmigo en que Halloween era la noche de la comida basura. Perritos calientes con cebolla morada y salsas a elegir. Hamburguesas con panecillos de color negro. Incluso había sándwiches cortados con forma de lápida. Muchos de ellos eran vegetarianos, al igual que las zanahorias a las que habían tallado caras para tomarse el hummus. Si tuviera que arriesgarme y elegir la fiesta favorita de la empresa, sería esta sin duda alguna.

—¿Has visto las patatas con forma de calabaza? —Blair me dio un codazo para que las viera.

—Todo tiene tan buena pinta…

—¡Voy a buscar un plato vacío para cenar como dos reinas! —Antes de que pudiera señalarle donde estaba la pila de platos, Blair se fue en dirección contraria. Aproveché para echarle otro vistazo a la mesa, decidiendo qué comer primero. Aunque Blair no hubiera llegado, extendí el brazo para coger una mini pizza a la que habían dibujado un fantasma con queso fundido, pero mi mano se chocó con otra antes de cumplir mi objetivo.

—¡Perdón! —Aparté la mano del desconocido.

Quise mirarlo para dedicarle una sonrisa a modo de disculpa, olvidándome de que llevaba la cara tapada. Lucía una camisa blanca remangada, manchada de lo que quería pensar que era sangre falsa. Unos tirantes negros le mantenían los pantalones del traje en su sitio. La corbata le tapaba parte de la etiqueta identificativa, aunque por lo que pude leer solo ponía una X. Tragué saliva al contemplar su máscara. Negra como el carbón, con unas equis mal cosidas en lugar de ojos, un fino hilo curvado hacia de nariz. Una amplia sonrisa también mal cosida era lo más escalofriante de su rostro. Agradecí que él no pudiera verme porque me había quedado con la boca abierta como una auténtica imbécil.

—Puedes… Puedes quedártela tú. —Me felicité a mí misma por no tartamudear. El desconocido me tendió la mini pizza en silencio—. Bueno… Gracias…

—Hay de sobra, no te preocupes… —Se echó hacia delante, acortando la distancias—. Punkin. —Sonreí bajo la máscara.

—Gracias otra vez… —Al darse cuenta de que pretendía leer su etiqueta, me tomó de la mano a modo de saludo.

—Equis. —Antes de que pudiera añadir algo más a la conversación, sentí la mano de Blair sobre mi hombro, y él se limitó a agachar la cabeza antes de marcharse.

—¿Quién era ese? —preguntó con curiosidad, viéndolo caminar hacia el otro extremo de la sala.

—No lo sé. —Por la risita de Blair me di cuenta de que tenía la voz entrecortada, así que le di un suave empujón por burlarse de mí.

—Ya tenemos otra identidad que averiguar… —Negué con la cabeza.

—No, hemos venido a pasarlo bien, a beber un poco, probar la comida y que te encuentres de la forma más romántica posible con Drew —dije antes de darle un mordisco a la pizza.

—Pues no te quita el ojo de encima. —Casi me atraganto al escucharla. No quería girarme para comprobarlo, pero conocía lo suficiente a Blair como para que se tratara de una broma.

—Lleva una máscara, no puedes saberlo —contesté con cierto rintintín en la voz.

—¡Bah! Estoy segura de que te está mirando. —Se acercó a la mesa para buscar algo de picar y aproveché para girarme. Tal y como me imaginaba, era imposible saber si me miraba, pero sentí un escalofrío recorriendo mi espalda cuando volví a girarme.

# *Carter*

El hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. La mía se llama Ivy Sorrows. Por supuesto no me había reconocido, porque si lo hubiera hecho puede que ahora llevase restos de queso fundido por la máscara.

A quién pretendo engañar. Ivy no es así. Si se hubiese dado cuenta de que era yo, habría soltado algún comentario cínico o se hubiera limitado a ignorarme. Eso se le da de lujo. Me lo había demostrado con creces los últimos dos años.

Y eso que empezamos con buen pie.

Que la contrataran supuso un soplo de aire fresco en la oficina. El resto del departamento tenían entre quince o veinte años más que yo, y aunque me llevaba bien con todos, era agradable tratar con alguien que entendía las referencias de mis bromas y manejaba conceptos que yo empleaba con naturalidad. Sí, me había cansado de explicarle a Jordan lo que era un *meme*.

Estuve muy ilusionado con su presencia durante unas semanas, hasta que se convirtió en un problema.

Ivy era inteligente, muy perspicaz y sumamente profesional, y no es que esos rasgos fueran negativos, ni mucho menos. Lo peor es que además de eso, Ivy era guapa. *Demasiado* guapa. Del tipo de belleza que a nadie le pasa desapercibida. Menos a ella. No parecía

ser consciente de que arrasaba por donde pasaba, y que por supuesto, había acabado conmigo. Creo que fue por su sonrisa. Tan sincera, tan autentica, tan única. Era una de esas sonrisas que te paralizan, de esas con las que asumes que harías cualquier cosa para que apareciera de nuevo. De esas por las que querrías ser la causa. Fuera como fuese, no le hizo falta nada más para atraparme. Me miró, me sonrió y supe que algo dentro de mí había cambiado para siempre. La desilusión vino cuando la escuché hablar con su mejor amiga, Blair.

—De verdad, no entiendo por qué querrías liarte con alguien del trabajo. —Me quedé escuchando tras la puerta de los aseos, sin atreverme a salir.

—¿Y qué hay de malo? —Ivy había resoplado con fuerza ante su pregunta.

—Jamás tendría algo con una persona con la que trabajo. —Tragué saliva. Pude escuchar mis ilusiones cayendo al suelo como si de un jarrón de cristal se trataran.

—Oh, vamos, nunca digas nunca.

—Nunca.

Aquella conversación se quedó grabada a fuego en mi cabeza. Sin embargo, tal y como me vine abajo, me obsesioné con demostrarle a Ivy Sorrows que podía hacerla cambiar de idea. Aunque fuera lo último que hiciera.

Lo que no me imaginaba es que me lo fuera a poner tan complicado. Cuanto más me acercaba, más de trabajo hablábamos. Me costaba explorar otros ámbitos de su vida fuera de nuestras tareas contables; y puede que los números fueran interesantes, pero no tanto como para impresionar a la mujer de mis sueños. Hasta que vi la luz al final del túnel. La fiesta de Halloween. Un momento en el que podríamos hablar como si estuviéramos en una cita. O al

menos mantener una conversación para llegar a una. Pero la noche no acabó como yo pretendía.

—¿Una copa? —Uno de los camareros me distrajo de mis pensamientos. Menos mal, porque me había quedado mirando a Ivy como un maldito psicópata. Agradecí que la máscara pudiera camuflar mis ojos.

—Gracias. —Cogí una de las copas con vino tinto y la examiné con curiosidad. Este año se habían currado la decoración. El tallo y la base simulaban estar hechas con hueso, lo cual le daba un toque tétrico al vino tinto que estaba a punto de probar.

—Da mal rollo, ¿verdad? —Me costó reconocer aquella voz con tanto ruido y teniendo en cuenta la máscara que llevaba, pero no había nadie tan friki como Robert para llevar una máscara basada en el videojuego Call of Duty—. Cada fiesta de Halloween es mejor que la anterior. —Incliné la cabeza y me levanté la máscara lo justo para darle un largo sorbo a la copa.

—No está mal.

—Por cierto, *señor Equis* —dijo con cierta sorna—. Pensaba que este año no vendrías. Te dedicaste a criticar esta fiesta desde que nos mandaron la invitación.

—Y lo hago.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —La verdad es que ni yo mismo lo sabía.

Mi plan era marcharme a visitar a mi hermana en Dublín, no acudir a una fiesta de empresa que no me importaba en absoluto. No le iba a confesar a Robert que había venido por culpa de Ivy. Sabía de primera mano que tampoco había vuelto a otra fiesta de Halloween y me sorprendió que volviera a las andadas. ¿Qué corazón iba a romper esta noche? ¿Por qué iba a una fiesta por la que no tenía ni el más mínimo interés? Lo poco que sé de Ivy es que

es una mujer introvertida… Hasta que soltaba la melena, claro. Cuando lo hacía, era imparable. Es jodidamente espectacular verla en su salsa. Mostrándose como realmente es. Diciendo las cosas claras, sin tapujos. Ojalá pudiera verla así de nuevo. «Puedes dejarte la máscara puesta». Aun recordaba con total claridad el tono sugerente de su voz aquella noche. Joder, ¿qué estaba haciendo allí otra vez?

—Por ahora, tomarme algo. —Escuché una suave carcajada a través de la máscara.

—Solo sé quién eres tú. No reconozco a nadie más. —Robert solo llevaba medio año trabajando en la empresa, era lógico que aún no tuviera claro quién era cada uno. Tampoco a mí me apetecía indagar quién había detrás de cada máscara. Solo había reconocido a Ivy por ese maldito perfume de melocotón. ¿Quién coño usaba un perfume de ese olor? Ni tan siquiera sabía que existía hasta que la conocí—. Pero no te voy a mentir, las vistas son maravillosas. No sabía que había mujeres tan guapas trabajando aquí… Bueno, en mi departamento hay alguna que…

—No me interesa —lo interrumpí. Robert era un buen tío, pero perdía la cabeza por cada mujer que desfilaba delante de él.

—Pero a mí sí —bromeó mientras se reía, terminándose su copa —. A ver qué máscara puede acabar a los pies de mi cama esta noche porque estoy que… —Antes de seguir escuchando su discurso, puse tierra de por medio.

Me dirigí a otra de las mesas con comida que había en lado opuesto a Ivy. En el fondo, tenía claro el motivo por el que había acudido allí esa noche. Quería jugármelo todo a una carta. Una última oportunidad de conquistarla o dejar que mi corazón pasara página de una vez. El problema era que estar cerca de ella me dejaba

paralizado. Parecía perder todas las habilidades sociales de un ser humano normal y corriente. Mi baza era que esta noche, no era Carter Cox, sino el señor Equis. Por ridículo que sonara.

De pronto, la música dejó de escucharse y un estridente pitido salió de los altavoces antes de que una voz les hablara a todos los invitados.

—¡Buenas noches a todos! Solo quería desearos un feliz Halloween y recordaros las dos únicas reglas para esta espeluznante velada: nada de nombres, nada de caras. —La gente aplaudió como si hubiera soltado un discurso inspirador—. También hemos añadido una dinámica divertida, al fondo de la sala en la que os encontráis, hay un caldero gigante. Cerca hay una pequeña mesa con papeles y rotuladores, podréis escribir vuestros deseos y tirarlos dentro… Y quién sabe, puede que los espíritus de Halloween os ayuden a tener lo que deseáis. —No supe como fui capaz de encontrar a Ivy con la mirada. Odiaba no poder ver su cara—. ¡Pero cuidado con lo que deseáis! —Se rio, intentando que fuera una risa malvada, como los dibujos animados, pero solo quedó jodidamente cutre—. ¡Feliz Halloween! —Todo el mundo gritó ambas palabras como si estuvieran en un concierto y la música volvió a escucharse de nuevo.

Carter tendría cuidado con lo que deseaba. Una pena que esta noche él no estuviera aquí.

# *Ivy*

Al principio, creía que Blair me estaba tomando el pelo, pero lo había pillado mirándome más de una vez. El señor Equis no me quitaba la vista de encima, o yo no se la quitaba a él. Puede que simplemente estuviera mirando en mi dirección. Era lo bueno de llevar estas malditas máscaras. Ambos estábamos a salvo de nosotros mismos.

No tenía ni idea de quién podía ser. Los dueños de la destilería no habían invitado únicamente a los trabajadores de la empresa, sino a posibles inversores, a potenciales clientes, a muchos socios con sus familias… Así que el abanico de posibilidades era bastante amplio. Tampoco había podido reconocer su voz. Se escuchaba demasiado grave y apagada a través de la escalofriante máscara. Tan solo había podido cerciorarme de algo. Había chispa entre nosotros. Sí, era una locura. Tan solo habíamos intercambiado un par de palabras. Joder, ni tan siquiera había podido mirarlo a los ojos, pero ahora entendía a qué se refería Blair con eso de la conexión. ¿Y si era… él? Aquel hombre que conocí en Halloween dos años atrás. Ese que me rompió el corazón y desapareció sin dejar rastro.

Blair se acercó con dos chupitos del *whisky* de la empresa y antes de que pudiera siquiera ofrecérmelo, se lo quité de la mano y

me lo bebí de un trago. Por eso no quería venir a este lugar. ¿De verdad iba a permitir que me rompieran el corazón otra vez? Hace dos años me había dejado llevar, me había desinhibido por completo y todo para… ¿Qué? Para una llamada que no llegó. Un mensaje que no se escribió. Para una llama que no se apagó. Bueno, quién dice una llama, dice un fuego. Me había pillado por un desconocido que aún no me había sacado de la cabeza y ni tan siquiera sabía su maldito nombre. ¿Iba a pasar por eso otra vez?

—Te noto un pelín estresada —se atrevió a decir Blair.

—¿Cómo lo sabes? No me ves la cara. —Mi amiga señaló el vaso vacío.

—Porque también te has bebido el mío. —Se me escapó una carcajada mientras me disculpaba—. No te preocupes, Punkin. Cuéntame qué te pasa.

—Vas a creer que estoy loca.

—Cariño, te conozco desde los seis años, ya sé que lo estás. —Volví a reírme con ella.

—Verás… Creo que… Creo que el señor Equis es el Él —Blair se llevó la mano al pecho y si pudiera verle la cara, sabría que tendría la boca abierta.

—Un momento, ¿ÉL? —Asentí—. ¿El tío que te dejó con un calentón monumental?

—¡Catwoman! —la reñí antes de que se echara a reír—. A lo mejor estoy alucinando, ya sabes que no volví a saber de él después de esa noche, y como es mi primera fiesta de Halloween desde entonces… Pues… No sé, quizás es que lo siento en todas partes.

—¡Es lógico! Aunque puede que tu corazonada sea cierta y sí que sea él.

Sería demasiada casualidad que el señor Equis fuera el mismo hombre de la fiesta de Halloween. En esa ocasión, tampoco pudimos

vernos las caras ni decir nuestros nombres, no eran unos requisitos inventados para este año, sino una absurda tradición que nuestros jefes insistían en mantener. La única diferencia es que nos otorgaron una etiqueta identificativa numerada al azar. A mí me toco el número doce y a él, el tres.

De pronto, caí en la cuenta. El hombre al que conocí no podía haber trabajado en la barra. Al igual que aquella noche, ellos no llevan máscaras ni etiquetas. Era un invitado más. Y eso no reducía la lista en absoluto.

—Deja de hacer eso —murmuró Blair.

—¿El qué?

—Pensar tanto. —Se señaló el hocico de la máscara—. Huele a quemado desde aquí.

—Oh, vamos, no seas exagerada… —me sujetó un instante por los brazos. No me hacía falta ver su cara para saber qué gesto estaba poniendo. Era el momento de un discurso serio.

—Escucha, puede que estés equivocada y que no sea él, pero si ese tío es Tres, véngate. —Abrí los ojos. Eso no era lo que me esperaba—. Has estado lamentándote desde aquella fiesta, ¡y ya han pasado dos años! ¿Sabes lo que tienes que hacer? —Negué con la cabeza—. Demostrarle lo que se ha perdido. Contonea esas caderas, lúcete con ese vestido y haz que vea lo que se perdió. Sedúcelo y luego lárgate, igual que hizo él.

—Yo… Yo no… —Blair lo planteaba todo de una forma muy sencilla, pero la verdad era que eso de ligar no era mi punto fuerte. Siempre intentaba soltar comentarios ingeniosos que, al final, no llegaban a ninguna parte; o alguna broma que, al salir de mi boca, perdía toda su gracia—. Sabes que no tengo carisma ninguno.

—Cariño, claro que lo tienes, y lo único que tienes que hacer es ser tú misma. Ya le gustaste hace dos años.

—Pero no lo suficiente como para llamarme… Además, puede que ya me haya olvidado. —Aquella idea me dolió más de lo que estaba dispuesta a admitir. ¿Cómo de penoso sería que fuera detrás de un hombre que no se acordaba de mí? No podía ir a hablar con él como si nada, parecería una auténtica psicópata.

—En serio, para. Piensas demasiado. —Antes de que pudiera defenderme, siguió hablando—. ¿Recuerdas cómo os fue aquella noche? —Asentí. La había repetido una y otra vez en mi cabeza. Primero, por diversión. Después, buscando los fallos que me permitieran comprender por qué no me había llamado; y con el paso de tiempo, empecé a recordarla con un profundo anhelo que sentía en lo más profundo de mi ser—. Pues actúa igual que esa noche y todo irá bien. —Quise decirle que no debí hacerlo muy bien esa noche porque luego recibí el *ghosting* más deprimente de toda mi vida, pero esa actitud no me serviría de nada. Tampoco iba a cambiar mi forma de ser por un hombre que no había tenido los huevos suficientes como para llamarme después de prometerme el cielo y la tierra.

—Está bien, voy a hacerlo. —Blair dio unas palmaditas a modo de celebración y asaltó a una de las camareras para quitarle dos copas.

—A por él.

Sin embargo, parecía haberse esfumado. Mientras hablaba con Blair, me había parecido notar sus ojos clavados en mi nuca, pero estaba claro que solo habían sido imaginaciones mías.

Me había recorrido el salón principal entero buscando al señor Equis, pero tan solo me topé con desconocidos que querían bailar o invitarme a una copa. Blair habría podido reconocer a unos cuantos, ya que ella era la extrovertida de las dos, pero se había marchado a intentar localizar a Drew. Tampoco era que hubiera huido de cada

interacción social, mi timidez no llegaba hasta ese punto. Además, la máscara me proporcionaba cierto poder. Me encontraba mucho más tranquila y, por lo tanto, más confiada. Charlé con diferentes personas, sobre todo acerca de nuestros respectivos disfraces y procuré ser simpática incluso con aquellos a los que tenía que decir dos veces que no. No estaba sola con mis compañeros sino con clientes potenciales y familiares de socios importantes, la apariencia lo era todo.

Tras probar los escalofriantes aperitivos y terminarme dos copas de *frizzante*, dejé de buscar al señor Equis. Supuse que se habría marchado de la fiesta, o que estaría en alguna zona de la mansión que desconocía. Era consciente de la ingente cantidad de invitados, así que era imposible que todos estuviéramos en aquel comedor.

Me apoyé en una pared para descansar un instante, observando el espectáculo de luces. Cambiaban constantemente de tonalidad, de más anaranjadas a más rojizas, y siempre al ritmo de la música. Los rayos se reflejaban en las gigantescas lámparas de araña, las cuales tenían el aspecto de no funcionar desde hacía siglos. La cantidad de bailes y fiestas que se celebrarían en otra época me dejó aislada del mundo durante un rato. Deseaba que al volver a la realidad, el señor Equis me estuviera esperando, pero tampoco fue así.

Resignada, me alejé hasta llegar al caldero. Cogí uno de los papeles y un rotulador. Me aseguré de que no había nadie a mi alrededor y escribí mi deseo. *Encontrarme con él.* Esperé mi turno en la cola que se había formado y cerré los ojos cuando lancé el papel dentro del recipiente. Sacudí la cabeza mientras me alejaba. No pasaba nada por pedir un deseo aunque no se fuera a cumplir, ¿verdad? Me di media vuelta.

Quería buscar a Blair y desearle suerte en su búsqueda, aunque puede que ya lo hubiera encontrado. La verdad era que me apetecía

marcharme a casa. Cogería un buen puñado de gominolas para el camino y listo. Llamé a uno de los camareros para pedirle una última copa, pero alguien se puso en mi camino. Allí estaba esa máscara otra vez. Con esas dos equis mal cosidas. Me miraba con atención, con la cabeza un tanto ladeada mientras me ofrecía una copa. La acepté con una sonrisa, aunque no pudiera verla.

—Ha sido divertido. —Lo escuché decir mientras le daba un trago a la bebida.

—¿El qué?

—Ver cómo me buscabas. —Era la primera vez que me alegraba de llevar una máscara.

—A ver si eras tú el que me estaba buscando…

—No me hacía falta buscarte —murmuró mientras se inclinaba hacia mí—. No te he quitado el ojo de encima en toda la noche.

Odiaba quedarme en blanco, pero no tenía respuesta ante esa declaración. En mi mente, tan solo había una vocecita que gritaba: «¡Es él!».

—Pues has tardado mucho en acercarte. —Dos años, para ser exacta.

—Lo bueno se hace esperar. —Alzó su copa y choqué la mía con suavidad. Ambos dimos un trago en silencio—. ¿No te resulta irónico que sirvan más vino que el *whisky* que venden?

—¿Que venden? —repetí—. ¿No formas parte de la empresa? —Soltó una profunda carcajada.

—Creí que uno de los requisitos era nada de identidades.

—Nada de nombres ni de caras —puntualicé. Él se encogió de hombros.

—¿Acaso no es lo mismo?

—Una forma muy ingeniosa de permanecer oculto. —Juraría que podía imaginar su sonrisa bajo la máscara.

—Es una forma ingeniosa de ser quiénes queramos ser por una noche, ¿no te parece emocionante? —Quise decirle que la curiosidad ganaba a la emoción en esa ocasión, pero una parte de mí estaba de acuerdo con él. No quería ser la Ivy desdichada a la que no había llamado hace dos años; ni la Ivy tímida que prepara mentalmente las conversaciones que va a tener; ni la Ivy contable que prioriza su trabajo frente a los demás aspectos de su vida. Aquella noche sería Punkin, ya se enfrentaría a las consecuencias la Ivy del futuro.

—Supongo que sí, Equis. —Se terminó la copa de un trago—. ¿Y qué quieres hacer? Ya sabes, ahora que no tienes que ser tú.

—Jugar. —Fruncí el ceño.

—¿A qué?

—A hacer cosas que normalmente no haría. —Recorrí el filo de mi copa con el dedo índice, pensativa—. Empecemos por algo sencillo.

—¿Como qué?

—Conseguir una botella de *whisky*.

—¡Las tienen guardadas! Solo sacan chupitos que traen servidos desde… ¿Quieres que nos colemos en la cocina? —Se encogió de hombros.

—No importa el método, solo el resultado.

—¿Y qué pasa si no la consigo?

—Tienes que responder a una pregunta y no ganas un punto. Quien más puntos tenga al final de la noche, gana. —Me tendió la mano.

—¿Y cuál es el premio?

—Lo que quieras. —Acababa de escuchar las tres palabras más sugerentes de la noche.

—¿Cualquier cosa? —pregunté en un hilo de voz.

—Cualquier cosa, Punkin. —No sabía quién había detrás de esa

máscara, pero cuanto más hablaba, más me derretía. Estreché su mano con decisión.

—Pues que empiece el juego.

# *Carter*

Colarse en la cocina no fue complicado. Lo difícil fue ver cómo Ivy se marchaba decidida a ganarme en aquella prueba. Había desaparecido entre los invitados y me había quedado contemplando su figura como un auténtico imbécil. No tenía ni idea de qué estaba haciendo. Me había quedado mirándola oculto entre el resto de la gente, algo me decía que me estaba buscando y quise prolongar su agonía. Quería que probara un poco de su propia medicina. La verdad es que me había planteado marcharme de allí sin más. Ya hice el ridículo por ella en una ocasión, ¿por qué repetirlo? La respuesta era bien sencilla: estaba colgado de Ivy Sorrows. Si tenía una mínima posibilidad de pasar un rato con ella, la aprovecharía. No importaba lo digno u orgulloso que quisiera mostrarme conmigo mismo, tampoco que hubiera pasado de mí dos años atrás. Si conseguía engancharla de nuevo a mí… Esta vez no me ignoraría tan fácilmente. Haría que perdiera la cabeza igual que yo la había perdido por ella.

La única duda que tenía en mente era si sabía quién era. Obviamente no su compañero de trabajo, sino Tres. El mismo hombre con el que dos años atrás se había besado en el baño de una discoteca. Algo me decía que sí. Que Ivy no hubiera estado una hora buscando a un desconocido cualquiera. Así que realmente, lo

que me tenía en vilo, era por qué había pasado de mí si estaba claro que no me había olvidado. Todavía tenía toda la noche para averiguarlo.

Mientras que yo llevaba oculta la botella que había confiscado de la cocina, Ivy me la señalaba con absoluta naturalidad, moviéndola de un lado para otro mientras se despedía de un grupo de personas. Uno de ellos, le dio un suave apretón en el brazo y me molestó escuchar una carcajada salir de sus labios. No me consideraba una persona celosa, ni mucho menos, ni tan siquiera podía permitirme estarlo por una persona con la que no mantenía una relación, pero me apetecía ser el causante de todas las risas de aquella noche.

—Supongo que puede considerarse un empate —dije cuando me acerqué a ella, enseñándole mi botín.

—¿Empate? Más quisieras —contestó riéndose—. Mientras tú salías de la cocina, a mí me ha dado tiempo a abrir la botella y compartirla con más gente de la fiesta. —Con la mano que tenía libre, me dio un con el dedo índice en el pecho—. Demasiado lento… Otra vez.

—¿Cuándo he sido lento? —pregunté mientras veía cómo se debatía entre apartar la mano o dejarla sobre mi pecho.

—Al acercarte a mí. —Ahí estaba esa seguridad que pocas veces mostraba y que me encantaba.

—Creía haberte dicho que lo bueno se hace esperar —resopló, apartando finalmente la mano.

—Menos lobos, Caperucita. —Antes de que pudiera separarse de mí, agarré su muñeca, tirando de ella. Casi hago que tropiece, pero consiguió rectificar para apoyarse contra mí.

—Tienes razón. Si he tardado en acercarme era porque en el momento que lo hicieras, no te librarías de mí. —Me sentí estudiado a pesar de no poder contemplar su rostro. Su silencio se me hizo

eterno.

—Tengo derecho a hacerte una pregunta —dijo en lo que me pareció un siglo—. He ganado —me recordó. Solté poco a poco su muñeca—. ¿Es la primera fiesta de Halloween de la empresa a la que acudes? —Mi intuición no se equivocaba. Ivy no era idiota y sabía que ya nos conocíamos, pero si había decidido rechazarme, ¿por qué me recordaba todavía?

—Ya sabes la respuesta… Doce. —Su cuerpo se congeló en el instante que la llamé por su antiguo mote. No tenía ni idea de lo que haría a continuación. Ya me había ignorado en una ocasión, ¿por qué no hacerlo otra vez? Puede que lo más sensato hubiera sido continuar con ese halo de misterio, pero estaba de cansado de jugar. Al menos a eso.

—Ahora me toca a mí elegir el reto —dijo como si nada. ¿Me habría imaginado su primera reacción? Quizás sí que me había olvidado por completo.

—¿Por qué?

—Porque he ganado. —Se giró un instante, como si estuviera analizando el entorno. Era un gesto que también hacía en la oficina cuando pensaba. Examinaba la habitación como si fuera la primera vez, y la gran mayoría de veces, se mordía el labio inferior—. Quien consiga más números de teléfono en quince minutos, gana. —Tensé la mandíbula. «Con qué esas tenemos…». Extendió la mano—. ¿Aceptas… Tres? —Ojalá pudiera haber visto mi sonrisa al escucharla. Estreché su mano con decisión.

—Que gane el mejor.

—Hecho. —Esta vez no me quedé mirando cómo se marchaba. Me habría resultado muy duro verla acercarse a otro hombre con el propósito de conseguir su número.

Durante estos dos últimos años, era consciente de que había

tenido unas cuantas citas, normalmente orquestadas por su amiga Blair, pero solo una de ellas llegó a buen puerto. El año pasado, Ivy había estado saliendo con Mike durante unos siete meses. No me había llegado a enterar del motivo de su ruptura, pero no me había parecido ver a Ivy hundida tras dejarlo. Me hubiera gustado admitir que durante esos meses, yo había aprovechado para pasar página, pero no lo había conseguido.

Puede que ni tan siquiera lo hubiera intentado con mucho ahínco. No es que me hubiera convertido en un monje de clausura, ni mucho menos. Había salido con unas cuantas mujeres, pero siempre me surgía el mismo problema. Ninguna era Ivy Sorrows. El hecho de haber probado sus labios había sido una maldita trampa porque ningún beso me había sabido igual. Había probado el cielo y no quería conformarme con menos.

Por mucha distancia que hubiera puesto entre ambos, ella seguía ahí. Con esa misma sonrisa, intentando que fuéramos amigos después de haberla escuchado gemir mi maldito apodo. Me había mantenido alejado de ella todo lo que había podido. A fin de cuentas, era ella quien me había dado un número falso antes de despedirnos.

En más de una ocasión, me había costado reprimir las ganas de plantarme delante de su mesa y exigirle explicaciones, pero mi mente fría y lógica habían ganado la batalla. No hacía falta ser muy inteligente para deducir lo que había ocurrido. Ivy se había dejado llevar por el calentón del momento y, al pedirle su número, había caído en la cuenta de que podía ser un compañero de trabajo y había usado el truco del móvil falso. Así no tendría que decirme a la cara que no estaba interesada. Un gesto un poco cobarde, pero que le evitaba un confrontamiento directo.

Por eso, que el reto consistiera en conseguir el máximo número

de teléfonos posible, me había parecido un pelín cruel. Ya no solo por la posibilidad de verla ligando con otros, sino por la jugarreta de hace dos años. Sin embargo, no me vine abajo. Esta vez, ganaría yo.

Me encontré a Ivy ahogando las penas con el *whisky* que había conseguido. Se había echado un dedo del líquido ámbar en una copa vacía y levantó una servilleta con un número escrito.

—Creo que es mejor que no comparemos resultados… —murmuró disgustada, antes de darle un sorbo a la copa.

—Aun así… —Saqué tres servilletas del bolsillo de mi pantalón.

—¿Solo tres? Esperaba un poco más de… —Mientras hablaba, me remangué, enseñándole un número más en el antebrazo, haciéndola callar.

—¿Crees que esto es un nueve o un seis? —bromeé, señalando uno de los números que había escrito una mujer con su pintalabios.

—Como si eso importara—refunfuñó—. Tendría que haber propuesto otro reto —comentó mientras humedecía la servilleta con el *whisky*—. Ligar se me da fatal.

—Yo creo que eres irresistible —solté sin pensar. Ivy me observó en silencio un instante.

—Será para ti.

—Mucho mejor así. —Odiaba que llevara la maldita máscara. Dejó la copa en una de las mesas y, para mi sorpresa, agarró mi mano, estirando mi brazo. Limpió el número que había escrito con la servilleta mojada en alcohol—. ¿Acaso estás borrando mi triunfo?

—¿Esto lo consideras un triunfo? —preguntó, haciendo desaparecer hasta el mínimo rastro del pintalabios.

—¿Ganarte? Sí —Resopló, tirando la servilleta en una papelera cercana—. ¿Por qué has elegido esta prueba si supuestamente se te da mal ligar?

—Bueno, dijimos que haríamos cosas que normalmente no solemos hacer, ¿no? —Sin que yo le dijera nada, volvió a estirar la manga de mi camisa, dejándola perfecta—. ¿Esa era tu pregunta por haber ganado el reto?

—Muy lista, Doce. —Agachó la cabeza con suavidad modo de asentimiento—. Pero me hubiera gustado preguntarte otra cosa.

—Supongo que tendrás que volverme a ganar —contestó con voz cantarina. Sonreí para mí mismo —. Te toca proponer un reto.

—Bailar una canción entera.

—¿Perdón? —Me encogí de hombros.

—Odio bailar, no es algo que haría normalmente, así que… Sí, bailar —Se quedó mirando la improvisada pista donde la gente bailaba como si le fuera la vida en ello. Me fijé en cómo tragaba saliva, nerviosa. Vaya, era igual de introvertida que yo.

—Tampoco hace falta que nos vayamos a extremos…

—¿Escuchas eso? —le pregunté, sujetándola del brazo. Miró con curiosidad a mi alrededor—. Me ha parecido escuchar a una gallina. —Resopló, separándose de mí mientras yo me echaba a reír.

—¿Hay que bailar con alguien? —Se alisó la falda de su vestido. Otro gesto que delataba sus nervios.

—Lo que prefieras. —Antes de que pudiera decirle que yo podía ser ese alguien, salió disparada a la pista.

Me había dicho que sus habilidades para ligar eran espantosas, pero no estamos en un ámbito que complicara las cosas. Disfraces, máscaras, alcohol, música… Lo difícil sería encontrarse con alguien que no quisiera bailar con semejante diosa. Por un instante, pensé que elegiría a una mujer para no pasar más vergüenza, así que apreté mi puño cuando vi cómo le daba un toquecito en el hombro al primer desconocido con el que se cruzó. Me fijé en cómo se acercó a él, pegando su cuerpo a su costado para murmurarle algo

al oído.

«No, joder. No». Por ahí sí que no iba a pasar.

# *Ivy*

Venganza. Blair me lo había dicho bien claro y pensaba seguir su consejo. En cuanto había confirmado mis sospechas, algo se revolvió dentro de mí. ¿Cómo se atrevía a regresar así? ¿Sin más? Como si no me hubiera roto el corazón hace dos años. No solo se había acercado a mí como si no hubiera pasado nada entre los dos, sino que estábamos jugando a lo mismo que hace dos años. A un continuo tira y afloja mientras crecía entre nosotros una tensión que podía cortarse con un cuchillo. ¿Cómo podía dejarle volver a seducirme sin más?

Mi primer impulso fue ponerlo celoso. No era imbécil. No me había olvidado de ese deje de posesividad que había mostrado hacía dos años. Por supuesto, se había mostrado celoso en su justa medida, ya que si no hubiera puesto tierra de por medio. Pensé que le molestaría lo de conseguir números de otras personas, pero se me había olvidado mi incapacidad para relacionarme con la gente en ese sentido. Me había quedado sin habla en mitad de la conversación y había acabado diciéndole que me gustaba más su máscara que su cara. ¿Cómo había podido soltar semejante estupidez? Lo que pretendía era halagar su disfraz, no insultarlo. Lo único que había conseguido era que sus amigos estallaran en carcajadas y yo me había ido por donde había venido. A lo lejos, había visto como una

mujer se agarraba del brazo de Equis y le escribía su número en una servilleta. Me había propuesto ponerlo celoso y la que había acabado así era yo. Tanto, que le había pedido a la primera mujer con la que me había encontrado que me escribiera números al azar en una servilleta. Me alegraba no haber visto su expresión de ¿qué dice la loca esta?, porque eso era lo único que me faltaba para dinamitar la poca autoestima que me quedaba.

Al verlo regresar con todos esos números, me había apetecido gritarle que yo también le di el mío y no se había dignado a llamarme. En cuanto me había preguntado si uno de los números era un seis o un nueve, me habían entrado ganas de mandarlo a la mierda, pero lo había sustituido por un cómo si importara. Él no llamaría a ninguna de ellas porque *debía llamarme a mí*, me había gritado mi inconsciente. Por eso me había puesto a limpiar el número de su piel. Había sido una satisfacción personal en toda regla.

Sin embargo, ahora se presentaba ante mí una nueva oportunidad de ponerlo celoso. Yo también odiaba bailar, a no ser que fuera en mi casa mientras limpiaba, pero había una primera vez para todo, ¿no? Además, ya llevaba un poquito de alcohol en sangre que me ayudaría a que hacer el ridículo no fuera tan espantoso. En cuanto me había dicho que podíamos bailar con otras personas, me había marchado sin ni tan siquiera mirarlo.

«Haz que vea lo que se perdió».

No me lo pensé dos veces. Toqué el hombro del primer tío que vi y me pegué a él, murmurándole al oído.

—¿Bailas conmigo? —Sentí cómo deslizaba su dedo por la manga semitransparente de mi vestido. Me fijé en su máscara, similar a la de un mimo. Unos rombos negros decoraban sus ojos y una tétrica boca de color negro formaba una sonrisa espeluznante.

—Por supuesto, preciosa.

Acepté su falso cumplido mientras colocaba su mano en la parte baja de mi baja espalda. No bailaba con nadie desde que era una adolescente, y ya habían pasado unos cuantos años desde eso. Las pocas veces que había accedido a bailar en una discoteca había sido con Blair y siempre habíamos estado riéndonos por cualquier cosa.

—Bonito disfraz. —Pude ver sus ojos enfocados en mi escote y me alegré de que mi mirada no pudiera verse con tanta facilidad porque se habría dado cuenta de que lo había mirado con asco—. ¿Vas a ir a algún sitio después de la fiesta?

—Pues…

—Sí, a que le quite el disfraz. —Mi espalda chocó con el pecho de un desconocido, aunque había reconocido su voz grave inmediatamente—. Lárgate. —No hizo falta que se lo repitiera. Levantó los brazos, como si se hubiera rendido y se fue a buscar a otra mujer en cuestión de segundos.

—No hacía falta ser borde —comenté, sin llegar a girarme.

—Con ese tipo de hombres, sí —puntualizó.

Puse los ojos en blanco.

—Sé defenderme yo solita. —Me di la vuelta para mirarlo—. No me hace falta un caballero de brillante de armadura.

—Genial, porque no pienso serlo. —No sabía si había sido su tono o sus palabras, pero me estremecí al escucharlo. Atrapó mi cintura con ambas manos, dándome de nuevo la vuelta.

—¿Qué haces?

—Bailar —contestó, como si fuera lo más obvio del mundo.

Posó las manos en mis caderas, haciendo que las moviera al ritmo de la música. Me costaba respirar al sentir su cuerpo pegado a mi espalda. No podía hablar, tan solo balancearme tal y como él me dirigía. En un alarde de valentía, alcé los brazos y eché las manos

hacia atrás, dejándolas caer alrededor de su cuello. La primera vez no llegamos a bailar. Todo fueron bromas, cuchicheos, halagos inesperados. Solo nos habíamos acercado cuando nos dimos nuestro primer beso. Y el siguiente, y el otro. Pero sentir su cuerpo sobre el mío, me estaba volviendo loca. Cuando sus manos se alejaron despacio de mis caderas para posarlas en mi abdomen, aproveché para moverme a mi antojo. Un solo movimiento me bastó para descubrir que a él le estaba pasando lo mismo. Sentir su erección contra mi trasero tan solo empeoró las cosas. Había ido allí a vengarme, no a acabar excitada al verlo así por mí.

—¿Seguro que solo quieres bailar? —murmuró, haciéndome olvidar que llevaba la máscara puesta. Le hubiera vendido mi alma al diablo para sentir su aliento contra mi oreja mientras me hablaba con esa voz grave.

—¿Qué querría si no? —Pero volví a restregarme contra él con suavidad. Emitió un leve gruñido que hizo que mi corazón se acelerara.

—Doce…

—No me llames así. —Me di la vuelta, aunque eso supusiera alejarme un centímetro de él. Contemplé su máscara como si pudiera ver a través de ella—. Doce es el pasado, esa noche se quedó atrás.

—Así que, ¿quieres empezar de cero? —No supe qué responder a eso.

¿Quería tratarle como un completo desconocido o quería retomar las cosas tal y donde las dejamos aquella noche? Mi silencio fue respuesta suficiente para él. Me sujetó una de las manos, y como si fuera una autentica muñeca, me hizo girar sobre mis pies, alejándome de él. Volvió a tirar de mí, dejando que me apoyara en uno de sus hombros.

—Pensaba que no sabías bailar.

—He dicho que odiaba bailar, no que no supiera.

—No lo sabía…

Me di cuenta de que nos habíamos convertido en el centro de todas las miradas. Odiaba ser el centro de atención, pero no me importaba que todos los invitados me observaran bailando con Equis. Mas bien… Me encantaba. Sentía que estaba dentro de una película, y no quería que la escena terminara. Me dirigía como quería y yo me limitaba a dejarme llevar. Tan solo tenía cuidado con no pisarle los pies. Mis manos se encontraban con las suyas en el momento exacto. Nuestros cuerpos se rozaban lo suficiente como para dejarnos con ganas de más.

En cuanto la canción terminó, nos quedamos el uno frente al otro. Deseaba arrancarle la máscara y poder perderme en unos ojos que había imaginado millones de veces. Sin embargo, un torbellino de aplausos nos sacó de la burbuja que habíamos creado. Sin pensárselo dos veces, me agarró la mano, entrelazando sus dedos con los míos. Volvió a tirar de mí y ambos nos alejamos de la multitud.

Acabamos en el pasillo que Blair y yo habíamos recorrido horas atrás. No estábamos del todo solos, muchas personas habían acudido allí para descansar de la música y del ambiente cargado.

—¿Estás bien? —Asentí—. Podemos decir que los dos hemos ganado este reto, ¿no crees?

—Sí, supongo que hemos cumplido. —Me apoyé contra la pared, recuperándome de todas las emociones que ese baile me había provocado—. ¿Qué quieres preguntarme?

—¿Te alegra que nos hayamos reencontrado? —Otra vez me dejó sin palabras. Quería mentirle. Decirle que me daba igual porque no había vuelto a pensar en él. Quise ser despiadada. Decirle que ya

había perdido su momento en el instante que decidió no llamarme. Pero algo completamente distinto salió de entre mis labios.

—Sí, ¿y tú? —pregunté antes de esperar a ver su reacción.

—No. —Sentí un jarro de agua helada cayendo sobre mí. Tendría que haberlo imaginado. No me llamó hace dos años, ¿por qué se iba a alegrar de volver a verme? Quería largarme de allí lo más rápido posible.

—Ah… —Intenté apartarme para salir corriendo, muerta de vergüenza, pero me lo impidió sujetándome del brazo.

—No tendríamos que habernos reencontrado dos años después, sino al día siguiente.

Él tenía la culpa de que esto hubiera tardado tanto, pero mi cerebro estaba demasiado ocupado procesando toda aquella información. Deslizó su mano con cuidado por mi máscara, haciéndome parpadear. ¿Iba a quitármela? Frené su mano, atenta a los demás invitados. Parecía haberse olvidado del sitio en el que estábamos y mi gesto lo devolvió a la realidad. Se aclaró la garganta, alejándose un poco de mí.

—Último reto de la noche. —Me quedé callada, asimilando lo que había estado a punto de pasar—. ¿Te parece bien? —asentí, despacio—. Hay una bodega en esta mansión, pero el acceso está prohibido, claro. Quiero que nos colemos allí abajo.

—¿Para qué?

—Para terminar lo que empezamos hace dos años.

# *Carter*

Iba a besarla. Había estado a punto de quitarle la máscara delante del todo mundo, a pesar de que podríamos habernos metido en un lío. Se alegraba de habernos reencontrado. Había notado sus ganas de besarme. Ella sentía lo mismo que yo. O puede que la fantasía se desvaneciera en cuanto supiera quién era.

La pregunta era simple: ¿me aprovecharía un rato más del misterio que la máscara me concedía o le confesaría toda la verdad?

Por ahora, mi cometido principal era colarnos en aquella bodega. No pensaba encerrarme de nuevo en un baño con ella. No quería que el ciclo se repitiera.

Sabía dónde estaba la escalera que conducía a la bodega, pero no me imagina que fuese a estar protegida por un vigilante de seguridad. Era consciente de que los dueños no escatimaban en seguridad, pero que vigilaran también el acceso a la bodega, me parecía exagerado. Me fijé en que también había dos vigilantes custodiando las escaleras que llevan al piso de arriba. Eso sí tenía más sentido. Por allí se iba a los dormitorios de la mansión. La combinación de alcohol, música, disfraces y un dormitorio podía causar una serie de escándalos que a la empresa no le interesaban.

Resoplé, dándole vueltas a un plan para evitar al de seguridad. Sin embargo, antes de poder hacer nada, Ivy se me adelantó. La vi

actuar con una seguridad en sí misma que me dejó aun más cautivado. Sacó a relucir su papel de señorita en apuros, consiguiendo llamar, más bien captar, toda su atención. No sabía qué historia le estaba contando al de seguridad, pero logró llevárselo de allí mientras me indicaba que bajara.

Dudé durante un par de segundos, ¿cómo entraría ella después? Vi cómo se marchaba con el vigilante, y tras un vistazo rápido para comprobar que estaba solo, bajé por las escaleras. Abrí la puerta con cuidado y fruncí el ceño por culpa de la peste a humedad.

La bodega estaba casi vacía. A ambos lados de la estancia, se alzaban estanterías de madera carcomida, cubiertas de una gruesa capa de polvo. Me acerqué para leer alguna etiqueta, pero el paso del tiempo las había dejado ilegibles. En algunos puntos, las telarañas colgaban de los estantes vacíos, al igual que en las esquinas de la habitación. Con cierto asco, palpé la pared, buscando el interruptor de la bombilla que pendía de un fino cable, suponiendo que alumbrarían más que las sucias ventanas rectangulares que daban al exterior. En cuanto lo rocé, el chirrido de la puerta me hizo apartarme y esconderme detrás de las escaleras. Escuché su respiración entrecortada y sus pasos suaves mientras descendía en la oscuridad. Salí de mi escondite, tendiéndole la mano para bajar el último escalón. Cuando se detuvo delante de mí, colocó ambas manos en mis hombros.

—Gané el último reto, ¿no crees? —murmuró en tono jocoso—. Sin mí, todavía seguirías dando vueltas ahí arriba.

—¿Qué le dijiste? —Se encogió de hombros.

—Que había un hombre insistiéndole a unas cuantas mujeres que se quitaran la máscara y antes de que me llames mentirosa, se lo escuché a una invitada antes. —Ahogué una carcajada. Ivy era increíble—. Así que, me debes una respuesta y un premio.

—¿Cuál es la pregunta? —dije antes de que mi instinto le confesara que le daría cualquier cosa que me pidiera.

—¿Por qué… Por qué no me llamaste? —Eso sí que no me lo esperaba. Debía ser una broma, ¿verdad?

—¿Cómo iba a hacerlo? —Dejó que sus manos cayeran desde mis hombros.

—Te di mi número. —Contuve una carcajada de incredulidad.

—Me diste un número falso. —Su cuerpo se retorció, como si le hubiera dado una bofetada. Empecé a decir su número y vi cómo de manera inconsciente, se llevaba ambos manos a la falsa boca de su calabaza.

—Dios mío… Ese número… —soltó un gritito agudo—. ¡Te di mi antiguo móvil!

—¿Qué?

—Joder, ¿cómo pude ser tan tonta? —Empezó a dar vueltas en círculos, histérica—. Acababa de cambiar de número, y entre lo que pasó, lo que bebimos, los nervios… Yo… me equivoqué y…

—No… ¿No me rechazaste? —Había estado viviendo un engaño. Ella sí quería volver a verme.

—¿Rechazarte? He estado dos años cabreada porque desapareciste y yo solo quería volver a verte, ¿cómo podías creer que te había rechazado si después de esa noche no he dejado de pensar en ti? ¡Y ni siquiera te he visto la cara!

—Repítelo —dije mientras la agarraba del brazo para que dejara de dar vueltas.

—¿Que ni siquiera te he visto la cara?

—No, lo otro.

—Después de esa noche, no he dejado de pensar en ti.

En ese instante, me olvidé de lo que era el autocontrol. Tan solo pude contenerme lo justo para levantar nuestras máscaras a la

altura de nuestras narices. Me hubiera gustado tomarme mi tiempo, ser lento y cuidadoso a la hora de besarla, pero estaba desesperado por saborear sus labios de nuevo. Y joder, eran mejores de lo que recordaba. ¿Cómo no iba a engancharme a ella después de esto? Después del sabor de su boca, la suavidad de sus labios. Era imposible que no quisiera más.

Mordió mi labio inferior, puede que en un intento de mostrarme que sentía la misma desesperación que yo. Agarré sus caderas con decisión, levantándola del suelo. Rodeó mi cintura con las piernas y pegué su espalda contra una de la estanterías. Volví a besarla con la misma intensidad, recorriendo hasta el último recoveco de su boca. Llevó las manos a mi nuca, enredando los dedos en mi pelo para después tirar de él.

—Yo tampoco he dejado de pensar en ti, Ivy —susurré, casi gruñendo su nombre. Echó la cabeza hacia atrás.

—¿Sabes quién soy? —preguntó con una mezcla de timidez y sorpresa—. ¿Desde… Desde cuándo?

—Desde siempre —confesé con la voz rota—. Mi intención fue que te enamoraras de mí hace dos años, en esa estúpida fiesta de Halloween, pero al ver que me habías dado un número falso… No quise insistir. Pensé que no estabas interesada y no quise molestarte. —Era un alivio soltarle todo por fin—. Pero no he dejado de pensar en ti. Ni un solo día. —Cogí una de sus manos, llevándola hasta el filo de mi máscara—. Desde que te conocí.

# *Ivy*

Decir que me sentía tonta era quedarme corta. Ya no solo por la tremenda estupidez de haberme equivocado dos años atrás y haberle dado mi antiguo móvil. En aquel momento lo único que no me funcionaba era el cerebro. Sino porque sabía quién era el señor Equis desde el instante en que me había levantado parte de la máscara y me había besado. Habían sido pequeñas pistas, como ver el pequeño lunar que había justo en el extremo de su labio inferior. El olor de su *after shave*. Esas suaves notas de cedro del perfume que usaba a diario.

Carter Cox era el hombre con el que había estado dos años fantaseando. El hombre que me había hecho reír tanto durante una noche que casi me caigo redonda al suelo. El que me propuso retos tan estúpidos como divertidos para distraernos de una fiesta en la que ninguno de los dos quería estar. El que desató un monstruo en mi imaginación tras susurrarme sus intenciones al oído. El que me había hecho soñar una y otra vez con sus labios. Ese misterioso hombre con el que había estado obsesionada se sentaba frente a mí en el trabajo y, lo peor de todo, durante todo este tiempo creía que no me soportaba. No podía haber estado más equivocada.

Y no podía estar más feliz por equivocarme.

Ahora comprendía su cambio de actitud. Cuando entré a trabajar,

hicimos buenas migas. Compartíamos gustos similares en cuanto a música, cine y comida, pero ninguno de los dos dio el paso para vernos fuera del trabajo. Supuse que no le interesaba más allá de lo laboral, así que… Me resigné. Entretanto, tuve que soportar como Blair me contaba lo enamorada que estaba de Drew y su breve idilio de romance que había durado menos que un suspiro. Ahí fue cuando decidí que no saldría jamás con un compañero de trabajo.

Mi mente sumaba dos más dos a toda prisa.

Puede que ese comentario lo soltara delante de Carter en alguna que otra ocasión. Puede que yo misma fuera un impedimento para que pasara algo entre los dos. Me había estado quejando de que el hombre misterioso no había vuelto a llamarme y yo era la principal causa de ello; y no porque no le gustara o hubiera decidido pasar de mí sino porque… No me había enterado de nada.

Ya entendía por qué después de Halloween de hace dos años, Carter había cambiado por completo su actitud conmigo. Se creía de verdad que lo había rechazado cuando mi autoestima había tocado fondo en el momento que había desaparecido. Se había alejado de mí porque estaba respetando mi decisión. Pensaba que no tenía ningún tipo de interés en mí, y en lugar de insistir o ir detrás de mí, me había dado espacio. El cual yo había confundido con desagrado. Sin embargo, lejos de rendirse y pasar página, había vuelto a intentarlo. Había acudido a una fiesta, las cuales detestaba casi tanto como yo, y me había vuelto a buscar. Otra vez. ¿Lo habría intentado también el año anterior?

En cuanto escuché como pronunciaba mi nombre, solo quise asegurarme de que mis conjeturas estaban en lo cierto. Podría haberme mentido, haberme dicho que lo había averiguado ahora, igual que yo, pero no. *Desde que te conocí.*

Antes de que pudiera terminar de quitarse la máscara, lo detuve.

—Ojalá lo hubiéramos aclarado todo antes, Carter. —Me fijé en su garganta, en cómo tragaba saliva nervioso—. No, no lo sabía hasta que has vuelto a besarme. Ojalá me hubiera dado cuenta la primera vez.

—¿Eso hubiera cambiado las cosas? —preguntó tenso.

—Por supuesto que sí, te hubiera lanzado una grapadora a la cara por no haberme llamado. —Me di cuenta de que estaba aguantando la risa.

—¿Una grapadora? ¿En serio? —Me encogí de hombros.

—Lo primero que hubiera tenido a mano —le aclaré con una pequeña sonrisa—. Ahora quiero mi premio.

—¿Qué quieres, Ivy? —Esta vez sí que terminé de quitarle la máscara. Sonreí al contemplar su cabello castaño alborotado y sus ojos verdes mirándome con impaciencia.

—Recuperar el tiempo perdido. —Me dejó poco a poco en el suelo para tener las manos libres y así poder deshacerse de mi máscara.

—¿Y por dónde empezamos? —Agarré el cuello de su camisa para atraerlo hacia mí y disfruté de su bonita sonrisa antes de besarlo de nuevo.

En esta ocasión, supe controlarme, no como la primera vez que había vuelto a besarme. Mi primer beso con Tres fue emocionante y enigmático. El primero con el señor Equis había sido intenso y desesperado. El primero con Carter había sido una combinación de fascinación y deseo, convirtiéndose en el mejor de los tres.

Dejó caer su frente contra la mía, rompiendo poco a poco el beso para mirarme a los ojos. Pasó su mano por mi mejilla con cuidado, acariciándola con suavidad. Cerré los ojos, disfrutando al fin del contacto de su piel contra la mía.

—Siento no haberme atrevido antes a… —Negué con la cabeza.

—Siento no haberme acercado antes a ti y todas las veces que te alejé sin darme cuenta. —Posó su boca sobre mi frente.

—Ha merecido la pena la espera.

—Entonces… ¿Me llamarás mañana? —bromeé, mirándolo a los ojos mientras ocultaba mi sonrisa con su máscara.

—Depende… ¿Me echarás de la cama si te despierto? —Solté una profunda carcajada, volviendo a rodear su cuello con los brazos.

—Depende de lo que me dejes dormir esta noche. —Volví a contemplar su perfecta sonrisa.

—Oh, Ivy, tenemos tanto tiempo que recuperar —susurró antes de besarme por enésima vez aquella noche.

# Halloween es la noche perfecta para dejarse llevar.




Cuando las luces se apagan y las sombras cobran protagonismo, también pueden surgir encuentros inesperados, deseos imposibles de ignorar y oportunidades para volver a creer en el amor.

Esta antología reúne diferentes relatos románticos ambientados en la noche más misteriosa del año. Historias de atracción, encuentros inesperados, reencuentros, secretos, humor y emociones que demostrarán que el amor puede aparecer cuando menos se espera y de la forma más sorprendente.

Disfruta de distintas voces y estilos, personajes que buscan una segunda oportunidad, corazones que se resisten a enamorarse y

noches que empiezan con un disfraz y pueden terminar revelando mucho más de lo que nadie imaginaba.

Una colección para leer de principio a fin y descubrir qué puede esconderse detrás de cada máscara.

**Porque en Halloween todo puede cambiar… incluso una historia de amor.**

**Laimie Scott** cursó estudios de Filología Inglesa en la Universidad de Salamanca para posteriormente doctorarse en el campo de la novela histórica y la obra del escritor escocés Sir Walter Scott. Comenzó su carrera literaria publicando diversos relatos en revistas y blogs hasta que se lanzó a escribir novela romántica, género en el que lleva ya unos años publicando. En el campo de la investigación literaria colabora con varias revistas y participa en diversos eventos académicos relacionados con su especialidad.

**Guadalupe Eichelbaum** ha publicado más de una docena de novelas de los más diversos géneros, desde el terror al romántico. Cuatro de ellas están editadas en el sello Selecta, pues ha descubierto que le apasiona contar historias de amor. Escribe poesía, tiene en su haber dos poemarios, uno en castellano y otro en italiano. Ha colaborado en buen número de antologías con relatos, cuentos infantiles y poemas.

**Marian Arpa** es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

**S. F. Tale** es el seudónimo de una autora nacida en Ferrol el 1 de julio de 1982. Amante de los libros y enamorada de las letras, se licenció en Humanidades, sin olvidarse de su cuaderno en el que dibujaba el mapa de esas historias que le gustaría escribir. Su primera novela, *Mi mal de amores eres tú*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

**María Heredia** (Estepona, 1995) siempre tuvo claro que quería ser escritora. Desde pequeña fue una ávida lectora y no tardó en empezar a escribir sus propias historias sobre mundos mágicos, chicas valientes y romances de ensueño. Las letras siempre fueron su pasión, así que estudió Traducción e Interpretación en la Universidad de Granada y un Máster en Literatura y Lingüística Inglesas. Actualmente compagina la escritura con su trabajo como profesora de idiomas y la redacción de su tesis doctoral en Literatura Inglesa y Narrativas Transmedia.

**Alma Vera** es el pseudónimo de Mina Vera para sus novelas juveniles. Autora de romántica desde 2011, cuenta con más de veinte obras publicadas y ha sido finalista en concursos literarios como el IV Premio Vergara y RNR con la novela *Noches perdidas* y el II Premio HQÑ - Harlequin con *Contigo en la distancia*.

**Arlene Sabaris.** Dominicana. Autora de poemas, cuentos y novelas, es una profesional de las finanzas y los derechos humanos, que trabaja en el sector de cooperación internacional. Amante desde niña de las letras más que de los números, decidió completar su

formación académica con diversos cursos de narrativa, corrección de textos y emprendimiento cultural. Realizó estudios técnicos de Periodismo en el Instituto Dominicano de Periodistas y una doble maestría en narración y creación literaria/ Guion de tv, cine y radio, en la Escuela Europea Des Arts.

Es colaboradora de varias revistas y miembro directivo del proyecto de promoción de la literatura escrita por mujeres, Fundación Anticanon. Pertenece además al cuerpo docente del primer diplomado de escritura creativa para escritoras del Caribe.

Ha recibido varios premios desde su niñez tanto en poesía como en narrativa, en la que destaca por los géneros de romance y misterio. Con la editorial Selecta de Penguin Random House ha publicado las novelas *Si me quisieras* y *Un Amor del pasado*, además de la trilogía *Romance en la colonia*, ambientada Santo Domingo, la primera ciudad de América,. Sus escritos también forman parte de las antologías *Grito de Mujer, Ritmo que late*, de Dominican Writers y *Mujeres Inspiradoras*, de Casa de Francia.

**María Rojo** (Barcelona, 1980) estudió Derecho y grafología y está especializada en el estudio de la personalidad. Dirige los Recursos Humanos en una multinacional, pero su verdadera pasión es escribir: un intimismo bello y aderezado con prosa poética da voz a las historias de romance contemporáneo que encontramos en sus novelas.

**Emmanuel Guerra Martos** dice que tiene un bonito defecto: le

cuesta estar quieto. Un día está en el gimnasio corrigiendo una sentadilla y al siguiente se encuentra tachando y reescribiendo una frase hasta que suena a verdad. Como entrenador personal y escritor, ha llegado a la conclusión de que ambos oficios tienen mucho en común: en ambos se trata de guiar a alguien —incluso, ocasionalmente, a uno mismo— para superar algún tipo de límite.

Escribe historias donde la gente se equivoca, se protege, se enamora con miedo, y aun así, da un paso más. Le gustan las segundas oportunidades, las conversaciones pendientes y esos momentos pequeños que, sin hacer ruido, lo cambian todo. Comenta que, en su camino, ha tenido la suerte de recibir el primer premio en el XXXI Premio de Poesía Luz y el segundo premio en el certamen literario El Legado de Sancho Panza, y dice que lo cuenta así, sin pose, porque le emociona y porque le recuerda que vale la pena seguir.

Cuando no está entrenando o escribiendo, está mirando el mundo con hambre de detalles: una risa que se corta, una mano que duda, un «te lo digo» a medias. De ahí sale casi todo lo que cuenta. Y es que, como él mismo dice: «si alguna vez te quedas dentro de una de mis historias, ojalá sea por eso: porque te suena a vida».

Psicóloga de formación y creadora de contenido literario en redes, donde comparte su pasión por los libros como @fugazmenteout, **M. T. Fugaz** es amante del romance y de la fantasía. Desde pequeña, le encanta escribir historias llenas de emoción y con un toque de humor.



Edición en formato digital: octubre de 2026

© 2026, Laimie Scott, Guadalupe Eichelbaum, Marian Arpa, S. F. Tale, María Heredia, Alma Vera, María Rojo, M. T. Fugaz, Arlene Sabaris, Emmanuel Guerra
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87818-32-6

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».**

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

# Índice


Cuidado con lo que deseas...

Una revelación inesperada en Halloween

Picnic en el cementerio

- Nota de la autora:

Viaje de ida

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Una profecía por halloween

- Capítulo 1. Una semana antes de Halloween.
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5

Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
La criatura
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Mística
Sueños recurrentes
La magia del caos
Prohibido besar al asesino
Capítulo 1. Tres normas
Capítulo 2. Después del cierre
Capítulo 3. Entre bastidores
Capítulo 4. Lo que dejamos a medias
Capítulo 5. Ahora no
Capítulo 6. A plena luz
Capítulo 7. Fuera de escena
Máscaras
Ivy
Carter
Ivy
Carter

Ivy
Carter
Ivy
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre las autoras
Créditos